

**PONTIFICIA UNIVERSIDAD CATÓLICA DEL ECUADOR**

**FACULTAD DE CIENCIAS HUMANAS**

**ESCUELA DE SOCIOLOGÍA Y CIENCIAS POLÍTICAS**

**EL CAMPO SOCIOLÓGICO: LA ESCUELA DE SOCIOLOGÍA Y CIENCIAS  
POLÍTICAS DE LA PONTIFICIA UNIVERSIDAD CATÓLICA DEL ECUADOR**

---

**DISERTACIÓN PREVIA A LA OBTENCIÓN DEL TÍTULO DE SOCIÓLOGO CON  
MENCION EN DESARROLLO**

**CEVALLOS SALGADO RICARDO XAVIER**

**DIRECTOR: FRANCISCO MORALES**

**QUITO, 2013**



## ÍNDICE

	<i>Pág.</i>
INTRODUCCIÓN.....	1
CAPÍTULO I: MARCO TEÓRICO.....	8
1.1. Teoría de campos y de las prácticas.....	9
1.1.1. Campo .....	9
1.1.2. Habitus.....	10
1.1.3. Lógica de las prácticas.....	12
1.1.4. Capital simbólico y especies de capital.....	16
1.2. El campo académico-universitario.....	20
1.2.1. Estructura de posiciones del campo académico-universitario .....	21
1.2.2. Especies de capital y de poder en el campo académico-universitario .....	23
1.2.3. La disputa por la ‘cientificidad’.....	26
1.2.4. Los estudiantes en el juego académico-universitario.....	27
CAPÍTULO II: ESTRUCTURA DEL CAMPO ACADÉMICO-UNIVERSITARIO DE LA ESCUELA DE SOCIOLOGÍA Y CIENCIAS POLÍTICAS DE LA PUCE.....	29
2.1. Consideraciones metodológicas.....	29
2.2. Del neoliberalismo al Buen Vivir educativo.....	30
2.2.1. La institución universitaria en América Latina de finales del siglo XX .....	31
2.2.2. La transformación del sistema de Educación Superior en Ecuador durante la última década.....	33
2.3. Normativa institucional de Educación Superior.....	37
2.3.1. Ley Orgánica de Educación Superior.....	37
2.3.2. Estatuto de la PUCE.....	39
2.3.2.1. Del personal académico de la PUCE.....	41
2.4. La Escuela de Sociología y Ciencias Políticas de la PUCE.....	45
2.4.1. La sociología en América Latina.....	45
2.4.2. Universidad y sociología en Ecuador.....	49

2.4.3. Trayectoria de la Escuela de Sociología y Ciencias Políticas de la PUCE .....	58
CAPÍTULO III: NOCIONES DE LA SOCIOLOGÍA Y SU PRÁCTICA AL INTERIOR DE LA ESCUELA DE SOCIOLOGÍA Y CIENCIAS POLÍTICAS DE LA PUCE.....	
3.1. Consideraciones metodológicas.....	71
3.2. Percepciones al interior del cuerpo docente.....	79
3.2.1. Distinciones generales de la sociología y sus sentidos.....	79
• Sentidos de la sociología y su práctica.....	79
• La teoría y la metodología en la sociología.....	85
• La relación de la sociología como ciencia con la filosofía...	89
• El sociólogo en el campo político.....	92
• La ‘cientificidad’ de la sociología.....	94
3.2.2. Distinciones de carácter más práctico de la sociología.....	96
• Reformas en el programa de la Escuela de Sociología y Ciencias Políticas de la PUCE.....	96
• Campos profesionales del sociólogo.....	98
• Criterios de reconocimiento de las prácticas científico-académicas .....	100
• Relaciones al interior del cuerpo docente.....	103
• Ocupación de posiciones de poder dentro de la Escuela.....	108
3.3. Percepciones del cuerpo estudiantil.....	110
• Expectativas del estudio de la sociología.....	112
• Formación del sociólogo: teóricos vs. metodológicos.....	115
• El ‘buen’ sociólogo y el ‘buen’ docente.....	118
• Simpatía/antipatía estudiantil con agentes del cuerpo docente .....	121
• La Asamblea de Estudiantes de Sociología y sus conflictos .....	126
CONCLUSIONES.....	133
BIBLIOGRAFÍA.....	143

ANEXOS.....	149
I. Programa de estudio original de la Escuela de Sociología y Ciencias Políticas tras su creación en 1975.....	149
II. Reforma del programa de estudio: Especialización en ‘Desarrollo’ en 1995 .....	150
III. Reforma del programa de estudio: Ciclo básico y especializaciones en 2000 .....	152
IV. Reforma del programa de estudio: Ciclo básico y especializaciones en 2009-2010 .....	155
V. Guía de entrevistas a docentes de la Escuela.....	157
VI. Guía de entrevistas a estudiantes de la Escuela.....	158



## INTRODUCCIÓN

‘Que nadie entre aquí [al reino de la geometría] si no es geómetra’, si no acepta el juego de la geometría (...) Dentro de un campo de sociólogos se presenta el tema de quién es sociólogo y quién no lo es, y al mismo tiempo, quién tiene derecho a decir quién es sociólogo y quién no lo es.

P. BOURDIEU, *El campo político*.

En palabras de Robert Merton, “los intelectuales de las ciencias sociales han estado ocupados en examinar la conducta social de los otros y no su propia situación social” (1964: 213). La problemática de las dinámicas internas de la Academia ha sido uno de los temas menos tratados en el desarrollo del conocimiento sobre la sociedad. La mayoría de aproximaciones hacia ‘lo académico’ han estado orientadas por la necesidad de repensar las relaciones entre la universidad y la sociedad. Dentro de la sociedad del conocimiento, la universidad, y los sistemas educativos en general, se tornan fundamentales para la búsqueda de líneas de desarrollo económico y social, teniendo generalmente la investigación un imperativo económico que busca una transformación de estos sistemas en base a criterios de costo-beneficio para el gasto social (Flores & Pérez, 2006). Espacios de (re) producción cultural que indagan sobre la mayoría de campos que se sitúan por fuera de él –cultura, economía, política, etc.– se tiende a percibirlos como espacios que exceden las dinámicas propias de lo social: ajenos a toda disputa, completamente idealizados por una absolutización de sus miembros como portavoces de ideales universales desprovistos de intereses particulares que deslegitimen su palabra (Follari, 2008).

Por otro lado, las prácticas académicas se han desplegado dentro de espacios de cierta manera herméticos como las universidades, siendo completamente desconocido todo lo que sucede en su interior para los ‘mundanos’ que no pertenecen ni juegan ningún papel en el mismo. Tomando como punto de partida estos dos aspectos, es menester indagar respecto a las dinámicas intrauniversitarias entre los agentes allí concurrentes, y cómo estas determinan estructuras de relevancia en un campo que, lejos de responder al ‘desinterés’, genera diversidad de posiciones posibles de ocupación, mismas a las que es inherente un sistema de percepción y disposición

respecto del mundo social que entra en disputa con otros diferenciados para imponer una manera legítima de ver el mundo: el pensar la sociología como práctica.

Es necesario comprender que existe algo en juego dentro de los espacios académicos que reviste interés para los concurrentes. Se producen diferentes prácticas y estrategias entre los actores orientadas a la toma de posición dentro del campo. La puesta en relación de estas fuerzas diferenciadas respecto a capacidades recursivas propias de cada uno de los agentes genera una disputa, en la cual los individuos participan consciente o inconscientemente. Una vez se tiene esto como pauta, es relevante esta indagación en el sentido de descifrar y dar cuenta de algunos elementos que caracterizan esta lucha por la definición disciplinar. La sociología –en general las ciencias humanas, las letras y la filosofía– está sujeta a una multiplicidad de aproximaciones que son propias de la diversidad de intereses y perspectivas que los diferentes agentes imprimen sobre ella. Estas percepciones y disposiciones sobre el ámbito científico específico responden a una gran cantidad de recursos de los que son propietarios al momento de ingreso en el juego: origen social, educación, posiciones políticas, entre otras. Como resultado de tal disputa, se produce la objetivación de estructuras específicas que definen una forma de pensar la ciencia que confiere ‘legitimidad’ u ‘oficialidad’ a determinados sectores en detrimento de otros. Es de relevancia, por tanto, dar cuenta de esta estructura y el porqué de la misma, de cuáles son los factores internos y externos que permiten que se realice de determinada manera y no de otra. Al mismo tiempo, este trabajo intenta comprender las diferentes prácticas y credenciales de poder que se generan en la dinámica relacional de la disputa por determinar el campo.

A breves rasgos, esta empresa investigativa se limita a buscar develar la estructuración alrededor de la disputa en el campo de la Escuela de Sociología y Ciencias Políticas en la Pontificia Universidad Católica del Ecuador (PUCE). Por tanto, implica una búsqueda para evidenciar los intereses sociológicos legítimos que existen en su interior, y que se plasman en diferentes elementos objetivos que permiten abordarlo. De esta manera, se intenta responder a la siguiente pregunta: *¿Cómo la disputa entre sentidos particulares respecto a la Sociología define la estructura de relevancia al interior del campo académico específico?*

De su parte, el objetivo principal de este trabajo es comprender los procesos de objetivación de la estructura del campo sociológico de la PUCE, lo cual está determinado por las relaciones de fuerza que se establecen entre las diferentes posiciones en su interior. Para el efecto, la presentación de este estudio se divide en tres secciones que permiten arribar al objetivo buscado. En primer lugar, el desarrollo de un marco teórico permite apropiarse de las herramientas a través de las cuales se

construye el objeto de estudio específico: para este caso, el espacio sociológico de la PUCE. Dentro de esta sección, se efectúa una exposición de la teoría de campos y de las prácticas del sociólogo francés Pierre Bourdieu que, dentro del método del constructivismo-estructuralista, es el lente mediante el cual se aprehende el microcosmos para así estudiarlo con los tres conceptos relacionales que se ponen en marcha a través de esta teoría: campo, habitus y capital. Asimismo, se considera cómo estas herramientas conceptuales se plasman dentro de las dos dinámicas que confluyen en este espacio particular: a saber, lo científico-académico y lo universitario. No se ha separado una sección exclusiva para la discusión metodológica debido a que esta discusión teórica trae aparejado consigo una manera de aproximarse a la realidad social. Con todo, al inicio de las secciones restantes se hacen breves consideraciones respecto a las implicaciones de ciertas decisiones metodológicas que deben ser tomadas en cuenta a fin de reducir los posibles equívocos en esta relación con el objeto de estudio.

En un segundo momento, se realiza una apropiación histórico-estructural con el objetivo específico de dar cuenta de las estructuras objetivas del espacio en donde se lleva a cabo el juego por la definición disciplinar. En este sentido, el interés recae en la realización de un repaso histórico de la institución universitaria dentro de la región y en el territorio ecuatoriano para determinar cuáles han sido las relaciones y prácticas internas, y, de manera relacional, cómo se ha definido socialmente en cuanto a su función. Paralelamente, es menester realizar un recuento de cómo se ha introducido la sociología dentro de la región y el país, visibilizando las relaciones que ha tenido como ciencia con la universidad y con el espacio social global. En consecuencia, puede construirse el sistema de equivalencias y oposiciones que estructuran el campo de la Escuela, y la toma de posiciones que orientan la situación y las preferencias de los agentes que ingresan al mismo. Al mismo tiempo, puede esbozarse cuál ha sido el criterio dominante para definir la sociología en el medio, es decir, como ha sido legítima u oficialmente construida, y los capitales valiosos al interior del campo.

En tercer lugar, se efectúa la construcción de los sistemas de preferencias y de valores – habitus– de los grupos de agentes que se disputan la legitimidad de la definición de la sociología en este espacio particular. Herederos de las disputas al interior de la disciplina entre sentidos diferenciados de la sociología, es posible aprehender, a través de sus testimonios, las propiedades que caracterizan a las diferentes posiciones y cómo cada una de estas caracteriza a las posiciones ‘adversarias’. Esta sección está orientada a satisfacer el objetivo específico de traer sobre la escena las vivencias y sentidos con que cada uno de los actores, individuales o colectivos, representan la sociología y su práctica, y que evidencian disparidades en cuanto a la definición del objeto. De esta

manera, puede develarse los capitales o recursos con que cada uno de los jugadores cuenta al momento de entrar a la disputa por el dominio del campo. Simultáneamente, puede indagarse hacia dónde se están orientando las inversiones posibles de los agentes recién ingresados al espacio, lo cual muestra ciertos indicios acerca de cómo se define socialmente la labor del sociólogo a través de las demandas estudiantiles de formación, por un lado, y, del otro, de las propiedades altamente valoradas dentro del campo y que dotan de legitimidad diferenciada a las posiciones diversas que allí confluyen.

Finalmente, se diagraman ciertas conclusiones que permiten dar cuenta de cómo se está estructurando el juego de la sociología dentro de la Escuela de Sociología y Ciencias Políticas de la PUCE, dinámica que depende tanto de las relaciones internas como de las condiciones externas a la misma pero que influyen su devenir, y de la trayectoria histórica de la disciplina en el medio que, de igual manera, condiciona las posibilidades de orientar el punto de vista oficial de este objeto. Por lo tanto, en este instante debe ponerse en relación los dos momentos que forman parte de la realidad social –tratados respectivamente en la segunda y tercera sección: el componente histórico-estructural debe ser vinculado con las vivencias subjetivas. Esto tiene como objetivo específico visibilizar la relación dialéctica que existe entre los diferentes sentidos particulares respecto al espacio social estudiado y las estructuras objetivas que condicionan la dinámica y la distribución diferenciada de poderes dentro del campo en el marco de transformaciones sociales en proceso, sobre todo dentro de la Educación Superior en Ecuador.

La hipótesis de la que partió esta investigación es la siguiente: la estructuración del campo sociológico de la PUCE está determinada por la particularidad de las relaciones de fuerzas dentro de la estructura jerárquica de posiciones que determina, por correspondencia, una estructura de distribución de beneficios y ventajas asociada a cada una de las posiciones. En otras palabras, el resultado de la disputa por la oficialización otorga a cierto sector, en detrimento de otro, el monopolio del punto de vista legítimo sobre el campo y sus prácticas. Para el caso particular, la disputa por la institucionalización de ‘La Sociología’ legítima u oficial se da entre las dos tendencias sociológicas que funcionan como principio de diferenciación y de pertenencia grupal por el reconocimiento de valores e ideales comunes respecto al quehacer sociológico: la distinción se da entre una sociología con carácter filosófico y político, crítica hacia la ciencia y las prácticas investigativas ‘positivistas’, y otra sociología de tendencia más científica e investigativa, que tiende a dejar de lado tanto la profundización de la discusión filosófica asumiendo la autonomía relativa de la sociología como ciencia, así como la ‘contaminación’ ideológica dentro del quehacer de la ciencia.

La actualidad de las estructuras del campo, en donde puede develarse la dominación temporal, otorga la preeminencia al polo sociológico de tendencia filosófica y política<sup>1</sup>. Hay que mencionar que esta clasificación de diferentes posiciones dentro del espacio social de la Escuela parte especialmente de la visión que los estudiantes se hacen respecto del campo y de los docentes que allí concurren. Por ende, estas distinciones pueden permanecer en estado implícito ante los ojos de algunos docentes.

Cabe hacer algunas advertencias previas que son fundamentales para la realización y la lectura del presente trabajo: en primer lugar, los abordajes científicos del campo propio de la ciencia revisten problemas epistemológicos por la relación de proximidad y de pertenencia con el mismo. El investigador y su práctica son, de manera simultánea, sujeto y objeto de investigación. En este sentido, la objetivación del campo científico requiere de una ruptura que posibilite una justa aproximación que no esté mediada por nociones ideológicas propias de la disputa en el interior del espacio (Bourdieu, 2002: 11). Por ende, no se trata de una simple denuncia anecdótica que terminaría por engrandecer al productor en un movimiento de reducción hacia la polémica, lo cual traería consigo el beneficio de la visibilidad social. Si fuera un trabajo de denuncia, ilustraría que hay una disputa al interior del campo en la búsqueda de una transformación estructural del mismo. En relación con la lectura, debe tenerse en claro que el objeto de este estudio no es polemizar mediante una acción de denuncia que deslegitime diversas posiciones bajo la apariencia de científicidad que un trabajo como estos requiere comportar. Por el contrario, la intención es explicar-comprender el juego académico y las pasiones allí invertidas para generar un conocimiento adecuado del campo estudiado. En consecuencia, evitar una lectura de denuncia conduce a no asumir de antemano una postura de ‘persecución subjetiva’ que deje de lado el marco explicativo del campo.

Y, segundo, en referencia a la sección en donde se reconstruyen ciertos elementos del habitus de los agentes concurrentes en el campo, la exposición remite principalmente a las percepciones que los diferentes actores tienen respecto de la sociología y su práctica. En este sentido, y tras la realización de diferentes entrevistas para recoger estas percepciones, se ha optado por presentar con la mayor fidelidad posible las expresiones utilizadas por los individuos entrevistados. Relacionado con esto, debe continuamente tomarse en cuenta que lo allí expuesto atiende al sentido común albergado en el habitus. Dicho de otra manera, las definiciones que se movilizan en lo enunciado por parte de los agentes no implican necesariamente una reflexión profunda de diferentes

---

<sup>1</sup> Sin embargo, como se verá en las conclusiones, esta hipótesis es también producto del sentido común propio del campo y de la disputa que enmarca su dinámica. Si bien visibiliza una oposición en cuanto a los sentidos con que se define la sociología en la Escuela, esta perspectiva conduce a visiones muy estereotipadas de los agentes que en estos polos se sitúan y, a la vez, oculta posiciones intermedias que son actores fundamentales en el juego.

aspectos de la sociología. Por lo tanto, durante esta sección podrían encontrarse diferentes definiciones que aparecen más como estereotipos –que responden a este sentido práctico que se pone en acción dentro de la relación de entrevista– que como conceptos altamente trabajados o profundizados en términos científicos.

Para finalizar esta introducción, aparece como necesario exponer la posición del autor de este trabajo dentro del espectro de sentidos que puede otorgarse a la sociología y su práctica, lo que abre espacio a la referencia personal. Esto es favorable en tanto permite conocer al lector la ubicación desde la cual se realizó este trabajo. Aunque, de manera ideal, todos los condicionamientos asociados a la posición ocupada deben ser dejados de lado para favorecer una lectura ‘objetiva’ del objeto estudiado en un proceso de ruptura con el sentido común por el cual los agentes vinculados al espacio y su juego –entre ellos el sujeto que realiza la investigación– se guían en el mismo. En este sentido, y como autor de la presente investigación, defiende como válida y legítima una sociología como una especie de ciencia ‘pura’. Es decir, desligándose de otro interés que no sea la satisfacción de criterios científicos, entiendo que la sociología debe guiarse a través de la premisa de ‘el conocimiento por el conocimiento’. Por lo tanto, la perspectiva asumida por mi persona, es decir, por el sujeto de investigación, me acerca a la normatividad científica, poniendo especial énfasis en la distancia entre posiciones político-ideológicas y el trabajo científico. Al mismo tiempo, la postura que asumo desliga la necesidad de otorgar a la sociología y a su producción de saberes de cualquier utilidad práctica-política posterior. Por ende, es una posición que está muy cercana a la idea de la ‘intelectualidad’ y su práctica en todo lo que ella tiene de científica, de desinteresada y de cierta forma universal, no en el sentido político de lucha por diferentes ideales particulares: por ejemplo, el socialismo o ecologismo. De esta manera, mi ubicación en el espacio podría oscilar entre posiciones intermedias entre los polos filosófico y científico de la sociología en la Escuela –así como con sus gustos– y tomando relativa distancia respecto de aquellos que imponen un sentido político sobre la disciplina.

Abordado este tema de la posición ocupada dentro del espacio, es interesante señalar cómo la vivencia dentro del espacio social ampliado y dentro del campo específico de la sociología van generando una predisposición hacia determinadas preferencias en lugar de otras. Personalmente, una experiencia de intercambio universitario realizada en Chile permite contrastar dos diferentes formas de pensar la sociología: una tradición con mayor apego por y con seriedad en lo que respecta al desarrollo académico como la chilena, y otra con mayor cercanía con ese rol político y con la filosofía tal como podría definirse la disciplina en la PUCE. Vale mencionar que este contraste de

perspectivas respecto de la sociología a partir de dicha experiencia instaló la preocupación de pensar cómo se está definiendo la sociología dentro de nuestro espacio de formación. Volviendo sobre el tema, durante el recorrido formativo uno incorpora diferentes elementos que van constituyendo su habitus sociológico: la asumida defensa de ciertos valores del dominio científico puede entenderse, entre otras cosas, por la influencia de la obra de Bourdieu. Dentro del trabajo del sociólogo francés, hay una tendencia a reivindicar y valorar la autonomía del campo científico en relación con otros campos: por ejemplo, el campo político y sus demandas no deben interferir en el campo de la ciencia, mientras que la ciencia y su producción aparecen como fundamento para que la política pueda orientarse a través de una racionalidad plena. Esto puede contrastar con la realidad de los países latinoamericanos, donde la ciencia y sus prácticas han estado fuertemente dominadas por criterios políticos. Así, hablar de un campo científico autónomo dentro del contexto regional es una posición que puede conducir a ciertos equívocos en la lectura del papel de la sociología en nuestros países. Sin embargo, como 'bandera de lucha' dentro del espacio sociológico tendría la misma 'legitimidad' que el resto de posiciones, pese a su aparente inadecuación. Siendo consciente de esta posición, es importante romper con el interés producto de la misma para no caer nuevamente dentro de las dicotomías y preferencias que orientan las acciones propias de la disputa del espacio, puesto que esta reintroducción conduciría esta labor por los intereses asociados a la batalla por definir qué sociología debe primar en la Escuela.

## CAPÍTULO I

### MARCO TEÓRICO

La aproximación desde la *teoría de campos y de las prácticas* hacia los espacios académicos surge en el contexto de una sociología que se centra en la comprensión de lo microsocioal como capacidad de aprehensión de propiedades estructurales que permitan comprender las diferentes posibilidades de lo social. Para dar cuenta de esta perspectiva teórica, es necesario abordar de manera relacional las herramientas conceptuales y metodológicas planteadas para el abordaje de los campos sociales: *campo*, *habitus* y *capital*; y cómo estos determinan las posibilidades prácticas de los agentes (Bourdieu & Wacquant, 2008). De esta manera, puede ponerse de manifiesto algunas de las propiedades pertinentes que favorezcan la explicación de los campos propiamente académico-universitarios. Vale destacar que estas herramientas conceptuales permitirán construir el espacio de la Escuela de Sociología y Ciencias Políticas de la PUCE, por lo cual sería un equívoco trasladar junto con estas categorías conceptuales las realidades sobre las cuales fueron construidas. En este sentido, las aproximaciones de Bourdieu a los campos académico-universitarios hacen referencia a una realidad particular que es la institución universitaria francesa bajo determinadas condiciones históricas. No puede pensarse que las universidades latinoamericanas mantienen las mismas características que la academia francesa, pues los conflictos que en esta última se desarrollan contienen particularidades y disputas propias del espacio. No obstante, las herramientas conceptuales con las que se han realizado diferentes reflexiones sobre el campo académico-universitario francés pueden orientar la lectura de espacios latinoamericanos que, si bien contienen especificidades propias del terreno de disputa, estructuralmente tiene semejanzas en cuanto a las oposiciones que los determinan. Hay que sumar a esto que las líneas de investigación y de reflexión de la universidad latinoamericana sobre sí misma han seguido otros enfoques e intereses que comprender sus relaciones y dinámicas internas. En conclusión, no es equívoco abordar una realidad particular con unas herramientas conceptuales que provienen de otras latitudes, pues el trabajo científico se mueve generalmente por analogías y generalizaciones que permiten comprender diferentes fenómenos en aquello que tienen en común. Ahora bien, debe existir una continua vigilancia para no introducir problemas ajenos al campo que es objeto de estudio de este trabajo, pues si bien se tratan de hechos sociales análogos, guardan particularidades que no deben dejarse de lado: para el efecto, en la segunda sección se consideran las particularidades de los espacios académicos latinoamericanos.

## 1.1. *Teoría de campos y de las prácticas*

### 1.1.1. **Campo**

La noción de *campo* deriva del método de pensamiento estructuralista, donde los elementos del conjunto sistémico adquieren sentido y función dentro del entramado de relaciones que conforman entre los mismos. Es un:

... conjunto de posiciones distintas y coexistentes, exteriores las unas de las otras, definidas las unas en relación con las otras, por relaciones de proximidad, de vecindad o de alejamiento y también por relaciones de orden como debajo, encima y entre (Bourdieu, 2008: 30).

Debe concebirse los campos como un hecho histórico que, a pesar de las invariantes estructurales, mantiene especificidades en relación con las condiciones particulares de cada caso. Por lo tanto, los elementos constitutivos de los campos deben ser comprendidos en su valor relacional, atendiendo a las determinaciones espacio-temporales que configuran variadas posibilidades, sentidos y significados dentro de un *sistema de diferencias relacionales* establecidas en su interior.

Los campos son espacios que están en juego. En efecto, se trata de:

... una construcción social arbitraria y artificial, un artefacto que se invoca como tal en todo lo que define su autonomía, reglas explícitas y específicas, espacio y tiempo estrictamente delimitados y extraordinarios, y la entrada en el juego adquiere la forma de un cuasi contrato que a veces es explícitamente evocado (...) o expresamente recordado a aquellos que 'se meten en el juego' al punto de olvidar que se trata de un juego (Bourdieu, 2007a: 108).

Espacio de posiciones diferenciadas, es el lugar de la disputa por la imposición de criterios legítimos de funcionamiento. Este proceso de institucionalización comporta la dominación de unos sobre prácticas y representaciones oficiales en el espacio, respondiendo cada campo a una estructura de dominantes/dominados que mantiene correspondencia con la estructura de distribución de capitales con distintos grados de eficiencia en tanto garantía de juego para sus detentores. Debe destacarse que cada uno de los campos, definidos por funciones específicas y la autonomía relativa respecto al espacio ampliado de poder, tiene capitales que son más adecuados de ser utilizados. En este sentido, hay individuos que, por sus trayectorias sociales particulares, han incorporado los recursos necesarios para formar parte de la disputa, estando dispuestos en mayor medida que aquellos que han apropiado elementos eficientes para otros espacios.

En síntesis, el campo es las condiciones objetivas de diferentes espacios que, producto de disputas pasadas, determina posiciones susceptibles de ocupación por parte de agentes con ciertas características requeridas para una adecuación satisfactoria a las exigencias del microcosmos. Espacio de juego por la dominación, es el marco de las inversiones posibles y razonables que cada uno de los agentes adheridos a la creencia por lo que está en juego *–enjeux–* puede poner en práctica. Sin embargo, estos criterios no son definidos de una vez y para siempre, pese a la institucionalización del principio de diferenciación que aparece como ‘natural’ para quienes son poseídos por el juego, sino que pueden modificarse por cambios en las condiciones del juego y sus relaciones de fuerza.

En los campos sociales, la entrada no remite a un acto consciente, formándose una relación más incondicional por el desconocimiento de sí que implica ocupar una posición. El aprendizaje del juego se da en un proceso dialéctico donde uno se conduce hacia aquello para lo que fue inculcado y dispuesto, asegurándose los campos de agentes dotados de un *habitus* apropiado a su funcionamiento. Por lo tanto, la adhesión a la creencia en el campo se da por la posibilidad de participación de su juego en la admisión de los recursos poseídos como apropiados para ingresar. Al contrario, todos aquellos que puedan llegar a alterar o destruir el juego son excluidos sistemáticamente por diferentes mecanismos de selección que operan en la reproducción del campo. Por último, esta selección y la formación de agentes del campo favorecen una adhesión de creencia originaria en el campo, no cuestionando todo aquello que estuvo, está y estará ‘dado por sentado’.

### **1.1.2. Habitus**

Por su parte, el *habitus* es aquello que, incorporado por los agentes sociales en sus diferentes trayectorias, dispone y acredita el ingreso al juego. Hace referencia a los:

... sistemas de disposiciones duraderas y transferibles, estructuras estructuradas predispuestas a funcionar como estructuras estructurantes, es decir, como principios generadores y organizadores de prácticas y de representaciones que pueden ser objetivamente adaptadas a su meta sin suponer el propósito consciente de ciertos fines ni el dominio expreso de las operaciones necesarias para alcanzarlos, objetivamente ‘reguladas’ y ‘regulares’ sin ser para nada el producto de la obediencia a determinadas reglas, y, por todo ello, colectivamente orquestadas sin ser el producto de la acción organizadora de un director de orquesta (Bourdieu, 2007a: 86).

Supone la puesta en marcha de disposiciones en tanto respuestas pertinentes a determinadas incitaciones de la realidad en base a recursos adquiridos mediante procesos de incorporación por

inculcación. El agente se enfrenta a un *mundo práctico de fines ya realizados* que se determinan por el sistema de percepción, pensamiento y acción a través del cual aprehende el mundo social. En este sentido, el sistema define ‘lo posible’ y ‘lo imposible’ en un proceso de adecuación a las exigencias de cada campo: son *anticipaciones del habitus* sustentadas en la experiencia primaria de lo familiar que modela la *estructura del habitus*, generando prácticas a través de principios de solución almacenados en el ‘sentido común’ o el ‘sentido práctico’. Por lo tanto, el habitus favorece la presencia activa del pasado incorporado en esquemas de pensamiento y acción, garantizando una continuidad práctica mediante la reactivación del sentido instituido que va siempre acompañada de revisiones en función de las particularidades de las nuevas condiciones de aplicación. Es un principio generador de prácticas con *libertad condicionada y condicional*, es decir que puede generar una infinidad de prácticas dentro de los límites inherentes de las condiciones particulares de producción.

Las condiciones de existencia homogéneas conducen a la producción de habitus grupales que facilitan las prácticas objetivamente concordadas sin la necesidad de un cálculo estratégico premeditado o de una referencia normativa conscientemente dominada. Así, los miembros de determinada clase tienen mayores posibilidades de afrontar situaciones más apropiadas a sí mismos que quienes pertenecen a otras. Para Bourdieu, el *habitus de clase*<sup>2</sup> es un:

... sistema subjetivo pero no individual de estructuras interiorizadas, esquemas conocidos de percepción, de concepción y de acción, que constituyen la condición de toda objetivación y de toda aperccepción, y funda la concertación objetiva de las prácticas y la unicidad de la visión del mundo en la impersonalidad y la sustituibilidad perfecta de las prácticas y de las visiones singulares (2007a: 98).

Son variantes estructurales basadas en diferentes trayectorias sociales que expresan particularidades de la posición de cada una de las clases realmente existentes. A partir de aquello, se configura un *estilo de clase* que mantiene las experiencias primarias singulares y ordenadas, mismas que son irreductibles a otras. Allí, el peso de la experiencia primitiva, que influye en el *sistema de preferencias*, genera una tendencia a la constancia y defensa del habitus contra el cambio a través de la selección de la nueva información, operando el rechazo de aquello que cuestione la recursividad

---

<sup>2</sup>La posibilidad de constitución de clases teóricas homogéneas desde esta perspectiva no debe conducir al equívoco de confundir las clases reales con las clases teóricas. El modelo propuesto define cercanías y distancias en base a disposiciones, propiedades y gustos, tratándose de posibilidades efectivas de unidad bajo determinadas condiciones que podrían provocar la unión de los antagónicos mediante objetivos comunes –por ejemplo, ecologismos que congregan tanto a burgueses como a proletarios. En este sentido, difiere de la constitución de clases teóricas propuesta por el marxismo, la cual percibe como clase a un grupo movilizado por objetivos comunes en el marco de un enfrentamiento con una clase totalmente antagónica (véase «Espacio social y espacio simbólico. Introducción a una lectura japonesa de “La Distinción”»; en Bourdieu, 2008).

acumulada y favoreciendo la exposición hacia aquello que la refuerce. Así, asegura cobertura ante las crisis y los cuestionamientos al favorecer un medio adaptado a sus disposiciones, es decir que favorece la permanencia de condiciones sociales apropiadas para su desenvolvimiento en tanto dominio práctico del mundo: las estrategias tienden a reproducir las estructuras objetivas que las producen, estando determinadas por condiciones pasadas de producción que se encuentran en su principio de producción. En consecuencia, el habitus implica la presencia del pasado en una falsa anticipación del porvenir que queda evidenciada en el desajuste entre las disposiciones subjetivas y las probabilidades objetivas en el alejamiento del entorno de producción al que está objetivamente ajustado.

En suma, en el habitus reside el ‘mundo del sentido común’, funcionando como principio generador de prácticas que favorece el ahorro intencional de la producción y el desciframiento práctico por una adecuación estructural a lo exigido. Simultáneamente, opera distinciones por la aplicación de principios de visión y de división diferenciados. En este sentido, el habitus genera espacios paralelos de tomas de posición por la mediación de disposiciones almacenadas y reactivadas por las condiciones del juego. Así, se produce una correspondencia entre los agentes que ocupan determinada posición con un conjunto sistemático de bienes y propiedades afines a su unidad de estilo.

### **1.1.3. Lógica de las prácticas**

El habitus genera prácticas, las cuales se caracterizan por la vaguedad y la incertidumbre de tener como principio esquemas que varían según la lógica situacional: guiadas por sentidos de compatibilidades e incompatibilidades, aprehenden el mismo objeto de maneras diferentes u objetos diferentes de maneras idénticas. Los agentes se conducen en función de una *comprensión práctica de equivalencia global*, aplicando el sentido práctico de manera aproximativa ante diferentes situaciones que activan los esquemas de percepción y acción. Pero, tan solo los individuos que estén poseídos por la lógica del campo están en capacidad de dominar su lógica práctica –lo cual no implica la maestría simbólica del procedimiento en tanto la adquisición se da por familiarización sin conciencia de esta. Por lo tanto, es a partir de la práctica recurrente que se realiza el aprendizaje práctico que posibilita la realización de acciones y pensamientos ‘sensatos’ en relación con determinado momento.

Es propio de la práctica enfrentarse con la urgencia de mundo, no pudiendo distanciarse de la realidad como lo hace el espectador. Por esta razón, necesita de la familiaridad con lo que allí sucede a fin de poder existir de manera práctica. Los agentes producen estrategias engendradas por principios implícitos del habitus que, en su relación con el campo, delimitan el espacio de estrategias posibles mediante operaciones de evaluación de la pertinencia en función de la posición ocupada en la estructura.

Cabe resaltar que están determinadas por relaciones de *interés* dentro de la economía de intercambios del campo específico, direccionándose a la maximización del beneficio por la realización del menor gasto posible. Atrapado por el juego, el agente no vive la experiencia como un sin-sentido o como una arbitrariedad, pese a la concesión socialmente acordada del estatus de dignas a ciertas prácticas en detrimento de otras. Al contrario, es propio de la lógica de la práctica la familiaridad con el mundo y con sus símbolos, forjando un conocimiento docto que mantiene las distinciones en la indeterminación. De esta manera, la práctica ordinaria es guiada por un sentimiento de lo contrario que puede asumir una infinidad de relaciones de oposición definidas por los intereses prácticos de quién lo aplica.

Respecto al interés inherente a la práctica, su lógica existe en y para *usos oficiales* y *usos oficiosos* de agentes que buscan perdurar a la vez que satisfacen intereses con los que están comprometidos. En este sentido, quien está envuelto por el juego observa a través de intereses particulares ligados a una situación específica –lo cual le impide la comprensión de la totalidad. Además, guarda una relación de creencia con normas y valores simbolizados en la práctica, asumiéndolos como axiomas sin reflexión alguna. Es inherente al conocimiento práctico el carácter parcial e interesado que implica el participar del campo desde una posición cualquiera que se compromete con el juego que en este se lleva a cabo.

En relación con el habitus, las prácticas se realizan en su ejecución, no teniendo una esencia que las anteceda. Se redefinen siempre en la actualización de los esquemas de percepción, acción y pensamiento reactivados por estímulos: cobran sentido y función en la dialéctica entre la intención de objetivación y la intención objetivada, aplicando principios prácticos a cada nueva situación que permite generar soluciones prácticas con nuevas intencionalidades. Así, las prácticas se explican por el vínculo entre las condiciones sociales de producción del habitus y las condiciones sociales de su operación de generación de sentido práctico. Este sentido práctico es el *sentido del juego* donde se entrecruzan el habitus y el campo, posibilitando la falsa anticipación inscrita en el funcionamiento del espacio. Contiene, simultáneamente, sentido subjetivo en el reconocimiento de aquello que está en juego por adhesión a la creencia, y sentido objetivo en tanto la economía del campo determina las prácticas sensatas para los agentes dotados del sentido del juego.

La creencia que implica el sentido del juego por la adhesión al campo es incorporada por los diferentes agentes concurrentes. Es decir, es un *estado de cuerpo* en donde la creencia es la adhesión del habitus a un campo acorde a la experiencia que este presupone y busca. El “cuerpo cree en aquello a lo que juega”, siendo el habitus una especie de memoria que se reactiva ante diferentes situaciones que requieren de su aplicación práctica, por lo que contiene ciertos imperativos que funcionan como principio

de diferenciación y producción de prácticas apropiadas a la finalidad del espacio (Bourdieu, 2007a: 118). En consecuencia, el cuerpo, guiado por el habitus, realiza la mitología política –sistema de oposiciones y valores de cada campo– en sus desplazamientos, volviéndola disposición permanente en tanto modos de ser y estar en el mundo. La eficacia simbólica de los principios de cada campo se evidencia en la retraducción práctica en movimientos y gestos presupuestados que refuerza la lógica del funcionamiento del espacio mediante la idea de tareas destinadas, las cuales afianzan la creencia en la clasificación de sus estructuras al ser percibida como ‘naturales’. De esta manera, se naturalizan las oposiciones sociales fundamentales a través del cuerpo, operador analógico que instauro equivalencias prácticas entre divisiones de mundo social, con significaciones y valores asociados a individuos con posiciones determinadas: el habitus y el cuerpo son “una metáfora del mundo de los objetos, que es él mismo un círculo infinito de metáforas que se corresponden entre sí” (Bourdieu, 2007a: 125).

A diferencia del tiempo homogéneo de la ciencia, el tiempo de la práctica pertenece a espacios con ritmos particulares de duración. Así, cada campo se vincula a tiempos y lugares que responden a trayectorias históricas diferenciadas que dependen de su funcionamiento. Como resultado, se producen y utilizan principios de división en diferentes momentos, generando significaciones de niveles distintos de utilización y producción. Sin embargo, existe una *economía de la lógica*, en la cual la lógica práctica produce un bloque integral de pensamientos, acciones y percepciones derivados de principios generadores estrechamente vinculados: los sistemas simbólicos adquieren coherencia práctica mediante el sacrificio de lo riguroso ante lo simple y lo general que orienta prácticas por principios cómodos de una lógica económica e irreflexiva. No se moviliza más lógica de la *prácticamente* necesaria, quedando el elemento constitutivo del principio diferenciador de clase implícito en cada una de las relaciones prácticas con diversas situaciones. De esta manera, y pese al cierre sobre sí mismos, los universos de sentido que corresponden a cada campo se encuentran objetivamente ajustados al ser producto de un sistema integrado de principios generadores. En otras palabras, la abstracción incierta y las semejanzas globales favorecen la economía lógica en la aplicación de un sistema de principios a diferentes realidades, sustentado en la sustitución práctica por medio de equivalencias operadas por el habitus.

El dominio práctico evidencia que los agentes dominan el esquema generador de las prácticas correctas con relación a funciones prácticas objetivamente demandadas: la búsqueda del resultado y la maximización del beneficio con ahorro de esfuerzos subordinan al retorno reflexivo sobre la acción llevada a cabo. La lógica práctica excluye el interés formal de la *lógica lógica* que se le opone, estando atrapada por el juego e imposibilitando la aprehensión consciente de los principios generadores. Por lo tanto, no debe tratarse a los agentes como individuos lógicos con manejo discursivo, pues el discurso

oculta el elemento constitutivo de la práctica que es su operación dirigida a satisfacer funciones prácticas. Las clasificaciones prácticas son adquiridas y puestas en funcionamiento en estado práctico, no requiriéndose su representación explícita. Su eficacia estructurante reside en el hecho de ser estructuradas de manera coherente por la aplicación de un mismo habitus, el cual reproduce las estructuras que lo producen de manera modificada e irreconocible en un sistema de relaciones simbólicas. Así, las acciones del mundo son dominadas por la necesidad de supervivencia, éxito y perdurabilidad, orientándose por fines prácticos urgentes alejados de la intencionalidad consciente.

Las prácticas encuentran sentido dentro de un orden de sucesiones constituido por la *incertidumbre* de la interacción que se encuentra en el origen de diversas estrategias. En este sentido, todo intercambio de dones –capitales– implica la posibilidad de sucesión o retorno en relación con el reconocimiento del otro agente: producto de ciertos principios generadores que se combinan, son series sucesivas que dependen del:

... funcionamiento del habitus y la lógica de la práctica que procede por series de opciones irreversibles, efectuadas en la urgencia y a menudo con mucho en juego (...) en respuesta a otras opciones que obedecen la misma lógica (Bourdieu, 2007a: 161).

La particularidad de la lógica práctica es la imposibilidad de determinación de principios racionales de acción, careciendo de coherencia estricta que se evidencia en la variación de sanción por la aplicación de esquemas imprecisos y casi nunca enunciados que guían la evaluación práctica. A partir de esta no apropiación teórica de los esquemas, los agentes apelan al lenguaje ambiguo de la *regla* para explicar una práctica que obedece a principios diferentes, disimulando al mismo tiempo el dominio práctico. Contrariamente, el motor de los intercambios es el *sentido práctico*, disposición colectivamente inculcada y exigida que se inscribe en el cuerpo, el lenguaje y el pensamiento. Este permite al individuo apreciar en determinado sentido la situación, produciendo respuestas adecuadas e inmediatas mediante una maestría imprecisamente adquirida. De esta manera, por la imposición social de criterios, ‘se hace creer’ la legitimidad de la definición situacional efectuada y de la respuesta otorgada a la misma.

La respuesta es la verdad ‘subjetiva’ de la reciprocidad del intercambio, verdad ‘objetiva’ desconocida por los agentes. Esta reacción a determinadas condiciones relacionales introduce un *intervalo de tiempo* que muestra la irreversibilidad de la acción representada por el desinterés de las partes –la denuncia de interés impone la amenaza de la reversibilidad. El tiempo autoriza el disimulo colectivo del interés necesario al funcionamiento del intercambio, contribuyendo los jugadores al desconocimiento social de la verdad ‘objetiva’ en base a una diversidad de inversiones prácticas. Simultáneamente, se

instaura una relación de poder sustentada en la prestación de capitales que deben ser, tarde o temprano, retribuidos por el deudor. En este aspecto, la maestría práctica ofrece ventajas a sus detentores en tanto pueden jugar con las ambigüedades recursivas para engendrar acciones percibidas como pertinentes ante situaciones igualmente indeterminadas, produciendo condiciones favorables al despliegue de su capital.

Intermediando entre la verdad ‘objetiva’ y la verdad ‘subjetiva’, se encuentra la *norma oficial*, la cual favorece el disimulo discursivo de la primera. Las representaciones oficiales son objetivaciones de esquemas socialmente legitimados en cosas, palabras o prácticas que hacen parte de una intención reconocida. Desconociendo la verdad de la práctica, el habitus se inclina a reconocer las expresiones que el mismo reconoce y produce por la adecuación retórica a lo públicamente autorizado. Por lo tanto, se opera la *oficialización*:

... proceso por el cual el grupo (...) se enseña, y enmascara su propia verdad ligándose por medio de una profesión pública que legitima e impone lo que anuncia, definiendo tácitamente los límites de lo pensable y de lo impensable y contribuyendo así al mantenimiento del orden social del que obtiene su poder (Bourdieu, 2007a: 172-173).

Especie de habitus cultivado, las reglas oficiales adquieren eficacia en el interés de *estar en regla*, principio de estrategias que oculta intereses particulares tras la apariencia del reconocimiento colectivo de valores y normas cuyo cumplimiento deriva en la satisfacción de este interés y, primordialmente, en la acumulación de prestigio. A su vez, las estrategias de oficialización apuntan a presentar como intereses universales y desinteresados a los intereses particulares, acción política de manipulación de la definición individual para aproximarla a la definición colectiva. Por consiguiente, lo que está en juego en los campos es la representación oficial del espacio, siendo la apropiación del lenguaje de los concurrentes una apropiación del poder de acción sobre el grupo por el poder de performatividad que se impone a sí mismo a través del lenguaje oficial, autorizado por el grupo y eficaz por ello.

#### **1.1.4. Capital simbólico y especies de capital**

En los intercambios, el intervalo de tiempo instituido suspende temporalmente la *ley del interés*. De esta manera, la institucionalización de la obligación instaura relaciones perdurables de reciprocidad y dominación. Pero, este interés no es tan solo el interés capitalista del ‘frío pago al contado’. El análisis de dinámicas no necesariamente ligadas a intereses propiamente económicos obliga a romper con esta visión que transforma otras formas de interés en la irracionalidad y el sin sentido. “El economicismo es una forma de etnocentrismo” en donde se ignora toda acción económica que se niegue a reconocer explícitamente los fines económicos a los que objetivamente se orienta (Bourdieu, 2007a: 180). Estas

*economías de 'buena fe'* son encarnadas por los hombres de buena fe que se disponen a formar relaciones fundamentadas en la confianza, las cuales se instauran con mayor facilidad entre individuos cercanos en la distribución espacial según distintos criterios. Una de las particularidades de estas transacciones es la puesta en juego del *honor* de la persona: el *capital simbólico*, recurso de negociación que garantiza acuerdos no monetarios, es:

... una propiedad cualquiera, fuerza física, riqueza, valor guerrero, que, percibida por unos agentes sociales dotados de las categorías de percepción y de valoración que permiten percibirla, conocerla y reconocerla, se vuelve simbólicamente eficiente, como una verdadera fuerza mágica: una propiedad que, porque responde a unas 'expectativas colectivas', socialmente constituidas, a unas creencias, ejerce una especie de acción a distancia, sin contacto físico (Bourdieu, 2007c: 172-173).

Las economías que rehúsan a reconocer la verdad 'objetiva' de las prácticas propiamente económicas hacen actuar de manera eficiente al capital económico a través de su mutación socialmente reconocida en capital simbólico. Este es un *capital negado como tal*, pero reconocido como legítimo por los participantes del campo, siendo la única forma de acumulación frente al desconocimiento de lo propiamente económico. Por lo tanto, su posesión asegura ventajas a sus propietarios, pues:

... aporta (...) la red de aliados y de relaciones a las que uno sostiene (y por los que uno se sostiene) a través del conjunto de los compromisos y las deudas de honor, de los derechos y los deberes acumulados en el curso de las generaciones sucesivas y que puede ser movilizado en circunstancias extraordinarias (Bourdieu, 2007a: 189).

Hay que resaltar que el capital simbólico es inseparable del capital económico, siendo la exhibición de la fuerza material y simbólica de los aliados prestigiosos un aporte para la obtención de beneficios materiales. La función en este entramado del capital simbólico es la de valorarse en tanto *crédito* fundamentado en la confianza del reconocimiento como 'hombre de honor'. En consecuencia, la acreditación es generada por la creencia del grupo que reconoce la cercanía del individuo respecto a normas y valores en los cuales se reconoce como colectivo, acarreando consigo los beneficios que implica la legitimidad, a saber, que 'el capital vaya al capital'.

Para mantener este crédito, el capital simbólico debe mantenerse al recaudo de la sospecha de aquellos que buscan deslegitimarlo. De ser efectivas estas estrategias de descrédito, el grupo retira su confianza sobre el individuo, la cual será desplazada para constituir la honorabilidad de otro. Ante esta

posibilidad, se desarrollan *estrategias de defensa del capital simbólico*, interés de conservación que surge de la adhesión tácita a la creencia del orden económico del campo, distribución de capitales que otorga mayor valía y dignidad a ciertos bienes y actos. Debido a la armonía entre las disposiciones de los agentes al juego y las regularidades objetivas que las producen, la pertenencia al espacio implica el reconocimiento de lo que está en juego, desconociendo por tanto la arbitrariedad del valor conferido a los diferentes objetos y prácticas. Así, todas las inversiones realizadas surgen de la adhesión a la creencia que refuerza la ilusión del valor ‘natural’ de las cosas.

Esta aproximación permite visibilizar que existen cosas en juego que no son materiales y que mantienen una dificultad de cuantificación como tales. Sin embargo, estas también se orientan a la maximización del beneficio simbólico y material. En este marco, nos encontramos ante diferentes *especies de capital acumulado*<sup>3</sup> que no deben ser abordadas desde la dicotomía entre ‘lo económico’ y ‘lo no-económico’. Estos, se encuentran en relaciones de equivalencia entre sí, permitiendo su convertibilidad. Pero, cada uno de estos tiene efectos específicos y funciona en campos específicos (Di Cione, 2006: 4-5). Todos estos confluyen en el capital simbólico por actos de reconocimiento de la valía de los mismos por la concordancia de subjetividades dotadas de recursos que facilitan su pertenencia a determinadas estructuras. Como resultado de este reconocimiento, se constituye la *autoridad política* del espacio por la asimetría distributiva de capitales entre las diferentes posiciones y sus ocupantes, fundando relaciones de dependencia entre los diversos grupos que aparentan el carácter de moralidad por la legitimidad de un particular sistema de valores y normas que otorga la plusvalía simbólica que encubre relaciones desiguales de fuerza: son ciclos de consagración que transforman la arbitrariedad en legitimidad y las diferencias de hecho en distinciones oficialmente reconocidas.

Este reconocimiento de la posesión de propiedades legítimas como ‘don’ permite satisfacer intereses bajo la forma del desinterés. Simultáneamente a la instauración de relaciones de dominación, se instala la *violencia simbólica*, que es una “violencia censurada y eufemizada, es decir irreconocible y reconocida” (Bourdieu, 2007a: 203). Esta se vuelve el modo de dominación más económico en tanto se adecua a las propias dinámicas sistémicas de legitimación y oficialización que conceden fuerza material y simbólica a unos para movilizar los recursos del campo a su favor: dota de autoridad a aquellos cercanos a la norma, obligándolos a vivir y revivir constantemente, en la práctica, los valores socialmente acordados.

---

<sup>3</sup> El capital cultural, por ejemplo, acredita la competencia cultural de agentes que han apropiado determinadas propiedades favorables a su visibilización como ‘cultivados’. Este es valorado por la relación objetiva entre el sistema de producción económica y el sistema de productores, en donde el sistema escolar otorga *títulos* que consagran de forma durable la ocupación posicional dentro de la estructura de distribución del capital cultural (véase Bourdieu 2000, 2007a y 2008).

Las estrategias de acumulación de capital simbólico son las más eficaces al acoplarse a los límites propios del espacio social. Estas dependen del grado de objetivación del capital que puede contar con mecanismos institucionalizados que producen relaciones de dominación perdurables sin mediación de la persona. Esta objetivación institucional garantiza la permanencia y la acumulación material y simbólica sin la necesidad de la recreación constante de los medios de dominación del campo, ahorrando esfuerzos para sostener el sitio de privilegio. Además, la apropiación diferencial de beneficios institucionalmente asegurados garantiza también las estructuras de distribución del capital y de las relaciones de dominación y dependencia. Ejemplarizados notoriamente por los *títulos*, estas credenciales oficiales de poder:

... sustituyen las relaciones entre agentes indisociables de las funciones que ellos cumplen y que no pueden perpetuar sino dando la cara, por relaciones estrictamente establecidas y jurídicamente garantizadas entre posiciones reconocidas, definidas por su rango en un espacio relativamente autónomo de posiciones y que existen por su propia existencia, distinta e independiente de sus ocupantes actuales o potenciales, definidos ellos mismos por títulos que (...) les autorizan a ocupar esas posiciones (Bourdieu, 2007a: 213).

Se establecen relaciones de equivalencia entre agentes pretendientes a determinada clase de bienes por la regulación perdurable de la correspondencia legítima de acceso. En consecuencia, se constituye un mercado unificado de capacidades específicas que monetariza los capitales específicos adquiridos por inversiones de tiempo y trabajo, definiéndose valores convencionales, formales y jurídicos. Paralelamente, esta objetivación de credenciales instaaura posiciones permanentes e independientes respecto a individuos, desplazando la dependencia a requerimientos establecidos y universalizados en base al derecho. Así, las relaciones de poder y de dependencia se instauran en la objetividad institucional por títulos socialmente garantizados y puestos socialmente definidos, como también en los mecanismos sociales que les otorgan valor social y los distribuyen entre los individuos.

Por último, el capital simbólico opera como renta de distinción en base a su valor marginal, el cual es reconocido legítimamente al operar la modificación de una arbitrariedad en signo distintivo natural. La disputa por su reconocimiento se da por medio de acercamientos a la clase superior y alejamientos respecto al grupo inmediato inferior, manipulando los agentes a su favor el orden global de preferencias producto de juicios en el mercado de bienes simbólicos. De esta manera, el *prestigio* depende de la capacidad de exclusión y de la 'calidad' de las personas con posibilidad de acceso a determinados bienes. Como consecuencia, el dominio de las clasificaciones de los objetos concede un rendimiento mayor a las inversiones, evitando ser identificado con grupos poco cotizados.

A partir de la institucionalización de credenciales de poder y, por ende, de las estrategias de distinción, se obtiene el control práctico sobre las operaciones fundamentales de la lógica social: la unión y la separación que determina el valor del grupo en razón de su grado de rareza. La representación que los agentes se hacen de su posición y de la de los demás se produce por los esquemas de percepción incorporados en particulares condiciones de existencia dentro del campo. Estos esquemas se sostienen en juicios colectivos que perciben la posición ocupada en la estructura de distribución del campo, siendo el capital simbólico dominante la forma exaltada de la realidad por una percepción encantada de su lugar en el espacio. Sin embargo, esta percepción está siempre asediada por la posibilidad de sanción negativa de estrategias subversivas de adversarios que buscan transformar las estructuras del campo. Por lo tanto, en el campo se realiza una lucha permanente por la definición legítima de los criterios de distribución y clasificación de objetos que favorecen el crédito de agentes que se someten a su preferencia en tanto contienen poder simbólico de distinción por su correspondencia. Además, los estados del campo son equilibrios temporales entre distribuciones y clasificaciones institucionalizadas en donde la lucha por la obtención de rareza que autoriza la imposición del punto de vista legítimo determina la conservación o la subversión del espacio: es decir, la disputa fundamental se da alrededor de la clasificación que sostiene la existencia de clases sociales.

## **1.2. *El campo académico-universitario***

El abordaje de los campos académicos requiere un socioanálisis que dé cuenta de las pasiones académicas, conduciendo a un conocimiento que permita explicar y comprender la operación del juego de 'lo intelectual'. A partir del sentido común de los partícipes, debe indagarse respecto a los rasgos distintivos de los 'poderosos' del campo y del poder que estos detentan por la consideración de los criterios de identificación y clasificación cotidianos del espacio, y de los criterios pertinentes de las prácticas que favorecen a la reproducción de sus estructuras. En consecuencia, la reflexión debe orientarse a distinguir las propiedades institucionalizadas, develando los criterios que definen la existencia unitaria como grupo de intelectuales, y que son propios del reconocimiento práctico orientado por esquemas de percepción de lo legítimo que otorga la pertenencia al espacio. Hay que recalcar que, contrario al sentido común que piensa a los espacios académicos como pacíficos, las clasificaciones en su interior son objeto de disputa entre diferentes posiciones interesadas en imponer como oficial el principio de jerarquización favorable a su dominio: múltiples representaciones y sentidos de 'cientificidad', cada uno producto de condiciones particulares, concurren con el fin de proclamarse como 'verdad' y por el monopolio de la nominación legítima. Tras la objetivación producto de la lucha, cada uno de los agentes percibe la

división desde esquemas asociados a su posición particular, lo que fundamenta nuevas estrategias dirigidas a mejorar la situación de sus miembros, siendo una lucha constante por alcanzar la oficialidad.

La universidad, de manera general, es un espacio disputado por diferentes sectores sociales, los cuales tienen su propia definición de la forma y la función universitaria, que entran en el juego por la oficialización (Khelafoui, 2003). Lo que está en juego en esta institución es fundamental para toda sociedad: el funcionamiento de la estructura de la división social del trabajo y la reproducción del saber socialmente reconocido. Atendiendo a esta disputa, se han determinado diversos modelos universitarios que delimitan las tareas de la universidad en la sociedad: Condorcet y Newman –en 1791 y 1852 respectivamente– recordando la distinción entre la enseñanza y el descubrimiento, otorgaban a la universidad el simple rol de inculcación, dejando la tarea de investigación a la academia en la división del trabajo intelectual. Según Newman, “los más grandes pensadores (...) eran hombres distraídos llenos de idiosincrasias. Ellos han huido más o menos las salas de cursos y las escuelas públicas” (Gingras, 2003: 4). El profesor universitario se definía por la enseñanza, siendo su reconocimiento otorgado por los estudiantes y por la institución a la que pertenece. Por su parte, los investigadores se definían por la comunidad científica de la que hacían parte, siendo reconocido por sus pares-concurrentes entre quienes circulaba su trabajo.

Al contrario, en 1810 Wilhelm von Humboldt (1979) negó dicha oposición y combinó las tareas de enseñanza e investigación dentro de la misma institución: la universidad podía favorecer el desarrollo científico por la relación complementaria entre la enseñanza con reflexión y la investigación que esta generaba. Como consecuencia, puede encontrarse la distinción entre profesores que tienden a la investigación, y aquellos que tienden a privilegiar la enseñanza, generándose conflictos por imponer el sentido universitario. Las tensiones se generan frecuentemente por el privilegio institucional de ingreso y promoción sobre las actividades de investigación, concentrando los beneficios quienes han incorporado los instrumentos necesarios para desenvolverse en esa área.

### **1.2.1. Estructura de posiciones del campo académico-universitario**

Los profesores universitarios ocupan posiciones dominadas dentro del polo del campo ampliado de poder, oponiéndose en este a los detentores de mayor capital económico. Sin embargo, ostentan capital cultural, lo cual les permite ocupar una posición temporalmente dominante en el campo de la producción cultural sustentada en *títulos* que garantizan su saber especializado y técnico. De esta manera, el campo universitario toma distancia tanto del campo de poder económico y político por su ideal de práctica política, como del campo intelectual por la profesionalización y especialización metodológica que lo aleja

de la crítica. De todas formas, “el campo universitario reproduce en su estructura el campo de poder cuya estructura contribuye a reproducir por su propia acción de selección e inculcación” (Bourdieu, 2002: 61).

En su interior, la jerarquía de facultades<sup>4</sup> expresa la oposición entre dominantes y dominados propia del principio de diferenciación que opone al capital cultural heredado y al capital científico. Principios antagónicos de dominación política y cultural, delimitan estilos diferenciados en cuanto a las prácticas científico-universitarias y fuera de ellas por los fundamentos diversos que las originan: culturales, económicos, éticos, políticos, religiosos, etc. Como resultado de esta diferenciación, puede distinguirse a su vez la adhesión práctica por dos tipos de posiciones opuestas: por un lado, el ‘gusto por el orden’ instalado por la seriedad respecto a la creencia temporalmente dominante, y, del otro, un ‘distanciamiento’ de rechazo al orden y a las prácticas que se vinculan con su mantenimiento.

Pese a la dependencia del campo universitario respecto al campo de poder, su juego se lleva a cabo por especificidades lógicas del sentido de su conflicto: la autonomía de los criterios internos de éxito genera una oposición entre *facultades socialmente dominantes pero científicamente dominadas*, y *facultades científicamente dominantes pero socialmente dominadas*. En esta dicotomía entra en juego otra especie de capital relevante dentro de las posibilidades que otorga a sus detentores: el *capital social*, favorecido muchas veces por el tiempo de pertenencia al juego que aumenta las posibilidades de adquirir aliados en el mismo (Bourdieu, 1980). Este compite con el capital específico del campo, el *capital científico*, al dotar de éxito en base a la formación de clientelas y patrocinios que transfieren *capital simbólico* por el reconocimiento anticipado de pertenencia al espacio. Además, es determinante para la lógica de reclutamiento del cuerpo docente, en la cual se desenvuelven estrategias de conservación de la arbitrariedad cultural por la selección de individuos que refuercen la creencia en la cual el grupo se reconoce a sí mismo, favoreciendo la adhesión a sus normas y valores. Por lo tanto, la cooptación se da en función del habitus, de la persona total y la percepción que de ella se tenga, siendo un saber práctico que evidencia de manera implícita una forma global de actuar. Existe, por ende, una reserva de candidatos adecuados que forman parte de una política de reclutamiento que se orienta a la perpetuación del modo de reproducción académica. Así, se garantiza la ‘competencia’ de los dominantes en un mercado con criterios favorables en la valoración de sus productos.

A manera de síntesis, se distinguen dos facultades antagónicas en el campo universitario: competencia social/competencia científica. A partir de estas se forman dos grupos igualmente antagónicos que se enmarcan en la disputa por la determinación de un campo que tiende a su reproducción estructural.

---

<sup>4</sup>La jerarquía social de las facultades es la siguiente, en orden descendente: Medicina, Derecho, Letras y Ciencias. (véase, Bourdieu, 2002).

Cada una de las disciplinas forma un campo particular en donde esta oposición toma formas específicas que derivan en tomas de posición diferenciadas respecto a aspectos variados: arte, investigación, política, etc. De manera general, las posiciones quedan antagónicamente instituidas entre la *ortodoxia*, que tiende al éxito social, y la *herejía*, que se muestra favorable al éxito científico. Sin embargo, estas posiciones dependen de las relaciones de fuerza temporales que inclinan a los diferentes grupos a la conformidad o a la ruptura con el orden científico establecido, expresión de la oposición entre la gestión de lo establecido y la crítica y renovación de la ciencia.

La autoridad política en las ciencias ha estado tradicionalmente vinculada con la competencia social por la posesión de capacidades técnicas que limitan las competencias científicas: los *agentes expertos* han apropiado el discurso técnico codificado que, como violencia simbólica, favorece su reconocimiento entre la clientela por la imposición de criterios fundada en relaciones asimétricas de saberes. La ciencia ‘normal’ tiene la “necesidad social de un sistema de disposiciones objetivamente orquestadas y de la arbitrariedad más o menos objetivada y codificada en el que se expresa” con aparente coherencia, conteniendo elementos dispares que tan solo se integran por la ortodoxia del grupo que otorga una ilusión de génesis racional y libre de toda determinación externa (Bourdieu, 2002: 91). Ante este consenso de los ‘doctores’ que sustenta la unidad intelectual del grupo, toda ruptura es percibida como crítica y como una irresponsabilidad desde la posición de aquellos que, producto de aquel orden, están llamados a resguardarlo.

### **1.2.2. Especies de capital y de poder en el campo académico-universitario**

Correlativa a esta estructura de posiciones, existe una estructura de polos de poder. De un lado, el *polo social* funda su poder en el control sobre otras posiciones. Mientras que el *polo científico* funda el prestigio científico en el ejercicio de la administración científica. La clasificación jerárquica depende de la objetivación de la lucha por determinar los criterios legítimos de clasificación, dinámica en que las diferentes posiciones despliegan estrategias de conservación o transformación del campo. Cada uno de estos poderes tiene diferente fuerza, modo de ejercicio y efecto.

La posesión de capitales determina el acceso y las posibilidades de adquirir poderes. Todas las oposiciones en este ámbito tienen como origen la oposición entre el *poder universitario*, capital adquirido por los profesores en la universidad, y el *poder científico*, capital simbólico de notoriedad asociado a la persona e inseparable de su reconocimiento. En primer lugar, el antagonismo entre los *profesores con antigüedad y consagración universitaria y científica*, y los *profesores jóvenes con signos institucionalizados de prestigio y con formas inferiores de poder universitario* –dependientes del capital

heredado. Y, segundo, la distinción entre los seguidores del *establishment universitario* con beneficios de reproducción interna y de reconocimiento externo, y los *oscurantistas* con dominios circunscritos, sin notoriedad externa y sin poder interno. A partir de estas, los profesores se posicionan dentro de la forma *grandes eruditos/profesores comunes*, definida por la afinidad de obras, temas y estilos respecto de aquello colectivamente demandado y reconocido. Puede evidenciarse que el prestigio universitario es dependiente de la posición ocupada, que carga con la distinción favorable y los beneficios que otorga la posición temporalmente dominante en lo universitario, pero dominada en el ámbito del reconocimiento científico e intelectual. Sin embargo, pese a las diferencias, ambos polos tienden al “rechazo electivo del compromiso mundano” (Bourdieu, 2002: 113).

Centrándose en el ejercicio del *poder universitario*, este opera a través del control de otras posiciones y de sus ocupantes. Por lo tanto, mantiene influencia sobre el acceso y la movilidad del cuerpo docente, ejerciendo todo tipo de censura para evitar cuestionamientos al orden que los ha producido: posibilidad de ocupar y hacer ocupar posiciones por estar posicionado en una que comporta poderes estatutarios. Como consecuencia, se forman redes de prestación de servicios que establecen clientelas que, aceptando y reconociendo su interés por el juego, se someten a los designios de determinación de tiempos de carrera por aquellos que están en posiciones aventajadas por la acumulación de capital simbólico por obra del tiempo. En este sentido, los detentores del capital universitario juegan con el tiempo de los aspirantes, reproduciendo la estructura del campo plasmada en el orden de sucesiones legítimamente instituido que garantiza su poder: por ejemplo, se construye todo un juego de alianzas estratégicas donde el habitus de los alumnos mejor provistos para sobrellevar esta carrera académica producen estrategias de reconocimiento a los maestros influyentes, quienes son determinantes para el éxito universitario. Por otra parte, de querer avanzar en la jerarquía universitaria, los ‘recién ingresados’ son objeto de mecanismos de inculcación ética del trabajo científico que forma la producción científico-universitaria al mismo tiempo que la limita, pues solo quienes reconocen a la institución y su pensamiento se hacen acreedores a las garantías estatutarias.

Otro elemento que permite comprender la oposición entre el poder universitario y el poder científico es la *estructura de gasto de tiempo*. En efecto, la acumulación y el mantenimiento de uno de los polos implica el descuido del otro: el mantenimiento de redes de relaciones conduce a abandonar el tiempo destinado a la investigación y la publicación. Atendiendo a la función específica del campo, la producción propiamente científico-académica, el poder universitario aparece como un poder temporal inferior al poder científico, definiéndose la orientación de cada agente en la relación entre habitus y campo que conduce a diferentes posibilidades de conquista de los capitales oficiales de científicidad y de

prestigio intelectual. Este poder universitario deriva en la subordinación de las prácticas pedagógicas por la administración y reproducción discursiva de saberes dictados por autoridades que definen la ciencia, normalizando el conocimiento por el efecto de legitimidad que simultáneamente consagra al cuerpo docente por el abordaje de temas y debates dignos de existencia en el estado de la estructura del campo<sup>5</sup>. Como resultado del desfase entre la práctica investigativa y la práctica docente, los profesores adquieren una resistencia a incorporar nuevos contenidos por la posible descalificación de su posición ante conocimientos extraños a su dominio. Sin embargo, el dominio temporal sobre el juego puede conducir a confusiones perceptivas que desplazan la legitimidad científica sobre el cuerpo docente pese a su alejamiento respecto a la reflexión que comporta la práctica propiamente científica.

En cuanto al polo científico, la distribución jerárquica privilegia el capital simbólico distribuido en un pequeño grupo de profesores con atributos de ‘celebridad’. Esta tradición herética ha conllevado entre sus miembros a la defensa de los valores de la investigación, el internacionalismo y la modernización científica. Pero, ante la falta de ‘notoriedad’ por la reclusión implicada en la práctica investigativa, se tiende a optar por la comercialización del producto que afecta los medios propiamente intelectuales a favor del beneficio simbólico inmediato<sup>6</sup>.

Pese a las oposiciones sociales, estas parejas epistemológicas funcionan como elementos cómplices y complementarios. Cada uno de los dos polos de la forma se encuentra determinado en sus límites por lo que no recae bajo la distinción del otro-adversario. En este sentido, la justificación de existencia de los grupos se da en la lucha por el campo, en la cual la no-exclusividad de la posibilidad de determinar el punto de vista legítimo sobre el espacio funciona como solidaridad encubierta por la acentuación práctica en la diferencia. Este sistema de diferencias del campo de lo universitario es lo que garantiza la eficacia simbólica de principios tan dispares, percibidos como opuestos pero que se complementan en la disputa por un campo que, a diferencia de la gran mayoría, permite una gran pluralidad de vivencias con soportes que favorecen solidaridades mutuas entre diferentes principios de jerarquización. En otras palabras, los espacios académicos ofrecen múltiples posiciones mediante las cuales se ejerce la dominación, pese a ocupar posiciones dominadas en un espacio más amplio.

---

<sup>5</sup> Puede evidenciarse una analogía con la diferenciación del trabajo religioso entre el profeta y el cuerpo sacerdotal: el primero produce el principio de una visión sistemática de mundo con capacidad de movilización grupal en base a la adecuación a intereses religiosos múltiples; mientras que el segundo se encarga de reproducirlo mediante la inculcación de los fieles (véase «Una interpretación de la teoría de la religión según Max Weber»; en Bourdieu, 2007).

<sup>6</sup>El campo intelectual se ve influenciado por lógicas del campo periodístico. En consecuencia, los agentes se mezclan, al igual que sus productos: se encuentran actualmente categorías intermedias y con cierta ambigüedad que son representadas por los intelectuales-periodistas y los periodistas-intelectuales, los cuales sacrifican la rigurosidad científica en nombre de las ventajas del ensayismo especulativo que se muestra más favorable a la difusión masiva y a la inmediatez de producción (véase Bourdieu, 2001a y 2007b).

### 1.2.3. La disputa por la 'cientificidad'

Por lo general, existe una tendencia a confundir y superponer el campo científico y el campo universitario. Sin embargo, cada uno de estos obedece a lógicas específicas que conduce a tensiones estructurales: el campo universitario está definido por la función de la transmisión de saberes socialmente relevantes en diferentes ámbitos, mientras que el campo de la ciencia está determinado por la práctica de la investigación propiamente científica. Pero, el campo científico, como lugar estructurado de producción, validación y circulación de saberes, encuentra las condiciones para su reproducción al interior de la institución universitaria, a través de sus programas de estudio que evidencian la objetivación de saberes reconocidos como legítimos dentro de cada una de las disciplinas. Por lo tanto, el campo científico determina relativamente los contenidos dominantes y aquellos dominados dentro del espacio universitario, siendo débil la autonomía de este último respecto a las necesidades de la ciencia (Gingras & Gemme, 2006). Además, la reproducción del campo científico en el dominio universitario se da por medio de la incorporación de los criterios dominantes de la ciencia en el proceso de formación y de renovación del cuerpo profesoral.

Está en juego el *monopolio de la autoridad y la competencia científica*, capacidad técnica con poder social que autoriza a su portador a hablar y actuar legítimamente en nombre de la ciencia. Las prácticas puestas en marcha por los concurrentes se orientan a su adquisición en un conflicto político-epistemológico por la definición de la 'ciencia oficial' más adecuada a las características del grupo al que pertenece. Por lo tanto, toda inversión estará organizada por las posibilidades de anticipación de beneficios simbólicos por parte de individuos que han incorporado percepciones y valoraciones propias del campo, es decir el sentido del juego: por ejemplo, concentrarse en problemas considerados colectivamente como relevantes. Vale mencionar que estas estrategias científico-políticas se definen por la distribución tanto de problemas como de métodos dentro de la estructura de posiciones diversas y de distribución de capital del espacio social en cuestión, todas ellas en búsqueda de maximizar el beneficio científico de sus inversiones. Así, existen diferentes tendencias de colocación en función de la ambición científica inherente a la posición ocupada: las inversiones seguras y las inversiones riesgosas, expresión de la oposición entre las trayectorias altas y las trayectorias bajas en relación al capital científico detentado. Además, como en todo espacio, la posición ocupada influencia el despliegue de estrategias de conservación, sucesión o de subversión estructural del campo.

La definición de la ciencia implica el delimitar teorías, métodos y problemas legítimos. Quienes logren adecuar los criterios del campo de acuerdo a los intereses que comportan su posición ocuparán la posición dominante en la jerarquía de valores científicos. La oficialización del sistema de valores y

normas científicas legítimas encubre relaciones de dominación que interesa mantenerlas por fuera de sospechas de arbitrariedad por parte de los sostenedores del orden científico establecido. En general, el principio de diferenciación de la práctica científica es la distinción entre la ‘observación-experimentación’ y la ‘teoría’.

La particularidad de la disputa por la autoridad científica es el *reconocimiento de los pares*, quienes son a la vez competidores en el mismo juego. Este reconocimiento grupalmente garantizado acarrea beneficios para alcanzar una carrera científica socialmente exitosa. Pero, este reconocimiento depende del valor distintivo y original de lo producido como aporte a la recursividad científica acumulada. En este sentido, el ‘hacerse de un nombre’ conocido y reconocido que se distinga en el mercado científico de la masa conduce a la acumulación de capital científico mediante el apego a la norma instituida en un juego que suele desarrollarse por medio de estrategias de segundo orden que en la apariencia de desinterés satisfacen el interés del apego a la regla.

#### **1.2.4. Los estudiantes en el juego académico-universitario**

La posición de *estudiante* está ligada a la inculcación dentro de la institución que monopoliza las posibilidades de éxito social a través de la titulación: el sistema general de enseñanza. Sin embargo, no existe una experiencia universal, teniendo diferentes predisposiciones categoriales para adaptarse a las exigencias disciplinares por la adquisición pasada de esquemas de pensamiento y acción favorables a la pertenencia institucional. Por lo tanto, las diferentes trayectorias sociales dotan de recursividades también diferenciadas que son sancionadas bajo la propia lógica educativa de la consagración o eliminación en base a desigualdades sociales aparentemente ignoradas por la objetividad del juicio ‘académico’. Dentro de los dos polos de poder, los estudiantes con mayor facilidad de acoplamiento a la dinámica dominante del campo tienden a dirigirse hacia el polo social, mientras que aquellos que encuentran ciertos déficits educativos encuentran en el apego a las prácticas consideradas propiamente académicas como un ejercicio compensatorio a favor de la búsqueda de éxito en el campo. Aquí, la adquisición de saberes altamente valorados por parte de quienes se involucran en el juego académico es la promesa de acceso a la élite cultural. De esta manera, cada una de las disciplinas favorece la reproducción de una lógica académica particular que, institucionalizada como legítima, perpetúa simultáneamente los privilegios por la adhesión a la creencia de los principios de división y su valoración.

Al interior de cada disciplina, los estudiantes se apropian de patrones de comportamiento derivados de los modelos intelectuales temporalmente más prestigiosos. Además, de manera individual se identifican con aquello que define la esencia histórica del estudiante: el ‘elegirse’ a sí mismo en tanto

aspiración de distinguirse del fondo indiferenciado que forma la clase estudiantil. Como resultado, los mejor dotados de sentido del juego orientan su aspiración intelectual según el modelo vigente de intelectualidad, obligándose a vivir según ciertos criterios que definen la pertenencia a este grupo selecto. En este sentido, se busca el contacto con un ‘maestro prestigioso’, buen profesor que encarna la aspiración estudiantil y legitima la misma gracias a su posición privilegiada. Es decir, el profesor juega un papel trascendental en la consagración académica de la práctica del estudiante, produciéndose una adecuación entre la oferta académica oficial y los consumidores que se beneficiarán de la misma.

La transmisión educativa favorece la adhesión al orden científico-académico establecido por la ilusión de la vivencia intelectual que instaura entre los estudiantes, quienes creen que lo que está en juego es su ser en el porvenir dentro del campo. Por lo tanto, la estructura disciplinar se reproduce y legitima en función de la adhesión de los estudiantes a un juego con determinadas posibilidades futuras que ofrecen el éxito y posiciones dominantes, todo esto basado en las capacidades de adaptación a aquello que está dado por sentado en la objetivación resultado de disputas por la definición del espacio social. Simultáneamente, los espacios universitarios producen la adhesión a sus principios de selección, reglas del juego colectivamente reconocidas, valores de la jerarquía académica que orientan a los sujetos a llevar su carrera a través de los espacios educativos más valorizados. De más está el mencionar que, al igual que en la categoría docente, se forman oposiciones ficticias entre grupos estudiantiles en base a recursividades previamente acumuladas que predisponen a la ocupación de determinadas posiciones y sentidos<sup>7</sup> respecto a la práctica disciplinar, los cuales son proyecciones de la disputa por el campo entre corrientes divergentes de pensar una ciencia.

---

<sup>7</sup> Existe una distinción entre los modelos estudiantiles ofrecidos a los alumnos por el medio universitario: por un lado, está el *animal de examen* que se fascina con el éxito académico en el presente, y, del otro, el *diletante* que posterga su horizonte por la fascinación con la aventura intelectual. Ambos niegan el fin al que sirve el aprendizaje por la ilusión de la vida intelectual que se les promete (véase Bourdieu y Passeron, 2010).

## CAPÍTULO II

### ESTRUCTURA DEL CAMPO ACADÉMICO-UNIVERSITARIO DE LA ESCUELA DE SOCIOLOGÍA Y CIENCIAS POLÍTICAS DE LA PUCE

#### *2.1. Consideraciones metodológicas*

El análisis del campo académico-universitario de la Escuela de Sociología y Ciencias Políticas de la PUCE requiere, en un primer momento, de una aproximación que permita comprender la estructuración del mismo. En este sentido, se abordarán tres componentes que den cuenta de los elementos pertinentes de consideración analítica: en primer lugar, debe realizarse una aproximación histórica del campo de la educación superior, tanto a nivel regional como a nivel nacional, a fin de aprehender la transformación de las relaciones internas y externas, y develar el sentido objetivado que define las prácticas universitarias.

En segundo lugar, un análisis de las normativas que, siendo el producto de la imposición de un punto de vista particular de lo universitario, influyen las prácticas en el campo. Simultáneamente, puede darse cuenta de las formas específicas del capital en disputa y de las especies susceptibles de poner en juego: especialmente los requerimientos de acceso y las condiciones de movilidad en la carrera académica. Además, y tomando en cuenta la distribución de capitales y de beneficios, puede esbozarse la estructura de posiciones y las posibilidades relacionales entre diferentes puntos en el espacio. Vale advertir que no debe caerse en reduccionismos jurdicistas, situando lo escrito en la ley en la que el grupo se reconoce como principio generador de la práctica, puesto que, si bien expresa una intencionalidad oficializada, los agentes suelen desmentirla en la práctica a través de estrategias que, encubiertas bajo la universalidad y el desinterés de ‘estar en regla’, se orientan por otros principios que los allí enunciados.

Y, tercero, es necesario abordar la trayectoria de la disciplina sociológica en la universidad ecuatoriana y, sobre todo, en la Escuela de Sociología y de Ciencias Políticas de la PUCE. Esto a fin de explorar la configuración de las oposiciones fundamentales que la estructuran. Cabe considerar en esta sección una nueva advertencia: los textos de los cuales se recogen los datos necesarios, sean estos escritos u orales, son análisis o reflexiones producidos desde los mismos esquemas que estructuran el campo, por lo cual ninguna de estas expresiones contiene en sí mismas la ‘verdad’ acerca del funcionamiento del campo en cuestión<sup>8</sup>. Por lo tanto, la utilización de estas fuentes de información en el análisis debe

---

<sup>8</sup> Al ser producto de las oposiciones fundamentales que estructuran el espacio social, estos textos mantienen con el mundo una relación de familiaridad, produciendo sistematizaciones que, si bien tienen validez práctica en el mismo, no operan una ruptura metódica con el sentido común. Tal como lo comprende Durkheim las prenociones contenidas en el sentido común son un

orientarse a reconstruir el sistema de relaciones entre las diferentes posiciones susceptibles de ocupación en el espacio, el cual condiciona las prácticas y representaciones de los agentes posicionados dentro de la estructura. De esta manera, puede comprenderse el estado actual de las relaciones de fuerza entre las diferentes posiciones ocupadas por los agentes, evidenciándose la primacía de una postura en cuanto a la legitimidad de la definición del saber y la práctica sociológica. En este sentido, uno puede aproximarse a la distribución de poder en la estructura de posiciones que conforman dicho campo.

## ***2.2. Del neoliberalismo al Buen Vivir educativo***

La universidad es una importación consentida de una institución europea a la realidad latinoamericana durante la época colonial. Al decir consentida, se hace referencia a que no fue una imposición desde las sociedades europeas y sus gobernantes a los pueblos de esta región, sino que había un reconocimiento de las élites locales emergentes de la importancia de la universidad en la vida pública. En este sentido, el devenir de la universidad en Latinoamérica puede ser leída desde dos aristas: en primer lugar, desde el favorecimiento a los procesos de desarrollo de las sociedades de la región, y, segundo, desde la instrumentalización que las clases dominantes han hecho de esta institución para legitimar y reproducir su dominio (García Guadilla, 2008: 25). Salvando las particularidades de cada país, tras la independencia, e incluso hasta bien entrado el siglo XX, la universidad latinoamericana tuvo una fuerte influencia del modelo napoleónico en su orientación hacia la profesionalización, sobre todo para la administración del Estado, y el fortalecimiento de la identidad y el espíritu nacional<sup>9</sup>.

Otra de las características de la institución universitaria en la región es la transición que se dio del sector público hacia el privado a partir de la segunda mitad del siglo XX. A saber, a partir de 1951 en adelante se han creado 93% de las universidades en la región<sup>10</sup>. De estas universidades creadas, 72% son privadas (García Guadilla, 2008: 31). Vale destacar que antes había un predominio de las universidades públicas sobre las de carácter privado, y son las universidades católicas las que introducen principalmente las iniciativas privadas en la universidad latinoamericana. Pero, más allá del número mayoritario de establecimientos privados, las universidades públicas contienen mayor número de estudiantes (López, 2003: 48). Es necesario señalar, además, que es en este periodo donde opera una expansión sin precedentes en la población de universitarios en la región: actualmente, existen megasistemas

---

obstáculo para la comprensión sociológica por lo cual las mismas deben ser rechazadas de partida (Bourdieu, Chamboredon & Passeron, 2008).

<sup>9</sup> Un evento con gran influencia en la universidad latinoamericana es el Movimiento de Córdoba en 1918: el mismo buscaba una ligazón más directa de la universidad con los procesos de desarrollo nacional, enfatizado en el llamado al fortalecimiento de la identidad nacional y a luchar contra los imperialismos (García Guadilla, 2008: 28).

<sup>10</sup> Es interesante señalar que en el cuarto nivel de educación, es decir, los posgrados, el desarrollo de programas de esta índole ha sido llevado a cabo mayoritariamente por el sector público, siendo el 75% de los matriculados pertenecientes a este sector (García Guadilla, 2003: 19).

universitarios –con más de 2 millones de estudiantes– como en Brasil, México y Argentina. El sistema universitario ecuatoriano está catalogado entre los pequeños, pues tiene menos de 500 mil miembros. Con este breve preámbulo, es necesario considerar las transformaciones generales que ha sufrido la universidad en América Latina durante los últimos años.

### **2.2.1. La institución universitaria en América Latina de finales de siglo XX**

Tras la crisis de los modelos desarrollistas en América Latina y la crisis de la deuda en los años ochenta, se instalaron nuevas estrategias políticas orientadas a regular poblaciones mediante la construcción de sujetos objetivamente adaptados a la estructura ocupacional moderna. Dentro de este contexto, se operó una refuncionalización educativa en la cual la profesionalización ocupaba una posición central, relegando el papel de centro de formación y expansión del patriotismo nacional. Además, se posicionó a la investigación preferencialmente en razón de su efecto de ‘verdad’. Para Vitarelli:

La década de los noventa en América Latina inaugura un escenario para la educación superior conformado por las relaciones de poder-saber entre las políticas (...) y la praxis universitaria, quienes determinan la aparición de un sujeto regido por la tensión entre el Estado y el mercado (2006: 374).

Este progreso técnico necesitaba del acuerdo social y debía combinar la actividad empresarial y las innovaciones científico-tecnológicas. Así, las reformas de la Educación Superior apuntaban a una pretendida incorporación al circuito internacional de la ciencia y la tecnología en busca de vínculos entre la universidad y el aparato productivo para el bienestar social, generando así un sistema de enseñanza que privilegie la calidad y la difusión ampliada de la educación. De esta manera, se reconfiguraría la relación entre el sistema educativo, el Estado y la sociedad en base a criterios de efectividad, calidad, eficiencia y equidad. Es a partir de este modelo que se intentó incrementar la competitividad requerida para América Latina en el contexto mundial, priorizándose idealmente tres cambios: primero, el nuevo modelo de financiamiento en base a la eficiencia transformó al Estado proveedor en un Estado evaluador, garantizando la aproximación entre educación, capacitación, investigación y desarrollo productivo nacional (García Guadilla, 2003: 19). Segundo: se instaló la autonomía universitaria y la descentralización decisional, adquiriendo cada institución flexibilidad, autorregulación y mayores márgenes de libertad. Y, tercero: se modificó la relación entre la educación, los conocimientos y el mercado laboral, siendo este último quien determina mayormente la formación, profesionalización y capacitación competitiva de la fuerza de trabajo.

A raíz de estos cambios, la práctica universitaria también necesitaba transformarse: la modificación de la relación entre educación y sociedad pone sobre el sistema la exigencia de calidad, eficiencia, eficacia e integración real de los espacios universitarios con la realidad social a través de la investigación aplicada. Aparece la ‘vigilancia intelectual’, ya que la evaluación busca la adecuación institucional a estas exigencias. Como respuesta desde las universidades, surgen modelos diversos de gestión universitaria con el fin de acoplarse de mejor manera a las nuevas reglas del juego universitario. Por su parte, el Estado desplegó nuevas estrategias ante la necesidad de responder al deterioro educativo, a la inequidad de acceso, a la falta de articulación entre las universidades y el aparato productivo, a la no obtención de recursos institucionales propios, y a la falta de coherencia interna del sistema. El objetivo era garantizar la calidad y la excelencia mediante la promoción de la equidad y el uso eficiente de recursos, refuncionalizando la relación entre el Estado y el conjunto universitario. En este sentido, las políticas presupuestarias se determinan por indicadores de rendimiento que evalúan, acreditan y mejoran la calidad, operando ciertos mecanismos de control sobre la práctica universitaria. Así también, se busca integrar el sistema internamente e internacionalmente de acuerdo a parámetros exigidos por el sistema productivo mundial. Por último, el proyecto de desarrollo acogió la política científico-tecnológica de Estado como fundamental, priorizando el incentivo para la investigación en ciertas áreas prioritarias de desarrollo nacional (Vitarelli, 2006).

La crisis económica regional obligó al Estado a imponer a las universidades la búsqueda de alternativas financieras ante la reducción del gasto público: capitales privados con interés en la educación se introdujeron como inversores. En consecuencia, aparece el ‘mundo empresarial’ en el campo universitario, primando el modelo ‘individualista’ sobre la búsqueda de intereses sociales. Además, el uso eficiente del recurso estatal derivó también en una jerarquía de las labores universitarias y en una jerarquización institucional en base a las diferencias de beneficios que implica el pertenecer a una u a otra universidad. De esta manera, se intensificaron las disputas al interior del campo universitario. Conjuntamente, se incrementaron las desigualdades institucionales por universidades que concentran el beneficio por mejor adecuación a los estándares considerados en los procesos de evaluación. En cuanto a los docentes, se operó una categorización con principio en la titulación y en la productividad científica evidenciada por evaluaciones periódicas. Sin embargo:

... los procesos de evaluación se hicieron dentro del formato burocrático [rígidos, centralizados, poco flexibles], sin que hubiera una real participación de la comunidad académica (...), fundamental para crear una cultura de la evaluación entendida como construcción de conocimientos colectivos orientada a la autorregulación institucional (...).

Asimismo, hubo falta de protagonismo de los profesores, lo cual es explicado, entre otros factores, por las bajas remuneraciones en instituciones públicas de un buen número de países (García Guadilla, 2003: 24).

Para Michiel Baud, una de las características de los espacios académico-universitarios de América Latina es la dificultad que encuentran los docentes-investigadores para encontrar seguridad económica, lo cual los obliga a combinar los procesos investigativos con otros trabajos remunerados (2010: 94). Esto tiene sentido en tanto los fondos para investigación en la mayoría de la región –Brasil puede ser una excepción– son escasos en comparación con otras regiones, generando que la productividad científico-tecnológica encuentre ciertas limitantes estructurales (López, 2003: 43). También se resalta que la situación de las universidades públicas suele ser precaria en varios aspectos, especialmente en términos financieros por el creciente número de estudiantes<sup>11</sup>. Simultáneamente, las caracteriza por una gran politización que genera centralización de recursos en grupos de poder y una inestabilidad a nivel administrativo. No obstante, las condiciones de las universidades particulares no distan de las del sector público: pese a tener mayor capacidad de viabilizar recursos que les otorgan ventajas en términos de la capacidad, por ejemplo, de cooptación de los mejores docentes-investigadores en cada área o de realización de investigaciones, la inestabilidad y los niveles académicos relativamente bajos también son una de las constantes a nivel general.

Estos obstáculos han impedido que se cristalicen las reformas en la universidad latinoamericana. A las dificultades asociadas al multiempleo de los docentes, al escaso presupuesto destinado a investigación y a la autonomía corporativa de burocracias con poder en el espacio, Fernando López suma como obstáculo para una universidad con finalidad social la orientación de mercado que imponen las universidades privadas en el sector (2003: 45). En definitiva, la mayoría de los sistemas universitarios de la región no pudo concretar las intenciones socialmente reconocidas a través de estas reformas que lo orientaban a convertirse en centros de investigación de la realidad local por las diferentes condicionantes estructurales que han sido mencionadas.

### **2.2.2. La transformación del sistema de Educación Superior en Ecuador durante la última década**

En Ecuador, la Educación Superior fue afectada por los ajustes macrofiscales llevados a cabo desde 1983, y que han seguido la llamada línea ‘neoliberal’, hasta la firma de la Carta de Intención con el

---

<sup>11</sup> En la mayoría de la región, especialmente en México, Venezuela y Argentina, la proporción de estudiantes matriculados en universidades públicas es significativamente mayor en comparación con las privadas. Tan solo en Brasil, Colombia y Chile la diferencia es menor, teniendo mayor número de matriculados en el sector privado (López, 2003: 47).

Fondo Monetario Internacional en febrero de 2003 por el gobierno de Lucio Gutiérrez (Dávalos, 2008: 126). Esta se basó en la estabilización y la disciplina fiscal orientadas a controlar el consumo y la inversión interna para combatir la inflación, recortando los gastos en inversión social: salud y educación fueron los sectores sociales que sufrieron en mayor medida estos recortes<sup>12</sup>. Así, se definió el uso estratégico del presupuesto público, y su estructura de ingresos y gastos, a través de mecanismos de mercado: la eficiencia y la calidad definían la asignación de recursos. A causa de la reducción del financiamiento estatal a las universidades y a la investigación, se abrió el campo universitario a iniciativas privadas, constituyéndose nuevas universidades y centros de investigación. Debe señalarse que la privatización del sector universitario en Ecuador comenzó a darse durante la década de 1980, teniendo su punto máximo en los noventa. Para René Ramírez, esta privatización universitaria era el reflejo de la sociedad que en ese entonces se buscaba: una sociedad privatizada (2010: 23). Con todo, el resultado de este transcurso fue que el sector educativo sufrió un proceso de mercantilización y de privatización que introdujo criterios de eficiencia y racionalidad como elementos reguladores de la inversión práctica en la universidad.

Según Dávalos, la educación se convirtió en un ‘negocio’, apareciendo la *universidad empresa*. Estas se encuadran dentro de la lógica de mercado del costo-beneficio, pasando todas sus decisiones alrededor de un sistema de precios que origina conflictividad y exclusión. En este sentido, la ‘mejor’ educación no se relaciona con su funcionalidad social, sino con el precio que se esté dispuesto a pagar. La calidad y la eficiencia se posicionan como principio de distinción entre la educación pública y la educación privada, acarreando una estructura de distribución desigual de beneficios correlativa a la estructura de las diferencias sociales: en el imaginario social, la universidad privada es percibida como eficiente, moderna y que brinda mejores oportunidades de empleo, relegando en cuanto a la valoración a las universidades del sector público (Dávalos, 2008: 132).

Sin embargo, en 2008, sumándose a una tendencia mundial de cuestionamientos respecto al sector educativo, el gobierno del Movimiento Alianza PAIS<sup>13</sup> impone en Ecuador una postura crítica que

---

<sup>12</sup> Dentro de la lógica del FMI, la inflación es uno de los mayores males al equilibrio de un sistema económico nacional. Pero, sus raíces como fenómeno no se encuentran en las prácticas especulativas propias del sistema, sino que derivan del consumo y la inversión de la sociedad en un tiempo determinado, situando el problema en el gasto público cuya solución es una política de austeridad y control del presupuesto (Dávalos, 2008: 128).

<sup>13</sup> El Movimiento Alianza PAIS, representado por la figura de Rafael Correa, emerge en un contexto de fracaso de las políticas de ajuste tras el incremento de las desigualdades sociales y de total descrédito del sistema de partidos, donde el proyecto de refundación del Estado toma fuerza política (Burbano de Lara, 2007). Su propuesta se enmarca dentro de la corriente denominada ‘Reformar la reforma’: “una nueva política de intervención del Estado que retome sus funciones regulatorias y capacidad de impulsar el desarrollo” (Stiglitz en Ibarra, 2006: 10). Dentro de este proyecto de refundación, la Educación Superior requiere de una transformación que la oriente por una producción real de saberes que permitan explicar la realidad ecuatoriana y, en un segundo momento, transformarla en base a saberes científicamente sólidos.

orienta transformaciones en la Educación Superior que, a su vez, forman parte de un cuestionamiento a la sociedad en su totalidad: “construir una universidad diferente para una sociedad diferente” (Ramírez, 2010: 8). En primer lugar, se planteó como necesario redefinir la universidad como *bien público*: espacio de formación profesional y de conocimientos, podría tener impactos positivos sobre las condiciones sociales y no estar enmarcada en procesos de acumulación de capital económico. Además, se buscaba la *deselitización privada* del campo universitario, democratizando el acceso y los espacios de toma de decisión. No obstante, todo este proceso debe respetar el ‘mérito académico’. Simultáneamente, la descapitalización de la universidad pública y la regulación de la competencia favorable a las instituciones privadas fueron planteadas como medidas de combate a las lógicas mercantiles en el espacio universitario. En este sentido, la universidad debe servir *al interés general*, desafectándose de particularismos determinantes de orientaciones prácticas y afirmando su autonomía respecto a intereses dominantes. Así, se constituye en instrumento de alcance de objetivos socialmente acordados a través de formas colectivas de construcción de conocimiento que contrarresten al monopolio del beneficio del saber. Por otra parte, respecto al elemento democratizador, es necesario que la universidad devenga en un *espacio de encuentro común*, superando las restricciones de mecanismos de selección social que operan en las formas de acceso y que derivan en la reproducción de las estructuras de dominación de clase.

Contrario a Dávalos, Ramírez plantea que la universidad ecuatoriana mantiene la estructura de una *universidad elitista*<sup>14</sup>, lo cual permite pensar una universidad alejada de las lógicas de mercado: Ecuador es uno de los países con menor expansión de la matrícula universitaria en la región, tan solo 9,5% de los mayores de 24 años tienen título universitario, de los cuales 75% pertenecen al quintil superior económicamente hablando (2010: 13). En base a las premisas antes planteadas, la transformación universitaria se vuelve fundamental al proceso de cambio social hacia formas ‘no capitalistas’ por la creación de condiciones favorables a la participación democrática en los procesos de construcción nacional. Es decir, se acepta el supuesto de que la innovación científica y tecnológica puede aportar a la construcción social enraizada en valores, prácticas y objetivos diferentes, siendo aprovechadas de manera social y política para generar un nuevo orden social adecuado a las exigencias actuales. Para el efecto, la universidad debe acoplarse, en base a su redefinición y refuncionalización, a las exigencias de la creencia en las potencialidades del saber social y científicamente producido.

---

<sup>14</sup>Este autor realiza una diferenciación de los momentos de los sistemas universitarios durante el siglo XX: en primer lugar, aparece la *universidad para las élites nacionales*, orientada a consolidar la clase dominante a través del poder simbólico del saber; segundo, la *universidad de acceso masivo* dirigida a la adecuación de la mano de obra a la estructura ocupacional propia de las economías modernas; y, por último, la *universidad empresa* –o *corporate university*– que acopla su institucionalidad a las exigencias productivas y de acumulación del capital en base al conocimiento y la información (Ramírez, 2010: 12-13).

Por ende, el sistema de Educación Superior debe articular la calidad de vida y el progreso, la cobertura, calidad y pertinencia de su funcionamiento, y la inversión e innovación científico-tecnológica. Sin descuidar los criterios propiamente académicos, debe erigirse como mecanismo efectivo de movilidad social a través de su democratización (Ramírez, 2010: 19). Para ello, debe operarse una nivelación que combata las desigualdades educativas: regular la oferta educativa y la coherencia de la totalidad del sistema de enseñanza, lo cual combate no solo las dificultades de acceso sino también los obstáculos de permanencia y de desplazamiento en su interior. En cuanto a mantener parámetros académicos, la *evaluación* y la *acreditación* por la aplicación de criterios ‘objetivos’ garantizan altos rendimientos en todos los niveles y sectores del sistema: por ejemplo, fomentar la *carrera académica* permite formar investigadores que traten de manera pertinente los problemas particulares de la sociedad ecuatoriana. La investigación es fundamental en la construcción de alternativas al modelo extractivista y primario exportador que mantiene Ecuador por la construcción de conocimientos especializados que doten al sector productivo del valor agregado que actualmente carece. En este sentido, se trata de otorgar al sistema de Educación Superior de intencionalidades pertinentes y de responsabilidad social, favoreciendo la consecución de objetivos planteados en el Plan Nacional de Desarrollo (PND) y en el Plan Nacional para el Buen Vivir, y quebrando con el elitismo educativo y con la heteronimia múltiple respecto al mercado gracias a la producción social de conocimientos colectivamente demandados. Por lo tanto, el proyecto estatal se orienta a la emancipación social sustentada en la emancipación democrática del pensamiento social.

En síntesis, la transformación del sistema de Educación Superior no es una ruptura total con el modelo ‘neoliberal’. El conocimiento y su producción siguen ocupando un lugar estelar en sociedad. A primera vista, pueden advertirse dos cambios en el sentido del sistema: en primer lugar, la formación de investigadores y el desarrollo de prácticas investigativas, sobre todo interdisciplinarias y que respondan a áreas de prioridad nacional, se transforman en una función prioritaria del sistema junto a los procesos de profesionalización. Pero:

... la investigación básica debe estar ligada a la investigación aplicada para la construcción de la industria nacional del país y la satisfacción de las necesidades de nuestros pueblos (...) garantizar derechos y potenciar las capacidades de los individuos y los territorios (Ramírez, 2010: 21).

Y, en segundo lugar, se pregona actualmente el retorno del Estado como agente con intereses en la construcción de conocimientos específicos dirigidos hacia finalidades colectivas que trasciendan los particularismos de la lógica de mercado, siendo una forma de combatir la concentración de beneficios del

saber por parte de agentes de inversión privada. Considerando esto, es menester analizar las normativas planteadas por este proyecto a fin de develar la estructuración del espacio universitario. Es decir, diagramar el espacio de posibles que puede ser transitado por los agentes concurrentes en la estructura de posiciones del campo, revelando los elementos socialmente priorizados que otorgan la ventaja del reconocimiento a unos en detrimento de otros en el juego académico.

### ***2.3. Normativa institucional de Educación Superior***

Para aprehender las condiciones estructurales del funcionamiento de instituciones universitarias es necesario, en un primer momento, realizar un análisis de la normativa que, a manera de objetivación, regula las actividades del Sistema Nacional de Educación Superior. Por lo tanto, debe recurrirse a la Ley Orgánica de Educación Superior (LOES), marco general de determinación de las dinámicas universitarias en Ecuador. Cabe resaltar que esta normativa deriva de los principios antes señalados, por lo cual se trata más de un ideal que de la verdad de las prácticas universitarias en Ecuador. Además, atendiendo a la particularidad del caso de la PUCE, se requiere realizar el análisis de su estructura establecida a través de reglamentos propios que definen sus relaciones internas.

#### **2.3.1. Ley Orgánica de Educación Superior**

A partir del análisis de la LOES, puede darse cuenta de algunos aspectos normativos que rigen el accionar de las diferentes categorías en el espacio de la Educación Superior ecuatoriana. El Sistema de Educación Superior se concibe como el espacio de formación profesional orientado a la consecución de objetivos del PND. Al mismo tiempo, se dirige a fomentar el pensamiento crítico y la disposición investigativa, tanto en la inculcación estudiantil como en la práctica del cuerpo académico. Para cumplir con estos objetivos, el Estado debe garantizar el acceso igualitario a la educación como derecho socialmente reconocido a los ciudadanos, siendo un área de inversión social prioritaria para la integración y el buen vivir. Además, está obligado a asegurar la autonomía académica, administrativa y financiera respecto a factores externos que alteren esta finalidad buscada. Dentro de este marco, el personal académico de las instituciones universitarias actúa bajo la premisa de la libertad de cátedra e investigación, permitiéndose el desarrollo de actividades sin restricciones a condición de acoplarse al PND. Por otro lado, se garantiza la posibilidad de acceso a la carrera académica y a cargos de dirección institucional, promoviendo su movilidad y mejoramiento en base al mérito académico, que es definido como la participación en procesos de construcción, difusión y aplicación del conocimiento.

Existen algunos principios que rigen la práctica universitaria. Primero: la *autonomía responsable* otorga independencia a las instituciones en el desenvolvimiento de sus labores académicas –docencia e

investigación– y su gobierno. Sin embargo, todo esto es llevado a cabo dentro de relaciones de reciprocidad con el resto de universidades, con el Estado y con la sociedad. Segundo: el *cogobierno* implica la dirección institucional compartida por los diferentes sectores que conforman el ámbito universitario. Tercero: la *igualdad de oportunidades* de acceso, movilidad y egreso-retiro a la totalidad de actores con interés en el sistema. Cuarto: el sistema busca sistemática y continuamente la *calidad* a través de la autocrítica y la crítica externa a fin de alcanzar vías de mejoramiento. En este sentido, la autoevaluación y la evaluación universitaria tienen como objetivo la acreditación de las mismas en base a criterios internacionalmente acordados de calidad educativa. Quinto: el Estado debe velar por la *integralidad* del sistema, dotando de coherencia y coordinación entre actores y procesos al Sistema Nacional de Enseñanza. Por tanto, el régimen académico debe determinar tiempos y grados a fin de definir las posibilidades de movilidad de los agentes dentro del sistema en razón de su recursividad. Además, a nivel horizontal, se busca fomentar relaciones interinstitucionales a escala nacional e internacional para facilitar la movilidad institucional de los agentes y realizar actividades conjuntas. Y, sexto: la *autodeterminación de la producción de pensamiento y conocimiento* en condiciones de independencia, pero en el cuadro de diálogo de culturas, saberes y técnicas, tanto locales como globales.

En resumen, se evidencia la centralidad de la enseñanza superior dentro de la planificación y el desarrollo: la universidad es el espacio de formación académica y profesional ajustada a una estructura ocupacional fundamentada en la competitividad y la especialización. Además, constituye un espacio de mitigación de las desigualdades sociales, ponderando el acceso universal sin discriminación alguna, tanto a posiciones estudiantiles como profesoras. En este sentido, la educación superior es todavía concebida como uno de los medios de movilidad social fundamentales para la sociedad y sus diferentes categorías<sup>15</sup>. De otro lado, la producción, difusión y aplicación del conocimiento por medio de prácticas investigativas es de vital importancia para la construcción de alternativas de desarrollo mediante la tecnificación de los individuos para la construcción y el despliegue de objetivos estatales. Por último, puede visibilizarse una objetivación institucional de ciertos elementos que pasan a formar parte de las credenciales de poder y capitales que otorgan beneficios a quienes están envueltos en el juego académico: los diferentes grados de titulación y las publicaciones en revistas reconocidas e indexadas, así como la adecuación a criterios de calidad internacional, representan un recurso valorado para arribar a posiciones privilegiadas, aquellas

---

<sup>15</sup>La concepción del sistema educativo como medio fundamental de ascenso social es bastante difundida. Sin embargo, y a pesar de ser el único medio de acceso a la ‘cultura’ por parte de las clases más desfavorecidas, la democratización en términos económicos del sistema de enseñanza no considera las disposiciones desiguales ante la cultura –o la alta cultura universitaria– funcionando mecanismos ocultos que favorecen a aquellos con orígenes sociales que los predisponen a la ‘cultura’. Es decir, aquellos que han heredado un capital cultural y escolar que les otorga la apariencia de facilidad y gracia ante el sistema educativo. De esta manera, las clases favorecidas tienden mayormente al éxito educativo, lo que los posiciona de mejor manera frente al éxito social (véase Bourdieu & Passeron, 2010).

que, siendo codiciadas consciente o inconscientemente, son las que mayores ventajas conllevan a sus ocupantes<sup>16</sup>.

### **2.3.2. Estatuto de la PUCE<sup>17</sup>**

La PUCE, caso particular de institución universitaria, presenta ciertas singularidades. En el marco de autonomía institucional que permite la determinación de estatutos y principios propios, intenta conjugar, dentro del enfoque de profesionalización, la formación de tipo intelectual y la formación de tipo moral, promoviendo una dimensión ética que debe ser atendida dentro de todos los campos del saber y el actuar humano con el fin de buscar un orden social más justo. Además, fomenta el desarrollo humano y cultural a través de las prácticas de docencia e investigación, espacios que idealmente se orientan a la construcción de saberes por medio de la interdisciplinariedad. Sin embargo, todo esto considera el cumplimiento de los principios cristianos, comprometiéndose todos sus miembros a la consecución de los fines institucionales así acordados mediante la participación y el diálogo.

A través del método dialógico y crítico, esta institución busca problematizar la realidad ecuatoriana para descubrirla. Este aspecto ha sido poco institucionalizado en las universidades ecuatorianas por la falta de condiciones que impulsen una práctica investigativa concreta<sup>18</sup>. Así, la PUCE busca retornar la reflexión sobre la realidad para sobrepasar el ensimismamiento conceptual del que ha sido objeto la universidad (Rueda, 1976: 12). En efecto, la vinculación con la sociedad se vuelve un elemento fundamental de la política universitaria al permitir volver sobre problemas y necesidades concretas para formar posturas académicas y críticas.

Las unidades académicas están estructuradas en facultades. Estas cumplen funciones de docencia, investigación y extensión en campos del saber con afinidad de principios y contenidos, pero respetando la autonomía y la metodología propia. Pese a formar parte de la estructura universitaria en general, mantienen autonomía relativa de gobierno: se manejan por una Junta de Facultad, el Decano y el Consejo de Facultad.

---

<sup>16</sup> Como resultado de este proceso de reestructuración del Sistema de Educación Superior en Ecuador, el Consejo de Educación Superior (CES) ha puesto en vigencia a partir de enero de 2013 un Reglamento de Carrera y Escalafón del Profesor de Educación Superior que regula las posibilidades de movilidad de los agentes del sistema (CES, 2013). Sin embargo, en la PUCE sigue vigente al momento la normativa pasada, por lo cual se tomará en cuenta para este estudio aquella que tiene validez práctica.

<sup>17</sup> El Estatuto de la PUCE (2008a) data de 2008, fecha anterior a la entrada en vigencia de la nueva LOES en 2010. Este Estatuto está siendo actualmente reformado para acoplarse a las exigencias de la nueva normativa que rige a nivel nacional el sistema universitario y sus instituciones. Sin embargo, el mismo sigue teniendo vigencia, al momento de realización del estudio, dentro de la PUCE.

<sup>18</sup> Es importante señalar que la PUCE destina tan solo desde el año 2000 una partida presupuestaria para investigación. Adicionalmente, apenas en 2007 se comenzó a asignar horas para investigación dentro de la carga horaria de los profesores-investigadores (PUCE, 2007: 43).

La Junta de Facultad está conformada por el Decano, los profesores principales y agregados, y representantes estudiantiles. Sus atribuciones son: posesionar a los representantes del Consejo de Facultad; resolver asuntos problemáticos de la unidad académica puestos a su consideración por las autoridades universitarias; emitir sugerencias legítimas sobre aspectos académicos y administrativos de la unidad; y pedir la remoción del Decano ante el Consejo Académico.

En cuanto al Consejo de Facultad, este está constituido por el Decano, el Subdecano, dos representantes del cuerpo de profesores de la unidad, el presidente de los estudiantes y un representante estudiantil adicional. Entre sus tareas está: presentar el currículo académico para ser aprobado por el Consejo Académico; someter la programación académica a aprobación de la Dirección General Académica (DGA); aprobar los planes de estudio de las diferentes materias; coordinar, junto con la DGA, las actividades docentes complementarias percibidas como convenientes al desarrollo de la unidad académica; fomentar la investigación; presentar el presupuesto ante el Rector; y tomar decisiones respecto a asuntos académicos puestos a su consideración por parte del Decano.

Este último, el Decano, es nombrado por el Consejo Académico a partir de una lista de candidatos presentada por el Rector posterior a una consulta a los diferentes sectores de la unidad académica. Son susceptibles de nombramiento y ocupación los profesores principales que ostenten un título académico terminal en relación a los otorgados por la Facultad, que tengan un mínimo de tres años de docencia en esta y que no ejerzan actividad política alguna que pueda comprometer a la PUCE. Entre sus obligaciones consta: convocar y presidir la Junta y el Consejo de Facultad; buscar la excelencia académica y administrativa en su unidad; proponer al Rector, previa aprobación del Consejo de Facultad, la contratación y el nombramiento de profesores; y designar profesores interinos.

Las facultades pueden contener en su interior diferentes escuelas, subunidades que desarrollan las mismas funciones pero dentro de un área de conocimientos más específica: por ejemplo, la Escuela de Sociología y Ciencias Políticas pertenece a la Facultad de Ciencias Humanas. Estas cuentan con la autoridad del Director de Escuela, el cual es nombrado por el Rector entre los profesores principales y agregados, además de contar con una consulta previa a los diferentes miembros de la Escuela realizada por el Decano de la Facultad. Quien detenta este cargo tiene las siguientes atribuciones: la responsabilidad directa ante el Decano y el Rector respecto a la unidad; planificar, coordinar y organizar académica y administrativamente la Escuela; convocar y presidir el Consejo de Escuela; y organizar al menos una reunión anual entre el cuerpo docente y los alumnos para tratar asuntos académicos diversos.

Por su parte, y análogo al Consejo de Facultad, existe el Consejo de Escuela, que está conformado por el Director de la unidad, dos representantes de los profesores y un representante estudiantil. Esta es la primera instancia de aprobación del programa de estudios y de los planes presentados por los profesores. Además, debe coordinar y vincular las actividades de docencia, investigación y extensión junto a las otras unidades que forman la Facultad, y articularse adecuadamente con el Decano y el Consejo de Facultad.

Los profesores con intención de formar parte de los diferentes Consejos deben tener la categoría de principales o agregados y por lo menos dos años de docencia en la unidad. Son elegidos por votación de todos los profesores principales y agregados, y por los profesores con rango de auxiliares que tengan mínimo un año de docencia en la unidad.

### **2.3.2.1. Del personal académico de la PUCE<sup>19</sup>**

El cuerpo académico de la PUCE se compone del personal que realiza actividades académicas de docencia –interaprendizaje– de investigación –orientadas a la búsqueda de saber teórico o aplicado– de extensión –tendientes a la proyección cultural y universitaria por fuera de su espacio– y de gestión académica. De manera general, sus funciones están definidas por la realización de estas actividades en concordancia con la categoría docente que ocupa cada uno de sus miembros. Así también, deben contribuir a la formación integral del estudiante dentro del marco de la profesionalización con componentes intelectuales y morales que determina la PUCE. Otra de sus funciones está definida por el desarrollo y la publicación a favor del progreso científico, cultural y humano.

El acceso al cuerpo académico es llevado a cabo a través de un concurso de mérito y oposición. Para el efecto de reclutamiento del cuerpo docente, se conforma una Comisión de Selección con tres profesores principales designados por el Consejo de la unidad. Los criterios tomados en cuenta son: científico –tener disposición investigativa, a la difusión del conocimiento y a la vinculación con la colectividad– el conocimiento especializado –saber actual, amplio y suficiente– pedagógico –metodología de enseñanza pertinente– e institucional –calidad ética y coherencia con el espíritu y objetivo institucional. Para optar por la posibilidad de ingreso al cuerpo académico, el candidato debe acreditar, como exigencia de entrada, el tener un título académico de cuarto nivel, o, en su defecto, un título de tercer nivel pero demostrar haber realizado aportes académico-científicos relevantes, y tener una experiencia docente, investigativa y profesional probada.

---

<sup>19</sup> Ver PUCE, 2002, 2008b, 2008c, 2009 y 2011.

En cuanto a los derechos otorgados en base a su condición de profesor, se encuentra la participación en concursos de promoción y ascensos de carrera académica, el acceso a espacios académicos de perfeccionamiento y actualización profesional y pedagógica como política de inversión universitaria, y la posibilidad de participación en el gobierno de su unidad académica. Además, se respeta su autonomía y libertad de cátedra e investigación. De otra parte, esta condición también comporta ciertos deberes que son asumidos en el ingreso a la institución: cumplir las disposiciones de la PUCE y sus unidades académicas, respetar la pluralidad ideológica, abstenerse de proselitismos partidistas al interior de la misma<sup>20</sup>, el perfeccionamiento intelectual y pedagógico, y el compromiso académico.

El cuerpo académico está dividido en categorías de acuerdo a las actividades y según el tiempo contemplado en su contratación. En cuanto al primer principio de diferenciación, las actividades a realizar, se clasifican en diferentes posiciones con sus requisitos, derechos y obligaciones específicas. Para acceder al puesto de *profesor auxiliar* se requiere de un título universitario de grado superior. La ocupación de esta categoría obliga a responsabilizarse de actividades de docencia, investigación y extensión asignadas por el Consejo, y a estructurar, ejecutar y evaluar los programas de los cursos que dicta junto con el profesor responsable del área al que pertenece. Respecto a los *profesores agregados*, sumado al requisito para profesores auxiliares, deben tener al menos cuatro semestres en la PUCE, o tres años de docencia en otra universidad en categorías no inferiores a la de agregado. Al ingresar dentro de esta categoría, los profesores tienen derecho a elegir y ser elegidos para las dignidades universitarias, y pueden sugerir la actualización bibliográfica en su área. Al mismo tiempo, contraen las siguientes obligaciones que se suman a las de profesor auxiliar: participar en la programación y ejecución de proyectos académicos bajo la designación del Consejo o de las autoridades universitarias. Los *profesores principales* requieren, además del título universitario de grado superior, haber desempeñado labores académicas cuatro años seguidos en la PUCE o seis en otra universidad, de los cuales dos por lo menos en una categoría no inferior a principal. Esta categoría tiene los mismos derechos que la categoría anterior, la de los profesores agregados. Pero su obligación es la de ser los máximos responsables de la gestión académica de la docencia, investigación y extensión de la unidad. Además, coordinan un área curricular específica, sobre todo en la actualización de los programas y en la evaluación conjunta de la unidad mediante el diálogo con todos los sectores que la conforman; participan también de la programación y de la ejecución de proyectos académicos.

---

<sup>20</sup> Pese a encontrar justificación en que la mezcla de criterios políticos en las aulas universitarias puede conducir a compromisos con consecuencias para la institución, esto deriva también en una distinción entre una práctica universitaria ‘pura’ y una práctica universitaria ‘comprometida’, siendo esta última inadecuada para los espacios académicos. En suma, puede posicionar la idea de incompatibilidad entre la academia y los espacios políticos.

El segundo principio de clasificación del cuerpo académico es el tiempo de dedicación a las actividades académicas. Es necesario mencionar que la división del trabajo está concebida teniendo como eje la práctica docente. Así, los profesores de *tiempo completo* deben dedicar al menos 20 horas semanales a la docencia dentro de la respectiva unidad y dedicar el tiempo asignado en lo que respecta a investigación, extensión y gestión académica. También tienen que presentar una planificación y un informe de actividades a realizar durante el periodo académico. Por su parte, los profesores de *medio tiempo* dedican un mínimo de 12 horas semanales a la docencia, y el tiempo asignado al resto de actividades. Al igual que los de tiempo completo, están obligados a presentar una planificación y un informe de actividades a realizar durante el periodo académico, pero además deben colaborar en la actualización y evaluación del currículo, y en el proceso de evaluación docente. Por último, existe la categoría de profesores de *tiempo parcial*, que tienen un máximo de 16 horas de docencia a la semana y no pueden tener más de tres cursos por semestre.

La carrera académica y las formas de movilidad en su interior están también reguladas. Los ascensos de una categoría a otra mantienen ciertos requerimientos que deben ser cumplidos por quienes tienen la intención de ocupar una mejor posición en la estructura del campo. En efecto, para ascender de profesor auxiliar a profesor agregado se requiere de un título de posgrado de diplomado superior, un mínimo de cuatro semestres como profesor auxiliar, un informe favorable de la Comisión de Personal Académico y del Consejo, una capacitación docente certificada por la PUCE, haber obtenido como mínimo la media respectiva de la unidad en la evaluación docente durante cuatro semestres, y haber participado en o publicado algún trabajo académico. Por su parte, el paso de profesor agregado a profesor titular requiere detentar una maestría o un posgrado con mínimo de 60 créditos, al menos ocho semestres como profesor agregado, presentar al decano los trabajos académicos publicados durante el periodo desempeñado como profesor agregado para que el Consejo lo juzgue y otorgue la posibilidad de solicitar el ascenso al Rector, instancia que decide el nombramiento de profesores principales. Además, tener una capacitación docente certificada por la PUCE, la cual se suma a la recibida durante el ascenso a profesor agregado, y tener evaluaciones iguales o superiores a la media de la facultad por al menos ocho semestres.

A partir de la aproximación a la normativa que regula las relaciones al interior de la PUCE, puede evidenciarse algunas de las características que determinan las posibilidades de trayectoria de los diferentes agentes en la institución. La PUCE, dentro del marco de la autonomía relativa para la definición de parámetros, se rige por principios cristianos que se conjugan con el desarrollo profesional e intelectual. Estos principios, junto con la búsqueda de calidad educativa y de interdisciplinariedad, atraviesan idealmente la constitución de las relaciones entre los diferentes sectores del cuerpo

universitario. Así también, el gobierno y los matices que este adopta, en los diferentes niveles, están orientados a plasmar en políticas de acción e inversión estos ideales universitarios de progreso humano y científico. Por tanto, a partir de la adecuación a estos criterios de excelencia educativa y profesional se determina la posibilidad de participación en el juego por definir este campo particular.

La diferenciación interna de espacios en donde los profesores pueden optar por seguir su carrera académica en base a su formación y especialización son las facultades, y las escuelas que estas contienen. Espacios académicos de áreas específicas del saber, tienen en común la diferenciación categorial que existe entre los miembros de sus cuerpos docentes, estructura de posiciones que tiene su correspondiente estructura de distribución de beneficios. Cabe mencionar que, dentro de la carrera académica planteada por la institución, los capitales que otorgan la posibilidad de ocupación de las posiciones privilegiadas del campo confluyen alrededor de un capital general de tipo científico-académico: el nivel de titulación, las publicaciones relevantes para el desarrollo del conocimiento, y la adaptación a la internacionalidad académica dan fe, ante las autoridades universitarias, de la capacidad del individuo para posicionarse, reconociendo sus recursos y sus competencias para llevar a cabo labores docentes e investigativas pertinentes a las necesidades del dominio universitario y científico.

Por otra parte, es también importante señalar el funcionamiento de diferentes especies de capital social en las posibilidades de movilidad que brinda el sistema: la evaluación positiva por los pares, es decir por el resto de profesores –especialmente por aquellos que ocupan posiciones de decisión en la unidad académica– y por los estudiantes son recursos que otorgan, a quienes los ostentan, la capacidad de ocupar mejores posiciones dentro de la categorización antes mencionada. Si bien existen indicadores objetivos que miden estas calificaciones que los unos hacen de los otros, especialmente en el caso de la evaluación del personal docente por parte del estudiantado, hay factores de afinidad que median la selección. En consecuencia, la cercanía social es una garantía de evaluaciones positivas que son plasmadas durante los procesos evaluativos, otorgando ventajas a quienes mantienen este tipo de relación con quienes se encargan de juzgarlos. No hay que dejar de mencionar la importancia del tiempo de pertenencia al espacio como factor de éxito dentro del mismo, pues a mayor cantidad de tiempo son mayores las opciones de ocupar posiciones relevantes en el campo por el reconocimiento implícito a su labor dentro del espacio que dota al agente de autoridad.

En cuanto a la estructura de beneficios correlativa a la estructura de posiciones, pueden destacarse algunos elementos importantes que comportan la definición y el funcionamiento del campo. La posibilidad de acceso de ciertas categorías a los espacios de decisión dentro del gobierno universitario distribuye poderes diferenciados entre los agentes ocupantes de determinadas posiciones. En primer lugar,

la determinación y la aprobación de los planes y programas de estudio están a cargo de instancias de gobierno a las cuales no todos están en capacidad de acceder. De esta forma, prevalecerán tendencias de formación ligadas a posiciones e intereses particulares de concebir un dominio científico, los cuales, al verse plasmadas en planes oficiales, son apprehendidos como ‘naturales’ por parte de los estudiantes. Y, segundo, el reclutamiento del cuerpo docente es también una atribución conferida a estas instancias de gobierno, y que dota a sus miembros de cierto capital social basado en la formación de redes de prestaciones de servicios: la posibilidad de facilitar el ingreso, más allá de los parámetros objetivos de selección para acceder al cuerpo docente, de individuos afines al punto de vista dominante y los intereses ligados a estas posiciones. En el mismo sentido, también se tiene un poder relativo sobre la movilidad categorial de los profesores en la carrera académica. En consecuencia, y tomando en cuenta estos elementos destacados, la estructura de los espacios académicos de la PUCE favorece la reproducción del campo en base a los poderes otorgados a los ocupantes de posiciones privilegiadas del espacio, manteniendo un nivel de control sobre la determinación, permanencia o modificación de las estructuras de relevancia. Simultáneamente, se reproduce también la estructura de distribución del beneficio que es correspondiente a la estructura temporal del dominio.

#### ***2.4. La Escuela de Sociología y Ciencias Políticas de la PUCE***

##### ***2.4.1. La sociología en América Latina***

Desde sus inicios, la sociología se instaló en el contexto latinoamericano con la finalidad de favorecer la promoción de la ‘modernización’, el ‘progreso’ y el ‘desarrollo’ en la región, de manera principal en el aspecto económico, comprometiéndose con ideales asociados al proyecto civilizatorio occidental. La intención de su práctica disciplinar era la comprensión de problemas estructurales que permitan desarrollar estrategias de transformación de lo social a fin de alcanzar ciertos estados colectivamente buscados. Como resultado, y a través de diferentes formas históricas, la producción académica de la sociología estuvo marcada por una investigación empírica de tintes positivistas que buscaba develar las regularidades sociales de la región para anticipar y construir diferentes políticas sociales que, impulsadas por un malestar hacia la pobreza y las desigualdades, transformen la realidad social (Sefchovich, 1989 y Briceño-León & Sonntag, 1998). Para García:

Los distintos enfoques teóricos surgidos en Latinoamérica en las primeras décadas de la segunda mitad del siglo veinte, giraron en torno a nociones como la dependencia, el colonialismo interno, la heterogeneidad estructural, las concepciones de centro y periferia, la pedagogía del oprimido, la marginalidad, la informalidad, el imperialismo, la

revolución, etc. Todas ellas buscaron, desde su posicionamiento teórico, una manera específica de entender los problemas estructurales de nuestras regiones y de delinear e impulsar estrategias políticas, económicas, sociales y culturales de transformación encaminadas a alcanzar el bienestar y el progreso (2006: 15)<sup>21</sup>.

En la década de 1950, dentro del marco antes descrito, el pensamiento social encontró un punto central en la Comisión Económica para América Latina y el Caribe (CEPAL). Dentro de esta institución, el ‘desarrollo’ era concebido a través de una industrialización que fuera capaz de consolidar un mercado interno. Pero, este propósito requería de una profunda transformación estructural que lo posibilitara: la planificación racional aparecía como medio para impulsar un desarrollo nacional y regional adecuado en consideración de un contexto económico y político global. Como resultado, se constituyó el modelo de sustitución de importaciones como alternativa de desarrollo que posicionaba a las economías nacionales dentro del mercado mundial de tal forma que generaba ingresos significativos redistribuidos a nivel interno por el crecimiento del nivel de empleo. De esta manera, se incrementaba proporcionalmente la demanda interna y, en paralelo, el bienestar de los pueblos de la región (CEPAL, 1969).

Sin embargo, las teorías del desarrollo nacieron posteriormente por cuestionamientos a los procesos de industrialización propuestos por la CEPAL en tanto se requería de una transformación estructural previa que dispusiera social y culturalmente a las poblaciones latinoamericanas hacia esta tecnificación. Para Sefchovich, la premisa de las teorías de desarrollo latinoamericano se basaba en que:

... las estructuras económicas, políticas y sociales frenaban el dinamismo del proceso de acumulación e industrialización y que por lo tanto era necesario reformar la estructura tradicional (...) como único camino hacia el desarrollo y hacia la incorporación de las masas (1989: 42).

Es significativo el aporte de la obra de Gino Germani (1971 y 1976), que analiza la transición de las sociedades tradicionales a las modernas en el caso de América Latina. Germani parte de la dicotomía entre lo tradicional y lo moderno-urbano-industrial para estudiar el desarrollo/subdesarrollo dentro de los países de la región<sup>22</sup>. Gran parte de la sociología latinoamericana de la época tomó como eje de referencia el modelo de Germani, teniendo como principal resultado el planteamiento de un colonialismo interno

---

<sup>21</sup> Puede encontrarse un repaso de los diferentes aportes y discusiones a nivel teórico-conceptual del pensamiento sociológico de la segunda mitad del siglo XX en el trabajo de Pablo González Casanova (1998) sobre los procesos de reestructuración de las ciencias sociales en atención a ciertos objetivos, especialmente de la región.

<sup>22</sup> Para Robert Nisbet, no es un rasgo único de la sociología latinoamericana el modelo dicotómico entre lo tradicional y lo moderno, sino que es una preocupación que ha estado presente a lo largo del desarrollo de la disciplina desde sus orígenes en Europa y que la distingue del resto: “[La sociología es] la única ciencia social contemporánea donde la tensión entre los valores tradicionales y modernos aparece manifiesta en su estructura conceptual y en sus supuestos fundamentales” (1990: 10).

dentro de naciones políticamente independiente, razón por lo cual se generaban relaciones de dominación entre diferentes sectores de la población.

En los sesentas surgen las teorías de la ‘dependencia’ por una reformulación de las teorías del desarrollo, especialmente por la incorporación de aportes teóricos del imperialismo leninista (Cardoso & Faletto, 1970). Estas buscan explicar la estructura de las relaciones internacionales a nivel económico, político y social para comprender los factores de desigualdad entre diferentes regiones del mundo:

La dependencia se inició en la conquista como condición interna integral a la sociedad latinoamericana determinando así la estructura económica y de clases, la cultura y las políticas de las clases dominantes interesadas siempre en fortalecer que se desarrollara el subdesarrollo (Gunder Frank en Sefchovich, 1989: 43)... [Es] el conjunto de complejas relaciones económicas, políticas, sociales y culturales dentro de la sociedad latinoamericana y entre ella y ultramar (Gunder Frank, 1970: 231)

En síntesis, se atribuyeron las causas de la desigualdad a una dependencia estructural que se ancla en las relaciones de dominación económica, social y política entre el centro y la periferia – dicotomía introducida al pensamiento social latinoamericano por la CEPAL– desde la colonización, siendo este el principio de integración diferencial al mercado mundial por una producción relativamente inferior. A raíz de esta dependencia y subdesarrollo en el sistema mundial, se configuran relaciones sociales y políticas con los mismos rasgos en la dinámica social interna de cada una de las naciones. Era necesario, por ende, transformar las relaciones entre centro y periferia a través de la construcción de sociedades económica y políticamente autónomas con niveles aceptables de desarrollo.

En los años setentas nace un entusiasmo por las potencialidades de los movimientos sociales y políticos en la América Latina, considerándose sus aportes para el desarrollo regional dentro de la sociología. En este contexto, grupos significativos de intelectuales se adscribieron a movimientos ‘antisistémicos’, mientras que, en menor medida, otros se juntaban a instituciones de planificación del desarrollo y de asistencia técnica. Acordando en la centralidad del rol del sociólogo en la transformación social, se da una disputa política en las ciencias sociales entre dos sentidos de acción: por un lado los ‘revolucionarios’, cercanos a la tradición marxista, que proyectaban que la precariedad de los sectores rurales y de los sectores socialmente deprimidos conducirían a una movilización destructora del poder y sus élites; y, del otro lado, los ‘reformistas’, distantes de la insurgencia, promovían desde la sociología políticas de reforma para alcanzar una estabilidad política dentro del orden vigente (García, 2006: 20).

Posteriormente, una especie de desilusión sociológica nace de la poca concreción de las alternativas antes propuestas: la noción de 'dependencia' aparecía como insuficiente ante la realidad cambiante. Esto obligaba a replantear teórica y metodológicamente la realidad latinoamericana contra el relativo fracaso del papel de los intelectuales en las luchas sociales, ya que la industrialización, pensada en un inicio como solución, agravó los problemas de pobreza y marginalidad en la región (Sefchovich, 1989: 57). La instauración de regímenes militares a lo largo de la región como respuesta a la inestabilidad muda la preocupación sociológica de la 'dependencia' hacia el Estado. Su intención era formular una teoría política propiamente latinoamericana que analizara los diversos 'desarrollos dependientes' y los regímenes políticos a los que se asociaban: el Estado es concebido como un espacio donde se efectúa la lucha de clases, teniendo su definición influencia sobre los procesos de desarrollo que reproducen las estructuras sociales de dependencia (Kaplan, 1969; Ianni, 1975; De Riz, 1977; Cardoso, 1985). Una de las formas estatales principalmente estudiadas fue el autoritarismo (Dos Santos, 1973; Borón, 1977; O'Donnell, 1988; Cueva, 1988):

Los golpes militares de la última década se caracterizan porque las Fuerzas Armadas toman el poder como institución (la jerarquía militar desplazando al caudillo) para buscar establecer un nuevo Estado (proclaman no ser un régimen transitorio) y por no apoyarse en fuerzas civiles (rechazo de los partidos políticos) (Lechner, 1977: 389).

Asimismo, en esta época nacen algunas instituciones de pensamiento latinoamericano sobre la sociedad y el desarrollo como el Consejo Latinoamericano de Ciencias Sociales (CLACSO). En esta institución, la sociología rural marxista encuentra condiciones de posibilidad para entrar en auge. El interés era analizar las condiciones económicas y de dominación política que caracterizaban a las sociedades predominantemente rurales de Latinoamérica a fin de fortalecer la acción política de actores sociales con potencial revolucionario (García Gallegos, 1976; Guerrero, 1978; Astori, 1982). Generalmente, esto derivó en la identificación del campesino con el papel de agente histórico de la revolución que había caracterizado al proletariado europeo.

En los ochentas, América Latina sufre la crisis de la deuda externa, razón por la cual se implementan políticas de ajuste y de estabilización con el objetivo de generar ingresos al Estado para cubrir sus créditos internacionales y controlar la inflación interna. Todo esto genera un contexto de producción de pobreza, desempleo y marginalidad significativamente mayor en comparación con otras épocas. Como respuesta a estos procesos, la sociología pone especial atención sobre la democracia (González Casanova 1974; Gordon, 1981; Bobbio, 1996). La caída de los canales de organización y de participación política, resultado del ajuste estructural que transforma la concepción de 'lo público' y

deteriora las condiciones de vida de una gran parte de la población, deriva en diferentes críticas al proyecto político estatal. En efecto, acompañados del surgimiento de nuevos movimientos sociales, las premisas que orientan este nuevo posicionamiento de la disciplina son de carácter igualitario y de libertad para con los sectores socialmente dominados. Hay que resaltar que la reapropiación de la democracia como tema adquiere matices diferenciados, pues ya no se pone énfasis en el Estado como actor central, sino que se posiciona allí a los movimientos sociales emergentes: ecologismos, feminismos, movimientos urbanos, etc.

A inicios de la década de los noventa, la caída del régimen socialista transforma la sociología significativamente. Antes crítica a las concepciones hegemónicas del desarrollo, la nueva preocupación de la sociología es la formación especializada para la gestión institucional del desarrollo: según García, la perspectiva tecnocrática se instala hegemónicamente en la sociología, su práctica y formación por la institucionalización del discurso del desarrollo en las ciencias sociales ante la búsqueda de intervenciones adecuadas a la administración poblacional (2006: 23). Sin embargo, y contra corriente, concepciones derivadas del posestructuralismo realizan una fuerte crítica a los efectos de poder del discurso del desarrollo en la práctica profesional de los científicos sociales, que son reducidos al papel de ‘interventores’ en tanto que ‘expertos del desarrollo’ (Escobar, 2007). La ‘sociología para el desarrollo’ es el producto de la constatación de la importancia del conocimiento social y cultural en el proceso de modernización. Así, la sociología y su práctica se insertan en el aparato del desarrollo para reproducirlo, no para apuntalar una crítica. Los sociólogos y sus productos pasan a ser fundamentales para el desarrollo en tanto legitiman las intervenciones a partir de la autoridad otorgada por la creencia moderna en la ciencia.

#### ***2.4.2. Universidad y sociología en el Ecuador***

En Ecuador, la disciplina sociológica ha estado en gran medida inserta en la universidad, por lo cual su trayectoria se ha definido a través de las transformaciones históricas de esta institución. Al igual que en el resto de la región, la sociología se instala como una ciencia ‘para’ orientar y legitimar cierta modernidad, relegando el trabajo reflexivo acerca de los procesos de modernización y sus instituciones político-sociales. Para Campuzano (2005), la particularidad paradójica que define la relación entre la sociología y el proyecto moderno de emancipación en Ecuador, y en general en América Latina, es el

‘progresismo conservador’<sup>23</sup>, que se inscribe en su estructura por la pertenencia a una ‘alta cultura’ universitaria que define una modernidad retrógrada discursivamente coherente.

El primer esbozo de sociología en Ecuador se enmarca en un pensamiento definido por la conjunción de la fe en el progreso gracias al avance científico y por el saber dogmático de la teología católica tradicional. Tras la reforma liberal al sistema educativo en el primer cuarto del siglo XX, la Iglesia pierde el control total sobre la educación pública por la finalización del Concordato de 1862 signado con la Iglesia por el gobierno de García Moreno, pasando a ser definida primordialmente por el Ministerio de Instrucción Pública en 1901 (Paladines, 1998: 138). Este proceso de laicización tiene efectos en el rol social de la universidad: pasa de ser un centro de instrucción moral a un centro de formación profesional que garantice el funcionamiento del sistema productivo nacional en base a la complementariedad de diferentes estratos jerárquicamente organizados que forman parte de un órgano mayor que es el Estado-nación (Gómez, 2000). Por lo tanto, la universidad pasó a constituir un proyecto elitista que reproducía la estructura de clases. Dentro de esta, la primera cátedra de sociología se circunscribió en la Facultad de Jurisprudencia de la Universidad Central del Ecuador en 1915, adquiriendo la particularidad del pensamiento jurídico-social de un positivismo, científicismo retórico de la época –‘rigor’, ‘objetividad’, ‘muerte de las ideologías’– anclado en visiones provenientes del derecho<sup>24</sup>.

Durante una segunda etapa de reforma encabezada por Luis Napoleón Dillon en 1914, la universidad pasó a ser también el aparato institucional que sustenta la expansión de la cultura dominante en el sentido de ‘nación’ en busca del ‘progreso’: con las misiones pedagógicas alemanas de 1914 se sumó la tarea de formar científicamente a los profesores de todo nivel educativo, a fin que sean los encargados de transmitir y educar las ‘buenas prácticas’ (Paladines, 1998: 162-164). Su objetivo era inculcar a las poblaciones marginadas para formar una conciencia y un conjunto de costumbres nacionales homogéneas. Sin embargo, aparece con claridad el ‘progresismo conservador’ que surge de la contradicción entre la fatalidad del progreso pregonada desde la ‘alta cultura’ universitaria y sus

---

<sup>23</sup> El rasgo distintivo del proceso de modernización y de la sociología ecuatoriana es el ‘progresismo conservador’, al que Campuzano define como “un proyecto político-cultural con pretensiones de implantar desde arriba, desde la «alta cultura» universitaria hacia los plebeyos, una versión de modernidad desvirtuada”, es decir, imposible de alcanzar por el reconocimiento de obstáculos propios de la ‘naturaleza’ de la población (2005: 406). Como se menciona, esta característica no es única de Ecuador, sino que hay indicios de ser una tendencia generalizada en América Latina: en Uruguay, Facolba indicaba que “[las] bajas estratificaciones tienen una psicología colectiva necesariamente menos desenvuelta que las clases superiores; se presentan con la fisonomía de una civilización más difusa y con una estructura moral que se modifica demasiado lentamente en el ciclo fatal de la moderna evolución social” (1925: 17).

<sup>24</sup> Arturo Roig (1979) realizó un tratamiento a profundidad de la primera etapa de la sociología en la universidad ecuatoriana y su cercanía con el desarrollo del Derecho en su estudio introductorio al texto de Alfredo Espinoza Tamayo *Psicología y Sociología del Pueblo Ecuatoriano*. Específicamente, la relación entre sociología y derecho puede encontrarse en la cuarta sección de su escrito: “El pensamiento jurídico-social en la universidad de Quito durante la época republicana”.

preconcepciones que veían como imposible este progreso por diferentes obstáculos inherentes a las propiedades o características diagnosticadas en las clases marginadas: se pensaba, por ejemplo, en la cuestión de ‘raza’ como un obstáculo a la modernización. De esta manera, y a través del discurso de la ciencia desarrollado en la universidad, se naturalizaban ciertas jerarquías sociales en base a diferentes disposiciones para adaptarse a este proceso inevitable de modernización. Así, la educación era, antes que la difusión del pensamiento reflexivo, una especie de integración de los marginados que legitimaba la dominación cultural.

No obstante, pese a la aparente ligazón que se hace de la naciente sociología ecuatoriana y de la universidad con una especie de positivismo científicista, para Campuzano esto no encuentra razón de ser. En efecto, “entendemos por positivismo que el único conocimiento válido es el de la ciencia (...) [que] construye sus enunciados a partir de datos empíricos puros (...) supuestamente sensibles y desnudos de teoría”, pero en ninguna de sus producciones existe una real referencia a estos ‘datos’ (2005: 415). Por el contrario, la mayoría de trabajos de esta época se enmarcan dentro de la finalidad política de modernización del proyecto liberal, retomando la retórica de la ciencia para investir a este conocimiento de legitimidad: para el caso específico de Ecuador, puede citarse la obra de Alfredo Espinosa Tamayo (1979, originalmente de 1919) y la de Pío Jaramillo Alvarado (1983, originalmente de 1922) que legitiman las desigualdades sociales en una naturalización, vía científica, de las capacidades diferenciales de desarrollo mental entre diferentes sectores sociales. En definitiva, estas son las expresiones de ese ‘progresismo conservador’ que, siendo un espacio de alianza discursiva entre liberales y conservadores para la naturalización de diferencias sociales que jerárquicamente los beneficiaba, no atendía a ningún tipo de racionalidad científica, sino que representaba una estrategia política con apariencia de científicidad. En otras palabras, lejos de desarrollarse a partir de necesidades propiamente científicas, tanto la sociología como la universidad se guiaban por demandas políticas de legitimación.

El primer intento de una sociología académica en la Universidad Central del Ecuador fue llevado a cabo por Ángel Modesto Paredes: este autor publica sus obras entre 1924 y 1958, siendo su mayor aporte a la definición de los límites de la sociología su escrito ‘La conciencia social’, publicado en 1927 (Quintero, 1988). Con cierta influencia comtiana y retomando el proyecto sociológico de Durkheim, Paredes sitúa a la sociología como central entre las disciplinas científicas al ser su papel explicar en profundidad los fenómenos sociales para armonizar las ‘finalidades particulares’ y los ‘fines sociales’ de una sociedad formada por diferentes organismos complementarios. Esto a fin de alcanzar el ordenamiento ideal de la ‘sociedad natural’, cuyo rasgo distintivo es el predominio de lo psíquico-espiritual sobre lo biológico (Paredes, 1927). En este sentido, su objeto de estudio es el Estado-nación y su ‘conciencia

social' para explicar el proceso natural –preexistente– de desenvolvimiento, razón por la que el conocimiento sociológico es prescriptivo en la toma de decisiones públicas. Por lo tanto, su sentido de la sociología estaba orientado a la búsqueda del orden social ineludible e innegociable, y que distinguía al pensamiento de la élite académica liberal, problemática que no prestaba atención sobre la jerarquización social y su estructura diferenciada de beneficios:

Las preguntas sobre la justicia de la asignación del lugar que ha de ocupar cada individuo en una sociedad jerárquica, y sobre quiénes participan y a quiénes se excluye en la definición de qué tan adecuada es y hacia dónde se dirige la «marcha social», no tiene cabida en la obsesión por el orden social que Paredes comparte con le élite académica liberal (Campuzano, 2005: 423).

En síntesis, la primera etapa de la sociología en Ecuador está marcada por el liberalismo y su apropiación del campo de poder ampliado que viene a representar el Estado. Por ende, la disciplina adopta como característica la promoción del 'progreso' en base a la producción de conocimientos científicos que den cuenta de la naturaleza humana del pueblo y su orden. Es decir, la sociología como disciplina mantenía ese rol político de conducción de pueblo, pero nunca llegó a consolidarse en este periodo como un dominio investigativo –en términos empíricos– con método científico propio y una comunidad científica consolidada. Así, a pesar de la intención de introducir una modernización racional – comunicativa en términos de Habermas– que beneficie a todas las clases, sigue vigente en la obra de Paredes el 'progresismo conservador' que naturaliza las diferencias sociales en base a un científicismo retórico que no cuestiona las jerarquías sociales, creándose así una élite intelectual-estatal de 'sociólogos burócratas'<sup>25</sup>. Algunos de estos elementos se mantienen hasta la actualidad en el inconsciente sociológico que es transmitido en la formación universitaria. Por ende, estos deben ser considerados para comprender el pensamiento y la práctica sociológica actual al ser componentes que, en razón de su objetivación histórica, perduran por el reconocimiento/desconocimiento de principios generadores de la práctica de la sociología.

Para comprender la segunda etapa de la sociología en Ecuador, es importante señalar algunos cambios en la institución universitaria a partir de la década de 1950. La universidad toma una postura desafiante respecto a la hegemonía mantenida por ese 'progresismo conservador' y su noción de fatalidad del progreso, asumiendo una perspectiva de su autoevidencia por el desarrollismo estado-céntrico

---

<sup>25</sup> Para Fernando Bustamante (1997), esta élite intelectual que conformaba la burocracia estatal, y que era producto de la función universitaria de formar a los hombres que llevarían a cabo los procesos estatales, no sostenían su legitimidad en base a la apropiación y el conocimiento de habilidades técnicas especializadas, sino que se fundaba en el conocimiento del 'buen gusto' que era acreditado por el título universitario.

(Campuzano, 2005: 429). Para este efecto, la universidad adquiriría ciertas funciones: realizar un aprendizaje profesional, ser el centro de la ‘cultura superior’ por la investigación de los ‘grandes principios’ científicos y filosóficos, e incluir estos dos bajo el descubrimiento de los anhelos del pueblo en cuanto a su porvenir (Pérez Guerrero, 1965). En este sentido, Pérez Guerrero, rector de la Universidad Central, planteó que la universidad debe, por sobre todas las cosas, recuperar la cultura y el pensamiento propiamente ecuatoriano: “somos una Patria, en un territorio pequeño y desgarrado, por eso, está bien poner de relieve el pensamiento, el espíritu, el corazón de la patria” (1961: 13). En pocas palabras, la universidad ecuatoriana adquiriría la función de construir un espíritu patriótico y la conciencia nacional.

Casi en paralelo, Manuel Aguirre (1961), designado vicerrector de la Universidad Central en 1961, impuso la necesidad de profesionalizar la investigación. Con esto se planteó un combate al cientificismo retórico por la necesidad de un conocimiento científico que, yendo más allá de la ‘palabrería’, posibilite transformaciones reales en el país: por ejemplo, propone superar el modelo de cátedra magistral por una pedagogía práctico-investigativa que favorezca la capacidad de pensamiento propio del estudiante. Respecto al afán transformador del conocimiento científico en el planteamiento de Aguirre, buscó ligar a los estudiantes con los sectores socialmente dominados con poder de movilización para la época: campesinos y trabajadores; con el objetivo de adquirir una conciencia crítica del mundo real que no puede ser aprehendido al interior de un aula. Como puede percibirse, Aguirre introduce en la universidad una nueva visión de la ciencia que busca develar las verdaderas leyes del desarrollo social en contra de las perversiones ideológicas provenientes de la clase dominante: el ‘materialismo dialéctico’ era, desde su perspectiva, la forma ulterior del conocimiento social, por lo que era necesario combatir lo retórico y metafísico a partir de allí. Sin embargo, para Campuzano, Aguirre cae en un dogmatismo en que ciertos conceptos marxistas devienen “esquemas rígidos de análisis, cuyos pilares o *a priori* no son sujetos a reflexión crítica” (2005: 434).

En este contexto, la universidad y el Departamento de Sociología de la Universidad Central, y luego también el de la PUCE, toman una postura de resistencia a la dominación de un Estado desarrollista y a las fracciones intelectuales dominantes que se ligaban al Estado. Debe tomarse en cuenta un factor sumamente importante en la toma de posición de estas unidades respecto al nuevo proyecto estatal: la difusión de un marxismo particular que influenció el quehacer universitario de la nascente sociología. Favorecida por el contexto político regional –la Revolución Cubana y el optimismo de las izquierdas– esta corriente trajo consigo ciertos obstáculos a la especialización de las ciencias sociales: por un lado, se pensaba que la crítica al capitalismo requiere de una comprensión de la totalidad social, noción fundamental del pensamiento marxista, por lo cual la segmentación en disciplinas era percibida como una

‘trampa ideológica’. Además, se concebía al proletariado como portador del progreso histórico, siendo la ciencia social necesariamente una productora de saberes generales cercanos al de este grupo (Aguirre, 1973). En consecuencia, el conocimiento generado desde la universidad bajo las premisas de una perspectiva totalizante y la cercanía al pensamiento del proletariado era, según Aguirre, el único referente válido para la toma de decisiones públicas.

Pero, para el Estado eran vistos como ‘focos de insurgencia’ contra el orden que necesitaban ser reprimidos e intervenidos por cualquier medio:

... no interesa tanto el fortalecimiento de una organización capitalista de la economía, con sus prerequisites de consolidación de un mercado interno, y de un sentido compartido de nación o de «patria chica» (...), sino meramente la tecnificación de determinados enclaves de la economía, donde la inclusión generalizada de la población en el mercado económico y simbólico de la nación aparece más bien como un estorbo (Campuzano, 2005: 436).

Esto condujo a un enfrentamiento violento entre los grupos estatalmente dominantes y los grupos universitariamente dominantes. Es decir, los aparatos represivos del Estado se enfrentaron con las organizaciones de izquierda que se hicieron del poder universitario y que, pese a ser antagónicos al Estado, utilizaban métodos autoritarios y violentos similares a los que usaban los aparatos estatales de represión para ejercer su poder. Sin embargo, la posición de la Escuela de Sociología y Ciencias Políticas de la Universidad Central hacia estos grupos de izquierda, así como de la mayoría de sus agentes, era crítica en tanto se encontraban en contra de la imposición violenta de una forma de pensamiento.

La primera escuela de sociología en Ecuador surge a finales de la década de 1960 en la Universidad Central del Ecuador: académicamente toma la línea del estructural-funcionalismo, dominante temporal dentro de la sociología norteamericana, en razón de un convenio entre esta institución ecuatoriana y la Universidad de Pittsburgh en 1964. Esta institucionalización también sacó provecho del contexto y del marco institucional de la sociología latinoamericana: la Asociación Latinoamericana de Sociología (ALAS) generó diferentes espacios de discusión de las bases de programas de estudios homologables a nivel regional, uno de los cuales fue llevado a cabo en esta institución universitaria. En un informe presentado a las autoridades universitarias, Ángel Modesto Paredes (1957) promovía la institucionalización de un espacio de análisis de la realidad ecuatoriana y sus leyes a fin de orientar las decisiones públicas por medio de sus descubrimientos. En este sentido, el perfil del sociólogo que se impuso en la naciente unidad académica guardaba ciertos rasgos de ese ‘progresismo conservador’ en

tanto se definía su rol social alrededor del tutelaje del pueblo y la administración del Estado por sus conocimientos profundos de la sociedad y sus leyes.

Sin embargo, según Alejandro Moreano, las formulaciones de pensamiento social que allí surgían mantenían una escasa relación con el ámbito académico, teniendo un carácter más político e intelectual: el discurso predominante estaba alrededor de la estrategia guerrillera y de las teorías de la descolonización. En efecto, Agustín Cueva era el modelo del sociólogo ecuatoriano, siendo incorporadas sus obras más por el carácter político-intelectual de militancia directa que por el teórico-académico (entrevistado por Campuzano, 2005: 441). Así también, se percibía que la revolución requería más de un compromiso político que de una discusión teórica, generando que todo aquel vinculado a 'lo académico' sea percibido como 'políticamente sospechoso'. De esta manera, los primeros pasos de la institucionalización de la sociología incorporó cierto sentido y actitud 'antiacadémica' entre sus estudiantes. El mencionado convenio con la universidad norteamericana fue descartado en 1968 tras las demandas y quejas de los sectores estudiantiles que lo asumían como una intervención 'imperialista' en la universidad ecuatoriana, lo que puede mostrar indicios sobre el perfil que adoptó desde entonces la sociología en el país.

Como consecuencia de esta orientación impuesta como predominante desde la gran mayoría del estudiantado y ciertos docentes, el estructural-funcionalismo fue rechazado. Pero, en lugar de ser el resultado de una reflexión teórica, esta negativa se sustentó en argumentos políticos que asociaban esta corriente a los gobiernos militares y al imperialismo norteamericano en su intento de control ideológico sobre las universidades. Otro de los planteamientos teóricos que fue relegado fue el trabajo de Max Weber y su sociología comprensiva, ya que se planteó la oposición del mismo respecto al pensamiento de Marx por ser calificado, sin debate profundo alguno, como intelectual liberal que defendía los intereses de la burguesía y como positivista (Ramírez Gallegos, 1999: 276). También el pensamiento jurídico-social de la primera etapa de la sociología ecuatoriana fue rechazado y estigmatizado sin mediación de un ejercicio crítico, siendo percibido como una ideología de la universidad elitista que era utilizada por abogados. Estos rechazos pasaron a formar parte del sentido común sociológico de la época, persistiendo en distintos niveles en la actualidad. De esta manera, la falta de una postura teórica clara dentro de la Escuela de Sociología y Ciencias Políticas de la Universidad Central fue el terreno propicio para la incursión y el dominio de corrientes de pensamiento asociadas con la izquierda.

En referencia al trabajo de Agustín Cueva, Carlos Rojas (2009) lo caracteriza en breves rasgos. La metodología de Cueva buscaba conjugar la realidad social con el plano discursivo dentro de una perspectiva histórica. Bajo la influencia de su formación en el marco del pensamiento marxista, su centro de interés son las relaciones de fuerza entre clases sociales antagónicas. El estado de esas relaciones de

fuerza forma un poder que se expresa en el orden discursivo del universo simbólico, el cual es funcional a los intereses de las clases dominantes. En consecuencia, este orden simbólico discursivo, reflejo del orden social establecido, contiene tanto una forma relacional de dominación como un estilo de vida específico que son efectivos en tanto permanecen ocultos. Para Cueva, este marco discursivo define las condiciones de posibilidad en que se producen las prácticas sociales, por ejemplo la literatura indigenista que analiza. Por ende, la tarea del sociólogo es indagar sobre estos mecanismos ocultos que consolidan una dominación, pero esta lectura debe distanciarse de interpretaciones mecanicistas. Allí se introduce el componente histórico del pensamiento de Agustín Cueva, posicionando como fundamental la reconstrucción histórica en una lectura que trascienda los elementos ideológicos, propios del universo simbólico, y que encubren la realidad. Pero, siguiendo el testimonio de Moreano, la apropiación de la obra de Cueva tuvo más ribetes político-ideológicos que académicos.

Vale destacar que, después de la caída de la estrategia guerrillera tras la muerte del Che Guevara en 1968, el posicionamiento dominante de las tendencias de izquierda en la sociología universitaria derivó en reformulaciones teóricas cercanas a la noción de la ‘revolución socialista’ del marxismo clásico: centraron la atención en las formas de organización política del proletariado urbano, manteniendo la sociología relación de afinidad con este sector social (Moreano en Campuzano, 2005: 444). Pero, estas nuevas reflexiones ya no rondaban el componente táctico-político de la tradición marxista representada en Mao Tse Tung o la táctica leninista, sino que se preocupaban por una reflexión profunda de la obra de Marx, especialmente de ‘El Capital’. Todos estos factores condujeron a la consolidación de escuelas marxistas de pensamiento social, reflejada en las reformas de los programas de estudio y en el contenido de sus producciones académicas: por ejemplo, la adopción del método del marxismo estructuralista de Althusser y Poulantzas<sup>26</sup>, o los debates generalmente orientados a posicionarse bajo la exclusividad de la lectura correcta de Marx (Quintero, 2001). Considerando esto, los sociólogos se convertían en actores políticos fundamentales de la izquierda al proveer a los movimientos sociales de sus bases teóricas, y, basado en este imaginario del sociólogo, la oferta universitaria de formación en este campo se orientaba por este interés.

Esta época significa el punto de partida de una distinción entre dos proyectos aparentemente antagónicos dentro de la sociología ecuatoriana: por un lado, la consolidación académico-institucional de la sociología desde una perspectiva interdisciplinaria que, representada bajo la figura de Rafael Quintero,

---

<sup>26</sup>Para Campuzano (2005), la adopción del marxismo estructuralista responde a ciertas condiciones: esta postura es un intento de ‘depuración’ de los elementos no científicos del pensamiento marxista clásico. La apropiación de la corriente ‘más científicista’ del marxismo se comprende por la necesidad de justificar una sociología marxista en un espacio donde imperan criterios académicos y científicos, aunque puede aparecer como contradictoria para quienes renegaron del positivismo en un primer momento.

busca imponer como prioritario la investigación y el debate académico por la conformación de una comunidad científica. Mientras que, por el otro lado, simbolizada por Agustín Cueva, se da un pensamiento social sin fronteras disciplinarias que, cercano a la filosofía y a la literatura, asume como principal recurso la crítica cultural dentro del trabajo académico (Campuzano, 2005: 449). Con todo, ambos proyectos reivindican la potencialidad crítica del pensamiento social en la visibilización de modelos alternativos respecto del orden social existente propuestos desde la universidad pública y con cercanía al sujeto social de cambio, es decir, el proletariado: la corriente ‘academicista’ proponía que las tomas de decisión pública tengan como epicentro la universidad y su generación de conocimiento (Quintero, 1976). De su parte, la perspectiva ‘culturalista’ sitúa la crítica dentro de las obras literarias, construyéndose a través de las mismas las relaciones cotidianas de poder que se dan en la realidad social ecuatoriana (Cueva 1973, 1976 y 1986).

En la década de los ochentas, el retorno al régimen democrático formal y la caída del desarrollismo estado-céntrico derivó en ciertas transformaciones en la universidad y en la sociología. Más allá de su puesta en marcha o no, la intención era acoplar la universidad para favorecer un modelo de inserción nacional en los circuitos comerciales y financieros transnacionales. En este sentido, idealmente debía operarse una introducción institucional a las redes internacionales de conocimientos científicos aplicados a fin de posicionar el aparato productivo nacional de manera competitiva en el sistema mundial. Además, las empresas privadas y el Estado requerían de profesionales con habilidades especializadas para su manejo técnico (Coello et al., 1994). En consecuencia, la institución universitaria y las ciencias sociales adoptaron un nuevo sentido, pasando de la ‘crítica al orden’ a la ‘gestión del orden’, y buscando una profesionalización de tipo tecnocrático adecuada a la estructura ocupacional vigente: a manera de ilustración, puede traerse a colación la introducción de materias destinadas a la planificación estratégica del desarrollo o al diseño y elaboración de proyectos en los planes de estudio, así como también a la administración poblacional, aspecto de tipo práctico y técnico que dista de la tradición más teórica que mantenía hasta aquel entonces la sociología (Ramírez Gallegos, 1999: 282-283). En cuanto al nivel universitario, puede citarse la proliferación de carreras ligadas a la administración, a las finanzas y al marketing, y, con ello, el número de estudiantes que se dirigen por las mismas.

Como resultado de todos estos procesos de cambio, la sociología se encontró extraviada a inicios de los noventas en Ecuador. El fin de las certezas del pensamiento crítico tras la caída del modelo socialista soviético y, por el debilitamiento del movimiento obrero, la falta de un nuevo eje en el cual anclar la práctica sociológica terminó por perder todo horizonte en la sociología. Por otra parte, la escasa institucionalización de la investigación negó la posibilidad de fomentar la práctica académica alrededor

de los nuevos fenómenos de resistencia que surgían a través de los movimientos sociales emergentes. Todo esto arrastró a la sociología a terrenos de asistencia social y de incertidumbre como ciencia: la crisis epistemológica y el ensimismamiento de un pensamiento que no abordaba procesos reales afectaron los fundamentos del conocimiento social por una desactualización teórica y metódica que no respondía al aumento de la complejidad social (Jácome, 2005). En consecuencia, se prestaron las condiciones para constituir un programa para la sociología que se adecuaba más a una ‘ingeniería social’<sup>27</sup> que a una práctica reflexiva de explicación y comprensión de las relaciones sociales. Al igual que en la mayoría de la región, los programas universitarios de sociología sufren una ‘desociologización’, imponiéndose materias con enfoque de eficiencia e instrumentalización por sobre la discusión teórica y metodológica (Ramírez Gallegos, 1999: 280). Por lo tanto, las escuelas de sociología así definidas no hacían sociología ni formaban sociólogos con oficio, entendido este a través de la función crítico-reflexiva antes que la administrativa.

#### ***2.4.3. Trayectoria de la Escuela de Sociología y Ciencias Políticas de la PUCE***

En 1975, y dentro de los sentidos y conflictos antes mencionados en la trayectoria de la disciplina en la universidad ecuatoriana, nace la Escuela de Sociología y Ciencias Políticas de la PUCE a manera de estrategia de supervivencia del antiguo Departamento de Ciencias Sociales y Políticas, que había sido concebido como unidad netamente investigativa y no de formación estudiantil. En este sentido, y acogiendo estudiantes ante la necesidad de justificar su existencia, hereda la tradición investigativa que caracterizó al mencionado departamento: el ‘perfil sociológico’ dominante suponía las capacidades de análisis y comprensión científica de los problemas sociales ecuatorianos en un asumido compromiso con las causas humanas para el cambio social. En este marco, es necesario rescatar los convenios signados con la Fundación Ford y con CLACSO, que fortalecieron el eje académico-investigativo dentro de la unidad (Jácome, 2005). Además, a raíz de estos convenios, la presencia de investigadores y docentes extranjeros tuvo gran influencia en la constitución del primer programa de estudio que se adecuaba a una orientación investigativa que confería el estatuto profesional del sociólogo<sup>28</sup>. La investigación se institucionalizó, al menos de manera intencional, como elemento oficializado de articulación de la propuesta académica de la Escuela. Cabe rescatar que esta investigación estuvo siempre ligada a un interés político de orientar la

---

<sup>27</sup> Ramírez Gallegos define esta ‘ingeniería social’ como “una estrategia de disposición/administración de elementos económicos y políticos que conlleve finalmente a viabilizar un pre-determinado modelo de desenvolvimiento social” en oposición a la reconstrucción teórico-discursiva de la realidad social a partir de herramientas teóricas y metodológicas que favorezcan la trascendencia del sentido común (1999: 281).

<sup>28</sup> Puede verse en los Anexos I a IV cómo se ha ido transformando el programa de estudio de la Escuela de Sociología y Ciencias Políticas de la PUCE.

toma de decisiones públicas: sobre todo en el tema de resolución de políticas públicas y de la cuestión agraria.

Sin embargo, deben considerarse algunas influencias determinantes para el devenir de la unidad. Estar contenida dentro de la Facultad de Ciencias Humanas<sup>29</sup> implicó que la disciplina conviva con otras ramas de las ciencias sociales y, sobre todo, con la filosofía, compartiendo aspectos universitarios e institucionales: por ejemplo, los docentes jesuitas ejercieron una gran influencia en la tendencia filosófica, religiosa y teológica con que se trató a las ciencias sociales, percibiéndose una formación intelectual-religiosa-social en los estudiantes que accedían a los estudios en la Facultad (García, 2006). Otro factor relevante fue la presencia de docentes llegados del sur del continente, quienes mantenían un alto nivel intelectual y de producción académica en el pensamiento latinoamericano: dotaron de soportes filosóficos y metodológicos influyentes en la formación y la percepción del perfil sociológico de la Escuela (Jácome, 2005). Es importante señalar esta influencia de la filosofía, y de los filósofos, porque introduce en el campo una especie de dignidad filosófica: toda filosofía se piensa a sí misma como fin, adquiriendo una especie de encanto al ser una esencia con movimiento por fuera de la contingencia y de la historia empírica (Bourdieu, 1983). Por tanto, opera una especie de rechazo inmediato de toda postura que considere como fundamentales los datos históricos y la investigación empírica, desvalorizando toda práctica de observación y experimentación en el proceso de establecer nuevos conocimientos. La nobleza de la postura filosófica suele generar una tendencia práctica a desentenderse de las tareas ‘inferiores’ del pensamiento que son propias de las disciplinas históricas como la sociología.

Otro factor de relevancia fue la presencia de tendencias derivadas del marxismo, las cuales determinaron ciertos cambios en la estructura del programa y en la visión generalizada del ideal del sociólogo: pese a la existencia de diversas posiciones respecto al sentido de la sociología como práctica, el marxismo, así como su enfoque y sus preocupaciones, fue posicionándose como tendencia predominante en el ámbito. La adopción de este discurso tuvo un sentido científico y, además, sustento en una postura de carácter político-ideológico: la sociología quedaba ligada, antes que a la actividad investigativa, a la lucha política. En este marco, quienes estaban familiarizados con el universo y el lenguaje del marxismo obtuvieron ventajas de reconocimiento por sobre quienes no lo estaban. Es necesario resaltar que la forma en que fue generalmente adoptado el marxismo en el ámbito universitario

---

<sup>29</sup> La Facultad de Ciencias Humanas de la PUCE fue creada por el traslado de la Facultad Eclesiástica de Filosofía San Gregorio, fundada en 1950, para la constitución de un Departamento de Filosofía dentro de esta unidad en el año 1970. Así, este departamento constituía junto al de Antropología las dos unidades de la Facultad de Ciencias Humanas, en las cuales se ofrecían las carreras de Antropología, Filosofía y Sociología. No es sino hasta mediados de los años ochentas que, por medio de una iniciativa de la Conferencia Episcopal Ecuatoriana en acuerdo con la PUCE para la formación de aspirantes al sacerdocio, la Escuela de Filosofía se separó de la Facultad de Ciencias Humanas y se instaló a la Facultad de Ciencias Filosófico-Teológicas (PUCE, 1996).

ecuatoriano impuso una particular contradicción en el medio: definido el intelectual de izquierda por la corriente comunista, aparecía en el horizonte de los mismos una concepción de la historia sostenida en la unanimidad, no habiendo la posibilidad de contradicciones que obstaculicen el arribo al fin planteado. Al imponerse una visión de la historia donde ‘no hay nada nuevo bajo el sol’, la investigación cumple el papel de corroborar aquello de lo cual ya se tiene conocimiento, por lo cual toda investigación que se aleje de sus márgenes está destinada a ser rechazada en términos de validez<sup>30</sup>:

Como consecuencia de canonizar sus obras, resultaba necia e innecesaria la pretensión de insistir en análisis políticos y económicos detallados. Para no pocos, dados que los «trazos gruesos», los «grandes movimientos de la historia», ya habrían sido explicados de una vez y por siempre por Marx, se tornaba autoevidente la banalidad de la investigación (Campuzano, 2005: 448).

En suma, sin negar la existencia de una gama de lecturas del marxismo entre las cuales pueden encontrarse posturas que reivindican la necesidad de un trabajo investigativo como en Agustín Cueva, la mayoría de agentes relegaban a la práctica de investigación como algo no prioritario del quehacer sociológico, incluso poniéndola bajo sospecha por sus implicaciones. A partir de aquel momento queda planteada la dicotomía entre el *marxismo-filosófico* y la *investigación empírica*, siendo hegemónica la primera en la trayectoria de la Escuela<sup>31</sup>. Como resultado, la actividad universitaria de la sociología quedaba directamente relacionada con la militancia política, dotando de un nuevo sentido a las actividades académicas en su interior: la universidad estaba orientada a reflexionar y a apoyar a la organización política de izquierda. De otra parte, y sumado a lo mencionado, se debilitó la creencia sobre el programa de orientación investigativa ante diferentes factores: conflictos internos de la Escuela, condicionamientos institucionales que no se mostraban favorables a la práctica investigativa y el privilegio de la lucha política en la percepción estudiantil (García, 2006). Paralelamente, existieron también algunos factores extrainstitucionales: proceso de ajuste estructural que transforma las formas de financiamiento de la Educación Superior y la creación de nuevos espacios de investigación. Así, tanto las universidades como las escuelas de sociología quedaron reducidas a la docencia, definida muchas veces alrededor de la formación político-militante, y a la titulación como mecanismo de salida laboral y de

---

<sup>30</sup> En su trabajo de la figura de Rigoberta Menchú, el antropólogo norteamericano David Stoll menciona en referencia a la tendencia latinoamericana del marxismo que, “desechando la investigación empírica como una forma de dominación occidental, la izquierda universitaria puede caer en el error de interpretar textos en términos de estereotipos simplistas de colectividad, autenticidad y resistencia que, debido a que son autorizados por identificación con las víctimas, se considera por encima de todo debate” (1999: 347).

<sup>31</sup> Puede observarse, en la tesis de García (2006), algunos testimonios de docentes que relatan la imposición de la perspectiva política sobre la perspectiva académica de la sociología, produciendo una confusión entre el marxismo científico y el marxismo panfletario. Sin duda esto debe ser comprendido dentro de las dinámicas inherentes al campo, es decir la disputa por la definición de la sociología.

movilidad social, sacrificando la investigación empírica y favoreciendo la primacía de la discusión teórica en la práctica sociológica dentro de la Escuela.

A inicios de la década de los noventas, el contexto económico, político y social de ajuste y liberalización obligó a las facultades a cambiar sus programas. Se incorporaron nuevos temas y estrategias como mecanismo de reforma de la oferta educativa, atendiendo de esta forma a los vacíos que conllevo el cambio del mundo. En este sentido, era necesario buscar nuevas opciones teóricas que se adecúen de mejor manera a los nuevos requerimientos. Dentro de este marco, la Escuela de Sociología y Ciencias Políticas de la PUCE se comprometió a modificar el programa de estudio con la finalidad de solventar algunos déficits de formación y de mantener en pie la unidad ante la negativa de las autoridades universitarias por el posicionamiento político-ideológico dominante en su interior. En un diagnóstico realizado por docentes con una posición que percibía de manera favorable a la práctica investigativa, se planteó como necesario reposicionar la formación teórica y metodológica frente al área de apoyo –historia y economía, contenidos fundamentales desde la óptica marxista. Además, debía imponerse un pluralismo académico ante la ideologización del espacio que derivaba en la exclusividad académica de quienes asumían la posición marxista, descalificando todo pensamiento no alineado a su postura (Jácome, 2005 y García, 2006). Por último, se intentó incorporar nuevas temáticas de actividad académica que permitan actualizar la formación de manera adecuada a las exigencias del momento. Para Campuzano, estas reformas de la Escuela no fueron orientadas a imponer un perfil investigativo del sociólogo, sino que:

... las lecturas de teoría social y la familiaridad con las técnicas de investigación son depuestas y olvidadas en medio del apremio gerencial de las nuevas ONG's donde los graduados buscan el trabajo que la universidad no les brinda (este desfase entre los contenidos de la carrera y el ejercicio profesional de sus graduados, y la consecuente amenaza de pérdida de alumnos inscriptos que entraña, hallarán una particular respuesta durante la siguiente década [referencia a las especializaciones]) (2005: 453).

La reforma de 1995 buscó instrumentalizar la organización y el desarrollo sociológico mediante la adecuación del programa de estudios a la época. Por ejemplo, la complejización y diversificación del conocimiento obligaba a pensar en la transdisciplinariedad. Además, era necesario considerar las exigencias de la estructura ocupacional, redefiniendo la profesionalización del sociólogo en la especialización y la competencia: para el efecto, se separó a la escuela en tres menciones, a saber, 'Política', 'Desarrollo' y 'Relaciones Internacionales'. De esta manera, se operó un giro institucional hacia el mercado laboral, mutando la percepción de la diferenciación que existía entre la tarea académica del sociólogo y la profesionalización laboral del burócrata. Tal como lo evidencian García (2006) y

Jácome (2005), el proceso respondió a la necesidad de una formación teórica y metodológica que dote de las herramientas necesarias para vincularse de manera eficiente con los procesos sociales: el proceso de formación se dividió en un ciclo de formación teórica y metodológica –cuatro semestres– y otro de especialización en campos definidos<sup>32</sup> –seis semestres.

La reforma del programa tuvo como efecto la imposición de un nuevo perfil sociológico. Sin embargo, encontró muchas resistencias por el enfoque operativo e instrumental concebido por los estudiantes como un alejamiento de la tradición reflexiva y crítica que había marcado la trayectoria de la Escuela. Frente a situaciones conflictivas por la oposición estudiantil ante una percepción de carencia crítica y reflexiva en el nuevo programa de estudios, se obligó a hacer modificaciones sustentadas en las demandas de formación. Además, se ha constituido una jerarquía de menciones en la cual se ha distinguido de manera descalificadora a la mención de ‘Relaciones Internacionales’ por presentar perfiles sociales y expectativas que aparentemente no guardan relación con la tradición sociológica de la Escuela. Abordándolo desde una perspectiva general, se ha planteado la antinomia entre una *sociología investigativa*, de poca concreción en el medio, y una *sociología generalista y crítica*, cercana a la filosofía social, que mantiene claro un posicionamiento ideológico y un compromiso político (Jácome, 2005).

La última propuesta de reforma del plan curricular ha sido presentada en el año 2010. En esta, la Escuela de Sociología y Ciencias Políticas de la PUCE asume dos objetivos claramente planteados: en primer lugar, la investigación de problemas sociales a nivel nacional y regional. Y, segundo, la formación profesional en teoría y práctica sociológica. En un informe sobre el estado de la mención de ‘Desarrollo’ previo a esta reforma, se presenta como problemático el énfasis predominantemente teórico de las materias que allí se imparten, puesto que el sociólogo debe idealmente manejar instrumentos metodológicos de investigación social (Guerrero Cazar, 2007).

Otro de los objetivos que se plantea para la formación sociológica en la Escuela es la transformación social mediante la práctica y la reflexión sociológica, todo esto en pos de alcanzar una sociedad con mayores grados de ‘humanización’. De esta manera, la orientación de la Escuela se define por:

... la comprensión del ser humano en su individualidad, como sujeto activo que interactúa con los «otros» en contextos sociales específicos y que genera y produce

---

<sup>32</sup> En la tesis de García (2006) puede encontrarse un análisis detallado del proceso de constitución de la mención de ‘Sociología del Desarrollo’.

realidades sociales únicas, cuyo estudio, comprensión y explicación atañen a la Sociología (Escuela de Sociología y Ciencias Políticas de la PUCE, 2010a: 3).

El cambio del programa de estudio en la carrera de Sociología y Ciencias Políticas responde a las demandas que plantea a la disciplina una sociedad en cambio permanente. Las nuevas dinámicas y las transformaciones de los fenómenos sociales obligan a pensar nuevas formas de responder a las mismas, especialmente en lo referente a los problemas particulares que afronta el contexto regional dentro del espacio globalizado y a las nuevas incertidumbres<sup>33</sup>. Además, en consideración de las reformas que pretenden instalarse en el Sistema de Educación Superior a nivel nacional, esta transformación programática contempla la reducción del tiempo de formación y la introducción de un enfoque multidisciplinario en la misma<sup>34</sup>. Es decir, bajo la intención de adecuación a las nuevas exigencias planteadas por el sistema universitario, este espacio académico se encuentra ante la obligación de reformular y de actualizar su programa.

Esta propuesta formativa se asume a sí misma de manera diferenciada respecto a la oferta de la Universidad Central que, junto a la PUCE, son los únicos centros de educación superior que brindan el programa de sociología en la ciudad de Quito<sup>35</sup>. Sumada a las diferencias que aparecen a primera vista que dan cuenta de diferencias inherentes a la composición socioeconómica de los grupos que acceden a cada una de estas, el informe realizado por la Escuela de Sociología y Ciencias Políticas de la PUCE, en su proceso de revisión y reforma, enfatiza otras diferencias: por ejemplo, el título de ‘Sociólogo’ obtenido en un tiempo menor, Pero el elemento relevante de distinción que apuntan es la formación especializada, tanto a nivel teórico como metodológico, en campos de investigación social contemporánea (2010a: 5).

Como resultado de todo lo considerado hasta este momento en referencia a las transformaciones de la Escuela y su programa, el perfil del sociólogo esperado entre los estudiantes que allí se forman es definido por este compromiso disciplinar con el cambio social: “personas comprometidas, solidarias, honestas y responsables, con capacidad de trabajar en función del bienestar humano-social y natural”

---

<sup>33</sup> Es importante resaltar la importancia que adquiere la sociología, en general las ciencias sociales, y su formación profesional en el contexto nacional actual. Dentro del proceso de modernización de las instituciones públicas de carácter social y político planteadas por el modelo estatal vigente, la demanda de profesionales de las ciencias sociales para guiar este proceso de racionalización se impone como prioritaria a los centros de formación universitaria que ofertan esta posibilidad.

<sup>34</sup> En 2007, respondiendo a las proyecciones de cambio dentro del Sistema de Educación Superior bajo el mandato del gobierno de turno, las autoridades de la PUCE solicitaron a las diferentes facultades y escuelas que conforman esta institución universitaria, revisar y reformar las mallas curriculares y el contenido de las diferentes materias dictadas dentro de estas unidades.

<sup>35</sup> Además de la ciudad de Quito, puede encontrarse programas de Sociología en otras cuatro ciudades de Ecuador: Guayaquil – Universidad de Guayaquil– Cuenca –Universidad de Cuenca– Esmeraldas –Universidad Técnica de Esmeraldas Luis Vargas Torres– y Machala –Universidad Técnica de Machala.

(Escuela de Sociología y Ciencias Políticas, s.f). Es necesario mencionar que en la actualidad la práctica investigativa es un componente central en la formación de sociólogos en la PUCE, pues entre los posibles campos profesionales en donde se ubicarán los estudiantes son los espacios de investigación en diferentes temáticas del dominio social: desarrollo, políticas públicas, relaciones internacionales, etc. Aparejado a este rol de investigación, la reflexión crítica es un elemento que debe ser incorporado, idealmente, por los individuos formados para la práctica sociológica. Además, no hay que dejar de mencionar la docencia como un posible futuro profesional del sociólogo.

No debe reducirse la postura oficial de la Escuela respecto al rol del sociólogo al polo investigativo o docente, elementos más vinculados a una carrera académica: si bien la comprensión y explicación de la sociedad y sus diferentes componentes es fundamental a la práctica sociológica, se privilegia también la capacidad de formar parte del campo político. Esto en virtud de su conocimiento particular del mundo social, lo cual permite al sociólogo aportar con soluciones adecuadas a los problemas que afectan a los diferentes sectores sociales. En consecuencia, el sociólogo se define alrededor de dos sentidos que se conjugan: de un lado, el científico que explica de manera profunda las relaciones sociales, y, de otro lado, el político que, sustentado en este conocimiento sociológico y en la autoridad de la cual está investido al hablar en nombre de una ciencia, influencia las decisiones que se adoptan en los espacios públicos en la búsqueda de procesos de transformación definidos desde diversos horizontes normativos<sup>36</sup>. Con mayor afinidad entre quienes optan por la mención en ‘Política’, una de las perspectivas a futuro que se plantea a los estudiantes es la posibilidad de formar parte del campo político bajo la función de dirigente político (Escuela de Sociología y Ciencias Políticas de la PUCE, 2010b).

Tampoco hay que dejar de considerar otra de las dimensiones bajo las cuales se define la formación de los estudiantes de sociología en esta unidad académica: la gestión de lo social. Como se ha mencionado con anterioridad, una de las expectativas sociales respecto a la sociología es la formación de un cuerpo profesional que lleve a cabo el proceso de modernización de las instituciones públicas, o bien el desarrollo de programas sociales desde el ámbito de las organizaciones privadas. En efecto, una de las potenciales ocupaciones de los estudiantes hace referencia a su participación en instituciones públicas o privadas de desarrollo social, o en el diseño, formulación, ejecución y evaluación de políticas o proyectos sociales. En este sentido, los contenidos y las materias de la malla curricular, así como el perfil profesional de los estudiantes egresados de este espacio, deben contemplar esta posibilidad ocupacional a

---

<sup>36</sup> En efecto, en los informes que se elaboraron en referencia a la reforma de la malla curricular en 2010, la Escuela de Sociología y Ciencias Políticas de la PUCE define a la sociología de la siguiente manera: “La Sociología es, pues, mirarnos para explicarnos, comprendernos y transformarnos” (2010a: 7).

futuro<sup>37</sup>. Cabe señalar que este perfil es mayoritariamente asociado a la especialización de ‘Desarrollo’, y en menor medida a la mención de ‘Relaciones Internacionales’ por su posibilidad de vinculación con organismos internacionales que elaboran programas de gestión social (Escuela de Sociología y Ciencias Políticas de la PUCE, 2010a y 2010c).

\*\*\*

Considerando los diferentes elementos abordados en esta sección, pueden esbozarse algunas conclusiones respecto a la estructura del campo de la Escuela de Sociología y Ciencias Políticas de la PUCE. En primer lugar, debe ubicársela dentro del campo de la Educación Superior en Ecuador: las necesidades de una sociedad en transformación han impuesto al sistema universitario una nueva funcionalidad, la cual se suma a su rol tradicional de formación del cuerpo profesional para el funcionamiento adecuado del sistema productivo nacional. A saber, la nueva función alrededor de la cual se intenta constituir la institución universitaria es la generación de conocimientos y tecnologías pertinentes con el PND. Por tanto, la práctica investigativa se transformaría en un eje central en el campo universitario, siendo importante señalar que el Estado asume el rol de evaluación y de acreditación de los programas universitarios en adecuación a las necesidades sociales: es decir, es la instancia de legitimación y de oficialización de las prácticas universitarias posibles. Bajo esta nueva concepción del sistema de Educación Superior, la investigación de carácter empírico y sus ‘buenas prácticas’ definen los criterios de acreditación de las diferentes instancias que conforman el sistema: por ejemplo, la inversión en investigación, la publicación de trabajos realizados por el cuerpo académico en instancias científicas reconocidas, la vinculación a redes internacionales de trabajo académico, la titulación de los docentes, etc., son signos reconocidos de poder que generan beneficios a las instituciones y agentes universitarios en este proceso. Hay que considerar que se trata de un momento de transformaciones dentro de la universidad ecuatoriana, por lo cual estos criterios son más intenciones antes que prácticas efectivamente instaladas en su interior. No obstante, estas son posibilidades de estructuración del juego universitario, por lo cual los agentes se adecúan a las mismas en base a los recursos con los que disponen. Con todo, el devenir de este proceso de cambio está por verse a futuro, sobre todo en cómo se alterarán las relaciones de fuerza al interior del espacio.

---

<sup>37</sup> En referencia al rol de ‘gestor de lo social’ asociado primordialmente a la mención de ‘Sociología del Desarrollo’, García (2006) plantea que, si bien la introducción de cursos y temáticas relacionadas con este perfil respondió a una demanda de la sociedad hacia la disciplina, la acogida entre los estudiantes no fue la esperada. En una asumida defensa de la tradición crítica de la Escuela de Sociología y Ciencias Políticas de la PUCE, el posicionamiento de esta función dentro de la jerarquía de posibilidades de salida laboral del estudiante de sociología la relegó a ocupar posiciones dominadas, y a quienes mostraban preferencia por la misma a ser descalificados de cierta manera en cuanto a sus expectativas.

Al estar inserta dentro de este sistema, la PUCE y sus unidades académicas deben adecuarse a los fines planteados por el mismo. En este sentido, esta institución universitaria define sus objetivos no solo por la formación intelectual, técnica y moral de profesionales, sino también por el desarrollo de prácticas investigativas en cada una de las unidades académicas que la conforman. Tal como se evidencia, la Escuela de Sociología y Ciencias Políticas ha ingresado en este proceso de adecuación a las normativas universitarias vigentes: la última reforma introduce como elemento fundamental de la formación y de la práctica sociológica la investigación de los problemas sociales que afectan en los niveles nacional y regional, que va aparejado con un importante tratamiento y manejo a nivel discursivo tanto de teorías como de metodologías en las ciencias sociales. Así también, vale destacar la especialización que se introdujo en esta unidad en la reforma de 1995 que, si bien no es contemporánea de las reformas del sistema universitario, predispone a los sociólogos de mejor manera ante los procesos de complejización y de diversificación de las esferas sociales y su respectivo conocimiento. Este elemento favorece, además, una actitud interdisciplinaria de trabajo científico. No debemos olvidar que, delimitándose todos estos elementos reconocidos como legítimos en el desarrollo del sistema universitario ecuatoriano y en la PUCE, los agentes que ingresan a la Escuela de Sociología y Ciencias Políticas deben idealmente contar con recursos o capitales que los predispongan a desarrollar las prácticas buscadas por el espacio.

En segundo lugar, debe situarse a la unidad académica dentro de la tradición sociológica en Ecuador. Al igual que en el resto de la región, la sociología fue pensada como una ciencia ‘para’ la modernización, es decir, que en lugar de realizar una crítica de los procesos de modernización estaba orientada a llevarlos a cabo. En territorio ecuatoriano, este indicio parece ser bastante claro: la sociología como disciplina es introducida a través de la institución universitaria, pasando a formar parte de la ‘alta cultura’ que abogaba por el proyecto modernizador. Esta trayectoria ligada a los hombres letrados, especialmente de las facultades de Jurisprudencia, formó las condiciones de posibilidad para que la sociología y los sociólogos se perciban a sí mismos a través del fundamental papel de guías del proceso de emancipación social.

No obstante, la adopción de cierto marxismo en las facultades de ciencias sociales favoreció un cambio en el sentido de una sociología que hasta ese momento se orientó, aunque en un plano bastante retórico, a la consolidación de un proyecto nacional de modernización mediante el modelo industrial. Las unidades académicas de sociología adoptaron una posición crítica al proyecto hegemónico, rompiendo con la figura del especialista técnico ligado al aparato estatal. De esta manera, la noción del sociólogo pasó de ser una agente de modernización a ser un agente de revolución, formando vínculos de afinidad con las clases obreras y con diferentes grupos socialmente dominados. Cabe resaltar que, pese a este

cambio de intencionalidad en la disciplina, el sociólogo mantuvo esta predisposición a cumplir el rol de ‘tutor’ o de guía hacia la finalidad buscada desde un sentido diferenciado.

Por otra parte, y como ya se ha señalado, es determinante en la estructuración de los esquemas del universo de la Escuela de Sociología y Ciencias Políticas de la PUCE la influencia que ha generado la filosofía y su práctica: la nobleza propia de la filosofía ha separado a la observación y la experimentación de la práctica sociológica, operando un amplio e inmediato rechazo de estas tareas. Así también, la tendencia humanista, generalmente asociada a las posturas filosóficas y/o marxistas introducidas, ha tenido ciertos efectos en la concepción de la sociología: asumiendo una filosofía de la acción que defiende al saber inmediato como verdad, las posturas humanistas niegan la existencia de determinaciones profundas ancladas en la estructura social (Bourdieu, Chamboredon & Passeron, 2008: 36). En otras palabras, se niega la necesidad de un tratamiento metódico y sistemático que dé cuenta de las relaciones objetivas de los hechos sociales, pues la condición suficiente para ser sociólogo se reduce a ser humano. Los factores hasta aquí mencionados han producido las condiciones propicias para un rechazo estructural de la investigación empírica como componente central de la práctica sociológica en la PUCE, pese a que la creación como unidad académica supuso la continuación de una unidad investigativa previamente establecida<sup>38</sup>.

Una vez se toma en cuenta esto, la estructura de la Escuela de Sociología y Ciencias Políticas de la PUCE ha desarrollado condiciones y esquemas para que la disciplina sea apropiada para la formación y la práctica de sociólogos con rasgos de intelectual, no tanto de científicos propiamente dicho. En su trabajo sobre los intelectuales y los sociólogos, este último adscrito a la tradición de la ciencia, Bennet Berger delimitó las diferencias existentes entre ambas figuras: la función del intelectual en las sociedades occidentales ha sido comentar e interpretar la experiencia contemporánea, papel que ha sido monopolizado por los hombres de letras (1957: 281). Esta tarea de críticos de la vida cultural de la época otorga una competencia que se expande a lo largo de todos los temas de la existencia cotidiana, lo cual los aleja de las especializaciones técnicas. Adicionalmente, la función crítica del intelectual no está bajo la exigencia propia del terreno científico de separar los juicios de hecho respecto de los de valor. Por lo

---

<sup>38</sup> No hay que olvidar mencionar el papel que han jugado en este procesos otros elementos que han favorecido la imposición como dominante de esta tendencia filosófico-política en el sentido de la sociología: la escasez de recursos destinados a la práctica investigativa, la ausencia de políticas universitarias que la institucionalicen, el privilegio por la docencia y la profesionalización, etc., han sido factores que han influenciado en este rechazo. Por ende, no cabe duda que el predominio de una tendencia por sobre las demás responde a la complejidad de una conjunción de diferentes elementos que prestan las condiciones de posibilidad para que suceda de tal forma.

tanto, socialmente se asigna al intelectual la tarea de juzgar y evaluar aquello sobre lo cual recae su comentario<sup>39</sup>.

De su lado, el sociólogo responde a la tradición científica y su institucionalidad: la ‘objetividad’, la especialización, el trabajo en equipo, el universalismo, la impersonalidad, el comunismo –entendido como bien común del conocimiento– etc. (Merton, 1964: 545). En consecuencia, rechaza de principio la exhortación del intelectualismo y del humanismo de abordar la totalidad del mundo social, el cual ante los ojos del hombre de letras aparece como algo ‘encantado’ en donde el hombre es un ser libre con capacidad de creación ilimitada. Derivado de esto, la representación que el intelectual se hace del mundo se opone a la del sociólogo, el cual tiene como tarea el desencantamiento de un mundo que es percibido como mágico desde el sentido común: en efecto, las explicaciones científicas de las teorías sociológicas suelen ser catalogadas por los intelectuales como sistemas reductores y mecanicistas que niegan todo tipo de libertad humana, elemento altamente valorado para el ‘buen’ saber común (Berger, 1957: 286). Según Robert Merton, el ethos de la ciencia tiene ciertas normas que:

... exigen el repudio de los criterios de validez científica o mérito científico políticamente impuesto (...). El ethos de la ciencia implica la exigencia, funcionalmente necesaria, de que las teorías o generalizaciones sean evaluadas en términos de su coherencia lógica y su consonancia con los hechos (1977: 344).

Así, la normativa científica busca separar la actividad de la ciencia respecto de la lealtad a la postura política propia del científico social para que criterios de otros ámbitos de la vida social no condicionen el trabajo propiamente científico. Si bien la utilidad social de la ciencia es reconocida, esta no debe someter la lógica propia de la ciencia y sus necesidades: esto a fin de evitar la parcialidad o el error, y además para no introducir valores e intereses de otro tipo sobre su producción.

... [En América Latina] las ciencias y la vida intelectual están en general muy vinculadas, casi de forma inseparable, a todo tipo de debates políticos y sociales. Los intelectuales latinoamericanos son muy conscientes de la vinculación social y política de su trabajo y se consideran los protagonistas del debate político (Baud, 2010: 112).

---

<sup>39</sup> Para Bennet Berger, la capacidad de juicio y valor propia de la posición del intelectual es el principio de la existencia de ‘corrientes de pensamiento’ divergentes, sobre todo en humanidades y en filosofía, dominios excepcionales para el desarrollo de las potencialidades de la figura del intelectual. “Mientras que en sociología la existencia de corrientes de pensamiento desconcierta a todos, porque pone de manifiesto la insuficiencia de conocimientos –en la ciencia, la opinión es tolerada solo donde no hay hechos disponibles” (1957: 284).

En nuestra región, la división del campo académico parte generalmente de factores políticos que no le pertenecen, pero que terminan desempeñando un papel central dentro de sus dinámicas: por un lado, están quienes son asociados con la ‘gestión del orden’ y, del otro, están los ‘críticos del orden’. En este sentido, el científico social latinoamericano ha tendido a pensar su trabajo como político a través de escritos que raramente se libran de contener juicios de valor. Así, la ‘neutralidad’ científica es, en ese contexto, una traición a la tradición del pensamiento social de la región. Por lo tanto, una de las características que se visibiliza en la sociología ecuatoriana y regional es la distinción en base a criterios políticos que suelen desembocar en rivalidades y desconfianzas que condicionan el ejercicio académico.

Tal como se ha visto, la trayectoria de la sociología en la PUCE ha creado las condiciones de posibilidad para que sea predominante una tendencia filosófico-política de sociólogos representados a sí mismos como intelectuales, la cual ha tenido una relación distante en referencia a la investigación empírica como práctica<sup>40</sup>. Sin embargo, hay que prestar atención sobre las transformaciones de la institución universitaria en cuanto a su intencionalidad. En efecto, el nuevo énfasis que se impone en el sistema es la investigación empírica –o aplicada– bajo criterios de calidad reconocidos internacionalmente por la comunidad académica, lo cual obliga a todas las instancias que forman parte del mismo realizar un acoplamiento programático y práctico a fin de direccionar el funcionamiento de acuerdo a la funcionalidad acordada. La última reforma de la Escuela de Sociología y Ciencias Políticas de la PUCE hace parte de este proceso de adaptación a las expectativas renovadas sobre el sistema universitario. Más en esta solo se expresa una intención oficialmente reconocida por la unidad académica, lo cual obliga a indagar cómo las representaciones y las prácticas de los actores se redefinen en esta transición del modelo universitario. Especialmente, debe prestarse atención sobre la disputa la definición de los marcos de legitimidad de la investigación, puesto que su nueva posición en el sistema universitario la sitúa como objeto valorado y que otorga valor a quién lo realiza de acuerdo a sus márgenes oficiales.

Por último, en esta redefinición de los límites de la práctica investigativa reconocida como legítima por todos aquellos que forman parte del cuerpo académico de la Escuela de Sociología y Ciencias Políticas de la PUCE, es necesario considerar que los diferentes agentes están situados en posiciones diferenciadas de una estructura jerárquica con distribución de potencialidades de acción y decisión, así como de beneficios, correspondiente. De esta forma, los agentes que han accedido a

---

<sup>40</sup> Es justo señalar que este no ha sido el único sentido que se ha dado a la sociología en todo su proceso de institucionalización dentro de la universidad ecuatoriana, y para este caso dentro de la PUCE. Simultáneamente, la misma ha tenido que disputar su hegemonía con puntos de vista que asociaban la práctica sociológica con la investigación, o como se ha visto con la tendencia de vincularla con la gestión de lo social. Consecuentemente, esta no debe ser tratada como una tendencia homogeneizadora, sino como un sentido que domina sobre aquellos que han sabido disputarle su primacía, lo cual es producto de las condiciones que han posibilitado este posicionamiento.

posiciones de poder dentro de la estructura de la unidad académica parecen tener mayores posibilidades de definir las investigaciones dignas de llevarse a cabo de manera que se adecue a los intereses y a los recursos con los que cuenta, y que tiene capacidad de movilizar. Por tanto, puede ser que la definición de la investigación atienda, antes que a necesidades propiamente científicas, a necesidades sociales de mantenimiento de la estructura vigente en el campo y sus ventajas correlativas, proceso en el cual la movilización de capitales sociales se convertiría en un elemento esencial. Así, se requiere una consideración constante de las posiciones que estructuran la unidad académica de sociología en la PUCE, cada una con 'poderes' asociados, y como estas entran en relación para definir su ámbito.

## CAPÍTULO III

### NOCIONES DE LA SOCIOLOGÍA Y SU PRÁCTICA AL INTERIOR DE LA ESCUELA DE SOCIOLOGÍA Y CIENCIAS POLÍTICAS DE LA PUCE

#### 3.1. Consideraciones metodológicas

En un segundo momento del análisis del campo académico-universitario de la Escuela de Sociología y Ciencias Políticas de la PUCE, es menester una aproximación que permita dar cuenta de la vivencia de los diferentes agentes concurrentes en el espacio. Es decir, debe indagarse las percepciones y sentidos de los individuos que ponen en funcionamiento y disputan la estructura de este campo particular. Para el efecto, se buscan las opiniones y representaciones que los agentes situados en diferentes posiciones se hacen de los elementos que están comprometidos en este espacio: a saber, la práctica propiamente universitaria y la práctica propiamente científica. En este sentido, los imaginarios que requiere levantarse hacen referencia a temas prácticos de la sociología como ciencia, por un lado, y, del otro, de la institución universitaria que la alberga. Para el efecto, es necesario definir una técnica de investigación que permita construir los datos necesarios, es decir, percepciones, preferencias y sentidos en los dos ámbitos antes mencionados.

La técnica de recolección de información que aparece como pertinente para recoger las percepciones, preferencias y sentidos de los diferentes agentes que hacen parte del campo es la *entrevista en profundidad* –también llamada entrevista cualitativa. Esta técnica se basa en la formulación de una guía de preguntas de investigación que dirigen la conversación entre el entrevistador y el entrevistado<sup>41</sup>. Estas dos partes ponen en marcha una relación de mutua influencia, en donde la pregunta dada por el entrevistador activa ciertos enunciados relativos a percepciones del individuo entrevistado, las que arrastran consigo todo un sistema de clasificaciones y de preferencias que da cuenta de una visión posicionada del espacio. En consecuencia, la entrevista en profundidad abre la posibilidad de recabar las distinciones y significados que los agentes dan a su experiencia dentro del espacio de la Escuela de

---

<sup>41</sup> En su repaso de las metodologías de investigación cualitativa, José Ignacio Ruiz (2012) presenta ciertas consideraciones al hecho que la guía de entrevista establezca una situación artificial que recrea la experiencia de los agentes en determinada realidad social. En primer lugar, al ser una relación semiestructurada que se orienta a indagar repuestas en ciertos ámbitos, la guía no debe ser una jaula que no dé cabida a una ‘improvisación en acto’: la secuencia de preguntas es determinada por la pertinencia de la situación real de entrevista y de las respuestas que entrega el entrevistado, por lo cual el entrevistador debe disponerse a un rol de *escuchador crítico* para no perder el hilo de la conversación y no lanzar preguntas fuera de lugar en el transcurso. Y, segundo, esta guía tiene que considerar un *espacio simbólico compartido* entre ambas partes, cuestión fundamental si no quiere arribarse a confusiones que limiten una adecuada construcción de los datos requeridos.

Sociología y Ciencias Políticas de la PUCE. Para ello, la entrevista presupone el rol activo del entrevistador en un descubrimiento *a posteriori* de su vivencia por la reinmersión en la experiencia pasada a través de la activación ejercida por las preguntas planteadas en la guía (Valles, 2002).

Respecto a la guía de entrevista, es necesario que la misma transforme los instrumentos conceptuales y las preguntas teóricas en temas de conversación<sup>42</sup>. Las preguntas para esta investigación deben girar en torno a los sentidos de la sociología en la Escuela, a las oposiciones fundamentales que han estructurado el campo –que han sido repasadas durante el análisis de la estructura del campo– a las relaciones que se establecen entre los diferentes actores concurrentes, los símbolos de prestigio y ciertos criterios científicos internacionalmente reconocidos, las exigencias actuales del sistema de Educación Superior, etc. Básicamente, a lo que se orientan estas preguntas es a construir ciertos elementos de la estructura de los habitus pertenecientes a las diferentes posiciones ocupadas en el espacio, para lo cual las preferencias diferenciadas permitirán caracterizar los elementos distintivos de cada uno de los puntos de vista particulares y las valoraciones que realizan estos a las diferentes oposiciones propias del campo, así como de los diferentes capitales con los que se disputa en el mismo.

Al respecto de la entrevista como técnica de recolección de información, hay que hacer ciertas aclaraciones de la implicación de su utilización. En primer lugar, y en el marco del método del constructivismo-estructuralista, la entrevista permite recabar el componente de la realidad social que podría denominarse ‘subjetivo’. Una vez que se ha esbozado la estructura general que define el marco de la Escuela de Sociología y Ciencias Políticas de la PUCE, es necesario que los agentes que participan de la definición y de la operación de la misma expresen mediante sus opiniones la vivencia, las clasificaciones y las valoraciones que dan tanto de su accionar y de sus representaciones como de las de los demás, abriendo la posibilidad de construir el sistema de relaciones que define cada una de las posiciones por un sistema de equivalencias y oposiciones que se dan a nivel práctico y discursivo. Por lo tanto, esta recolección de sentidos y percepciones pertenecientes a los diferentes puntos del espacio permite contrastar la parte ‘objetiva’ con las dimensiones ‘subjetivas’ que confluyen en este espacio para definir de manera oficial la sociología, para lo cual los diferentes posiciones se adaptan de mejor o peor manera a las exigencias históricamente constituidas por y para la disciplina en el sistema universitario. Es decir, existen puntos de vista que se adaptan mejor a los parámetros que han constituido y definido a la sociología legítimamente reconocida, su práctica y su visión dentro de la trayectoria de la Escuela. Sin

---

<sup>42</sup> Cabe aquí la distinción que realiza Adorno (2006) en referencia a los dos momentos de las preguntas de investigación: por un lado, están las *preguntas subyacentes*, que son los cuestionamientos que se hace el investigador acerca del objeto de estudio. Y, por el otro lado, como resultado de la operativización de estas preguntas subyacentes, están las *preguntas dirigidas directas*, que pese a su estandarización en la guía pueden variar de sujeto a sujeto (véase un repaso de las diferentes tradiciones de la entrevista cualitativa en Valles, 2002).

embargo, esto no debe conducir a pensar que las posiciones difieran absolutamente en todos los aspectos. De hecho, es posible que se encuentren una gran cantidad de similitudes, pero las mismas son llevadas a un segundo plano en el momento en que los agentes acentúan las diferencias desde perspectivas que son producto de oposiciones estructurales en las cuales toman posición. Es interesante, por ende, develar estas disparidades que generan la disputa por imponer una u otra visión de la sociología en la estructura de la Escuela.

En segundo lugar, hay que señalar ciertos aspectos del tipo de información que se recoge por medio de la entrevista. Si bien posibilita evidenciar cómo es vista la sociología en tanto que práctica científica y formativa desde los diferentes puntos del espacio, existen ciertos condicionamientos que obligan a hacer una consideración de la relación social de entrevista. La relación entrevistador-entrevistado es disimétrica en tanto es el entrevistador quien tiene prioridad en la estructuración del juego y de las reglas del mismo por la determinación de objetivos presupuestados sin un proceso de negociación. Esta disimetría suele ser redoblada cuando el entrevistado ocupa una posición social jerárquicamente inferior (Mayer, 1995). La distancia social instalada conduce a la producción de enunciados que se acercan a la ‘regla’ oficial del espacio, lo cual afecta notablemente la información para el fin investigativo. Sin embargo, esta limitación puede ser sobrellevada en el caso de la entrevista con miembros del cuerpo docente, pues esta es en todo aspecto jerárquicamente superior a la posición ocupada por el estudiante tanto a nivel social como dentro del campo particular. Por lo tanto, este grupo de entrevistados no tendrán problema en expresar en plenitud las representaciones inherentes a las posiciones ocupadas, sobre todo entre aquellos que se ubican en las posiciones altas de las diferentes jerarquías que hay dentro del campo.

Para el caso de entrevistados que ocupan posiciones estudiantiles esto difiere: la ocupación de posiciones familiares entre sí dentro del espacio social global influye en el flujo comunicativo entre las dos partes –considerando que el entrevistador es también un estudiante. Pese a la reducción de la violencia propia de relaciones entre posiciones estructuralmente antagónicas, la familiaridad conspira contra la información en tanto el entrevistado está prácticamente imposibilitado de decir elementos que son desconocidos por el entrevistador. Así, se condiciona la ruptura con el sentido común al sobreponerse la afinidad entre la posición del entrevistador y del entrevistado como ‘verdad’ por la toma de posición cercana a ese punto de vista. Considerando estos casos, y que es aplicable también en la relación que se establece con el cuerpo docente en la situación de entrevista, la actitud del entrevistador debe ser de compromiso en el acto que no debe ser tan solo intelectual, sino también emotivo a fin de construir un

compromiso mutuo con el entrevistado<sup>43</sup>. Estas condiciones son adecuadas para un intercambio comunicativo en el cual el entrevistado pueda interrogarse sobre sí mismo y su práctica sin modificar sus representaciones por los condicionamientos que ejerce la relación de entrevista. Paralelamente a estas condiciones de orden ético en la relación instalada por la entrevista, no debe dejarse de lado las necesidades cognitivas de este proceso. Es decir, para que el entrevistador esté a la altura de su objeto de estudio, en este caso la sociología y sus prácticas en un espacio universitario particular, debe contar con un conocimiento amplio y suficiente del campo mediante una incorporación de las estructuras del mismo. En consecuencia, es necesario que el entrevistador construya previamente el sistema de equivalencias y oposiciones que determina las prácticas en el campo a fin de definir un grupo de preguntas o una guía de entrevista en donde se considere los cuestionamientos que el agente que habita en este se haría respecto a su experiencia cotidiana.

En síntesis, la ‘Sociología’ dentro de la Escuela de Sociología y Ciencias Políticas de la PUCE es el producto de la confrontación de diferencias entre puntos de vista diversos en conflicto. Es necesario, en este sentido, que los agentes involucrados en este espacio definan desde su posición el objeto de estudio de interés para este trabajo: la sociología como práctica científica y práctica universitaria. A partir del contraste con el nivel ‘objetivo’, puede denotarse las clases ‘poderosas’ y aquellas que viven la ‘pequeña miseria de la posición’<sup>44</sup>. Para ello, la situación de entrevista requiere de una disposición del entrevistador de escuchar las definiciones del microcosmos por parte del entrevistado, quien produce su discurso a través de una guía de preguntas metódicamente elaboradas que activan en el entrevistado el particular punto de vista producto del lugar ocupado en el mundo<sup>45</sup>.

Posterior a la realización de diferentes entrevistas, las mismas deben ser transcritas a fin de realizar un análisis exhaustivo. Sin embargo, este proceso de traducción escrita de lo oralmente expresado también necesita de una breve consideración de sus implicaciones: al momento de transcribir, quién lo efectúa –el investigador– realiza simultáneamente elecciones prácticas, las cuales también operan en el momento en que se extraen notas útiles para el análisis del contenido<sup>46</sup>. En otras palabras, se corre el

---

<sup>43</sup> Para Mayer, este es el componente de orden ético de la propuesta de entrevista como técnica de investigación en la obra de Bourdieu: “no deplorar, no reír, no detestar, pero comprender” (Bourdieu en Mayer, 1995: 362). Para él, el entrevistador debe olvidarse de sí mismo para convertir la mirada que tiene de los otros y de su práctica cotidiana. Esta idea la retoma de Spinoza y su concepción del ‘amor intelectual’ como forma suprema de conocimiento (véase la sección *De la potencia del entendimiento* en Spinoza, 1998).

<sup>44</sup> En su obra *La miseria del Mundo*, Bourdieu (1999) y su grupo de trabajo distinguen entre dos tipos de miseria: la ‘gran miseria’ que está ligada a las condiciones precarias de existencia, las que derivan también en miserias simbólicas, y la ‘pequeña miseria’ que está ligada a la ocupación de posiciones marginales en los diferentes espacios sociales.

<sup>45</sup> Ver guías de entrevistas en Anexos V y VI.

<sup>46</sup> Debe señalarse que, debido a las características de la información recabada por esta investigación a través de las diferentes entrevistas y en consideración del campo de lectores posibles de las mismas, las transcripciones escritas no han sido adjuntadas al presente trabajo en tanto puede dar paso a controversias y polémicas al interior del espacio en cuestión, lo cual no es el objetivo

riesgo de dar una lectura al texto desde la posición ocupada en el espacio y el sentido común asociado a la misma, lo cual puede traducirse en prejuicios electivos que son perniciosos para el ejercicio investigativo en tanto retornan sobre el sentido práctico con el que se intenta quebrar (Guéranger, 2006). Puesto que la intención es aprehender los propósitos y sentidos de los diferentes actores alrededor de la sociología, hay que tener cuidado de no introducir un nuevo hilo explicativo en sus palabras, remplazando las conexiones de la lógica práctica con las que estos entienden y se mueven en el mundo. Por lo tanto, es necesaria una vigilancia durante el análisis de las entrevistas a fin que no favorezcan este retorno al sentido común que limite la capacidad comprensiva de los motivos y razones pertenecientes a los sistemas valorativos de la práctica de los diferentes individuos del campo.

Una vez realizadas estas consideraciones del instrumento de recolección de datos utilizado para obtener la información requerida para el análisis, esta sección está dividida en dos momentos. En una primera parte, se exponen las percepciones que provienen del cuerpo docente de la Escuela de Sociología y Ciencias Políticas de la PUCE, las cuales se presentan de la siguiente manera: por un lado, ciertas distinciones generales de la sociología y sus sentidos, y, del otro lado, distinciones de carácter más práctico del quehacer sociológico en la actualidad. Cabe señalar, antes de caer en separaciones absolutas, que estos dos componentes están estrechamente vinculados. Es decir, debe entenderse los relacionamente en tanto son contenidas por visiones globales del espacio. De esta manera, la separación es meramente analítica, por lo cual puede tenerse la impresión que al hablar de un elemento se retome otro. Hay que destacar que se realizaron 12 entrevistas a docentes situados en diferentes posiciones de la Escuela. El criterio de selección utilizado para definir los docentes a entrevistar fue la influencia que los mismos tienen en el juego por la definición de la sociología dentro de este espacio, así como su transmisión. Por tanto, los miembros del cuerpo académico que fueron entrevistados fueron aquellos que más tiempo tienen dentro del espacio y que, en consecuencia, tienen autoridad sobre el mismo, siendo por ello reconocidos entre los estudiantes como influyentes. Es también importante señalar la heterogeneidad de posiciones respecto a la sociología que cada uno de los docentes seleccionados representa, puesto que esto abre la posibilidad de considerar las semejanzas/diferencias en la definición de la sociología entre los diferentes agentes y a evitar mostrar una ilusión de homogeneidad dentro del cuerpo docente. Para finalizar estas consideraciones del apartado dedicado a los miembros del profesorado de la Escuela, debe resaltarse una dificultad que comportó la realización de estas entrevistas: diferentes agentes del campo percibieron este proceso con cierta ‘sospecha’ respecto al objetivo de la investigación, lo cual hasta cierto

---

esperado. Contrario a esto, el presente trabajo se orienta a la explicación-comprensión de la estructura y la práctica de la sociología en este espacio, lo que se vería afectado si se conduce la lectura del mismo hacia referencias personales que pueden exacerbar el conflicto inherente al campo.

punto puede afectar de manera negativa a la información recolectada por esta vía, sino que también fue un limitante en tanto algunos agentes optaron, directa o indirectamente, por no brindar su testimonio para este trabajo.

En un segundo momento, se presentan las percepciones provenientes del cuerpo estudiantil. Las mismas están orientadas a reflejar las expectativas de los estudiantes respecto al estudio de la sociología a través de diferentes elementos: principalmente, se apunta a reconstruir la noción del sociólogo y de su práctica al momento de ingresar a la carrera, lo cual va legitimando ciertas posiciones que se adecúan de mejor manera a sus demandas. En consecuencia, puede definirse las preferencias estudiantiles en el estado actual del campo de la sociología en la PUCE, elemento que beneficia a aquellos asociados con la ‘buena’ sociología en tanto son ‘buenos’ practicantes de la disciplina por la cercanía con la ‘regla’, es decir, la percepción dominante de la figura del sociólogo. Para el caso de los estudiantes, el criterio de selección de los informantes estuvo mediado por la opinión de algunos docentes para saber qué miembros del cuerpo estudiantil se acoplarían al objetivo de este estudio, es decir, indagar acerca de la disputa por la definición de la sociología dentro de la Escuela. En este sentido, la investigación requería de estudiantes con un grado alto de interés por la disciplina y que, más allá de las calificaciones que obtuvieran en sus diferentes materias –que suelen aparecer como medidor del talento dentro de los espacios educativos como la universidad– se muestren predispuestos a participar y discutir activamente en lo que atañe a la definición de la sociología. La consulta previa a profesores situados en posiciones diferenciadas del espacio fue necesaria en razón de la heterogeneidad que también existe dentro del estudiantado. Efectivamente, los docentes categorizan como ‘buenos’ estudiantes a aquellos que se acercan al imaginario que estos tienen, desde su posición, del sociólogo y su práctica. Por esta razón, se presentó como necesaria una referencia múltiple respecto de los estudiantes que sean susceptibles de consideración para este estudio, evitando así también caer en una falsa imagen de homogeneidad en el interior del cuerpo estudiantil. Una vez se consideró todos estos factores y criterios, se realizó 9 entrevistas a estudiantes que al momento estaban finalizando el segundo año de la carrera de Sociología y Ciencias Políticas. Este último criterio atendió a que estos estudiantes ya han transitado un tiempo relativamente significativo para incorporar la disputa propia del campo, pero mantienen ciertas nociones respecto de las expectativas iniciales con las que ingresaron a la Escuela, lo que permite considerar simultáneamente cómo se está definiendo socialmente a la sociología y sus practicantes.

Finalmente, hay que realizar ciertas advertencias al lector para evitar posibles equívocos en lo aquí expuesto. En primer lugar, el contenido presentado en esta sección manifiesta las percepciones de los diferentes agentes que componen tanto el cuerpo académico como el cuerpo estudiantil –así como las

diferentes posiciones en el interior de cada uno— por lo cual se utiliza, en la medida de lo posible, el lenguaje y las expresiones que los entrevistados utilizan al momento de presentar su punto de vista respecto de la sociología y su práctica. Por ende, se ha procurado considerablemente mantener la fidelidad de la visión del mundo con la que los actores se dirigen en él.

En segundo lugar, y relacionado con la primera advertencia señalada, las expresiones recabadas por el proceso de entrevista, y que son expuestas a continuación, no atienden a una reflexión profunda de lo que implica la sociología y su práctica: por ejemplo, respecto del término ‘positivismo’, ‘filosofía’, ‘cientificidad’, etc. Al contrario, los enunciados producto de la relación de entrevista corresponden a asociaciones que son generadas a partir del sentido común o práctico adquirido por los agentes del campo. Así, a través del testimonio de los docentes y estudiantes, una gran cantidad de clichés o estereotipos son movilizados en lo referente a la percepción que se tiene de sí mismo y de las otras posiciones. No puede esperarse una extrema complejidad de conceptos que idealmente deberían comportarla, puesto que el momento de entrevista es temporalmente circunscrito y los agentes entrevistados responden ante la urgencia de la pregunta planteada. De esta manera, las respuestas de los individuos, más allá del conocimiento relativamente profundo que estos tengan sobre diferentes aspectos de la sociología y su práctica, se orientan por la practicidad y la simplicidad que el instante de la entrevista impone.

Y en tercer lugar, cuando se habla de ‘grupos’ o de ‘clases’ hay que recordar que la distinción implica una diferencia determinada relacionalmente por las condiciones de posibilidad y de distribución de propiedades que constituyen una afinidad de estilo contenida en el habitus. A partir de la construcción del espacio social estudiado, la constitución de *clases teóricas homogéneas* se vuelve posible mediante la asociación de disposiciones determinantes de las prácticas y sus propiedades derivadas a las diferentes posiciones. En efecto, esta taxonomía explicativa posibilita la construcción de clases con agentes tan parecidos entre sí y, al mismo tiempo, distinguidos respecto de otros diferenciados que pertenecen a clases lejanas de acuerdo al principio de diferenciación que rige en el campo. Sin embargo, esta clasificación podría correr el riesgo de la confusión entre la clase teórica y la clase real sin una lectura que considere esto, superponiendo la primera como real en la percepción. Por lo tanto, debe considerarse que este modelo de explicación define distancias predictivas de afinidades/oposiciones en cuanto a disposiciones, propiedades y gustos. En este sentido, los grupos o las clases aquí construidas no son algo orgánico y que ha sido constituido de una vez y para siempre, sino que son grupos o clases teóricas que se definen por la distribución de propiedades bajo condiciones espacio-temporales particulares: “las clases sociales no existen (...) Lo que existe es un espacio social, un espacio de diferencias en el cual las clases

existen de algún modo en estado virtual, no como algo dado, sino como algo *a hacerse*” (Bourdieu, 2008: 38).

Metodológicamente, los grupos aquí constituidos funcionan como *tipos ideales*, que son herramientas conceptuales que permiten trabajar sobre la variada realidad social en tanto abren la posibilidad de clasificarla y sistematizarla:

La construcción de un «tipo ideal» o «concepto-tipo» es el resultado de la distinción analítica de determinados aspectos de un fenómeno concreto y de la elección y acentuación de un aspecto específico de ese fenómeno histórico, aspecto específico cuya causa y efectos se van a investigar. Esto quiere decir que el concepto-tipo no es una reproducción ni una copia de un fenómeno histórico concreto, sino una creación racional con el fin de conocer, clasificar e interpretar la realidad concreta (Abellán, 2006: 35).

Los grupos aquí constituidos son construcciones teóricas que no existen como tal en la realidad empírica. Estos grupos teóricamente constituidos se erigen partiendo de una idea directriz impuesta por la relación de interés del investigador con su objeto de estudio: para este caso, la sociología como práctica científica y la disputa por su definición alrededor de diferentes aspectos donde puede evidenciarse ciertas distancias entre las diversas posiciones. Por lo tanto, los grupos a continuación descritos son tipos ideales que definen posibilidades de posicionamiento y de acción dentro del campo en cuestión, permitiendo construir un sistema de relaciones de equivalencia y oposición a partir del cual podrían entenderse las motivaciones y sentidos que cada uno de los agentes imprime sobre su práctica. Pero, de ninguna manera deben tomarse estos grupos como jaulas en donde la realidad debe ser introducida de manera forzosa, puesto que es prácticamente imposible que un agente concreto represente fielmente la totalidad de propiedades que delimitan a estos conceptos-tipo dentro de la realidad (Weber, 1944). Por el contrario, los individuos concretos se alejan/acercan a esta herramienta en base a la distribución diferencial de propiedades que opera en el plano real. En suma, esta tercera advertencia para el lector se orienta a no tomar los grupos aquí definidos como reales, eternos e inmutables, sino como posiciones susceptibles de ocupación por agentes con características diferenciadas y que relacionalmente están definidas por propiedades que las acercan/alejan de otras en dependencia del estado de la disputa al interior del campo. Asimismo, si bien hay agentes con mayor cercanía, esto no implica que aquellos próximos en el espacio compartan la totalidad de características del tipo ideal del grupo, sino que cada uno mantiene una distancia relativa con este concepto, lo cual lo puede acercar a posiciones aparentemente antagónicas por la posesión de propiedades en común, pero que no son acentuadas en base al principio diferenciador aquí utilizado.

## **3.2. Percepciones al interior del cuerpo docente**

### **3.2.1. Distinciones generales de la sociología y sus sentidos**

- **Sentidos de la sociología y su práctica**

La presente investigación parte de la hipótesis de que dentro de la Escuela de Sociología y Ciencias Políticas de la PUCE existe una oposición entre dos sentidos de la sociología que aparecen como divergentes: una sociología de carácter más científico –es decir, cercanos a los valores reconocidos en la normativa científica– e investigativo versus una sociología más ligada a los procesos del campo propiamente político y a la filosofía como disciplina –que pueden aparecer como críticos de la normativa científica establecida. Es necesario hacer una aclaración respecto a esta hipótesis: estos polos –que se constituyen como tipos ideales– nacen de un sentido práctico que produce un sistema de clasificación entre los estudiantes respecto del cuerpo de profesores. En consecuencia, es a partir de la visión y división que los estudiantes se hacen del microcosmos que es la Escuela que se ha construido esta hipótesis. Al interior del cuerpo docente este principio de clasificación puede permanecer implícito, especialmente por el aislamiento que cada uno de sus miembros mantiene en relación con los otros. Pero, la entrevista se orienta a indagar de manera explícita ciertos elementos que suelen manejarse de manera inconsciente en este mundo profesoral o que solo se las da por sentados. En este sentido, dentro del cuerpo docente, algunos agentes perciben que esta dicotomía expresada en la hipótesis ha existido siempre en el ámbito de las ciencias sociales, por lo cual es casi imposible que en una institución donde se pone en práctica y desarrolla el pensamiento social escape a esta diferenciación<sup>47</sup>. Es necesario que se indaguen las representaciones que existe en cada una de las posiciones respecto de sí mismos y de los demás.

En primer lugar, quienes aparecen dentro de las posiciones de una sociología más científica plantean que su característica es el desarrollo de una práctica teórica rigurosa y el dominio de marcos teóricos fuertes, que son las preocupaciones propiamente científicas. En cuanto a la práctica teórica rigurosa, esta se encuentra definida por la capacidad de transformar los problemas sociales en problemas sociológicos, es decir, poder captar de manera casi estructural las relaciones existentes entre los diferentes componentes de lo social. Para el efecto, esta posición rechaza todo posicionamiento político-ideológico en el tratamiento de la realidad social, ya que, en referencia a aquellos que desde la sociología efectúan

---

<sup>47</sup> Para cierto grupo de docentes, esta distinción es el resultado del paso de agentes que fueron producto de la Universidad Central del Ecuador por la Escuela de Sociología y Ciencias Políticas de la PUCE. En este sentido, y pese a que su nacimiento como espacio sociológico supuso una distinción de la forma de tratar la sociología en la Universidad Central del Ecuador, la Escuela heredó el conflicto de esta entre una ‘sociología marxista-comprometida’, orientada hacia una militancia cualitativamente desarrollada y orientada a la praxis política, y una ‘sociología académica-positivista’, que piensa la objetividad como la ausencia de compromiso político y se dedica al trabajo meramente teórico.

una especie de militancia política<sup>48</sup>, esto conduce a lecturas ‘simplificadoras’ de los fenómenos sociales. En suma, se concibe que, si bien la sociología ecuatoriana estuvo en sus inicios fuertemente ligada al interés político, es necesario que trascienda esa etapa hacia programas verdaderamente científicos de la disciplina, pues argumentan que, para el caso de la Escuela, ni siquiera se ha actualizado la discusión del marxismo hacia este plano: por ejemplo, tratar la adaptación del marxismo a lecturas de la vida cotidiana en la obra de Ágnes Heller<sup>49</sup>.

Otro elemento del cual los agentes situados en el polo de una sociología más científica toman distancia es respecto a la filosofía y su manera de aproximarse al mundo. En este sentido, individuos posicionados dentro de la corriente científica de la sociología ven con malos ojos el dominio del carácter filosófico dentro del espacio de la sociología de la PUCE en tanto favorece a la ‘especulación’ por una aproximación solamente conceptual y sin componentes empíricos. De hecho, estos agentes encierran la orientación ‘real’ de la sociología en la investigación con trabajo de ‘campo’, el cual debe combinar el trabajo teórico con el trabajo empírico lejos de cualquier posición que encierre el desarrollo del pensamiento en lo meramente conceptual. Asimismo, algunos actores de este grupo más científico rechazan el diletantismo propio de los filósofos respecto a las exigencias de rigurosidad académica: por ejemplo, el hecho que sociólogos provenientes de una cultura más filosófica se sirvan de los recursos lingüísticos de dicha formación para generar reconocimiento sin necesidad de una práctica sociológica ‘real’, es decir, investigativa<sup>50</sup>.

En segundo lugar, las posiciones de una sociología cercana a la filosofía y a lo político se representan a sí mismas como la corriente crítica de la sociología, siendo quienes tienen un mayor dominio sobre lo teórico y lo reflexivo. Se oponen a aquellos que realizan una sociología más ‘positivista’ y orientada a tareas más operativas o de aplicación del saber en base a simples descripciones de la realidad sobre la base de datos ‘puros’. Asimismo, vinculan directamente a esta sociología operativa con los aparatos burocráticos o las organizaciones vinculadas al tema de proyectos de desarrollo. Esta oposición es traducida por una agente que presenta afinidad por la filosofía dentro de la sociología como

---

<sup>48</sup> El desprestigio operado desde esta posición científica hacia aquellas que piensan la sociología más vinculada a la práctica política es la posesión de un marxismo ‘rancio’ que ha generado lecturas desde marcos apropiados de manera casi ortodoxa y que están destemporalizados para una sociología con un rol interpretativo de la realidad social específica.

<sup>49</sup> Una de las causas que atribuye el grupo que reivindica la científicidad en la disciplina al retraso de la sociología ecuatoriana, y específicamente de la Escuela de la PUCE, es el hecho de que muchos de quienes están ligados al quehacer sociológico no han logrado superar visiones dicotómicas propias de la época de la Guerra Fría, logrando así que prime el interés político-ideológico por sobre las distinciones propiamente científicas.

<sup>50</sup> Asimismo, desde esta posición más científica se rechaza cierto tipo de relación entre docentes y estudiantes alejados de las aulas y de la rigurosidad que supone el planteamiento de diferentes temas en este espacio universitario. Como resultado, plantean las distinciones entre una ‘sociología de aula’ y una ‘sociología de cafetín’, y entre una ‘sociología científica’ y una ‘sociología panfletaria’.

análoga a la distinción entre una sociología de izquierda y otra de derecha, siendo la diferenciación los espacios de reflexión: la primera se vincula con el espacio ‘real’ de la sociología que es donde existe ‘vida’, es decir, por fuera de los aparatos burocráticos, mientras que la segunda centra el quehacer sociológico al interior de estos aparatos. Hay que señalar que desde estos sectores, en mayor medida desde aquellos con mayor vínculo hacia la necesidad de imponer un criterio político a la práctica sociológica, se asume directamente el vínculo de las prácticas y la producción académica con las tomas de posición en el campo político, siendo allí donde reside la ‘objetividad’ del pensamiento social y no en una apariencia de libertad respecto a la dimensión ético-política de las posiciones más ligadas al ‘positivismo’.

Desde las posiciones con agentes cercanos a la tradición filosófica, la oposición y el conflicto se fundamentan también en las diferencias epistemológicas de la cual cada una es producto. La sociología ‘positivista’ deriva de la ‘episteme de las ciencias naturales’, la cual es vista como un ‘sesgo’ en la concepción del sujeto al aparejarla a una estructura lógica pura. Por su parte, la sociología ‘crítica’ es producto de la ‘episteme filosófica’ que concibe al ser social como sujeto de conocimiento, pero no con una estructura absoluta y definida para siempre. Desde esta sociología ‘crítica’, se rechaza el intento del ‘positivismo’ de encerrar la dinámica social en fórmulas en tanto el objeto de estudio de las ciencias naturales difiere del de las ciencias sociales por el elemento temporal que introduce el cambio. En este sentido, las posiciones con mayor cercanía a la filosofía niegan la posibilidad de aprehender realmente la sociedad desde las posturas de una ciencia ‘pura’ en la que representan a la sociología ‘positivista’ porque sus conceptos son estáticos y no históricos como los que se constituyen desde la perspectiva crítica<sup>51</sup>.

Si bien las posiciones con agentes que han incorporado la tradición filosófica y política asumen casi de manera monopólica la ‘crítica’, y tildan a las posiciones que reivindican la ciencia y sus valores de ‘pragmática’<sup>52</sup>, desde posiciones más científicas se reivindica también el rol crítico afirmando que, sea cual sea la vertiente teórica del sociólogo, este nunca glorifica al sistema establecido, sino que idealmente debe estudiarlo y explicarlo para encontrar posibilidades de cambio, reconociendo también una función política en la disciplina. Sin embargo, cuando se parte desde las visiones más científicas de la sociología,

---

<sup>51</sup> Esta posición filosófica define dos tareas diferenciadas, no necesariamente antagónicas, de la sociología: por un lado, la teorización de la práctica social, que pone en tensión la teoría con la realidad, y, del otro lado, la ‘simple’ descripción del fenómeno social. Asociada al ‘positivismo’, esta segunda tiende a encerrar la realidad en conceptos abstractos que han devenido en fórmulas, lo cual no es considerado como una acción de pensamiento social que está necesariamente vinculado a la perspectiva histórica.

<sup>52</sup> Cabe destacar que, pese a ser tachada de ‘pragmática’ por su posición antagónica, los sociólogos que se representan a sí mismos como más científicos también presentan una preocupación por el carácter ‘pragmático’ que ha ido ganando espacio en la sociología por requerimientos del aparato del desarrollo y del Estado. Es decir, más allá de las diferencias, las posiciones ligadas a estas dos tradiciones aparentemente dicotómicas visibilizan como una tarea inferior de la sociología el pragmatismo del saber de esta disciplina.

algunos agentes desacreditan el componente crítico asociado a las posturas de la filosofía social que, basadas especialmente en la tradición de la Escuela de Frankfurt –sobre todo en *La Dialéctica de la Ilustración* y en *La Dialéctica Negativa*– impone un ‘fatalismo posmoderno’ que reduce la acción del sociólogo al lamento respecto al estado de la sociedad y limita el potencial explicativo de cara a posibles transformaciones fruto de investigaciones ‘reales’ de la sociología. De esta manera, puede observarse que ambos sentidos identificados acuerdan en el rol crítico-político del sociólogo, difiriendo en cómo se arriba a esa crítica: por el tratamiento teórico y político de esa realidad, o por el tratamiento investigativo y libre de nociones políticas que nublan esa ‘objetividad’. En cierta medida, este elemento contrasta con la hipótesis de partida de este trabajo: en efecto, si bien hay agentes dentro del cuerpo docente que participan de la idea de una ciencia alejada de los fines prácticos o políticos de la producción de conocimiento –que podría caer bajo la denominación de ‘el conocimiento por el conocimiento’– el principio diferenciador en cuanto a la definición de la sociología como práctica científica no reside en el reconocimiento de la utilidad política dentro de la obra del sociólogo. Más bien, la distinción en este aspecto vendría dada, de un lado, por la ilusión de libertad respecto a condicionantes ideológicas dentro de las posiciones de sociólogos apegados a la normativa científica, y, del otro lado, el reconocimiento de la imposibilidad de desafectarse ideológicamente en la práctica sociológica, propiedad que suele ser compartida entre aquellos que provienen de la tradición más filosófica y política.

En anticipación a la crítica de ‘especulación’, los agentes de la línea más filosófica aseguran que quienes se dedican a la teorización sin ningún vínculo con lo que tradicionalmente ha sido el ‘campo’ no especulan en tanto todo marco teórico emerge de un proceso de abstracción de la realidad social en el sentido de ‘lo concreto’. Por lo tanto, las posiciones cercanas a la filosofía niegan la existencia de una distinción entre una ‘sociología teórico-especulativa’ y una ‘sociología de campo-no especulativa’. Para los sociólogos cercanos a la filosofía, esta falsa distinción nace de una noción común de ‘campo’ alrededor de elementos materiales o con la realidad en sentido concreto, lo cual consideran que es un equívoco en tanto el mundo social es ante todo simbólico. Esta negativa a la comprensión del simbolismo en la realidad social es percibida por los agentes circunscritos en la tradición más filosófica –asociados generalmente a la mención de ‘Política’– en mayor medida en la mención de ‘Desarrollo’, donde el gusto por lo material y lo empírico de esa noción de ‘campo’ ha reducido toda explicación social al aspecto económico y a lo evidente. Hay que mencionar que esto responde, antes que nada, a un estereotipo simplificador de la mención y a las disputas que se dan por definir la jerarquía de menciones dentro de la Escuela, puesto que en la tesis desarrollada por García (2006) queda claro que, tras una reflexión profunda de la introducción de la mención de ‘Desarrollo’ en este espacio, la mención en cuestión adoptó

una postura mayoritariamente teórica y, más que nada, crítica respecto a la noción de ‘desarrollo’, especialmente alrededor de su tratamiento económico.

Es interesante señalar que, desde una perspectiva más filosófica, hay agentes que niegan la existencia de una sociología científica en estricto sentido –como la europea– en Ecuador. Algunos individuos que mantienen características de esta tradición filosófica perciben que lo que se desarrolla en nuestro país, afectando a la Escuela, es una apropiación y una percepción social que, conteniendo diversos rasgos teóricos, forma una reflexión social ‘contaminada’ con otro tipo de saberes como la religión, la literatura o lo mítico-mágico. Al considerar esto, un docente cercano a la filosofía define a la práctica sociológica ecuatoriana como una simulación de la europea, pero con un estilo de ensayismo teórico poco riguroso. En este marco, este agente, en consonancia con otros con percepciones de la sociología cercanas, plantea una conflictividad inherente a la implementación de una ciencia ajena a la realidad propia en donde se la aplica, siendo esa extrañez un factor que dificulta la concreción de esta sociología más académica y científica en el medio. No obstante, este docente cercano a la filosofía realza la riqueza de este pensamiento social de poca definición disciplinar a pesar de las críticas de ‘vaguedad’ y de ‘especulación’ desde posiciones aparentemente antagónicas.

De otra parte, pueden encontrarse posiciones intermedias: agentes que conciben la sociología como práctica académica e investigativa que necesariamente tiene que asumir un compromiso político. En otras palabras, se niega la oposición existente entre una sociología más científica y una sociología más política. Estas posturas que tienden a conciliar estos aspectos asumen que la sociología y sus agentes, sea cual sea su posición política, deben tener una conciencia teórica e histórico-estructural que favorezca un compromiso político adecuado. Por lo tanto, estos agentes que comparten elementos dentro de este continuo de falsos antagonismos aducen que el sentido científico y el sentido político de la sociología permiten construir conocimientos rigurosos para una toma de posición política adecuada. De esta manera, estas posiciones intermedias definen su papel como sociólogo en tanto actor importante de los procesos políticos, pero que necesita distinguir en su formación los elementos científicos, políticos y profesionales para no caer en equívocos.

De manera general, los docentes entrevistados reconocen que en la actualidad la tendencia en la Escuela de Sociología y Ciencias Políticas de la PUCE ha inclinado la sociología a comprenderla a través de un carácter filosófico y con cierta inclinación política<sup>53</sup>. Desde las posiciones más políticas, esto

---

<sup>53</sup> Dentro del espacio de la sociología, un docente situado en posiciones intermedias dentro del continuo aquí propuesto ubica a la sociología de la PUCE, y a la sociología ecuatoriana y latinoamericana en general, más cercana a la ‘sociología comprensiva’

responde a las necesidades de la época en que surge la unidad académica: es decir, las posibilidades revolucionarias de América Latina que desarrollaron líneas académicas alrededor de la teoría marxista. En este sentido, perciben desde el grupo con tradición más cercana a lo político que la sociología de la PUCE estaba apegada, en un inicio, a los sectores populares y sus luchas, tanto desde profesores como desde estudiantes –quienes provenían principalmente de fracciones políticas. Sin embargo, las posiciones más cercanas a lo científico defienden que la intención inicial de la Escuela era imprimir una tendencia investigativa adecuada a las exigencias del momento, especialmente en lo agrario y en el tema de políticas públicas, distanciándose de la militancia ligada a la sociología de la Universidad Central. Sin embargo, los sociólogos cercanos a los valores científicos reconocidos asumen que este proyecto no pudo ser sostenido por dos motivos: en primer lugar, la salida de una gran cantidad de docentes y el ingreso de otros que, al ser producto de la Universidad Central, llevaron consigo esta sociología militante hacia la PUCE. Y, en segundo lugar, una asociación altamente difundida en el imaginario social del sociólogo como ‘revolucionario’ antes que como ‘investigador’.

Pero, ante las reformas actuales del sistema universitario –mencionadas en el capítulo precedente– pueden evidenciarse dos posturas distintas en las posiciones con cercanía al polo más científico. Para quienes plantean la idea de una academia y una sociología ‘pura’, esta reestructuración ha permitido imponer una orientación plural e investigativa en la sociología en la Escuela, siendo necesario que esto vaya desligándose de posturas militantes que desvirtúan el quehacer sociológico. Por su parte, para los que dentro de este grupo plantean una academia rigurosamente vinculada al campo político, creen que tras estas reformas la sociología puede quedar reducida a una simple profesión de reproducción social que, sumado a los escasos vínculos con movimientos sociales, pierde la capacidad de generar alternativas al modelo de sociedad actual. Cercano a este último planteamiento, las posiciones de la sociología más ligadas a lo político y con cercanía a lo filosófico conciben que estas reformas tendrán como resultado la pérdida del componente crítico de la sociología por el predominio de una visión mayormente pragmática en la disciplina.

Según la perspectiva de ciertos docentes que reconocen como válida la normativa científica, es llamativo que, pese a las reformas internas de la Escuela orientadas a imponer un perfil investigativo que ligue la teoría con la realidad, no se ha institucionalizado la práctica de investigación dentro de este espacio académico. Estos docentes que son clasificados dentro de una sociología ‘pura’ perciben que los únicos espacios de investigación ‘real’, atribuidos a sí mismos, son iniciativas aisladas que no conforman

---

alemana que a la ‘sociología científica’ norteamericana. Sin embargo, reconoce que ambas son extrañas al espacio académico ecuatoriano por la ‘rigurosidad’ que ambas suponen.

un espacio institucionalizado en la Escuela. En otras palabras, desde estas posiciones existe la percepción que dentro de este campo no se ha formado una comunidad académica que investigue y discuta realmente la sociología. Esta idea de ausencia de una comunidad académica es compartida por los docentes entrevistados que pertenecen al polo aparentemente antagónico. Más adelante, al indagar respecto a las relaciones al interior del cuerpo docente de la Escuela, puede esclarecerse algunas de las razones por las cuales no se ha constituido esta comunidad. Por el momento, puede señalarse algunos factores estructurales que conducen a esta poca institucionalización de la práctica investigativa en la Escuela: la primacía de la función docente en la universidad ecuatoriana, la falta de diferentes recursos necesarios para realizar investigación, el desinterés generado por la inexistencia de una política de publicación en la universidad<sup>54</sup>, el cortocircuito en las redes internacionales de transmisión y aplicación de saberes, la tendencia sociológica a representarse a sí mismo como una práctica intelectual antes que científica, etc.

- **La teoría y la metodología en la sociología**

En general, los docentes entrevistados, sea cual fuere su filiación dentro del continuo de sentidos de la sociología, reconocen la inexistencia de una separación entre lo teórico y lo metodológico. Estos agentes piensan que teoría y metodología son parte del mismo movimiento de desarrollo del pensamiento social: a cada teoría sociológica es inherente un procedimiento metodológico determinado que permite construir, analizar y explicar la realidad a la cual se aproxima. De esta manera, la concepción difundida de investigación sociológica entre los docentes entrevistados considera que esta debe reunir en su método ambos componentes, lo teórico y lo metodológico, para producir nuevos saberes por el contraste con lo real. Así, conciben que la metodología permite resolver la tensión existente entre una realidad social cambiante y una teoría que la abstrae, probando la validez de la teoría en su intención explicativa y favoreciendo su renovación en caso que la misma haya perdido validez. Incluso aquellas posiciones de una sociología cercana a la filosofía, que a primera vista podrían estar lejanas a la relación con lo empírico, concuerdan que la teorización de la sociología es una práctica que requiere de una apropiación y de una ubicación del sociólogo en la realidad, desde donde se definen sus posibilidades de acercamiento metodológico y se distingue la práctica sociológica de la especulación filosófica<sup>55</sup>. En consecuencia, de

---

<sup>54</sup> La preocupación de los docentes por la inexistencia de una política de publicación de la PUCE es notoria, sobre todo entre aquellos que, habiendo realizado investigaciones para la institución, no han logrado que la misma publique sus informes de investigación. Entre aquellos que logran publicar sus trabajos, en gran parte lo logran por un trabajo conjunto con otras instituciones que cooperan para difundir estos trabajos. Incluso, un profesor asegura que se pierde el interés de publicar los trabajos académicos cuando uno mismo tiene que invertir recursos económicos personales para que se lo haga.

<sup>55</sup> Un 'filósofo' con relativa afinidad hacia la normativa científica identifica que la separación entre teoría y metodología genera que no se contrasten los conceptos con la realidad para probar su validez. Así, desde su visión, lo que ha primado de esta separación es un trabajo meramente deductivo propio de una ciencia 'pura' que prescinde del trabajo empírico e histórico. Es interesante señalar esto ya que tanto quienes se centran en lo metodológico como los que se centran en lo teórico etiquetan a los 'otros' como defensores o practicantes de una pureza científica.

partida se asume que es una falsa oposición que conduce a desconocer y a deslegitimar los dos elementos constitutivos de la sociología.

Pero, algunos docentes perciben que esta unidad entre teoría y metodología encuentra en la práctica de la docencia una separación. Para los profesores, especialmente aquellos que se encuentran en posiciones intermedias entre el sentido científico y el filosófico-político, la distinción se da por una cuestión práctica que es el tipo de cursos dictados: por ende, la formación de cada uno de los agentes del personal académico de la Escuela es especializado en correspondencia con cada uno de estos elementos. Efectivamente, bajo la mirada de uno de los docentes entrevistados que podría situarse en estas posiciones, la división social del trabajo y su afectación en el dominio del trabajo científico produce que se fragmente el cuerpo docente entre los ‘teóricos’ y los ‘metodólogos’, asociándolos por lo general con el saber al que se dirigen sus cursos<sup>56</sup>. Sin embargo, los individuos entrevistados concuerdan también en que la formación teórica debe necesariamente evidenciar los procedimientos metodológicos que la misma utiliza para constituirse. Es necesario resaltar aquí que la metodología suele ser fuertemente asociada por los entrevistados con el componente técnico de la práctica de la sociología –por ejemplo, entrevistas, encuestas, historias de vida, etc.– no tanto con el proceso de construcción del objeto de estudio: este proceso implica una discusión epistemológica acerca de la realidad social que es objeto de estudio y la forma en que podemos aproximarnos a la misma para conocerla. En este sentido, las técnicas de investigación serían el resultado de toda esta discusión previa que permita construir adecuadamente el objeto. Retornando sobre el tema, el obstáculo que encuentran los actores para este tipo de tratamiento conjunto es que las condiciones en que se desarrolla la sociología en la Escuela no permiten una aplicación práctica de las teorías que favorezca su apropiación adecuada, lo que deriva en un tratamiento solamente conceptual que no se vincula con procesos sociales reales. Desde el punto de vista de profesores con mayor afinidad a la sociología de carácter más científico, esta separación genera adscripciones más ideológicas que científicas a las teorías, siendo la misma causa y efecto de una escasa producción investigativa en la Escuela.

Ahora bien, como se ha esbozado recientemente, la distinción en torno a la metodología se da por la asociación de la misma con el elemento técnico e instrumental, especialmente desde aquellos sociólogos más próximos a la filosofía. Por ejemplo, uno de los agentes allí posicionados menciona que los ‘metodólogos’ –que estarían ubicados principalmente en el polo más científico del sentido de la

---

<sup>56</sup> En referencia a esto, un profesor cercano a la filosofía expresa que esta distinción no tiene cabida en la Escuela de Sociología y Ciencias Políticas de la PUCE en tanto los cursos de metodología son absolutamente menores en cantidad a aquellos de teoría. Pero, esto respondería igualmente a la estructura que se ha impuesto históricamente en la sociología ecuatoriana, y específicamente en el caso de la PUCE, donde se ha privilegiado el tratamiento separado de estos elementos con primacía de lo teórico.

sociología– defienden el uso purificado de las técnicas de investigación en su crítica a la influencia de la filosofía en la práctica sociológica y la primacía teórica. Igualmente, es generalizado que desde las posiciones que han incorporado la tradición filosófica se relacione la metodología con lo pragmático y con lo cuantitativo, tildando de ingenua esta aproximación al mundo social en tanto se cree libre de prejuicios ideológicos. Al contrario, este polo más filosófico concibe que en la teoría se encuentra la verdadera reflexión acerca de la realidad social.

De su parte, algunos de los docentes ubicados en posiciones reconocidas a sí mismas como científicas remarcan la distinción existente entre lo metodológico y el componente técnico-instrumental de la labor sociológica. Para estas, la discusión metodológica es fundamental en la construcción del objeto de la sociología y su posterior investigación, por lo cual ésta deriva del debate epistemológico del cual es también resultado la teoría. Además, estos docentes perciben que el desprecio de lo metodológico en la Escuela deriva de la asociación de este componente con posturas ‘positivistas’ y ‘empiristas’ en las ciencias sociales. En cambio, respecto al interés por lo teórico de quienes prefieren desarrollar sociología desde esta esfera, los agentes que reconocen la normativa científica plantean que es por una ilusión de rigurosidad y de reflejar planamente la realidad. A su vez, plantean –aún desde posiciones sociológicas muy próximas a la filosofía, pero que encuentran un punto de distinción en la investigación empírica– una crítica a los docentes que realizan un trabajo netamente teórico en la formación de sociólogos: para ellos, se trata de una ‘idolatría’<sup>57</sup> en su relación con las ‘grandes teorías’ y sus textos que separa lo metodológico de lo teórico, lo cual obviamente simplifica la comprensión de la teoría al limitarla a la reproducción de lo ya escrito.

Puede derivarse desde aquí otra oposición: sociólogos cercanos a la metodología cuantitativa y sociólogos afines a la metodología cualitativa. Es necesario aquí hacer una aclaración: en la práctica de la sociología dentro de la Escuela es casi nulo –por no decir inexistente– el número de profesores que manejan en sus trabajos metodología cuantitativa, de lo cual se derivaría que la mayoría se ubica en el polo de lo cualitativo dentro de esta distinción práctica. No obstante, tal como se ha resaltado previamente, lo que se expone aquí son preferencias que no necesariamente se plasman en la práctica. Es más, muchas de ellas suelen ser desmentidas en la misma y sólo funcionan como estrategias discursivas de adecuación a determinada regla en la que se reconoce un grupo. Por ende, puede hablarse aquí de docentes que, más allá de su utilización o no de metodologías cuantitativas, reconocen la validez y la

---

<sup>57</sup> Esta analogía a la noción de la ‘idolatría’ del pensamiento y los autores es retomada de la obra de Merleau-Ponty (2010), que refiere a cómo los filósofos se proponen como objetivo realizar una lectura *fiel* de la concepción de la filosofía de los autores, de donde se define un conjunto determinado de preguntas, y sus soluciones correspondientes, que ‘inventarían’ el pensamiento del autor.

importancia de las mismas, y por ello acogen dentro de sus posibilidades prácticas la utilización de este tipo de metodologías. Una vez se aclara esto, puede evidenciarse que los sociólogos que están mayormente asociados a lo cualitativo, que por lo general también se apegan a la filosofía y a comprensiones más subjetivas de lo social, desacreditan a la metodología cuantitativa en tanto se limita a ser una descripción de la realidad que, sin un marco teórico sólido y sin asumir una posición política, no cuestiona aquello que aprehende, sino que lo legitima. En otras palabras, se liga la verdadera crítica en la práctica del sociólogo a la metodología de tipo cualitativo y hermenéutico, mientras que lo cuantitativo se relaciona a una reproducción del orden social establecido<sup>58</sup>. Según quienes ocupan estas posiciones que reivindican el uso de lo cualitativo, la sociología ha encerrado su metodología en las formas propias del ‘positivismo’, por lo que debería considerarse y aplicarse también las formas más cercanas a la interpretación derivadas de la filosofía, remarcando especialmente la hermenéutica.

Al igual que en la distinción entre los sentidos de la sociología, hay posiciones intermedias en cuanto a la preferencia entre metodología cualitativa y metodología cuantitativa. Estas suelen ser posiciones que abrazan la normatividad científica, aún aquellos que aceptándola también provienen de una matriz filosófica. Desde estas posiciones, plantean que la metodología cualitativa surgió como contrapartida de la metodología cuantitativa, pero que no se excluyen mutuamente, sino que más bien se potencian los unos a los otros al aprovechar los elementos válidos de cada uno. Por ende, estos docentes perciben que, si bien las metodologías cuantitativas pueden mostrar un lado más estructural y objetivo de la realidad, esto debe ser complementado con la reflexión teórica y con el nivel subjetivo, para lo cual son adecuadas las metodologías cualitativas: por ejemplo, citan que la estadística como metodología cuantitativa por excelencia no debe quedarse en el dato evidente, sino que está obligado a dar cuenta del porqué de determinadas regularidades. Vale mencionar que de allí surge una de las críticas que se realiza a las posiciones que aparentemente están más ligadas a lo cuantitativo –puesto que en la práctica ninguna lo está de una manera estrecha– desde aquellas que se vinculan más a lo cualitativo y a lo teórico: la estadística ‘pura’ clausura las posibilidades de explicación de las causas de determinado estado social.

Por otra parte, producto de lo aquí tratado, pueden distinguirse dos sentidos de la investigación. Como se vio antes, los agentes de una sociología más científica suelen definir la investigación ‘real’ como aquella que va al ‘campo’ y contrasta la teoría con la realidad a fin de confirmar la validez de los saberes teóricos o de renovarlos. Pero, agentes más ligados a lo teórico tienden a definir la investigación ‘seria’

---

<sup>58</sup> Desde la perspectiva de un docente próximo a la filosofía, la teoría de las visiones positivistas del mundo no es nada más que una expresión racional –casi fórmula– de variables que se miden en la realidad, pudiendo ser operacionalizada para llegar a índices que favorezcan una efectiva gestión del orden social.

alrededor de lo teórico-reflexivo, apartándose de toda relación con lo empírico de la realidad<sup>59</sup>. El problema de fondo en esta discusión es la definición de los límites del objeto de la sociología: para las posiciones que se sienten cómodas con el desarrollo de trabajos en la esfera teórica, esta confusión radica en que desde la sociología ‘positivista’ se ha reducido el ‘campo’ a lo empírico y lo fáctico de los hechos sociales. Sin embargo, alegan que la producción teórica es también un hecho social que ha sido el producto de la abstracción de esa realidad, por lo cual no está del todo aislada de la misma. En suma, se evidencian dos sentidos claramente diferenciados de la investigación en sociología: por un lado, una investigación empírico-teórica, y, del otro, una investigación netamente teórica. Esto no debe conducir a pensar que esto son los dos únicos sentidos de la investigación dentro de la Escuela, sino que son las definiciones más recurrentes entre los agentes entrevistados. No hay que descartar la presencia de agentes que se orienten por otras nociones de la investigación dentro del campo de la sociología.

- **La relación de la sociología como ciencia con la filosofía**

En lo referente a la relación entre la sociología como disciplina científica y la filosofía, tal como se ha expresado, existen posiciones que tienen mayor cercanía con la misma. Los sociólogos más próximos a esta tradición filosófica sustentan esta cercanía en que el movimiento propio de la ciencia, de sus métodos y conceptos, se sustenta en el cambio de los presupuestos filosóficos de la cual es producto. Más aún, estos agentes con cercanía a la filosofía conciben que las decisiones metodológicas, asociadas a lo pragmático y técnico del trabajo sociológico, implican un debate epistemológico que nunca está exento de cuestionamientos propiamente filosóficos, aunque desde la defensa de una ciencia ‘pura’ se lo rechace. Para un miembro de este grupo de docentes, la separación nace de una ilusión propia del ‘pragmatismo’ que se niega a sí mismo como filosofía en pos de una mayor ‘objetividad’ y operatividad. De hecho, este agente del grupo con tendencia filosófica plantea que las visiones pragmáticas de la sociología, que se desentienden del debate propiamente filosófico y epistemológico, aparecen como posiciones acriticas que no favorecen una comprensión real y adecuada del mundo social. Por el contrario, los miembros de esta tradición vinculan el nacimiento del pensamiento crítico de la sociología a sus intercambios con las grandes discusiones filosóficas: en un primer momento, con el materialismo dialéctico de la obra de Marx

---

<sup>59</sup> El ejemplo que es recurrentemente nombrado por los agentes que defienden la primacía de la investigación teórica sobre la empírica es la obra de la Escuela de Frankfurt. Aducen que esta producción del campo de la filosofía social es una discusión categorial o conceptual que toma distancia de la investigación empírica más comúnmente asociada al ‘positivismo’. La misma noción respecto de la producción de esta escuela de pensamiento social tienen los agentes que asumen una posición científica dentro de la sociología. Sin embargo, la valoración desde estas posiciones es negativa en tanto conciben como infructuoso el desarrollo meramente teórico. Con todo, estas nociones de sentido común respecto a la obra de la Escuela de Frankfurt responden más clichés derivados de sus obras mayormente reconocidas que a la totalidad de las obras de sus miembros: por ejemplo, el trabajo de Adorno titulado *La personalidad autoritaria* tiene un extenso y detallado trabajo sobre estadísticas, es decir, de trabajo con datos empíricos a partir de una metodología cuantitativa. Por lo tanto, es falso aseverar que el trabajo de los miembros de la Escuela de Frankfurt remite solamente a producciones dentro de la esfera teórica.

y Engels, y, segundo, con el posestructuralismo, sobre todo en Foucault. En breve, desde esta posición se entiende que la autonomización de la sociología respecto a la filosofía supondría un obstáculo para un conocimiento ‘real’ de lo social. En este marco, los agentes que responden a esta cercanía de la sociología y la filosofía sostienen que el aporte de la segunda está especialmente sostenido por las indagaciones epistemológicas en referencia a la producción sociológica, es decir, a los límites y la validez de su producción de saberes, y por la visión totalizante que permite realizar cuestionamientos que quedan al margen en una sociología ‘pura’. De esta forma, estos individuos muestran la complejidad de demarcar una frontera que escinda a la filosofía y a la sociología<sup>60</sup>.

Con todo, estos sociólogos con mayor cercanía a la tradición filosófica no superponen el método y la indagación filosófica al campo propio de la sociología. Algunos agentes de este polo más filosófico ponen énfasis en que, pese al acercamiento, no debe confundirse el campo del deber-ser y de lo categorial de la filosofía, y el campo del ser social concreto de la sociología. Asimismo, miembros de la corriente más filosófica de la sociología distinguen que la filosofía se conduce por una discusión que, a diferencia de la sociología y las ciencias experimentales en general, no requiere de una investigación empírica que ponga a prueba la validez del concepto. No obstante, consideran que esto no impide que la sociología se apropie de métodos y conceptos propios de la filosofía mediante su ‘sociologización’. Con esto, los agentes con preferencia por la filosofía justifican que la sociología utilice herramientas filosóficas para atrapar objetos concretos de la realidad social, lo que responde a las críticas que recibe el tratamiento del objeto sociológico desde la filosofía como una práctica ‘especulativa’. En suma, desde estas posiciones conciben la sociología como la síntesis positiva de un componente ‘científico’ –la relación de tensión entre la teoría y la realidad empírica– y un componente ‘filosófico’ –interés por la comprensión social, no por realizar una especie de métrica al estilo de la Economía– de los cuales adquiere su especificidad y no puede desafectarse.

De su parte, aquellos que se ubican en mayor medida dentro del polo científico de la sociología coinciden en que la sociología piensa problemas concretos de la realidad social desde un método adecuado para trabajar con lo empírico, mientras que la filosofía es más un pensamiento ‘especulativo’ que circula por fuera de lo real a partir de un método que maneja ideas y conceptos. Igualmente, desde el polo más científico acepta que tanto los marcos teóricos como los metodológicos propios de la sociología

---

<sup>60</sup> Uno de los docentes que aparece en el espacio de la sociología con mucha proximidad a la filosofía plantea que esta dificultad de separar la sociología y la filosofía genera la producción de propuestas intermedias tales como la filosofía social. En el mismo sentido, un profesor que podría situárselo en una posición intermedia entre lo ‘científico’ y lo ‘filosófico’ ejemplifica los procesos de grandes tradiciones sociológicas, como la alemana y la francesa, en donde se ha fundido estas dos disciplinas para potenciar la comprensión de la realidad, sobre todo ante eventos históricos carentes de una explicación sólida como El Holocausto.

se enmarcan dentro de una discusión epistemológica, por lo que no puede negarse una relación necesaria que hay entre esta disciplina y la filosofía. Pero, los agentes que recaerían bajo estas propiedades posicionan que es necesario reconocer la relativa autonomización de un campo disciplinar como la sociología, que ha acumulado históricamente teorías y metodologías propias. En vista de esto, algunos miembros con filiación a los valores científicos se distinguen de aquellos con mayor proximidad a lo filosófico por la percepción que la ruptura de la sociología con la filosofía, que no implica dejar de lado el debate epistemológico, puede potenciar la capacidad explicativa del sociólogo. Según este grupo más científico, la pretensión totalizante y el prejuicio a la investigación empírica que han sido heredados de la filosofía en la Escuela alejan a la práctica sociológica de objetos concretos sobre los cuales contrastar y construir conocimiento<sup>61</sup>. Aun así, es interesante la clasificación que uno de los docentes más afines a lo científicamente reconocido como válido efectúa en cuanto a los objetos de cada una de estas disciplinas: el objeto de la filosofía –grandes cuestionamientos de la humanidad, la ética y las implicaciones de la ciencia– está situado ‘más arriba’ del objeto de la sociología –procesos sociales concretos. O sea, este actor sitúa a la práctica sociológica como jerárquicamente inferior a la filosófica.

Entre los miembros de este grupo más científico existe una preocupación por la formación de sociólogos en la Escuela de Sociología y Ciencias Políticas de la PUCE, ya que creen que ha tendido a caer en lo filosófico. Uno de los miembros que representa esta posición más científica pone énfasis en que debe haber un mayor peso en la formación propiamente sociológica de los estudiantes en lo que respecta a un método propio. Vale señalar que los agentes que han incorporado los valores científicos no pretenden que el espacio formativo de sociólogos esté libre de debates filosóficos y epistemológicos, sino que hay que considerar que estos no son centrales y tiene que respetarse las especificidades, especialmente aquellas que derivan del tratamiento de un objeto histórico y empírico. En este sentido, un docente con cierta afinidad por la científicidad legítima remarca que los sociólogos deben, ante este gusto por inclinarse a un tratamiento filosófico del objeto de estudio explicado en la asociación de la filosofía con la ‘inteligencia’ y la figura distinguida del ‘intelectual’, defender la sociología como campo con particularidades que deben ser respetadas<sup>62</sup>.

---

<sup>61</sup> Un profesor que reconoce lo académico como central, pero que a la vez no se aleja de la filosofía, relaciona con un equívoco de sentido común el hecho que se conciba al filósofo como alguien que no realiza trabajo empírico, puesto que está situado en el mundo social y piensa el mundo social.

<sup>62</sup> Esto hace alusión a que, desde la percepción de estos sociólogos más académicos, muchos de los estudiantes y de los sociólogos no quieren hacer sociología en sentido estricto, sino que hay una fascinación por llevar su reflexión por el lado filosófico.

- **El sociólogo en el campo político**

Otro de los aspectos en los que se expresa la distinción entre la sociología más académica y aquella más apegada a una tradición filosófica y a aquella con tendencia política es la relación que entabla la sociología como campo científico con las prácticas propias del campo político<sup>63</sup>. Por un lado, quienes se alinean en esta postura más filosófica y política perciben que la oposición entre la ciencia y la política es una falsa distinción que, introducida por las posturas ‘pragmáticas’ y ‘positivistas’ que se constituyen alrededor de la ‘objetividad’, rechazan y deslegitiman las posiciones que asumen un compromiso político desde la sociología, sea este desde cualquiera de los diferentes actores: Estado, movimientos sociales, academia, etc. Desde la perspectiva de las posiciones filosóficas y aquellas políticas, asumir una posición política definida, especialmente desde movimientos ‘críticos’, no resta rigurosidad al trabajo académico, señalando que la labor sociológica es inclusive más científica cuando existe una vinculación político-ideológica por el sustento que esta relación impone al quehacer científico. Por el hecho de que la sociología es un producto social, según algunos de los docentes entrevistados alineados en estas posiciones filosóficas y políticas, la disciplina está atravesada por conflictos políticos de la sociedad: incluso aquellas posturas apolíticas y más ‘técnicas’ de la sociología, que en apariencia son neutrales, parten de una perspectiva política que legitima el orden social establecido. Por consiguiente, estos agentes toman postura por un necesario e ineludible posicionamiento político del sociólogo al enfrentar la realidad en torno a dos razones: primero, asumir una teoría implica de partida situarse dentro de la realidad desde una mirada particular con determinadas dimensiones políticas e ideológicas; y, segundo, la política es un componente fundamental de la vida humana, especialmente en quienes están en el ámbito de las ciencias sociales, por lo cual es importante que se den estos debates en los espacios académicos.

En contraposición, los agentes con un sentido más científico de la sociología rechazan rotundamente las posiciones políticas en la práctica científica. En efecto, estos docentes denuncian que el carácter político deriva generalmente en militancias que deforman, simplifican y estancan el pensamiento sociológico. De esta manera, caracterizan a la sociología ‘científica’ por el distanciamiento respecto de cualquier militancia política en tanto el científico se aparta del objeto para estudiarlo, mientras que el

---

<sup>63</sup> La noción de ‘campo político’ hace referencia al juego propiamente político de ideas-fuerza en un campo relativamente autónomo con su propia lógica de funcionamiento, donde está en juego el monopolio de la manipulación legítima de los bienes políticos, es decir, el Estado. La división de este campo, al igual que en la ciencia o en la religión, distingue a los profesionales de la política respecto de los profanos –manteniendo una relación de complicidad por la cual no se autonomiza de sus clientes– por una distribución desigual de acceso a sus medios que tiende a la desposesión/concentración dentro de la dinámica de competencia por hacerse del poder político. En este sentido, el sociólogo podría vincularse al campo político desde su autoridad como científico social, lo cual le permitiría influenciar en el mantenimiento o el cambio del estado temporal de las relaciones de fuerza del espacio político (véase Bourdieu, 2001b).

político se mimetiza con su objeto y lo glorifica<sup>64</sup>. En vista de estas diferencias, los sociólogos asumidos como científicos conciben a estas dos como posturas irreconciliables: dentro de la sociología, introducen una distinción alrededor del tratamiento del marxismo entre un estudio riguroso y científico, y un estudio simplemente ‘panfletario’. De igual modo, desde el polo científico desacreditan la posición de algunos sociólogos que efectúan en su papel de docente una militancia de ‘intelectual orgánico’, ya que lo ven como una ideologización de los espacios de formación de futuros sociólogos, en donde se impone una militancia con apariencia de científicidad. Por estas razones, algunos de los docentes que definen el rol del sociólogo alrededor de la científicidad plantean que la práctica de reflexión de la sociología tiene que romper con posturas político-ideológicas que afectan su capacidad de explicar los hechos sociales de manera científica y rigurosa.

Por su parte, agentes intermedios dentro de este continuo de sentidos remarcan que el sociólogo debe tomar posición frente a la realidad social. Pero, perciben que este posicionamiento no debe ser el resultado de un discurso ideológico que nubla la aproximación al objeto de estudio, sino que tiene que sustentarse en un trabajo investigativo y teórico. Por lo tanto, para estos agentes que comparten propiedades de ambos polos, la relación del sociólogo como ‘intelectual’ con el campo político debe orientarse por una militancia cualitativamente mejorada en donde se distinguen los criterios científicos de los criterios político-ideológicos. Para ello, algunos de estos individuos expresan que el sociólogo tiene que utilizar rigurosa e históricamente su conciencia para comprender de mejor forma la realidad a fin de transformarla. En síntesis, perciben que el sociólogo hace su ingreso al campo político a través de un conocimiento profundo de los procesos sociales que, siendo resultado de una investigación rigurosa, permiten incidir sobre la realidad.

Esta capacidad de transformación posibilitada por el conocimiento producto de la práctica sociológica es también señalada por las posiciones más radicales en cuanto a esta diferenciación de sentidos de la sociología. Es decir, más allá de la postura político-ideológica del sociólogo o de su ubicación en el continuo de sentidos, en general es reconocido entre los docentes entrevistados que su producción está siempre orientada a resolver una problemática social. Sin embargo, desde la tradición filosófica y política niegan la posibilidad de una orientación al cambio desde una sociología más ‘positivista’, puesto que esta se limita a una mera descripción que no constituye una crítica real al orden

---

<sup>64</sup> Al respecto de este rechazo de la militancia política en las prácticas científicas de la sociología, un docente cercano a esta posición más científica cita como ejemplo la relación que usualmente mantuvo la sociología con el movimiento indígena ecuatoriano. Concretamente, señala que este vínculo aparentemente científico estuvo marcado por una relación política que condujo a visiones ilusorias de los pueblos y el movimiento indígena, por lo que nunca se llegó a comprender bien esta problemática por una toma de posición irreflexiva. De manera general, este docente rechaza esta relación ‘ingenua’ con los actores socialmente dominados por que lleva a que el sociólogo niegue su condición social que difiere de la situación de estos grupos, generando resentimiento y odios con sus cercanos.

social. De su parte, partiendo del sentido más científico, que rechaza los posicionamientos políticos en la sociología, enfatizan que el papel ‘revolucionario’ del sociólogo está en la construcción científica de conocimiento que explique objetivamente la sociedad y muestre posibilidades reales de cambio para ser llevadas al espacio público. Vale destacar que para un docente de esta línea más científica las formas de vinculación de los sociólogos con la política se modificaron a raíz de la crisis de los paradigmas y de los movimientos sociales, generándose una mayor vinculación con organizaciones de la sociedad civil que con grupos militantes asociados a la izquierda. En respuesta al señalamiento de la pérdida del componente crítico en la relación con el campo político desde la tradición filosófica y política al asumir que estas organizaciones priorizan la gestión del orden sobre la transformación social, este miembro del cuerpo académico de la Escuela indica que esto no implica que el sociólogo se aleje de la crítica, sino que la haga desde espacios que no han sido tradicionalmente vinculados con esta.

- **La ‘cientificidad’ de la sociología**

Al topar el tema de la ‘cientificidad’ en la sociología, existe un consenso entre las diferentes posiciones alrededor de dos aspectos. Primero, hay un reconocimiento difundido entre los docentes entrevistados que la rigurosidad prima en la construcción del pensamiento sociológico, adquiriendo una función explicativa y a la vez crítica sostenida en lo sistemático de este proceso. Para estos actores, este elemento diferencia al conocimiento sociológico del conocimiento cotidiano y del ensayismo periodístico, ya que es el producto de un proceso riguroso y científico en donde se plantean hipótesis, preguntas de investigación y se asume una postura teórico-metodológica para aproximarse a la realidad. Así pues, los profesores que brindaron su testimonio definen al quehacer sociológico como un procedimiento que se orienta por una observación sistemática para una interpretación científica de los hechos sociales. Y, segundo, hay acuerdo entre las diferentes posiciones en que esta rigurosidad está en relación con la constitución de un cuerpo de teorías y de metodologías adecuadas a la particularidad de su objeto de estudio: en este sentido, remarcan que la particularidad del objeto de estudio de la sociología –la sociedad en sus diferentes formas– es el componente histórico-temporal. Por ende, siguiendo el testimonio de los miembros del cuerpo profesoral, la ‘cientificidad’ de la sociología estaría en la definición de un método sistemático, riguroso y adecuado a la naturaleza de su objeto a fin de dar validez a sus procesos de observación y de teorización.

A pesar de este acuerdo respecto a la ‘cientificidad’ de la sociología, las discrepancias aparecen cuando se abordan aspectos más específicos de este estatuto. Quienes se encuentran más cercanos a posiciones filosóficas y políticas alegan que la sociología ‘positivista’ buscó siempre adquirir este reconocimiento como ciencia en una apropiación de elementos propios de las ciencias naturales o

‘duras’<sup>65</sup>. Así, especialmente los agentes con mayor cercanía a la tradición filosófica, definen que la finalidad de las ciencias naturales es la cuantificación del mundo para instrumentalizarlo a través de tecnologías que favorezcan su transformación o mejoramiento. Llevado esto al mundo social, consideran que este apego a las ciencias naturales conduce a la generación de una forma de conocimiento que nace de la apropiación empírica en donde la realidad es encerrada en fórmulas medibles y aparentemente ‘rigurosas’. A raíz de esto, los agentes que han adquirido un sentido más filosófico de la disciplina, pero también –aunque en menor medida los adheridos a percepciones más políticas– plantean que la epistemología y la filosofía han negado usualmente el estatuto científico de la sociología ‘positivista’ por la utilización de un método perteneciente a una ciencia que trata con un objeto sumamente distinto, lo cual hace que la sociología se aleje de su propio objeto.

A diferencia de esta ‘cientificidad’ propia de la sociología ‘positivista’ que asocian al grupo apegado al sentido académico, desde la línea filosófica y política plantean que la sociología debe formar un estatuto científico propio. Este estatuto, consideran estos agentes, no tiene que ser ni el de las ciencias naturales –por la diferencia del objeto de estudio– ni el de la filosofía –por el nivel de abstracción de una discusión que se aleja de la realidad social concreta. Para ello, quienes pregonan esta tradición dentro de la Escuela defienden un ‘razonamiento sociológico’ que esté estrechamente ligado al material con el que trabaja la sociología, especialmente con el material histórico que distingue al objeto social en relación con el de las ciencias naturales<sup>66</sup>. En este sentido, diferenciándose de aquellos que practican una sociología más ‘positivista’, resguardan una sociología ‘comprensiva’ que busca, como su nombre lo indica, comprender el mundo social. De la misma manera, estos individuos que mantienen propiedades de la línea filosófica, y también algunos casos de la política, encuentran en la ‘Teoría Crítica’ una posibilidad de encontrar esta ‘cientificidad’ propia por una comprensión de la realidad social mediante la discusión categorial que se distancia de las dimensiones empíricas. No obstante, consideran que estas dos propuestas, que según algunos de sus defensores contienen elementos más antropológicos y filosóficos que propiamente científicos, no se orientan a una instrumentalización del mundo, por lo cual están excluidos de los criterios dominantes de ‘cientificidad’.

---

<sup>65</sup> Uno de los docentes que se alinea más a esta perspectiva filosófica de la sociología describe que las ciencias sociales ecuatorianas se han apropiado de la tradición científica anglosajona, donde lo científico está asociado al saber ‘positivista’ y a una reconstrucción empírico racional del mundo social. Por ende, para este agente la científicidad de la sociología ecuatoriana ha estado siempre medida por la satisfacción de estos criterios ‘positivistas’ de la ciencia, relegando a los saberes más comprensivos que están más cerca de la tradición científica alemana.

<sup>66</sup> Uno de los docentes que sostienen este argumento, el cual podría situárselo en una posición intermedia pero con mayor tendencia hacia lo filosófico, lo sustenta en la propuesta de Passeron (2011), quien plantea que la ‘cientificidad’ de la sociología radica en la posibilidad de comparar diferentes configuraciones históricas, en donde los conceptos como herramienta de descripción y de comprensión deben necesariamente tener una pertenencia con la realidad empírica a la que el sociólogo se aproxima. Para este autor, esta particularidad de las ciencias sociales la diferencia de las ‘ciencias experimentales’.

Como puede verse, esta percepción de una ‘cientificidad’ propia de la sociología que se distancie de las ciencias naturales y de la filosofía en comprensión de la particularidad de su objeto de estudio es reconocida por la totalidad de actores entrevistados. Pero, la asociación de la sociología con tintes filosóficos con el método propio de la filosofía hace que los agentes del grupo antagónico nieguen la ‘cientificidad’ de sus prácticas en tanto las consideran como ‘especulativas’ y ‘vagas’<sup>67</sup>. Asimismo, los sociólogos que reivindican la corriente científica niegan ‘seriedad’ a las perspectivas más que reconocen el sesgo ideológico-político de su trabajo en tanto este sería un impedimento a la adecuada producción de conocimiento. Paralelamente, la asociación que se hace de la perspectiva más científica con planteamientos ‘positivistas’ propios de las ciencias naturales hace que sus oponentes rechacen también la ‘cientificidad’ de esta posición por no estar conforme con las exigencias del objeto de la disciplina, tildándolas de ‘acríticas’ y de ‘pragmáticas’<sup>68</sup>.

### **3.2.2. Distinciones de carácter más práctico de la sociología**

- **Reformas en el programa de la Escuela de Sociología y Ciencias Políticas de la PUCE**

A fin de comprender las representaciones de las reformas de la Escuela, es necesario mostrar las intenciones iniciales de la misma desde los agentes vinculados a partir de aquel momento. Llama la atención que la mayoría de estos pertenecen al grupo más científico, lo cual puede mostrar ciertos indicios de este proceso de creación. Tal como se ha mencionado en el capítulo anterior, se resalta que la Escuela de Sociología y Ciencias Políticas se originó con la idea de formar espacios de desarrollo de estudios sociales y políticos con una orientación investigativa mayoritariamente empírica. Esto como respuesta a una exigencia que se instaló a nivel de América Latina con el objetivo de incidir en las decisiones de política pública. En este sentido, los docentes desde ese entonces participan de las dinámicas de la Escuela remarcando el papel que jugaron la Fundación Ford y CLACSO en la instalación de estas preocupaciones y en el nacimiento de la unidad, puesto que estas instituciones veían como necesaria la realización de investigaciones ‘reales’ que colaboren a definir la sociología como campo central en el desarrollo nacional. Así, uno de estos agentes expresa que esta intención se cristalizó en los talleres de investigación que comprendían el programa de estudios, en donde se intentaba ligar la práctica sociológica a diferentes campos de investigación: sobre todo en lo agrario, lo urbano-industrial y lo político.

---

<sup>67</sup> Estos profesores del polo más científico indican que hay una tendencia a alejarse de los patrones de la ‘cientificidad’ en la Escuela de Sociología y Ciencias Políticas de la PUCE. Señalan que este rechazo atiende a que usualmente se ha asociado a la ciencia como una práctica ‘burguesa’ de legitimación del orden social.

<sup>68</sup> Por ejemplo, un docente bastante cercano a la filosofía menciona que el discurso de la ‘cientificidad’ y de la ‘objetividad’ ha sido favorable a la imposición de una sociología orientada al mero manejo de destrezas y de tecnologías que no son necesariamente ciencia. A su vez, este predominio de lo ‘objetivo’ ha producido una desvalorización de la filosofía y de la crítica, elementos fundamentales para un conocimiento real, a favor de elementos pragmático-operativos.

En este contexto inicial, y pese a la intención de formar una unidad investigativa, los docentes que estuvieron desde la etapa de formación de la Escuela, que podría situárselos con bastante proximidad al polo científico del campo, indican que hubo una fuerte influencia del marxismo y de posturas socialistas por la influencia de las revoluciones en la región. Esta influencia generó, según quienes formaban parte de este proceso de institucionalización de una sociología de carácter científico-investigativa, un interés político-revolucionario entre los estudiantes al momento de afrontar la carrera, desplazando a segundo plano las intenciones investigativas presentes aunque en menor medida entre el alumnado. Asimismo, algunos de estos agentes participes desde los primeros pasos de la unidad académica perciben de manera negativa que a nivel de la Escuela, así como también en la Facultad de Ciencias Humanas, agentes bastante vinculados a la filosofía y al marxismo hayan alcanzado posiciones importantes que permitan incidir sobre la orientación de la unidad. Entonces, su descontento nace de percibir una politización e ideologización de la Escuela, y de una apreciación de desinterés que posan sobre los agentes del polo filosófico y político por la actualización científica propia de la disciplina.

Dentro de estas disputas de sentido, la reforma de 1989 fue encabezada por profesores más ligados al sentido científico-investigativo de la sociología. Para estos, el proceso de reforma estaba dirigido a definir la sociología como campo específico de conocimiento ante el carácter filosófico, político e ideológico que imperaba. Para el efecto, el objetivo impuesto por los agentes que llevaron las riendas de esta iniciativa incorporaron un elemento académico-científico plasmado a través de una formación simultáneamente teórica e investigativa, intentaron actualizar las problemáticas sociales que se trataban y definieron ciertos campos especializados para concretar la práctica de investigación. Con ello, estos agentes mencionan que se buscaba promocionar una práctica investigativa y plural que combata la ‘especulación’ y la ideologización resultantes de las influencias ya mencionadas. No obstante, coinciden en que las reformas no tuvieron efecto en tanto la práctica de la sociología en la Escuela continuó la línea de lo discursivo y desligado de la investigación. En este sentido, uno de los agentes que, mostrándose con disposición hacia los valores de la ciencia, ha estado desde los orígenes de la Escuela hace referencia a que las reformas no han logrado abrir el conocimiento científico ni superar la ligazón político-ideológica con apariencia de científicidad, lo cual debe ser repensado a futuro.

Así también, estos agentes con toma de posición en el polo científico se muestran inconformes con las reformas realizadas en tanto responden a un sentido de sobrevivencia como unidad antes que a la introducción de un programa real de la sociología. Esto es especialmente resaltado frente a la introducción de especializaciones, denotando que fue una actitud ‘pro-mercado’ contra la cual la Escuela siempre se mostró contraria. Por ejemplo, en relación a la mención de ‘Relaciones Internacionales’, un docente que

reconoce la validez de la sociología científica, incluso en el punto de pensarla como una ciencia ‘pura’, alega que no debió realizarse porque existe toda una confusión disciplinar. De igual manera, este agente muestra inconformidad con la mención en ‘Política’ en tanto la ve como algo desordenada e indeterminada en donde se mezcla ciertos elementos de filosofía política, ciencia política y sociología política, pero mayoritariamente ‘especulativo’ y sin concretar algo definido. Finalmente, este mismo individuo distingue a la mención en ‘Desarrollo’ como la tendencia más sólida dentro de la disciplina sociológica, además que con mayor adecuación a las demandas profesionales actuales. Vale destacar que entre los docentes que se alejan del sentido filosófico y político de la sociología existe la creencia de que las próximas reformas deben apuntar a combatir la separación entre los componentes teóricos y los componentes prácticos de la sociología que impera en la Escuela.

Desde el polo filosófico y político muestran igualmente una reticencia hacia las reformas realizadas en la Escuela. Para ellos, este proceso ha atendido más a necesidades laborales que no tienen nada que ver con exigencias propias de la universidad y de la ciencia: por ejemplo, en defensa de la sociología ‘comprensiva’, uno de los agentes vinculados a este sentido manifiesta que la introducción de saberes operativos ha relegado al conocimiento real que es visto como ‘vago’, ‘especulativo’ y ‘poco científico’. A pesar del reconocimiento que los espacios académicos deben vincularse con necesidades sociales inmediatas, aquellos con mayor cercanía a la tradición filosófica señalan que es riesgoso que se considere solamente los saberes producidos por una utilidad pragmática y se eliminen los espacios de reflexión que son resultado de autoexigencias de la ciencia y que tienen una utilidad crítico-comprensiva. Sin embargo, pese al desacuerdo con el giro pragmático hacia saberes que definen como instrumentales, ciertos miembros de este polo filosófico revelan comprender esta introducción por la demanda estatal de este tipo de conocimientos. Considerado esta oposición como irreconciliable, uno de ellos plantea que es sensato que se lleve a cabo una reforma en donde se separe en dos carreras a estos saberes ‘práctico-pragmáticos’ y a la reflexión teórica. En todo caso, es justo indicar que esta crítica a las reformas no es exclusiva de estos sectores, sino que también algunos grupos desde las posiciones más científicas se dirigen por consideraciones similares: se ha derivado en una ‘sociología de proyectos’ en atención a demandas sociales antes que propiamente científicas.

- **Campos profesionales del sociólogo**

Al considerar el tema de la vinculación de los sociólogos en la estructura ocupacional, el primer acuerdo que existe entre los docentes aquí entrevistados es señalar el hecho que en la actualidad existen mayores posibilidades de vinculación que antes por el cambio de las condiciones sociales y políticas que ha atravesado el país en los últimos años. El ensanchamiento del aparato estatal es reconocido por estos

profesores como una de las opciones primarias que aquellos formados en sociología consideran como espacio laboral a futuro, para lo cual las reformas que se han realizado en 2008 y 2010, según el parecer de los miembros del cuerpo docente que han brindado sus testimonios, presuntamente han apuntado a hacer eco de sus exigencias. De manera general entre los entrevistados, existe cierto desprecio o una tendencia a desprestigiar el rol burocrático, pero difieren en ciertas consideraciones. Por su parte, quienes están más cercanos a la tradición filosófica definen a los sociólogos que se vinculan a aparatos burocráticos como ‘simples gestores’ y ‘aplicadores de conocimientos’. Este rechazo nace de la incompatibilidad que los sociólogos con tendencia filosófica perciben entre las tareas reflexivas propias del pensamiento sociológico y las necesidades operativas de la gestión social que requiere el Estado. Del mismo modo, desde el polo filosófico, y en algunos casos de docentes que pregonan la necesidad de una sociología ‘pura’ como campo científico, ven con malos ojos que desde la apertura de la mención en ‘Relaciones Internacionales’ hay un gran sector de estudiantes que vinculan el rol del sociólogo con la inserción en los cuerpos diplomáticos. Como consecuencia, los agentes con disposición hacia el tratamiento filosófico dentro de la sociología piensan que estas asociaciones con roles más ‘pragmáticos’ han mudado el papel intelectual y revolucionario del sociólogo hacia uno más político-técnico, además de verlo como ‘antiestético’.

Desde la tradición más política de la sociología aceptan en mayor medida el ingreso de sociólogos al Estado, pese a que igualmente rechazan lo instrumental del trabajo burocrático. Este es una de las propiedades o preferencias que distancian en el espacio a aquellos que siguen una tradición sociológica de carácter más político, es decir que aceptan el compromiso político y el reconocimiento ideológico como elementos fundamentales en el quehacer sociológico, y quienes se encuentran más próximos al polo filosófico que, como señalamos recientemente, rechazan totalmente los roles que consideran como ‘pragmáticos’ y que puede llegar a desempeñar un sociólogo. Es interesante que esto puede también acercar a ciertos agentes de la tradición más filosófica con aquellos que, situándose dentro del polo científico, defienden una ciencia ‘pura’ libre de sus usos políticos o prácticos. Hay que resaltar que la aceptación de los docentes de la inserción del sociólogo en el aparato estatal depende también de la simpatía/antipatía de los mismos en referencia al proyecto estatal en vigencia. Para quienes responden a esta posición más política, el sociólogo debería vincularse a los espacios de definición de la política pública a través de la reflexión de la sociedad, sobre todo porque consideran que el proceso de repensar la institucionalidad del Estado requiere de otro tipo de comprensión que la ‘pragmática’.

Una perspectiva similar puede encontrarse entre aquellos ligados al sentido más científico de la sociología, pero que creen en la utilidad social del saber generado por la disciplina: encierran el rol del

sociólogo en la investigación social. Más allá de que cierto sector dentro de este grupo rechace la vinculación con el Estado por el dominio de las necesidades políticas por sobre las científicas, algunos docentes de este polo más científico y con cierta simpatía por el proyecto de Estado actual distinguen que el sociólogo puede favorecer el proceso de fortalecimiento estatal por la formación académica que lo distancia del burócrata tradicional que está preparado en lo estrictamente técnico. A la vez, estos docentes recalcan que para una vinculación efectiva la formación debe orientarse a una investigación que sea aplicable a las necesidades estatales, por lo cual perciben que la investigación meramente teórica ‘no sirve para nada’.

En fin, los entrevistados generalmente reconocen que el sociólogo debe aportar desde cualquier función que este cumpla, pero especialmente desde la posición filosófica resalta que su trabajo no se reduce solamente al ámbito estatal. Para esto, consideran que el sociólogo tiene que mantenerse ligado a su práctica de reflexión y comprensión de la realidad social a fin de tener criterios para enfrentar las diferentes decisiones propias del mercado laboral en donde se tendrán que redefinir continuamente. En este sentido, las disposiciones individuales producto de trayectorias diferenciadas y la influencia que la formación genera sobre estas definirán las posibilidades laborales, pero según los docentes entrevistados el sociólogo debe caracterizarse en cualquier espacio al que se vincule por cierto nivel de comprensión que le permitan tomar decisiones adecuadas.

- **Criterios de reconocimiento de las prácticas científico-académicas**

Algunos de los elementos reconocidos como trascendentes dentro de la actualidad del campo científico son la especialización y los trabajos interdisciplinarios. Con el motivo de indagar diferencias respecto a cómo son percibidos desde las diferentes posiciones, se hicieron preguntas alrededor de estos componentes. Es importante recalcar, como se ha hecho durante el capítulo anterior, que el Sistema de Educación Superior en Ecuador está sufriendo una serie de modificaciones para que las instituciones universitarias aporten un servicio de mayor calidad, lo cual no solo se encierra en la formación de personas con los recursos necesarios para insertarse en el aparato productivo nacional, sino también atañe a la producción de nuevos conocimientos. Para el efecto, impone una exigencia a los diferentes agentes vinculados al sistema universitario de realizar estudios superiores de especialización que acrediten, mediante la titulación, la competencia de estos individuos en el tratamiento de los diversos campos de las ciencias y su investigación. Aparte de eso, no debe olvidarse que la PUCE indica entre sus lineamientos que las prácticas de investigación y docencia en su interior se orientan idealmente por la construcción de saberes en el marco de la interdisciplinarietà.

Respecto al tema de las especializaciones, de principio parece que quienes mantienen mayor cercanía con el polo científico de la sociología tienen criterios favorables y sentirían mayor comodidad para satisfacer esta exigencia. Desde estas posiciones más científicas se sugiere que una formación especializada es necesaria en la actualidad, puesto que el sociólogo debe consagrar su vida intelectual a abordar un mismo objeto desde diferentes perspectivas. En este marco, un docente con esta filiación por lo científico cree que la formación sociológica debe ser, en un primer momento, desde un marco general en que el estudiante se apropie rigurosamente del campo disciplinar. Posteriormente, en un segundo momento, remarca que el 'buen' sociólogo necesita de una especialización práctica a través del desarrollo de investigaciones 'reales', para lo cual los estudios de maestría y doctorado son de suma utilidad. De esta manera, los sociólogos afincados en la tradición científica rechazan la posición de 'todólogo' asociada a la filosofía debido a que la creciente complejidad y diversificación de la realidad social forma un modelo de administración y de producción del conocimiento con mayor focalización: la posición 'todóloga', que se ve a sí misma como un 'dios con visión macro', tiene poca profundidad puesto que en la actualidad es imposible manejar las particularidades de los diversos ámbitos sociales, ante lo cual la especialización es fundamental para el desarrollo del conocimiento sociológico.

Así, estas posiciones que se adecúan más a los requerimientos y valores aceptados por el campo científico internacional proponen que el trabajo especializado no implica en ningún momento el abandono del terreno de la sociología, sino que se trata de una teorización dentro de un ámbito determinado que debe partir de una sólida formación en la disciplina que permita un segundo momento de integración de este saber a la totalidad de recursos incorporados históricamente por la sociología. En este sentido, uno de estos agentes cercanos a la científicidad reconocida realiza una advertencia de la extrema especialización: a pesar de la atención sobre particularidades que suelen ser pasadas por alto desde perspectivas más totalizantes, la especialización puede correr el riesgo de encerrarse dentro de una jerga demasiado relativa que impida la conexión con niveles superiores de generalización. Por esta razón, algunos de los docentes que comparten esta creencia en la ciencia y sus normas sostienen que la especialización debe ser combinada con un proceso de totalización para una mejor comprensión de la realidad social.

Desde posiciones bastante arraigadas en la tradición filosófica de la sociología, reconocen que en la actualidad la especialización es una exigencia planteada desde la sociedad a los espacios de producción de saberes. Pero, los docentes entrevistados con cercanía a la filosofía ven el paso desde los grandes cuestionamientos humanos y sociales hacia problemáticas más puntuales como una respuesta a demandas sociales de planificación a partir de conocimientos de utilidad 'pragmática': por ejemplo, este tipo de sociología y de sociólogos especializados son funcionales a la operación y reproducción del sistema por

medio de la gestión de proyectos y de políticas públicas. Al contrario, según estos mismos agentes, los saberes generalizantes, resultado de demandas propias de desarrollo del conocimiento sociológico, tienen una utilidad ‘comprensiva’ y ‘crítica’ que se opone a la utilidad ‘pragmática’ del saber especializado, por lo cual son desvalorizados por una aparente ‘vaguedad’ y ‘especulación’. Al mismo tiempo, algunos docentes del polo filosófico se oponen a este proceso en tanto afirman que la realización de estudios superiores destinados a la especialización son inútiles en dos sentidos: por un lado, esta imposición del sistema universitario no garantiza la efectiva introducción del componente investigativo en la institución ecuatoriana, ya que la mayoría de empresas que se llevan a cabo en estos programas son ‘simulacros de investigación’ de los cuales difícilmente se genera una cultura investigativa. Y, del otro lado, divisan que se formarán ciertas élites universitarias funcionales a una visión ‘tecnocrática’ que es bastante corporativista. En consecuencia, los agentes de la tradición filosófica de la sociología perciben como inadecuado este proceso de especialización masiva ya que tan solo tendría funcionalidad en la acreditación para ingresar a determinados ‘gremios’, además que como norma está completamente desligada de la realidad en tanto la universidad ecuatoriana no tiene las condiciones de docencia ni de investigación para producir esto.

Por su parte, la interdisciplinariedad es un tema en donde hay sobre todo un acuerdo de su importancia en la producción actual de saberes desde la sociología. De manera general, y sin importar la posición en el espacio diagramado, los agentes entrevistados rescatan que la complejidad de los fenómenos sociales imponen la necesidad y la urgencia de formar grupos de investigación interdisciplinarios en las ciencias sociales para estudiar diferentes problemas concretos desde diversas perspectivas: esto es especialmente recalado en lo que tiene que ver con la problemática del medio ambiente, en donde se cree que la sociología debería entrar en contacto no solo con las ciencias cercanas, sino también con aquellas que parecerían estar más lejos como las ciencias naturales. Algunos docentes, a los que podría ubicárselos como cercanos a la tradición científica, afirman que esto puede aportar a una apertura cíclica de la sociología hacia diferentes campos de aplicación como, por ejemplo, una aproximación a la neurociencia o a la mecatrónica. Dentro de este proceso, un aspecto que es continuamente subrayado por los entrevistados es la plena disposición de la sociología a acoger modelos interdisciplinarios de producción de conocimiento por ser ella misma el producto de relaciones entre diferentes disciplinas como la economía, la filosofía, la historia, la política, etc. En vista de aquello, existen críticas, especialmente desde docentes con cercanía a la disciplina filosófica hacia ciertos profesores de tendencia más científica, las posturas de defensa de una ciencia ‘pura’ y cerrada sobre sí misma.

De cualquier modo, es bastante difundido entre los agentes del cuerpo académico de la Escuela entrevistados en este estudio el planteamiento de la necesidad de volver interdisciplinario el campo de las ciencias sociales para enfrentar de mejor manera los problemas concretos de la sociedad<sup>69</sup>. Aun así, algunos docentes distintamente situados dentro de los sentidos de la sociología enfatizan ciertas dificultades para que este proceso se lleve a cabo dentro de nuestros espacios universitarios: según ellos, no pueden resolverse las limitaciones disciplinares de conocimiento si no se ha establecido claramente los marcos disciplinares de las diferentes ciencias sociales, por un lado, y, del otro, las condiciones económicas e institucionales limitan el acercamiento de las diferentes perspectivas. Al mismo tiempo, estos individuos ponen estas dificultades en relación con el nivel más práctico, en donde perciben que el mayor problema de cara a la instauración de relaciones interdisciplinarias es la postura de los agentes de las diferentes disciplinas a defender y glorificar el campo al que pertenecen.

- **Relaciones al interior del cuerpo docente**

Las relaciones al interior del cuerpo docente son el resultado de la heterogeneidad de tomas de posición que se da entre las diferentes perspectivas que conviven en su interior. Cabe recordar que los habitus, lugar donde se aloja el sentido común, generan tomas de posiciones en referencia al principio de diferenciación propio del campo: en este caso, en cuanto a los sentidos diferenciados de la sociología y su práctica, objeto de indagación de este trabajo. Sin embargo, también hay que recordar que los habitus albergan sistemas de disposiciones y percepciones que evidencian una manera global de actuar, moviéndose a manera de bloque al momento de hacer elecciones prácticas en cuanto a gustos y preferencias. Por lo tanto, si bien las tomas de posiciones referidas exclusivamente a lo que atañe a la sociología, su definición y su práctica, estas no son el único foco de conflictos relacionales al interior del cuerpo de profesores, puesto que detrás de estas posiciones se arrastran disparidades respecto a visiones y divisiones sobre el mundo social global. Con todo, el interés de esta investigación reside en indagar las distinciones a nivel disciplinar, oposiciones a partir de las cuales se van generando tomas de posición y cercanías entre agentes diversos en dependencia del estado momentáneo de la lucha en el campo. Volviendo sobre las relaciones internas de los docentes como cuerpo, y a pesar de que algunos agentes indiquen que las diferencias no conducen necesariamente a enfrentamientos entre los diferentes sectores y que es saludable cierto nivel de heterogeneidad, la mayoría de los docentes entrevistados consideran, a través de su experiencia en este campo, que las interacciones al interior del cuerpo académico de la

---

<sup>69</sup> La referencia que realizan diferentes docentes en este ámbito es el trabajo de la Comisión Gulbenkian, en el cual se hace un reflexión del estado de las ciencias sociales con la finalidad de reestructurar las relaciones entre las diferentes disciplinas que forman este campo en concordancia con las exigencias actuales tanto de la sociedad como del propio desarrollo del conocimiento (Wallerstein et al., 2001).

Escuela de Sociología y Ciencias Políticas distan de ser del todo amistosas y libres de violencia simbólica. Incluso, hay posiciones que perciben ciertos grados de hostilidad que priman en estas relaciones docentes.

Las evaluaciones desde cada uno de los grupos constituidos hacia sus ‘adversarios’ tienden a ser valoraciones negativas que ponen en juicio la validez de su perspectiva sociológica. Al contrario, las valoraciones de los agentes más próximos en la estructura de posiciones –determinada esta por la distribución de disposiciones, gustos y preferencias– tienen un carácter positivo que suele expresarse mediante halagos a su labor, a su perspectiva y a sus capacidades. En forma general, el campo estructura una división que es fundamental al momento de instaurar el juego por su definición: a saber, la distinción principal se da entre los ‘sociólogos-positivistas’ y los ‘filósofos-políticos’. Esta distinción encuentra justificación alrededor de la posición que los actores toman en respecto de la ciencia y su normatividad: por un lado, los ‘sociólogos-positivistas’ representarían, hasta cierto punto, los guardianes de los valores científicos de la ‘objetividad’ frente a posiciones político-ideológicas y a la especulación que la distingue de los filósofos. Del otro lado, y sin desconocer las diferencias entre las dos tradiciones que se han remarcado, la conjunción de la posición filosófica y política, representada en este caso por los ‘filósofos-políticos’, atiende a su alejamiento y crítica en relación con esta idea científicamente reconocida de la ‘objetividad’ y la ‘neutralidad’ de la labor científica. Es decir, estas posiciones manifestarían una posición anti-científica, por decirlo de alguna manera, aunque esto no quiere indicar que estos agentes no son ni se representan a sí mismos como científicos sociales, sino que están en contra de ciertos parámetros de reconocimiento de la ciencia y su trabajo. Partiendo de esta separación del cuerpo docente, los agentes entrevistados señalan que las implicaciones que tiene esta escisión ha imposibilitado la conformación de una comunidad académica en estricto sentido por la imposibilidad de reconciliar las divergencias<sup>70</sup>. A lo largo de la exposición de los diferentes elementos considerados, donde se ponen en evidencia ciertas discrepancias en percepciones y sentidos de cada grupo, pueden brevemente traerse a colación las mismas para constatar cómo se ven unos a otros.

Por un lado, los ‘sociólogos-positivistas’ critican y desacreditan las posiciones de un marxismo filosófico y político a las que asocian un tratamiento ortodoxo que, según ellos, ha conducido a la Escuela

---

<sup>70</sup> Es necesario advertir que este no es el único factor que incide en la inexistencia de dicha comunidad académica. Puede sumarse a esto factores propios de la estructuración de la institución universitaria en Ecuador como la primacía de la docencia, la escasa práctica investigativa, la reducción de los espacios de encuentros al tratamiento de temas administrativos o la escasez de tiempo en los docentes por la necesidad de trabajar simultáneamente en diferentes universidades o de obtener una excesiva carga horaria a causa de los salarios relativamente bajos del sector.

a un encerramiento teórico<sup>71</sup> que devalúa, por una parte, el pensamiento de otros autores como Durkheim y Weber y, por otra parte, la investigación como práctica. Los docentes de este grupo que han estado vinculados desde el inicio al devenir de la Escuela alegan que inicialmente la unidad fue pensada como un espacio de investigación, pero que fue ‘destruido’ con el ingreso de docentes ligados a esta línea del marxismo que, desde una posición ideológica asumida, han impuesto una visión errónea de la investigación y de la formación de sociólogos. Respecto a esta última, un docente del grupo de ‘sociólogos-positivistas’ asume que el desinterés de los ‘filósofos-políticos’ por los avances de la disciplina sociológica y su posición ideológica encerrada en dicotomías extemporáneas –de la Guerra Fría– han conspirado contra un proceso de formación de sociólogos pertinente que se acople a demandas y discusiones actuales. Sin embargo, este mismo docente percibe que desde el estudiantado se sostienen estas posiciones más filosóficas y políticas por lo que denominan un ‘populismo académico’: por ejemplo, menciona que los docentes del sector de ‘filósofos-políticos’, que tienden a mantener una relación diletante con lo académico y lo riguroso<sup>72</sup>, facilitan los procesos de aprobación de los cursos entre los estudiantes, lo cual no solo genera una mayor simpatía por ellos, sino que también incide directamente en procesos deficitarios de aprendizaje.

Respecto a la vinculación asumida con posiciones políticas de algunos de los agentes del grupo de ‘filósofos-políticos’, generalmente en el polo de la izquierda, algunos de los agentes entre los ‘sociólogos-positivistas’ consideran que son legítimas. Pero, al mismo tiempo piensan que este posicionamiento debe ser cuidadoso en cuanto a su rigurosidad por contener una doble exigencia de coherencia científica y de coherencia política en su producción sociológica. En cuanto a sus cercanos, es decir, a los otros ‘sociólogos-positivistas’, los califican de ser ‘avanzados’ por mostrarse favorables a las prácticas de investigación y por considerar mayormente el componente metodológico de la sociología –lo que realmente no implica que lo hagan, sino que responde a una valoración para posicionar de mejor manera a quienes se acercan a ellos. Pero, al plantear que en la Escuela ha predominado una tendencia más cercana a los ‘filósofos-políticos’, entre los ‘sociólogos-positivistas’ consideran que el posicionamiento en lugares favorables a los elementos científicos e investigativos conduce a una marginalización dentro del espacio. En consecuencia, estos actores generalmente posicionados alrededor del polo científico asumen que su

---

<sup>71</sup> Es interesante en este aspecto la ejemplificación de un docente que puede vincularse al grupo de ‘filósofos-políticos’ en donde compara cómo dentro de la Escuela de Sociología y Ciencias Políticas, en especial por parte de los ‘sociólogos’, suele ser catalogado como ‘especulador’ y como ‘teórico’, mientras que para agentes que están en el campo propiamente filosófico es etiquetado como ‘totalmente empírico’. Esto puede ser entendido dentro de las disputas que son propias de las diferentes disciplinas por definir cuál es o bien la sociología o bien la filosofía legítima, y dentro de estas cómo se percibe a la otra.

<sup>72</sup> Uno de los aspectos que es constantemente señalan los ‘sociólogos-positivistas’ al referirse al grupo de ‘filósofos-políticos’ es que califican las prácticas investigativas como ‘burguesas’, por lo cual se distancian de ellas. Con todo, para los ‘sociólogos’ la posición filosófica es contradictoria en tanto tienen un asumido diletantismo respecto de las normas académicas socialmente reconocidas, lo cual etiquetan como una ‘vida burguesa de los contra-burgueses’.

posición es marginal, o por lo menos no central, dentro de la definición y la formación de los estudiantes de sociología. Adicionalmente, es interesante mencionar que, pese a esta valoración positiva de sus cercanos, existe una especie de autocrítica de los ‘sociólogos-positivistas’ tras asumir que una de las fortalezas del grupo de ‘filósofos-políticos’ es la integración más allá de los espacios propiamente académicos, lo que ha favorecido su predominio en el espacio.

De su parte, los ‘filósofos-políticos’ desacreditan a los ‘sociólogos-positivistas’ mencionando que son ‘operativos’ y que, a diferencia de ellos, de los ‘teóricos’, que están interesados en conocer profundamente la realidad, encarnan al ‘buen empleado’ en tanto favorecen la reproducción del orden social establecido por el proceso de legitimación que efectúan. En este sentido, ligando a los ‘sociólogos-positivistas’ con la función burocrática de Estado, especialmente los agentes más cercanos a la filosofía rechazan a los docentes que creen que la función estatal puede aportar en algo a la comprensión del mundo social, puesto que la misma solo sirve para gestionar lo ya existente. Al mismo tiempo, es muy difundida entre estos agentes una crítica a la posición de los ‘sociólogos-positivistas’ por pretender que sus posturas aparentemente libres de intereses políticos y de lecturas filosóficas que las sustentan. En relación con este último punto, es decir, con la filosofía, quienes tienen mayor disposición a esta disciplina señalan que esta defensa de una sociología ‘pura’ es producto de la ‘poca cultura filosófica’ que tienen. Sumando, ciertos individuos entre los ‘filósofos-políticos’ afirman que los ‘sociólogos-positivistas’ defienden y pelean por una ciencia rigurosa al pie de la letra, que aleja al pensamiento social respecto de la realidad por la extrañez de esa rigurosidad con el contexto donde se desarrolla. Esto se comprende en tanto desde las posiciones filosóficas y políticas que critican este apego a la ‘ciencia normal’ entienden que la científicidad defendida por los ‘otros’ es una reconstrucción empírico-racional del mundo para dominarlo, lo que genera su rechazo a los docentes que buscan ese giro ‘pragmático’ de la extrema profesionalización del sociólogo. En este marco, atribuyen a sus pares del grupo de ‘filósofos-políticos’ el mantenimiento, o por lo menos la intención de hacerlo, de una postura crítica en la sociología de la Escuela al conservar una ‘independencia’ respecto a las necesidades de reproducción del orden.

En cuanto interés propiamente político en el quehacer sociológico, los ‘filósofos-políticos’ ven con buenos ojos el asumir una posición política en las prácticas científicas en tanto esto ‘sincera’ el pensamiento y lo inviste de una mayor ‘objetividad’ en relación con la que se piensa a través de la separación del interés político y el interés científico. Considerado esto, desde la tradición más política de este grupo rechazan a los ‘sociólogos-positivistas’ que niegan la dimensión política del pensamiento social en tanto se filtra una posición política particular, generalmente asociada a la reproducción del orden establecido, a través de una aparente práctica académica ‘neutral’ y ‘objetiva’. En consecuencia, y como

lo manifiesta uno de los ‘filósofos-políticos’, creen que el debate político dentro de los espacios académicos es necesario al ser un componente fundamental de la vida humana, y más aún para quienes están dentro del ámbito de las ciencias sociales. No obstante, según los miembros de las posiciones filosóficas y políticas, estas discusiones políticas a nivel de estudiantes y de profesores están obligadas a respetar los parámetros académicos para ser correctamente encauzados.

A raíz de estas clasificaciones y evaluaciones al interior del cuerpo docente, pueden distinguirse dos formas de relacionarse en su interior. Por un lado, las relaciones al interior de los dos grupos son menos problemáticas en tanto contienen una mayor cantidad de criterios de afinidad en cuanto a la práctica de la sociología y, por ende, del espacio social global. Esta unión de grupo es especialmente resaltada como elemento distintivo del grupo de ‘filósofos-políticos’, incluso por los ‘sociólogos-positivistas’, quienes asumen que dentro de su ‘clase’ hay una desvinculación propia del trabajo académico del investigador que se aparta para emprender su trabajo. Además, su interacción se circunscribe solamente alrededor de las prácticas académicas, no teniendo otros espacios de encuentro en donde se constituyan o afiancen lazos grupales mayormente afectivos.

Por otro lado, las relaciones relativamente más problemáticas se dan en el encuentro de estos dos grupos –recordar que cuando se habla de ‘grupos’ no se hace referencia a grupos orgánicos que se movilizan en base a fines conscientemente concertados, sino que son clases teóricamente constituidas en base a las propiedades afines poseídas por los diferentes agentes y que generan prácticas objetivamente concordadas, y que muchas veces se dan de manera inconsciente. Este encuentro encarna la disputa de sentidos al interior del campo. Las diferencias que se han marcado hasta el momento, las cuales pertenecen a sentidos, estilos y formas de cómo se comprende la práctica de la sociología y, por ende, las exigencias formativas necesarias para los estudiantes de la carrera, derivan en conflictos que tienden a llevarse por cuestiones extraacadémicas. En efecto, hay un acuerdo general entre la diversidad de posiciones que representan los docentes entrevistados que las discusiones dentro de la Escuela, antes de responder a discusiones propiamente científicas de la sociología, suelen tomar el camino de la agresión y la descalificación personal. En este sentido, las discusiones aparentemente científicas entre unos sociólogos más ‘práctico-metodológicos’ y otros más ‘filosófico-teóricos’, suelen realmente derivar en acusaciones que son absurdas, según los docentes: desde un lado, ‘eres puramente empirista’, ‘pragmático’, ‘poco crítico’, ‘buen empleado’, ‘operativo’, o, del otro lado, ‘eres puramente teórico’, ‘especulador’, ‘vago científicamente’, ‘diletante’, ‘informal’. Detrás de estas argumentaciones pseudocientíficas, los agentes aquí entrevistados, concurrentes de la disputa de este campo, reconocen que la verdadera separación es generada por filiaciones político-ideológicas de los diferentes docentes, las

mismas que producen afinidades grupales afincadas tanto en propiedades incorporadas en su trayectoria en el campo académico-universitario como en propiedades sociales que escapan a este espacio particular. Como consecuencia, y ligado también a la inexistencia de una comunidad académica propiamente dicha que garantice estructuralmente un debate centrado en lo científico, las relaciones entre los docentes se dan mayormente por simpatías/antipatías personales que por afinidades/discrepancias teórico- metodológicas en lo que respecta a la sociología y su práctica<sup>73</sup>.

- **Ocupación de posiciones de poder dentro de la Escuela**

Estas relaciones conflictivas pueden también visibilizarse en las posiciones de poder que hay dentro de la Escuela. En este ámbito hay que señalar que estas posiciones han sido ocupadas durante los últimos periodos por agentes situados en el polo filosófico-político de la Escuela. Algunos de los ‘filósofos-políticos’ que ha ocupado esos cargos consideran que los ‘sociólogos-positivistas’ han visto con malos ojos esta ocupación: en efecto, bajo el acuerdo de que desde estas posiciones de poder –como la Dirección o el Consejo de Escuela– pueden favorecer la imposición y reproducción de una visión particular de la sociología, ciertos ‘sociólogos-positivistas’, sobre todo aquellos que han estado vinculados a la unidad académica desde el principio y reclaman la legitimidad de su postura en base a esa antigüedad, alegan que los ‘filósofos-políticos’ han tomado decisiones que han expandido la influencia filosófica e ideológica en la Escuela. En este sentido, estos ‘sociólogos-positivistas’ lo ilustran a partir de diferentes ejemplos: primero, la nominación de la mención como ‘Política’ y no como ‘Ciencia Política’, lo asumen como una negación de la cientificidad de esta área para imponer un tratamiento mayormente filosófico. Segundo, el ingreso de docentes por afinidades con esta postura antes que por una competencia real en determinadas áreas del saber para la conformación de aquello que denominan un ‘ghetto endogámico’ de los ‘filósofos-políticos’ beneficiado por las fuertes relaciones afectivas como grupo. Y, tercero, pese a la existencia de criterios objetivos de promoción hacia los puestos de decisión de la unidad, resaltando sobre todo el elemento temporal de pertenencia, creen que los ‘filósofos-políticos’ han hecho uso de ‘artimañas’ o de ‘palancas’ para que agentes vinculados a este grupo continúen ocupando estos sitios preferenciales.

---

<sup>73</sup> Es interesante como se ejemplifican estas ‘rivalidades’ al interior del cuerpo docente a través de las prácticas de la publicación y de los grupos de investigación. Según algunos docentes indistintamente situados en lo referente al sentido que le imprimen a la sociología, el reconocimiento de un trabajo como científico para una posible publicación e indexación no es recomendable dentro del grupo de académicos de la Escuela porque se ponen trabas que atienden más a antipatías que al propio trabajo. Asimismo, conciben que el aislamiento de los colectivos de investigación se da por un celo de los docentes-investigadores, especialmente del polo más científico, es decir algunos ‘sociólogos-positivistas’, que es generado por una concepción de la investigación y el descubrimiento científico alrededor de la genialidad individual antes que a un trabajo colectivo.

De su parte, los ‘filósofos-políticos’ que han ocupado estos cargos reconocen que efectivamente la existencia de estas posiciones de poder puede constituir un foco de conflictos al interior del cuerpo docente. Sin embargo, aducen que el poder que existe en las mismas es limitado por la estructura propia de la PUCE. Según ellos, las autoridades universitarias concentran alrededor del 80% de las decisiones de cada unidad académica, por lo cual decisiones como la contratación de profesores o las reformas del programa de estudio van a instancias con intereses o influencias más allá del Director. En referencia a las decisiones que sí se dan al interior de la Escuela, uno de los ‘filósofos-políticos’ que ha llegado a ocupar estos sitios menciona que jamás se trata de imposiciones de un sector al resto del cuerpo académico, ya que se las lleva a cabo en Consejo Ampliado en donde siempre se busca el consenso de la mayoría por sobre intereses particulares. No obstante, los ‘sociólogos-positivistas’ critican este aspecto en tanto perciben que el grupo de ‘filósofos-políticos’ ha crecido desde que ocupan posiciones de poder, lo que les permite conducir las decisiones al interior de la Escuela hacia visiones favorables a ellos. En otro aspecto, quienes han mantenido el dominio temporal sobre estas posiciones, es decir los ‘filósofos-políticos’, manifiestan que la alternabilidad impuesta por la PUCE en las posiciones de poder evita que ciertos profesores se eternicen en estos puestos y, por ende, la representatividad de los diferentes sectores en estos espacios está garantizada institucionalmente.

Hay que advertir que estas percepciones sobre los espacios de decisión dentro de la Escuela están enmarcadas dentro de la disputa por la ocupación de los mismos. En consecuencia, quienes ocupan estas posiciones –al momento de este estudio los ‘filósofos-políticos’– percibirán que su poder está siempre orientado a satisfacer democráticamente los intereses de la totalidad de agentes en un ejercicio de legitimación de esa ocupación privilegiada. En cambio, aquellos que no se sitúan preferencialmente en estas posiciones –para el caso, los ‘sociólogos-positivistas’– intentan opacar las prácticas del grupo ocupante de las mismas buscando el efecto contrario, es decir, la deslegitimación: para ello, tienden a catalogar sus prácticas como autoritarias, arbitrarias e impositivas. Incluso, aquellos que temporalmente son dominados dentro de la jerarquía de poder construyen teorías de tipo conspirativo respecto a sus enemigos dentro del campo para comprender su dominación. Asimismo, los dominantes pueden constituir imaginarios o explicaciones similares respecto de los dominados para encasillar sus acciones en posibles conspiraciones para hacerse del poder en el espacio.

Por otra parte, es interesante indicar cómo lo perciben aquellos situados en posiciones intermedias y que no tienen grandes expectativas de ocupación de estas posiciones de poder: para ellos, es riesgosa la existencia de afinidades en el ejercicio de poder dentro de la Escuela, puesto que de ello depende que los docentes sean ‘profesores centrales’ o ‘profesores relleno’ por la distribución de materias. Pero, estos

docentes que comparten elementos de ambos polos asocian este poder no solo a las posiciones nominales como la Dirección, sino especialmente con el elemento de la antigüedad dentro del campo. En este sentido, uno de los agentes allí posicionado construye el sistema de relaciones que hay dentro del espacio académico de la Escuela con una analogía con las formas absolutistas de poder en donde los ascensos dependen de lealtades con quienes mantienen la definición legítima del espacio<sup>74</sup>.

### ***3.3. Percepciones del cuerpo estudiantil***

Las representaciones del cuerpo estudiantil respecto de la sociología y su práctica son un aspecto central en esta disputa por la definición de la sociología oficial dentro del espacio de la Escuela de Sociología y Ciencias Políticas de la PUCE. Al tratarse de un espacio universitario, las demandas del sector estudiantil en cuanto a la formación dentro de la disciplina dotan a los agentes del cuerpo docente de mayor legitimidad en tanto reconocen en ellos la cercanía a lo esperado: los convierten en una especie de ‘modelo de sociólogo’. Por lo tanto, es menester recabar sus expectativas al momento de ingresar a la carrera y cómo priorizan diferentes elementos en la definición de la figura de sociólogo que proyectan a futuro.

Antes de explorar estas expectativas y sentidos del cuerpo de estudiantes, es interesante señalar de forma breve algunos aspectos de su origen y pertenencia social que, de cierta manera, los dispondría a tener una perspectiva de la sociología. Para ello, el trabajo realizado por Bustos (2004) sobre la relación entre el capital cultural y el éxito académico de los estudiantes de la Facultad de Ciencias Humanas puede arrojar ciertos indicios respecto al alumnado de la Escuela de Sociología y Ciencias Políticas. En general, los estudiantes de la Facultad provienen de familias de clases económica y culturalmente medias y media-alta (Bustos, 2004: 60). Según Weber al hablar de los estamentos y clases (1944), las clases se definen por la estructura de capital que estas poseen y que definen las oportunidades de acceso a bienes diversos dentro de los diferentes mercados. En este caso, la denominada ‘clase media’ no se presenta bajo una sola forma, sino que la estructura del capital que posee, como se ha dejado claro, se compone de volúmenes relativamente importantes de capital económico y de capital cultural. En este sentido, el origen social de estos estudiantes suelen ser familias en las cuales, si bien no viven de la renta del capital económico que poseen, sus miembros son profesionales del sector industrial, comercial o intelectual que perciben ingresos altos por sus labores e incrementan las posibilidades de acceder, por ejemplo, a instituciones educativas de carácter privado como la PUCE. En cuanto a la ‘clase media-alta’, esta se refiere de manera

---

<sup>74</sup> Esta analogía está sostenida a través de la caracterización de Perry Anderson (1980) de los estados absolutistas en Occidente, el mismo que se basaba en el dominio social de una nobleza o aristocracia sostenida alrededor de la figura de la monarquía y de la sumisión de las clases bajas a sus designios.

más específica a los miembros de la clase media global que han sabido acumular o heredar diferentes tipos de capital que permiten que objetivamente se acerquen a los límites inferiores de la clase alta: para Weber, los miembros de esta clase específica suelen ser hombres cultos con estudios universitarios y con un ingresos económicos relativamente importantes. Especialmente a este grupo tiene una posesión relevante de capital cultural, pues puede encontrarse allí mayor disposición a prácticas artísticas o intelectuales: por ejemplo, muchos de los estudiantes tienen en su casa una biblioteca propia, lo cual favorece la incorporación de niveles relativamente importantes de capital lingüístico, o también hay estudiantes que practican con diferentes instrumentos musicales, que es favorable en la adquisición de saberes en este ámbito artístico pese a no ser profesionales de la música. Este podría ser un breve esbozo de la procedencia de los estudiantes que aspiran en un futuro desempeñarse como sociólogos, elemento que sin duda tiene consecuencias en las preferencias y gustos que los alumnos toman dentro del espacio de la sociología.

Si bien esto no es universal y pueden encontrarse dentro de la Escuela estudiantes pertenecientes a otros sectores sociales, esta puede ser una regularidad de las características que presentan la mayoría de aspirantes a sociólogos: es decir, tienen una afinidad o cercanía con las disciplinas artísticas, filosóficas, históricas y literarias por la pertenencia a un grupo social con cierta comodidad dentro del espacio social global. Pese a esta caracterización, hay que considerar los cambios en la estructura universitaria y ocupacional posteriores al año de realización del trabajo de Bustos, lo cual puede influenciar notablemente en las características de los aspirantes a sociólogo.

Vale traer nuevamente a colación, en breve, las advertencias al lector para no generar equívocos en lo expuesto en esta sección. Primero, son presentadas las percepciones de los estudiantes respecto a diferentes aspectos de la sociología y su formación en esta disciplina, ante lo cual se ha optado por exponer de la mayor fidelidad posible sus expresiones y definiciones respecto a la misma. Segundo, tal como se señaló respecto a los docentes, las percepciones aquí expuestas no son reflexiones necesariamente profundas respecto a la sociología y sus elementos. Por el contrario, responde más al sentido común o práctico que tienen los estudiantes de la Escuela, por lo cual se encontrarán diferentes estereotipos bajo los cuales se representa el mundo de la sociología. Y, tercero, el término ‘grupo’ o ‘clase’ no refiere a grupos orgánicos definidos de una vez y para siempre, sino que son tipos ideales que describen la afinidad o la cercanía de posiciones diversas bajo determinadas condiciones en las que se encuentra la lucha en el campo. Por lo tanto, la clasificación del espacio bajo la cual los estudiantes se categorizan a sí mismos y dividen al cuerpo de docentes no es inmutable, sino que son asociaciones por hacer dependencia de la disputa inherente al campo.

- **Expectativas del estudio de la sociología**

En referencia a las expectativas iniciales de los estudiantes de sociología, pueden distinguirse algunos sentidos aparentemente antagónicos y que permiten dar cuenta de la noción socialmente difundida que hay del oficio y de la práctica del sociólogo. Hay que resaltar que, desde la perspectiva de los entrevistados, la mayoría de estudiantes que ingresan a la carrera lo hacen con poca idea o con criterios muy difusos de lo que es la sociología: ‘están por estar’, sin tener un objetivo rotundamente trazado o por cómo se vende la sociología por fuera de la universidad, especialmente desde la mención de ‘Relaciones Internacionales’. Aun así, un agente categoriza claramente al cuerpo estudiantil dentro de los siguientes grupos: los ‘académicos’, los ‘marxistas’ y los ‘reformadores socialdemócratas’<sup>75</sup>. Esta segmentación del cuerpo estudiantil desde la perspectiva de uno de sus miembros será utilizada dentro de este estudio puesto que, sin hacerlo explícito, la mayoría de estudiantes entrevistados tiende a clasificarlos de una forma similar en cuanto a la distribución de propiedades respecto a su posición frente a la sociología. Pero, tan solo uno de los estudiantes entrevistados puso etiquetas a los grupos para distinguirlos nominalmente, y esta fue aceptada por otros estudiantes al momento de ser consultados de su aprobación o negativa en cuanto a forma de categorización del cuerpo estudiantil.

En primer lugar, están quienes ingresan por un sentido más científico de la sociología, teniendo cierto recelo a componentes políticos e ideologizantes que asocian al marxismo radicalizado. Este grupo, los ‘académicos’, conciben a la sociología como una práctica investigativa que no está orientada a tener impacto alguno en el mundo. Dicho de otra forma, y haciendo analogía con la corriente del ‘arte por el arte’, enmarcan a la sociología como una producción de ‘conocimiento por el conocimiento’. En consecuencia, para este grupo la sociología no siempre está ligada a un fin práctico o a una acción política, sino que existe la posibilidad de dedicarse solamente a explicar racionalmente el mundo social. Alguno de los ‘académicos’ tienen referentes cercanos en cuanto a la sociología y a las ciencias sociales en general, quienes han sido personas vinculadas a la academia ecuatoriana, por lo cual tienen cierta influencia en la perspectiva que han incorporado de la sociología. De todas formas, uno de los

---

<sup>75</sup> Otro miembro del cuerpo estudiantil suma a estas categorías a los estudiantes que están solamente interesados en obtener buenas notas en cada una de las materias. Sin embargo, considera que estos aportan una rigurosidad que es ajena a la propiamente científica y, además, no tienen ningún tipo de vínculo social para llevar a cabo una acción política. Estos agentes con fuerte preocupación por la nota no han sido tomados en cuenta dentro de este estudio por dos motivos: primero, estos estudiantes no fueron referenciados por los docentes como individuos con propiedades pertinentes para ser considerados como informantes dentro de este estudio. En otras palabras, y desde la visión de los docentes que sirvieron de filtro de selección de estudiantes, estos agentes que se interesan principalmente por la obtención de buenas calificaciones en los diferentes cursos de la carrera no tienen un interés muy profundo en discutir cómo se definen la sociología y su práctica. Y, segundo, se trató de una decisión de orden práctico en tanto se supo de la existencia de este grupo del cuerpo estudiantil a través de la entrevistas con los estudiantes, por lo cual ante el tiempo de realización del estudio se decidió no tomarlos en cuenta. En suma, la conjunción de estos dos factores derivó en la decisión de considerar solamente a aquellos estudiantes referenciados por los docentes, asumiendo que esto conduce a ciertos sesgos en cuanto a la percepción que aquí se expone respecto a las dinámicas de la Escuela.

‘académicos’ piensa que la noción del sociólogo como científico no está muy difundida a causa del mismo nombre de la carrera ‘Sociología y Ciencias Políticas’: hay un preconcepción que equipara la labor del sociólogo con la del político, especialmente ligado con posiciones ‘marxistas-comunistas-guerrilleras’, y que orienta a una gran cantidad de estudiantes.

En segundo lugar, están alumnos que ingresaron a realizar estudios de sociología bajo la idea que el sociólogo cumple un rol más político, asociándolo con una perspectiva marxista y de izquierda. A partir de esta noción del sociólogo, los marxistas entienden que quienes se dedican a esta disciplina deben estar comprometidos con diferentes movimientos y luchas sociales que buscan cambiar radicalmente el sistema. Desde este segmento estudiantil, hay un consenso entre los ‘marxistas entrevistados’ acerca de la necesidad de una profundización en las posturas críticas de la sociedad, el marxismo y el anarquismo principalmente, que ya les había atraído antes de ingresar a la Escuela por comentarios de personas cercanas, los que califican como poco sólidos a nivel teórico. Pero, para los ‘marxistas’, si se quiere ser verdaderamente crítico uno como sociólogo no puede tener como horizonte la academia, debido a que esta se limita a reproducir y legitimar el orden social existente<sup>76</sup>: hay un rechazo a quienes creen que es posible criticar desde la academia sin tener vinculación alguna con los movimientos sociales y también a los ‘académicos’ que no buscan nada más que satisfacer una necesidad personal de conocimiento. A diferencia del grupo de ‘académicos’, las referencias previas de los ‘marxistas’ son generalmente transmitidas por individuos cercanos que están vinculados a movimientos sociales o que han realizado sus estudios en la Universidad Central, transmitiendo nociones particulares de la labor del sociólogo. Por ejemplo, y pese a haber tenido en cuenta que en la PUCE existirían diversas posiciones, a un estudiante que reconoce esta expectativa inicial le parecía absurdo, en cierta medida, que alguien que entre a estudiar sociología no lo haga con la idea típica de ‘ir a lanzar piedras’. Por ende, el ingreso a la carrera de estos agentes está mediado por el interés de inserción tanto en las teorías de izquierda como en movimientos que articulen ese conocimiento con la práctica política. Ahora ya con cierta trayectoria en la sociología, uno de los ‘marxistas’ manifiesta que el gusto por la carrera nace de la posibilidad de desnaturalizar las relaciones sociales a fin de cuestionarlas: según él, incluso si se quiere ser más ‘malcriado’, la sociología es útil en dicho sentido.

En tercer lugar, los ‘reformadores socialdemócratas’ ven a la sociología como una práctica de investigación orientada a resolver problemas sociales sobre la base de la producción de conocimiento. Para ello, estos estudiantes enfatizan que en un inicio primaba un interés por el aprendizaje teórico, que

---

<sup>76</sup> Es interesante señalar que, respecto a las reformas que se han llevado a cabo en el programa de la Escuela en los últimos años, uno de los estudiantes que pertenece a este grupo de ‘marxistas’ cree que la eliminación de ciertas materias ligadas a la Teoría Crítica reduce la sociología a lo académico, desligándose de la crítica social y del compromiso político con el cambio.

reconocido como el fuerte de la Escuela, en tanto permite una mejor comprensión de los males sociales y la generación de modelos alternativos que sean más humanos y menos explotadores. En consecuencia, la expectativa de los agentes ‘reformadores socialdemócratas’ podría definirse alrededor de la investigación social orientada a solucionar relaciones sociales conflictivas, partiendo de allí hacia la vinculación con la colectividad. Este grupo podría estar en el medio entre quienes se sitúan en posiciones que defienden una especie de ciencia pura –‘académicos’– y aquellas que reivindican al sociólogo como agente de cambios radicales –‘marxistas’– ya que imponen un fin práctico a la producción científica de conocimientos que no está orientada a una toma de posición de ‘destrucción’ del orden social vigente, sino hacia reformas progresivas por la intervención del Estado o de organismos de gestión del desarrollo. En efecto, la creencia de los ‘reformadores socialdemócratas’ en el rol del Estado democrático en la consecución de transformaciones sociales hacia estados deseados de justicia social, especialmente para los sectores más desfavorecidos mediante programas fuertes de seguridad social, es el rasgo distintivo que resaltan los estudiantes situados en otros puntos del espacio respecto a estas posiciones más centrales. Representados a sí mismos, los ‘reformadores socialdemócratas’ resaltan el gusto por la consecución de fines por medios no violentos como el consenso propio de la democracia, lo cual consideran que los distancia como posiciones socialistas y humanistas de los ‘marxistas’ que asumen posiciones beligerantes en sus relaciones con grupos aparentemente antagónicos. En general, quienes se ubican en este grupo no tienen un referente muy marcado de la sociología previo a su ingreso a la carrera, siendo una característica usual tener una trayectoria pasada en voluntariados con diferentes grupos de defensa de diferentes tipos de derechos.

Como se menciona a breves rasgos, y pese a ligar la práctica de la sociología a la acción política de cambio, los ‘reformadores socialdemócratas’ rechazan las posiciones radicales que son relacionadas con los ‘marxistas’. Incluso, un ‘reformador socialdemócrata’ asegura cierto nivel de sorpresa al encontrarse en la Escuela de Sociología y Ciencias Políticas con posiciones casi fanáticas del marxismo. Con todo, uno de los acuerdos de aquellos cercanos a la posición socialdemócrata es que todo sociólogo, sea desde la posición política o científica que ocupe, debe siempre estar en contra y luchar contra todo tipo de injusticia social, lo cual los aleja también de quienes velan por la tendencia de ‘el conocimiento por el conocimiento’ debido a su desinterés por la aplicación política de ese saber. Por su parte, y sumado a los ‘académicos’, los ‘reformadores socialdemócratas’ rechazan generalmente las posturas de los ‘marxistas’ por dos motivos: primero, deslegitiman todo tipo de conciencia crítica y de acción social que no estén destinadas a destruir el sistema. Y, segundo, las propuestas del marxismo aparecen ante sus ojos como utópicas y lejanas a las demandas actuales. Como resultado, se ha constituido una molestia tanto desde los ‘académicos’ como los ‘reformadores socialdemócratas’ con los ‘marxistas’, ya que alegan que

estos se pasan hablando de ‘destruir el capitalismo’ sin hacer nada en concreto por solucionar problemáticas que son evidentes como la violencia de género o la pobreza. Es decir, la perciben como una postura meramente retórica.

En vista de todo esto, los estudiantes entrevistados, sin importar su ubicación entre los diferentes grupos, indican que la mayoría de estudiantes se están orientando por un sentido más científico, práctico y pacífico de la sociología que estaría bajo la etiqueta de ‘reformador socialdemócrata’. Sumado a este reconocimiento de una tendencia predominante al momento, los ‘marxistas’ creen que son pocos los estudiantes que buscan alinearse en posiciones críticas de la sociología, ya que la ven como una profesión de la cual se tiene que vivir sin necesariamente defender un ideal político. Pero, la beligerancia y cierto nivel de violencia que las otras posiciones resaltan de la defensa de ideales particulares del marxismo, añadido a la concepción que la constante crítica de este grupo deriva en una inacción, dirige a los estudiantes por una orientación que combina la objetividad académica con una práctica política sustentada en esto que, pese a ser considerada como ‘reformista’, contribuye a generar acciones concretas<sup>77</sup>. Por lo tanto, la percepción de la necesidad de una rigurosidad académica en la comprensión de los fenómenos sociales a fin de dar respuestas adecuadas a las necesidades concretas de la sociedad y el descrédito del marxismo por una defensa beligerante de sus ideales acerca mayormente a los ‘reformadores socialdemócratas’ y a los ‘académicos’, deslegitimando en cierta medida la postura de los ‘marxistas’. Así, quedan planteadas dos posiciones aparentemente antagónicas dentro del estudiantado: una perspectiva interna que denuncia el sistema y quiere cambiarlo en su totalidad, y una perspectiva externa que busca una mirada macro de lo social porque cree que esta mirada permite explicar mejor y, como consecuencia, establecer posibilidades de acción efectivas.

- **Formación del sociólogo: teóricos vs. metodológicos**

En la priorización de elementos en la formación como sociólogo, la totalidad de estudiantes entrevistados concuerdan en una postura: lo teórico y lo metodológico no puede separarse porque la práctica sociológica requiere de ambos. En suma, el punto de encuentro de las diferentes posiciones es que toda teoría necesita de herramientas metodológicas para separar los datos relevantes de la realidad y analizarla, y, simultáneamente, toda metodología necesita de una perspectiva teórica a partir de la cual el investigador pueda construir mentalmente la organización y estructuración de la sociedad. Con todo, hay un reconocimiento de una primacía de lo teórico en el aspecto formativo, ya que los estudiantes al

---

<sup>77</sup> Uno de los estudiantes del grupo de ‘reformadores socialdemócratas’ etiqueta a los que siguen la tendencia marxista en la Escuela como ‘marxistas de cafetín’ en alusión a que no hacen nada más que criticar un mundo que lo plantean como totalmente podrido desde ‘una cafetería en la Plaza Foch’. Para este agente, son ‘marxistas’ que se van en contra del propio llamado de Marx de abandonar el mundo de las ideas para ir al plano de la acción social.

introducirse al campo de la sociología tienen una percepción muy difusa de cómo se relaciona la disciplina con su objeto, y, en este ámbito, la teoría esclarece los primeros acercamientos hacia la realidad social. Esta primacía es reconocida principalmente por los miembros del grupo denominado ‘marxista’ en razón de que los textos tratados en clase exponen solamente la teoría, siendo los docentes quienes se detienen a tratar lo metodológico. No obstante, la contradicción entre la práctica y la teoría es siempre puesta en cuestión para criticar la escasa capacidad de aplicación real de lo teórico en la formación de la Escuela.

Por su parte, los ‘reformadores socialdemócratas’, que tienden a una visión más profesionalizante de la sociología, critican el enfoque predominantemente teórico del programa de la Escuela de Sociología y Ciencias Políticas de la PUCE<sup>78</sup>. Desde esta posición, es necesario que se produzca un equilibrio entre lo teórico y lo metodológico de cara a una sociología investigativa que pueda realmente aproximarse a problemas de la vida cotidiana para solucionarlos. De lo contrario, tal como alega uno de los ‘reformadores socialdemócratas’, los aspectos metodológicos que se aprenden en esta formación particular se diluyen porque son escasos y se los trata tan solo temerariamente, siendo practicados por un reducido grupo de docentes en investigaciones durante los cursos. Esta deficiencia metodológica deriva en la formación de lo que denominan los desde las posiciones socialdemócratas como ‘teóricos netos’ con ciertos problemas laborales e investigativos a futuro porque las exigencias de estos espacios están también ligadas a cuestiones metodológicas y prácticas de la sociología. Asimismo, los ‘académicos’ ven con malos ojos esta formación excesivamente teórica –de los ‘magos teóricos’– al concebir que el conocimiento científico no se mueve por fuera del mundo, por lo que requiere siempre de una comprobación empírica.

Resultado de estos cuestionamientos a la estructuración del programa de la Escuela, los estudiantes ‘académicos’ y ‘reformadores socialdemócratas’ perciben que no se forma ‘sociólogos reales’, sino que se genera una especie de filósofos-teóricos que responde más a formas de distinción que a la utilidad práctica de la sociología en el espacio social. Pese al reconocimiento general que no puede pensarse de manera separada a la sociología de la filosofía, los estudiantes entrevistados consideran que debe distinguirse entre ambas disciplinas para no escindir igualmente la teoría sociológica de la práctica sociológica. Piensan que la filosofía aporta a la sociología las bases epistemológicas para conocer la realidad en tanto que sujeto de conocimiento y para una comprensión profunda del elemento simbólico de

---

<sup>78</sup> A lo largo de los ocho semestres de formación contemplados en la malla curricular vigente en la Escuela, tan solo hay seis cursos que tratan netamente la cuestión metodológica, pese a que los cursos teóricos idealmente deben abordarlo: ‘Metodología de las Ciencias Sociales’, ‘Métodos Cualitativos de Investigación Social’, ‘Métodos Cuantitativos de Investigación Social’, ‘Estadística I’, ‘Estadística II’ y ‘Seminario de Disertación’ (Ver en Anexo IV).

lo social, pero la metodología propia de la sociología posibilita a esta disciplina tratar con un objeto empírico distante del debate categorial de la filosofía. En este sentido, uno de los estudiantes ‘académicos’ y otro ‘reformador socialdemócrata’ entienden que en la filosofía uno puede perderse y divagar en una discusión abstracta –en el ‘aire’– que nunca aterrice en lo social, siendo este un ‘mal’ que usualmente ha afectado a las ciencias sociales. A excepción de los ‘académicos’ que no imponen una utilidad práctica al conocimiento, los otros grupos percatan que el componente científico debe ser reivindicado a fin de dar soluciones a los problemas de la vida social por la aplicación de la teoría: como se ha mencionado, la totalidad de estudiantes entrevistados valoran el aporte teórico de la filosofía a la disciplina, pero también posicionan como importante y necesario reconocer la herencia científica de la sociología ligado a la ‘objetividad’ y al ‘positivismo’ como forma de explicación de una realidad específica. En este sentido, es interesante señalar el alejamiento de los ‘marxistas’ respecto a posiciones que reniegan de los valores reconocidos por la comunidad científica internacional, lo cual no los distancia de su gusto por la filosofía y el posicionamiento político determinado. Por consiguiente, existe cierto distanciamiento crítico desde los estudiantes en relación con docentes que rechazan la ciencia y sus parámetros de validación de conocimientos legítimos en el campo, estando estos agentes del cuerpo académico de la Escuela generalmente situados en el polo filosófico-político.

Para comprender esto en mayor medida hay que considerar cómo se define la ‘cientificidad’ de la sociología entre los estudiantes de la Escuela. De inicio, los entrevistados señalan la ‘rigurosidad’ como el elemento central de la legitimidad científica de la disciplina. Según ellos, el producto de esta rigurosidad es la aprehensión de una forma diferenciada de ver y de comprender la realidad social, teniendo la capacidad de descubrir el funcionamiento real de las relaciones sociales que queda oculto por la comprensión cotidiana del mundo. Aun así, la visión acerca de cómo se logra el develamiento de aquello ‘oculto’ que moviliza las relaciones sociales difiere entre las diferentes posiciones: desde la perspectiva de los ‘marxistas’, la científicidad deriva del reconocimiento del sesgo ideológico del cual el científico social no puede desafectarse nunca en su interpretación de la realidad, orientando siempre su atención y su reflexión hacia aquello que quiere ver. Así pues, la legitimidad científica desde este grupo queda supeditada al ‘sinceramiento’ de la postura ideológica del sujeto de conocimiento, alineándose en la tradición crítico-marxista del pensamiento social y negando, por ende, la ‘objetividad’ concebida tradicionalmente desde el ‘positivismo’ que pregona una ciencia sin juicios de valor. Es importante señalar que, tal como se mencionó, los estudiantes ‘marxistas’ manifiestan la necesidad de apegarse a los parámetros de la ciencia. Pero, este acercamiento de su posición a esta normativa se remite específicamente a la rigurosidad de la relación del científico social con su objeto de estudio y a la necesidad de un contraste del nivel teórico con el componente empírico de la realidad para producir

lecturas pertinentes del mismo. En consecuencia, si bien aceptan este elemento 'positivista' de un inevitable contraste de lo teórico y lo empírico que podría alejarlos del tratamiento más filosófico de la sociología que es más que nada un desarrollo conceptual, la postura de los estudiantes 'marxistas' mantiene una crítica a la 'ciencia normal' en tanto reniegan de la posibilidad de un sujeto de conocimiento libre de ideologías políticas. En este sentido, y se podrá ver más adelante, los 'marxistas' sienten mayor afinidad, en términos netamente de percepción de la práctica sociológica, por docentes que mantienen ese compromiso político, pero que a la vez dotan a su saber de una rigurosidad propiamente científica en su relacionarse con el mundo, distanciándose de aquellos que realizan en mayor medida una 'especulación filosófica'.

De su parte, las posturas que están más cercanas a los valores científicos oficialmente reconocidos discrepan con la postura de los 'marxistas'. Para estos grupos, a saber los 'académicos' y los 'reformadores socialdemócratas', la científicidad está en el ejercicio de desarrollo del pensamiento a través de una práctica investigativa que favorece el continuo cuestionamiento de los conceptos y la apertura de nuevas posibilidades de interpretación validas por la aplicación de un método científico libre de ideologías. En efecto, visto desde su perspectiva, la adscripción ideológica del sociólogo limita la construcción objetiva del fenómeno social por sesgos que conducen a la cosificación de conceptos destemporalizados para aproximarse a determinada realidad. Según la percepción específica de un estudiante entre los denominados 'académicos', el movimiento propiamente científico se caracteriza también por la capacidad de criticar continuamente las teorías y metodologías en pos del desarrollo del conocimiento de la sociología, así como de una aproximación mejorada al objeto de estudio. En este marco, este estudiante cree que los sociólogos que asumen de manera ideológica cualquier teoría, generalmente siendo esta de las denominadas de 'izquierda', estancan este proceso de desarrollo disciplinar en tanto 'se casan' con la misma y, por ende, no pueden efectuar crítica alguna que revele sus debilidades como método de comprensión de lo social. Desde una posición similar, 'reformadores socialdemócratas' defienden la distinción entre ciencia e ideología en favor de una comprensión adecuada de los problemas sociales que dirija acciones efectivas para combatir hechos concretos que afectan a la sociedad.

- **El 'buen' sociólogo y el 'buen' docente**

Derivado de las definiciones dentro del cuerpo estudiantil antes tratadas, puede así mismo distinguirse como las diferentes posiciones caracterizan al 'buen' sociólogo dentro del espacio científico, y también del 'buen' docente al tratarse de un campo universitario. Aquí vuelven a encontrarse disparidades que son sobre todo producto de las valoraciones diferenciadas de la característica científica

de la sociología. Por un lado, para el grupo ‘reformador socialdemócrata’ el ‘buen’ sociólogo es aquel que adopta una postura académica libre de cualquier sesgo político-ideológico y de la introducción de juicios de valor que desde allí influyeran en sus análisis, pudiendo así construir conocimientos ‘objetivos’. Cercano a ellos se encuentran los ‘académicos’, quienes enlazan al ‘mal’ sociólogo con una apropiación ideológica de una postura teórica a la que se aferran, siendo imposible desde allí criticarla por su conversión en ‘dogma’ absoluto a través del cual puede explicarse todo. Entonces, para estos dos grupos, una de las características del ‘buen’ sociólogo es la capacidad de disponer ‘objetivamente’ de las herramientas metodológicas y teóricas que, siendo crítico de los mismos a fin de encontrar sus falencias, favorece una adecuada aproximación investigativa al mundo social para la construcción de saberes validados por el paradigma de la ciencia. En breve, la idea que se hacen los ‘académicos’ y los ‘reformadores socialdemócratas’ del ‘buen’ sociólogo es aquel que tiene una predisposición científica y metódica a la investigación de campo por una separación de su labor científica de barreras políticas e ideológicas que estancan al pensamiento por una carencia de autocritica que nace de esa filiación y que suele conducir a tratamientos forzosos de la teoría en su relación con la realidad.

Por el contrario, para los ‘marxistas’ el sociólogo, al ser un sujeto social, no puede bajo ningún precepto abstraerse de y negar la posición que ocupa en el mundo social, razón por la cual no puede desafectarse de un sesgo ideológico que le es inherente. Por eso, su caracterización del ‘buen’ sociólogo enfatiza que, tomando distancia de una ilusión de ‘objetividad’ instaurada por la perspectiva positivista de la ciencia, debe reconocerse el sesgo ideológico y político a partir del cual se produce el pensamiento sociológico, siendo esa la verdadera ‘objetividad’. Aun así, al igual que los otros dos grupos, los ‘marxistas’ conceden que este reconocimiento no libra al ‘buen’ sociólogo de la utilización de todo el arsenal de herramientas disponibles para su trabajo, sean estas más apegadas a metodologías de tipo cuantitativo o cualitativo. Sin embargo, uno de los estudiantes ‘marxistas’ considera que debe haber simultáneamente un reconocimiento de la corriente metodológica por la cual tienen mayor gusto y, como consecuencia, dominio.

Otra de las características del ‘buen’ sociólogo remarcada por los ‘reformadores socialdemócratas’, y que aparece como una crítica a la filiación ideológica exacerbada de ciertos grupos más políticos dentro del quehacer sociológico, es la tolerancia. Para ilustrar, uno de los agentes que se alinea en el polo socialdemócrata menciona que hay un imaginario proyectado desde las corrientes críticas y marxistas, y que lo ve altamente expandido en el cuerpo estudiantil, que el ‘buen’ sociólogo es estéticamente desorganizado, informal, diletante respecto de las creencias religiosas y que necesariamente ha leído *El Capital* de Marx. A partir de ese imaginario, dice este estudiante, estos grupos que se

representan a sí mismos como ‘críticos’ han tendido a cerrar el diálogo y a deslegitimar otro tipo de hábitos y creencias entre sus pares, sobre todo cuando se reivindican las normas académicas<sup>79</sup>. Paralelamente, otro de los alumnos cuyas propiedades lo posicionarían cerca del polo reformista o socialdemócrata considera que la tolerancia del sociólogo es también un valor en la relación con las personas con quien trabaja –o con su objeto de estudio– en investigaciones y proyectos. Es decir, pese a la autoridad basada en su comprensión científica del mundo que rompe con el sentido común, desde este sector del cuerpo estudiantil afirma que el sociólogo no puede imponer una visión particular del mundo a los no-sociólogos.

Por otra parte, la valoración del compromiso con la realidad como agente de cambio distancia a los ‘reformadores socialdemócratas’ de los ‘académicos’ y los acerca a los ‘marxistas’. Para estos dos grupos que están de acuerdo con el involucramiento político del científico social, el ‘buen’ sociólogo se siente interpelado y le estremecen los problemas del ‘otro’, naciendo de allí su motivación para entender la realidad y ayudarlos. Por lo tanto, específicamente para los agentes ‘reformadores socialdemócratas, la comprensión y el manejo de lo teórico deben ser aterrizados en la realidad para desde allí producir proyectos de desarrollo que sean adecuados a las necesidades específicas de la sociedad en su conjunto. Por su parte, para los ‘marxistas’, la noción del sociólogo como agente de cambio se define por el compromiso político efectivizado a través de la praxis<sup>80</sup> social orientada a generar cambios reales entre los sectores socialmente dominados y marginales. Aun cuando difieran en la dimensión de los cambios a los que el sociólogo debe favorecer, a saber, por un lado los ‘reformistas’ y por el otro los ‘revolucionarios’, acuerdan en que el sociólogo debe ser un agente político activo que debe ser crítico, pero ese cuestionamiento no puede limitarse en lo teórico, sino que es necesario que proyecte acciones concretas y tangibles. Esta postura del grupo de estudiantes ‘marxistas’ introduce una especie de distancia respecto a docentes que, acogiendo la tradición del marxismo, lo hacen desde una perspectiva más filosófica sin aterrizar en cuestiones concretas.

En otro orden de cosas, la caracterización del ‘buen’ docente también encuentra ciertos matices asociados a la posición ocupada en el espacio. Los miembros de la clase ‘marxista’ ponen bastante énfasis en el ‘carisma’ como cualidad del ‘buen’ docente. Es decir, los ‘marxistas’ entrevistados opinan que el

---

<sup>79</sup> Otro ejemplo citado por el mismo estudiante en este ámbito es la cercanía o la práctica con religión alguna: por ejemplo, se desvaloriza la posición y el pensamiento de estudiantes con una asumida creencia y práctica del cristianismo por considerarlo anticuado y poco crítico. Refieren que este tipo de deslegitimaciones son el resultado del cliché ‘la religión es el «opio» del pueblos’ proveniente una vulgarización de la obra marxista.

<sup>80</sup> La noción de ‘praxis’ a la que se adscriben los ‘marxistas’ se sustenta en la XI tesis sobre Feuerbach elaborada por Marx: “Los filósofos se han limitado a *interpretar* el mundo de distintos modos; de lo que se trata es de *transformarlo*” (Marx & Engels, 1974: 668). Este principio está orientado a distinguir la actividad *contemplativa* de la actividad *revolucionaria* o *crítico-práctico* del pensamiento humano.

‘carisma’ produce en el estudiante una reacción que lo conduce, en un primer momento, a interesarse por el conocimiento y, en un segundo momento, a levantarse y generar acciones políticas destinadas al cambio social. De ahí que los individuos que responden a esta tradición desde el estudiantado aprecian que el docente juega un papel importante en la incorporación por parte del estudiante de una predisposición a la praxis entendida desde la tradición marxista. Aparte de eso, algunos de los estudiantes ‘marxistas’ asocian al ‘carisma’ con los docentes que tienen como propiedad poder entablar una relación más cercana y que trascienda lo meramente académico con los estudiantes: por ejemplo, indican que con estos docentes hay como ‘reírse’ y ‘tener problemas existenciales’. Es justo mencionar que aquellos categorizados como ‘reformadores socialdemócratas’ también advierten el ‘carisma’ como una cualidad del ‘buen’ docente, pero es prioritariamente inferior a otros rasgos.

Las propiedades que principalmente asocian los ‘reformadores socialdemócratas’ al ‘buen’ docente son similares a las que apuntan al caracterizar al ‘buen’ sociólogo. Es recurrente entre los entrevistados cercanos a esta visión socialdemócrata plantear que el ‘buen’ docente planifica y organiza rigurosamente sus cursos a fin de que el estudiante encuentre con claridad lo que sus exposiciones buscan transmitir. Bajo la misma finalidad, los ‘reformadores socialdemócratas’ definen también que el ‘buen’ docente distingue el conocimiento propiamente científico de la carga emocional e ideológica ligada a sus creencias personales, teniendo la capacidad de abordar los objetos desde diferentes perspectivas sin prejuicio alguno. Desde esta perspectiva socialdemócrata, la conjunción de estos dos elementos en la figura del docente favorece que la reflexión del estudiante no esté mediada por indecisiones valorativas. Análogamente, los ‘académicos’ valoran positivamente la rigurosidad y la sistematicidad en los docentes, apartándose de lo carismático que lo conciben como muy ‘discursivo’. En resumidas cuentas, estos dos grupos, ‘reformadores socialdemócratas’ y ‘académicos’, posicionan como característica central del ‘buen’ docente la enseñanza imparcial en términos ideológicos que se preocupa por la formación académica de los alumnos más allá de ser o no ser carismáticos, distinguiendo las dinámicas universitarias de los adoctrinamientos religiosos.

- **Simpatía/antipatía estudiantil con agentes del cuerpo docente**

Las distinciones antes abordadas devienen en criterios de selección y de preferencia que orientan a los estudiantes hacia ciertas posiciones dentro de la sociología que, encarnadas por el cuerpo docente, son buscadas en tanto tienen una mayor legitimidad temporal que otras. Es decir, son inversiones valiosas sobre las cuales se proyectan los estudiantes que disputan con un grado alto de seriedad y de creencia el juego de la sociología como profesión: los profesores se convierten en modelos intelectuales, modelos científicos o modelos profesionales que los estudiantes cotizan valiosamente al interior de la bolsa de

valores sociológicos. En consecuencia, la identificación preferencial del estudiantado con determinadas posiciones del cuerpo docente puede poner a la luz ciertas pistas de las relaciones de fuerza que momentáneamente se mantienen dentro del espacio en cuestión<sup>81</sup>.

Los estudiantes entrevistados tienen la percepción que la composición y las posturas de los docentes de la Escuela de Sociología y Ciencias Políticas son heterogéneas. Pero, estos estudiantes circunscriben a la mayoría de docentes dentro de la tradición marxista y manteniendo compromiso político alguno desde la disciplina. Con todo, existen tres figuras docentes claramente identificadas por las cuales los estudiantes se orientan en la Escuela de Sociología y Ciencias Políticas de la PUCE. Por un lado, están dos figuras que se ubican dentro del grupo de docentes ‘filósofo-políticos’ y otro se ubica en una posición intermedia que oscila entre estos y los ‘sociólogos-positivistas’. Estos tres modelos distinguidos por los aspirantes son: en primer lugar, un modelo caracterizado por la rebeldía política, filosófica y crítica. En segundo lugar, un modelo que es primordialmente un filósofo que habla de manera compleja, pero que no es necesariamente crítico y político. Por último, en tercer lugar, un modelo del sociólogo riguroso que, mayormente asociado a la investigación teórica desligada de lo empírico, produce saberes sin ningún tipo de finalidad de cambio político o institucional.

Durante los primeros semestres de formación, la identificación de los estudiantes de la Escuela con miembros del cuerpo docente, indistintamente de su posición dentro de los grupos aquí constituidos, se orienta hacia aquellos con posturas más filosóficas y críticas porque son los que ‘inspiran’ a los estudiantes. Sin embargo, algunos de los estudiantes entrevistados definen que esta inspiración es más humana que académica en tanto estos docentes tienen una buena y crítica comprensión del mundo social, a partir de la cual aconsejan al estudiante en cuestiones de la vida cotidiana<sup>82</sup>. Adicionalmente, en correspondencia con la expectativa de muchos estudiantes que ingresan con la noción del sociólogo como agente de cambio, uno de los estudiantes encierra la sorpresa que se llevan como primera impresión de estos docentes alrededor del dominio teórico y su aterrizaje por medio de su vinculación social con movimientos y con sectores necesitados, lo que les permite conocer mejor la realidad y participar activamente en los procesos políticos. En consecuencia, las posiciones por las que inicialmente los estudiantes encuentran afinidad dentro de la Escuela son las consideradas críticas y comprometidas

---

<sup>81</sup> Si bien hay una gran cantidad de estudiantes que ingresan con referentes previos dentro de la sociología, y de las ciencias sociales en general, estos suelen ser bastante difusas y lejanas en relación con los docentes, quienes se convierten en modelos más tangibles e inmediatos. Son contados los estudiantes que tienen figuras muy marcadas de la práctica propiamente sociológica previas a su ingreso a la universidad: por ejemplo, profesores en su formación secundaria en instituciones donde se imparten disciplinas sociales con mayor profundización.

<sup>82</sup> Un ‘reformador socialdemócrata’ menciona una distinción entre el ‘profesor’, que solo se limitan a la discusión dentro del aula y de la materia que allí se dicta, y el ‘maestro’, que enseña a los alumnos para su vida diaria. Estos docentes de la Escuela que inspiran humanamente a los estudiantes, generalmente del polo filosófico y político, se ubicarían dentro de la categoría de ‘maestros’.

políticamente en el cambio social, no necesariamente diferenciándose entre una posición más radical o moderada.

Una vez se avanza en los niveles de formación, algunos sectores estudiantiles mantienen esta afinidad, pero otros van cambiando sus preferencias. En este sentido, los grupos que se acercan más a la científicidad y a la rigurosidad académica, a saber los ‘reformadores socialdemócratas’ y los ‘académicos’, se proyectan en posiciones que, desde el punto de vista de estos alumnos, saben distinguir lo científico de los juicios de valor, defendiendo a los docentes que en su labor son críticos, racionales y rigurosos sin adscribirse a una postura político-ideológica, lo que perciben como una condición adecuada para la aprehensión y aplicación correcta de la teoría sociológica. De igual manera, desde estas posiciones estudiantiles con mayor cercanía a los valores científicos rescatan a los docentes de la Escuela que tienen un conocimiento teórico amplio y tienen la capacidad de analizar los hechos sociales desde diferentes puntos de vista sin ‘aferrarse’ y ‘glorificar’ una teoría en particular. En definitiva, desde estos grupos se legitima a los docentes que se alejan de asumir una postura política en su quehacer sociológico, y que reivindican una rigurosidad sobre todo en el conocimiento teórico que sustenta su postura científica y los aleja de la especulación.

Al mismo tiempo, algunos de los estudiantes del sector socialdemócrata reconocen en los docentes otros elementos que atañen más a la relación entre profesor y alumno antes que a cuestiones propiamente de la sociología y su práctica: aprecian en mayor medida a los docentes alejados de la línea filosófico-política porque, al no asumir una defensa ideológica particular y autoimponerse la figura de la inteligencia asociada a la filosofía, no hacen sentir inferior al estudiante desde una altura ‘pseudointelectual’. De todas formas, los ‘reformadores socialdemócratas’ sienten también simpatía con profesores que tienen un buen manejo discursivo, propiedad que es generalmente asociada a los ‘filósofos-políticos’. Simultáneamente, entre los entrevistados de la ‘socialdemocracia’ reivindican esa necesidad de una sociología más práctica orientando su gusto hacia docentes que hacen de la sociología y la enseñanza algo concreto, no que quede en pura ‘palabrería’, elemento que asocian a los ‘filósofos-políticos’ con mayor cercanía a la filosofía y a aquellos ‘sociólogos-positivistas’ que defienden una ciencia ‘purificada’. Por lo tanto, esta figura intermedia entre los sentidos más científicos y los sentidos más filosófico-políticos de la sociología que son los ‘reformadores socialdemócratas’ reconocen como legítimas las posiciones de docentes cuya ubicación en el espacio se encuentra en medio del continuo entre los ‘sociólogos-positivistas’ y los ‘filósofos-políticos’: es decir, la figura del sociólogo a la que se sienten afines tiene un carisma para transmitir sus ideas, pero a la vez su autoridad no está basada solamente en eso, sino que también en un conocimiento teórico profundo que se mantiene dentro de los

parámetros de la rigurosidad científica e investigativa, sobre todo la distancia respecto a cualquier tipo de ideología.

De su parte, los estudiantes ‘marxistas’ mantienen ese gusto por los docentes crítico una vez avanzan los niveles en la carrera s: por ejemplo, profesores que ven de manera crítica al ‘poder’ y a la ‘vida cotidiana’<sup>83</sup>. Los docentes por los que algunos de los ‘marxistas’ sienten un gusto particular es por aquellos que rechazan que el sociólogo esté de una u otra forma vinculado al poder establecido, como puede ser el caso de aquellos que defienden la inserción a los aparatos burocráticos: es ‘antiestético’ para el sociólogo trabajar para el poder. Lo que atrae a los estudiantes ‘marxistas’ hacia posiciones dentro de la sociología, y representadas al interior del cuerpo docente, es que la crítica que practican tiene en las personas el efecto de exaltarlas, provocando en ellas un empujón para que se levanten en pos de la acción revolucionaria. A esta característica la denominan ‘carisma’, propiedad que es igualmente cotizada por los ‘reformadores socialdemócratas’ como algo que el sociólogo debe tener por naturaleza. Pero, entre los estudiantes alineados a la tradición marxista nace también el interés por enfocar esta crítica desde un lado más académico y científico. Por ello, la identificación de ellos es con docentes que abren el horizonte del marxismo desde una perspectiva científica que, según su postura, necesita ser reivindicada en la tradición contra aquellos que desde allí han asumido posturas contra la ciencia y sus exigencias como campo. Un estudiante de esta línea alega que la incorporación de este elemento científico en el tratamiento del marxismo permite tener mayor claridad en las ideas y en los postulados críticos a fin de construir una práctica revolucionaria comprometida con el cambio social. En síntesis, los ‘marxistas’ legitiman en mayor medida a aquellos docentes que se encuentran en el polo de los ‘filósofos-políticos’, en especial a los que mantienen el compromiso político sin alejarse demasiado de la rigurosidad científica, en tanto valoran la crítica, el compromiso político y una científicidad que no se enmarca en los patrones académicos dominantes en lo referente a componente ideológico de la ciencia, postura que, para ellos, son de carácter ‘positivista’.

Llama la atención que ninguno de los estudiantes entrevistados reconoce y se identifica con las posiciones del cuerpo docente ocupadas por los ‘sociólogos-positivistas’. Al indagar sobre las posibles causas de esta especie de desconocimiento, aparece una distinción entre los docentes con los que hay una relación solamente académica y aquellos con los cuales puede irse ‘más allá de lo académico’, estableciendo relaciones más personales que son entendidas como cercanas y menos jerárquicas: por ejemplo, uno de los elementos donde uno de estos estudiantes evidencia esto es en diferenciar cuáles son

---

<sup>83</sup> Uno de los estudiantes del grupo de ‘marxistas’ asocia su gusto por los docentes críticos al sistema actual, y específicamente a la libertad burguesa, a que su grupo de pertenencia es la clase media-baja. En este sentido, sería interesante profundizar en ciertas propiedades ligadas al origen social de los estudiantes que preestablecen ciertas afinidades dentro del campo de la sociología.

los docentes que toman o no lista de asistencia a clases entre sus alumnos. Para este estudiante, esta práctica de algunos docentes es uno de los factores que dan a entender cierto diletantismo respecto de las normas y exigencias institucionales de la PUCE, y que es asociado al ‘carisma’ y al ‘humanismo’ que encarnan estos profesores del polo filosófico-político. Al contrario, desde la perspectiva de los estudiantes entrevistados, la cercanía de los ‘sociólogos-positivistas’ con estas normas genera una visión de que estos son acríticos a la institucionalidad, que son más ‘fríos’ y ‘pasivos’ que los ‘filósofos-políticos’ y, por tanto, cierta indiferencia o desinterés en sus materias al denominarlas como ‘aburridas’. Por lo tanto, las propiedades con mayor valía en este espacio son las que se distancian de una manera crítica del orden universitario y que, por correspondencia, son asociadas a posiciones que aparecen como herejes ante el orden social globalmente establecido.

Cabe resaltar que algunos estudiantes ponen sobre la escena otra distinción referente a la valoración de los docentes y las posiciones que ocupan en la tradición sociológica: por una parte, mencionan que los ‘filósofos-políticos’, y las posiciones intermedias que están más ligadas al tratamiento teórico de la sociología, son quienes entregan al estudiante las herramientas teórico-conceptuales de una manera totalmente crítica, mientras que, por su parte, los ‘sociólogos-positivistas’ se limitan a enseñar la aplicación de esas herramientas para saber cómo llegar a los datos, pero de una manera poco ‘crítica’, ‘práctica’ y ‘aburrida’. En consecuencia, uno de los estudiantes entrevistados, el cual podría situárselo dentro del grupo ‘reformador socialdemócrata’, destaca que quienes transmiten el conocimiento teórico de una manera más crítica colaboran en un proceso de ‘apertura de ojos’ entre los estudiantes al no limitarse a la parte más ‘operativa’ de la sociología que es la cuestión metodológica que manejan los ‘sociólogos-positivistas’. Como resultado, hay un relegamiento en la valoración de este sector del cuerpo docente al interior de la Escuela porque se piensa que estos no son críticos con el orden social, y, de acuerdo a los testimonios de ciertos alumnos, la mayoría de estudiantes de la carrera de sociología ingresan con la idea de y buscan revolucionar su pensamiento en cada una de las clases mediante lo que ellos definen como ‘crítica profunda’ alrededor de lo teórico. Con todo, es justo reconocer que, especialmente los ‘reformadores socialdemócratas’, reconocen que los ‘sociólogos-positivistas’ son un pilar de la Escuela en el sentido científico de la sociología y que, si bien no son altamente considerados por los estudiantes por las relaciones meramente académicas que establecen, sus enseñanzas más ‘prácticas’ son fundamentales más allá de los espacios formativos de la Escuela: por ejemplo, en las dinámicas de investigación o en los espacios laborales, donde la demanda no es tanto lo teórico, sino hacer de la sociología una práctica concreta.

- **La Asamblea de Estudiantes de Sociología y sus conflictos**

Otro aspecto donde puede analizarse la relación conflictiva entre los sentidos de la sociología es en la Asamblea de Estudiantes de Sociología (AES). La AES es el espacio político inmediato que representa al cuerpo estudiantil de la Escuela de Sociología y Ciencias Políticas de la PUCE. Es allí donde se exponen de manera más clara las divisiones internas que estructuran a su estudiantado por la incorporación de tradiciones aparentemente antagónicas de la sociología análogas a las tomadas por los docentes, siendo el espacio de disputas por hacerse del poder allí en juego. Las diferenciaciones antes vistas se vuelven efectivas, siendo motivo de la movilización política de grupos de agentes afines con el objetivo de imponer una forma particular y legítima de entender las relaciones internas y externas: formas de gestión y de participación en su interior, postura frente a diferentes acontecimientos de relevancia, temas de importancia para ser abordados en público, desde qué perspectiva abordarla, quiénes tienen autoridad para abordarlos, etc. Así, y pese a las limitaciones propias del campo por la relativa falta de recursos para movilizar como espacio de representación, hay un capital político<sup>84</sup> que está en juego, cuya apropiación refleja la correlación temporal de fuerzas que hay en la definición de la sociología legítima dentro de la Escuela.

Para algunos estudiantes que se interesan en la dinámica de la AES, pero que no aspiran a ocupar los cargos en la misma, se trata de un juego de popularidad que se define antes del momento de la elección por la tenencia de un grupo numeroso de amistades –capital social– que sostenga la candidatura del aspirante. Así también, estos estudiantes ‘desinteresados’ en la AES no encuentran sentido a la búsqueda casi desesperada por ocupar cargos por parte de ciertos agentes y posiciones, pues lo conciben más como una banalidad de titulación antes que por un real interés en velar por la excelencia académica de la Escuela o por el bienestar estudiantil. Con todo, entre los estudiantes entrevistados hay un reconocimiento general que esta Asamblea es el único espacio donde se explicita el plano político-

---

<sup>84</sup> El capital político es aquello que está específicamente en juego dentro del campo político, y hace referencia al “monopolio de la elaboración y la difusión del principio legítimo de división del mundo social... y, por otra parte, el monopolio de la utilización de los instrumentos de poder objetivado (capital político objetivado)” (Bourdieu, 2001b: 76). Este monopolio de los principios de clasificación del campo permite objetivar y legitimar “intereses, privados, particulares en intereses desinteresados, colectivos, públicamente confesables, legítimos” (Bourdieu, 2007a: 174). Max Weber define al Estado moderno, campo político por excelencia, como una “asociación de dominación con carácter institucional que ha tratado, con éxito, de *monopolizar dentro de un territorio la violencia física legítima* como medio de dominación y que, a este fin, ha reunido todos los medios materiales en manos de su dirigente y ha expropiado a todos los funcionarios estamentales que antes disponían de ellos por derecho propio, sustituyéndolas con sus propias jerarquías supremas” (1972: 92). Sin embargo, los instrumentos de poder objetivado, desde la propuesta de Bourdieu, no se reducen a aquellos que se ejercen a partir de la violencia física. Si bien estos son relevantes, estos se ponen en acción una vez que fallan los instrumentos de poder objetivado de tipo simbólico, que imponen una relación de dominación sostenida en la violencia simbólica: por ejemplo, la posesión legítima de los medios de comunicación o de los recursos públicos de ejecución de diferentes iniciativas oficiales. Estos instrumentos se orientan a imponer de manera sutil entre los agentes pertenecientes al campo político determinado, especialmente a los ‘mundanos’ de la política, un punto de vista legítimo en cuanto a la clasificación y valoración del mundo social.

ideológico de los estudiantes y donde pueden expresar sus posiciones políticas, que suelen estar estructuradas por la oposición entre izquierda/derecha. Es necesario, en este sentido, evidenciar cómo se definen de manera relacional los grupos en disputa.

Al momento de realizar esta investigación, pueden identificarse claramente dos grupos en esta pugna por la AES: el Frente de Estudiantes Marxistas (FEM) y los ‘Mijines’. En primer lugar, el FEM agrupa a los estudiantes que se ven a sí mismos como representantes de una tendencia política de izquierda radical dentro de la Escuela –‘marxistas’. Al interior de sí mismo, sus miembros se perciben como un movimiento interesante al posicionarse con una postura crítica al sistema dentro de una universidad privada como la PUCE, ya que tradicionalmente estas propuestas han estado solamente ubicadas en la Universidad Central por su carácter público. Por ende, el FEM asume que su postura dentro de la sociología reivindica la tradición crítica de la misma. Sin embargo, uno de los estudiantes que pertenece al movimiento percibe que existe cierta heterogeneidad de posiciones puertas adentro, pues hay disputas internas dentro de este grupo entre las corrientes más afines al marxismo y aquellas con preferencia por el anarquismo. Igualmente, al ser reducido el número de estudiantes que en la actualidad defienden esta posición crítica, tal como lo reconocen sus miembros que han sido entrevistados, uno de los miembros del grupo que ha sido entrevistado afirma que el FEM no llega a ser representativo de los intereses de la generalidad de estudiantes de la carrera y tiende a volverse un poco hermético. Pese a esta especie de autocrítica, el FEM impone sobre su figura la visión crítica de la sociología y del mundo, caracterizando al otro grupo por la falta de la misma y su preferencia por el positivismo: al referirse a los ‘mijines’, con cierto sentido despectivo, los asocian a los estudiantes de Derecho, mencionando que deberían ser juristas porque ‘se visten bien’, quieren salir rápido de la carrera, insertarse a los aparatos burocráticos y generar ingresos económicos importantes. Al asociarlos con estas expectativas de la sociología como profesión, los estudiantes del FEM entrevistados piensan que los ‘mijines’ se alejan de aquello que define la figura del sociólogo: la distancia de diferentes criterios socialmente dominantes y de todo tipo de función servil al poder establecido.

Por su parte, los ‘mijines’ representarían a los estudiantes que pertenecen al grupo de los ‘reformadores socialdemócratas’, aunque también tienen simpatía entre aquellos denominados ‘académicos’. Sin tener un grupo consolidado bajo etiqueta alguna como el FEM, los ‘mijines’ se definen a sí mismos como la tendencia tolerante que busca identificar falencias concretas de la Escuela para buscar dar soluciones a las mismas. Es decir, entre sus miembros entrevistados existe una preocupación por las problemáticas propias de la Escuela de Sociología y Ciencias Políticas, al cual detallan como un espacio limitado y preciso donde no tiene que darse cabida ni sentido a posiciones revolucionarias y de

cambio de mundo, por lo cual es necesario que se consideren propuestas ‘concretas’ antes que ‘ideológicas’<sup>85</sup>. De esta manera, los ‘mijines’, siguiendo el testimonio de los entrevistados que pertenecen a este sector estudiantil, abogan por una tendencia más práctica de gobierno estudiantil que considera las demandas específicas de los estudiantes sin necesidad de adscribirse a una posición ideológica. Pero, entre sus preocupaciones imponen que la demanda concreta de los estudiantes es enfocar de manera adecuada el quehacer del sociólogo como científico social que investiga. En consecuencia, desde este grupo asumen la figura del científico, y, amparados por la autoridad de dicha figura, creen que su modelo de gestión permite mayor diálogo y racionalidad que la propuesta del FEM: a este último lo califican como un ‘grupo marxista dogmático y ortodoxo’ que tan solo se preocupa de combatir discursivamente a las palabras ‘sistema’ y ‘capitalismo’ sin aterrizar en algo concreto más allá de la ‘pura queja’.

A esta crítica del FEM se suman los ‘académicos’, pese a un aparente desinterés que muestran por inmiscuirse en asuntos políticos: un estudiante allí posicionado percibe que las posturas políticas del marxismo se han deslegitimado en la Escuela por ser ‘niños malcriados’ alejados de lo académico y que no dicen cosas realmente profundas e interesantes. Al contrario, los ‘académicos’ refutan la crítica desde los ‘marxistas’ del FEM a lo académico como ‘positivista’ al ser producto de una incomprensión de lo que realmente es el ‘positivismo’ y de una ingenuidad de pensar que la conciencia crítica puede alcanzarse únicamente a través del marxismo. Más aun, tanto los entrevistados ‘académicos’ como aquellos ‘reformadores socialdemócratas’, algunos de ellos reunidos alrededor del grupo de ‘mijines’, reconocen de manera general que otro de los factores que les ha restado en legitimidad es la imposición de una ideología que deslegitima las posiciones consideradas ‘reformistas’ al tildarlas de prácticas ‘burguesas’. En consecuencia, esta ideologización de las propuestas del FEM posiciona a este reducido grupo de agentes ‘académicos’ con mayor cercanía a los ‘mijines’ a pesar de su desinterés político.

Desde las posiciones que participan indirectamente de la disputa, sostienen que durante el último proceso de elección los estudiantes de la Escuela, llevado a cabo el día 25 de abril de 2013, los estudiantes analizaron las propuestas de ambos sectores, orientándose por aquella que presentaba mayor estructuración y un equipo de trabajo reconocido. El resultado de aquello fue la elección de un plan de trabajo al cual definen como una propuesta que toma cierta distancia del marxismo y de la militancia que predominaba en la Escuela en periodos previos. Según estos agentes entrevistados, y siendo justo señalar

---

<sup>85</sup> Para un agente que pertenece a este grupo de los ‘mijines’, asumir que ser sociólogo conduce a necesariamente ligarse a luchas sociales impropias es un equívoco que encuentra explicación en tanto esta identificación con grupos socialmente dominados funciona como mecanismo de aliviar la conciencia de pertenecer a sectores sociales relativamente acomodados y que, por ejemplo, pueden acceder a una universidad privada como la PUCE. En todo caso, este agente considera que este ‘cargo de conciencia’ es nocivo para la práctica de la sociología en tanto obstaculiza tener una perspectiva global por la toma de posición ideológica.

que algunos de ellos evalúan positivamente algunas acciones de directivas pasadas ligadas al FEM, la pérdida de legitimidad tiene que ver con una actitud beligerante de sus miembros que ha impuesto en la Escuela un ‘diálogo de sordos’. En otras palabras, el desconocimiento de las otras posiciones es el resultado de un sesgo ideológico y su defensa por parte de aquellos que se definen a sí mismos como los ‘militantes duros’, desvalorizando cualquier postura diferente a través de etiquetas como ‘conformistas’, ‘pequeño-burgués’, ‘oveja del sistema’ etc. Todos estos cuestionamientos a los ‘marxistas’ han tenido como resultado que los estudiantes, como grupo, busquen nuevas alternativas en su conducción política, guiándose por las posturas que se vinculan con propuestas más concretas respecto a sus demandas actuales –especialmente de formación profesional e investigativa ligada al mercado laboral– y formas de relacionamiento más pacíficas<sup>86</sup>.

\*\*\*

A lo largo de esta sección han podido definirse de manera relacional algunos de los rasgos que caracterizan a las diferentes posiciones que estructuran el juego de la sociología en este campo particular. En un inicio, se han caracterizado las propiedades de los diferentes posiciones de docentes que se constituyen en base a perspectivas y sentidos afines de la sociología que, si bien pueden encontrar explicación en cualidades adquiridas por origen social y en su trayectoria por fuera del campo propiamente sociológico, solamente se han considerado los aspectos pertenecientes al espacio en cuestión. A raíz de esto, puede establecerse una relación de oposición entre los ‘sociólogos-positivistas’ y los ‘filósofo-políticos’, aunque esto no debe conducir a negar la existencia de agentes que se sitúan en posiciones intermedias de este continuo y que comparten propiedades y preferencias asociadas a ambos polos. En general, el elemento en disputa es la verdadera definición de la sociología en su relación de aprehensión del mundo social y cómo se arriba a una crítica efectiva de lo social.

Por un lado, los ‘sociólogos-positivistas’ se ubican en el polo científico: es decir, reivindican la necesidad de una sociología aferrada a los parámetros y normas científicas, especialmente por una separación de posibles sesgos ideológicos derivados de una militancia asociada al sector antagónico. De la misma forma, otra de las defensas que emprenden es la sociología como campo relativamente autónomo de la filosofía: sin desafectarse de las discusiones filosóficas que dan sustento a la disciplina,

---

<sup>86</sup> Durante las últimas elecciones de conformación de la directiva que preside la AES, llevadas a cabo el día jueves 25 de abril de 2013 con un total de 97 votos registrados, los resultados favorecieron al grupo de los ‘mijines’ con 50 votos (51,55%), siendo seguidos por la opción ‘nulo’ que alcanzó 28 votos (28,86%) y el FEM con 19 votos (19,59%). El único requisito para votar dentro de la AES, según su Estatuto, es pertenecer a la carrera –sin embargo, uno de los agentes que participó en la contienda desde el grupo de los ‘mijines’ menciona que algunos ‘egresados’ ejercieron el voto– y la modalidad de votación es directa y razonada tras la presentación de las propuestas: quien dirige el acto, generalmente el presidente o el secretario de la directiva saliente, pregunta a cada uno de los presentes por quién vota, teniendo la posibilidad de expresar sus razones.

conciben que la sociología tiene un método propio cuya característica distintiva es el tratamiento con objetos empíricos del mundo social. En esto sustentan los dos elementos que los separa respecto de los ‘filósofos-políticos’, ya que no ejercen desde la sociología una militancia que obnubila y encanta el pensamiento social, ni una práctica ‘especulativa’ y totalizante de tipo filosófico, es decir, encerrarse en el ‘mundo de las ideas’ sin aterrizar en las particularidades sociales. Al contrario, los ‘sociólogos-positivistas’ sostienen que la verdadera práctica de la sociología gira alrededor de la investigación empírica y de la ‘objetividad’ científica, definida como la capacidad de desligarse de cualquier prenoción político-ideológica que permita construir un conocimiento propiamente científico. Esto no significa que estas posiciones no mantienen una relación crítica con el ‘sistema’, sino que consideran que la crítica debe nacer de una adecuada aprehensión del funcionamiento social que visibilice posibilidades reales de cambio.

Del otro lado, los ‘filósofos-políticos’ se ubican, evidentemente, en el polo filosófico y político del continuo de sentidos de la sociología. Se ha decidido conjuntar a la tradición más filosófica y aquella más política en tanto en un campo científico como la sociología el principio de diferenciación viene dado por el apego a las normas reconocidas de lo científico, y estas posiciones aparecen como subversivas al orden científico dado. Pero, esto no debe conducir a pensar que no hay ciertas diferencias en algunos aspectos de su percepción de la sociología y su práctica: el más claro ejemplo, en este caso, es la utilidad práctica que los docentes más cercanos a la tradición política imponen al conocimiento generado desde la disciplina, mientras que desde el polo más filosófico rechazan todo tipo de aplicabilidad de los saberes. Estas posiciones son, en cierta medida, diletantes y críticos de la científicidad generalmente asociada a la tradición positivista de las ciencias sociales, que siempre ha querido validar el pensamiento social a partir de criterios propios de las ciencias naturales y su objeto de estudio. En consecuencia, se sitúan con mayor cercanía a la ‘episteme filosófica’ de la sociología, la cual asumen que se refleja especialmente en la sociología comprensiva alemana. A partir de esto, se oponen a los ‘sociólogos-positivistas’, guardianes del orden científico establecido, en tanto conciben que estos se anclan en un positivismo que tiende a objetivar las relaciones sociales desde perspectivas generalmente estructural-funcionalistas. Por el contrario, los ‘filósofos-políticos’ asumen perspectivas subjetivistas que reivindican al sujeto como actor central en el devenir histórico de la sociedad. Por ello su afinidad con los métodos comprensivos derivados de la filosofía en tanto permiten dar cuenta primordialmente de la vivencia de los sujetos a fin de construir un pensamiento social realmente crítico. Asimismo, los ‘filósofos-políticos’ se distinguen de los ‘sociólogos-positivistas’ en tanto reniegan de la ‘objetividad’ entendida como libertad de dimensión política en el conocimiento científico: desde estas posiciones, la objetividad nace del ‘sinceramiento’ de la ideología con la cual ningún científico, entendido este como sujeto social, está en capacidad de

liberarse. Representándose como la postura crítica en base a su posicionamiento teórico y político, perciben a los ‘sociólogos-positivistas’ como acríticos por una postura que favorece la reproducción del sistema al limitarse a la mera descripción y estar orientados por una utilidad pragmática opuesta a la comprensiva.

En medio de estos dos polos pueden encontrarse posiciones que contienen características de uno y de otro grupo, pero que la acentuación y priorización de ciertos elementos los acerca/distancia respecto a cualquiera de los extremos. En ese sentido, hay docentes que, teniendo una posición política asumida, creen que es necesario distinguir los juicios de valor producto de su posicionamiento en la práctica científica de la sociología. Así también, existen posiciones que, otorgándole importancia a la científicidad y la rigurosidad del quehacer sociológico en su distinción de los juicios de valor, se apartan de la investigación empírica y de la finalidad práctica del conocimiento sociológico por una afinidad con la filosofía y lo teórico. Por último, hay ciertos agentes que, proviniendo de una tradición bastante filosófica, consideran que el sociólogo no puede encerrarse en el debate categorial ya que su especificidad es el objeto empírico-histórico.

Todas estas posiciones entran en relación en el campo de la Escuela de Sociología y Ciencias Políticas de la PUCE, siendo relaciones que generalmente mantienen en estado implícito el conflicto que allí se lleva a cabo. Sin embargo, contienen cierto nivel de violencia de carácter simbólico que pocas veces alcanza altos grados de encarnación. Con todo, al estar estas disputas enmarcadas dentro de una estructura institucional con poderes desigualmente distribuidos en la definición del campo, las posiciones de poder y su ocupación son parte del *enjeux* de los concurrentes. En periodos recientes, estas posiciones han estado ocupadas por docentes ubicados en el polo filosófico y político de la Escuela, lo que genera cierto malestar entre los del polo científico. Más allá de la poca influencia o la insignificancia que pueda ser atribuida a los cargos nominales como la Dirección, estos tienen incidencia en la imposición, reproducción y/o transformación de la estructura del campo y sus componentes relevantes: por ejemplo, los ‘sociólogos-positivistas’, que bajo el aspecto de ocupación de cargos aparecerían como dominados, remarcan el ingreso y la promoción de agentes al interior cercanos a la tradición temporalmente dominante en la Escuela, lo que es corroborado por la percepción de los estudiantes que clasifica a la mayoría de docentes bajo esa línea. Por ende, y sin ser necesariamente una práctica consciente de selección arbitraria, la tenencia del poder decisional en el campo otorga la posibilidad a sus detentores de procurarse mediante medios oficiales del capital social necesario para la perduración de una situación social favorable a sus recursos.

Ahora bien, los estudiantes que aspiran a ser sociólogos ingresan a un espacio social predeterminado en cuanto a las posibilidades de posicionamiento, ubicándose en el mismo en base a representaciones y recursos previamente adquiridos. En su formación, incorporan no solo valores y sentidos de la sociología de las distintas tradiciones a las que se adscriben, sino que también reproducen las disputas inherentes al juego de la sociología y su oficialización. Como se ha visto, el cuerpo estudiantil se clasifica a sí mismo en tres tipos ideales: primero, siendo el grupo reconocido como mayoritario, los ‘reformadores socialdemócratas’ se identifican con posiciones intermedias del cuerpo docente que se apegan a los parámetros socialmente reconocidos de la cientificidad, sobre todo la rigurosidad y la no ideologización, y al mismo tiempo a finalidades práctico-políticas que no se aferran a posturas radicales o revolucionarias. Segundo, los ‘marxistas’ encuentran su identificación en los ‘filósofos-políticos’ por el interés político-revolucionario con el que ingresan a la carrera ligado a las posturas de izquierda del marxismo. Para estos, la sociología no puede abstenerse de tomar una posición política, por lo cual la academia no es un horizonte del todo deseado por su función de reproducción del orden social vigente. Finalmente, tercero, los ‘académicos’ ven como legítimos a docentes en ciertas posiciones intermedias, y en menor medida a los ‘sociólogos-positivistas’, por su apego a la idea de un ‘conocimiento por el conocimiento’, sin ideologías ni finalidad práctica a la producción de saberes.

Para finalizar con esta sección, otro de los componentes importantes de esta disputa por oficializar o legitimar un sentido particular de la sociología es el capital social aportado por los aspirantes a sociólogo. El cuerpo estudiantil se está orientando principalmente por posiciones más académicas y con una visión más práctica de la sociología dirigida hacia acciones concretas. La AES y su conformación es el resultado de esa disputa, evidenciándose que las posiciones exclusivamente filosófico-políticas, así como las propiamente académicas, han perdido fuerza, legitimidad y espacio entre los estudiantes. Estas demandas estudiantiles son un recurso con el cual las diferentes posiciones en disputa cuentan para legitimarse dentro del juego de la sociología en la Escuela. En este sentido, las posiciones intermedias que se caracterizan por la rigurosidad científica, el vasto conocimiento teórico y una orientación práctica en la sociología, propiedades en las que mayoritariamente se identifican los alumnos, cuentan con un capital social valioso en la relación de fuerzas al interior del espacio.

## CONCLUSIONES

El análisis del campo académico-universitario de la Escuela de Sociología y Ciencias Políticas de la PUCE ha sido dividido en dos secciones que abordan los dos componentes de la realidad social en sus diferentes formas. Ahora bien, se ha insistido en lo relacional de estos dos elementos en tanto las condiciones estructurales u ‘objetivas’ de funcionamiento del campo determinan las posibilidades efectivas de los jugadores de imponerse sobre los otros en base a sus recursos. Al mismo tiempo, los agentes toman posición en esta estructura de acuerdo a los recursos apropiados en su trayectoria dentro del campo o por fuera de él, además de ser quienes encarnan la dinámica propia del espacio por la incorporación de su estructura, otorgándole ‘seriedad’ a lo que allí sucede. En este sentido, se requiere de una contraposición de los dos elementos para acercarse a una lectura sociológica adecuada del espacio.

A nivel estructural, el primer componente tratado fue la institución universitaria y las transformaciones que se están operando sobre la misma y que influyen directamente en la Escuela. Tras la implementación de la LOES en 2010, la universidad ecuatoriana sumó una nueva función a la tradicional formación profesional para el sector productivo: esta se constituye simultáneamente en un centro de producción de conocimientos y tecnologías en el marco de las estrategias nacionales de desarrollo. Si bien se trata de una intencionalidad de cambio que se busca progresivamente imponer sobre el Sistema de Educación Superior a través del Estado y sus instancias de acreditación, los diferentes agentes e instituciones que concurren en su estructura tienen que acoplarse a ciertas exigencias a fin de no ser excluidos y mantener posiciones relativamente cómodas en el sistema. Por lo tanto, deben introducirse algunos criterios y prácticas que denoten una predisposición a satisfacer necesidades propiamente científicas e investigativas. Estas prácticas y elementos devienen en credenciales de poder con un grado de objetivación importante, que garantiza un dominio relativo sobre el espacio a quienes las realizan y muestran apego por las mismas. Así, este proceso de reestructuración de la esfera universitaria presentará mayores comodidades y conveniencia a ciertos grupos con más apego a los valores reconocidos dentro de esta reforma, mismos que se acercan a la normatividad científica internacional.

El segundo componente estructural es la trayectoria histórica de la sociología en la Escuela. En Ecuador, y en general en América Latina, la sociología fue introducida como una ciencia ‘para’ la modernización, siendo los sociólogos en un inicio hombres letrados que, en lugar de adoptar una postura crítica de los procesos de modernización, acogían sobre sí mismos el papel de vehículo del discurso de la modernización y de la emancipación social. Pero, la posterior adopción de un marxismo crítico a las

posiciones socialmente dominantes, especialmente al discurso de progresismo nacional a partir del Estado, volcó a la sociología ecuatoriana a posicionarse de manera contra-hegemónica en relación con el aparato estatal, y a alinearse junto con los sectores socialmente dominados. No hay que olvidar que contextualmente este proceso estuvo beneficiado y sostenido por un marco mundial de revoluciones y descolonización en el ‘Tercer Mundo’, además de la Guerra Fría y el discurso antiimperialista. Pese a este paso de una posición favorable al Estado hacia una crítica al mismo, la sociología no abandonó su rol político de tutelaje del ‘pueblo’ hacia la emancipación social, definida ahora desde la tradición marxista.

En este contexto, la intención inicial de la Escuela fue la constitución de un centro de investigación de problemáticas sociales con la finalidad de articular estos saberes científicamente elaborados a los espacios públicos de decisión. Entonces, uno de los elementos que se remarcaba en esta creación era la distancia respecto de la sociología practicada en la Universidad Central: una práctica sociológica despolitizada y que retomara la científicidad, misma que había sido muy criticada –y puesta bajo sospecha– desde las posturas ‘antisistémicas’. Esta intención no pudo ser sostenida por la salida de un gran número de agentes y la entrada de otros que provenían de la Universidad Central, llevando consigo la visión de la sociología de la que buscaba distanciarse. A partir de este proceso de ingreso de docentes de la Universidad Central en la PUCE se distinguen con mayor claridad dos sentidos que disputan la definición de una perspectiva legítima del tratamiento de la disciplina y de su formación en la PUCE: en primer lugar, una *sociología crítica políticamente comprometida* que, siendo por lo general afín a la teoría marxista, buscaba ligarse con luchas sociales de sectores dominados y enarbolaba una crítica al Estado como aparato de dominación de clase; y, segundo, una *sociología científica despolitizada* que, generalmente con afinidad por las ‘teorías duras’ del estructural-funcionalismo, intentaba explicar científicamente el funcionamiento social más allá de su aplicación política posterior.

Otra de las influencias que condicionó la trayectoria de la Escuela fue la importancia de su relación institucional con la disciplina filosófica. Al crearse la unidad especializada en Sociología en la PUCE, muchos de sus docentes tenían una amplia formación filosófica, lo que derivó en la introducción de un tratamiento cercano a la filosofía en la disciplina sociológica. En este sentido, la sociología incorporó una forma de abordar la realidad que tiende a situar su pensamiento en el mundo teórico, alejándose del componente metodológico propio de las ciencias sociales que la predispone a trabajar con datos empírico-históricos. A raíz de esto nace otra de las oposiciones que estructuran el espacio y la toma de posiciones en el campo en cuestión: por una parte, una *sociología teórico-filosófica* que, rechazando la necesidad de considerar el mundo empírico en sus aproximaciones, defiende como legítima la investigación teórico-reflexiva en tanto desde el nivel teórico puede realizarse una crítica real al contener

el conocimiento válido; y, del otro lado, una *sociología metodológico-investigativa* que, sin negar la relevancia de lo teórico en la práctica sociológica, sitúa la primacía en el proceso de desarrollo del pensamiento de la relación con el objeto de estudio específico, razón por la que asumen como verdadera la investigación empírico-teórica.

Los agentes que ingresan a este espacio de práctica y formación de sociología toman posiciones alrededor de estas oposiciones que dan cuenta de dos tradiciones del pensamiento sociológico. Dentro del cuerpo docente, se constituyen dos polos que reproducen esta disputa por la definición del sentido verdadero de la sociología: los ‘filósofos-políticos’ se adscriben a la tradición crítica que reniega la validez en las ciencias sociales de una cientificidad equivalente a la de las ciencias naturales. Asociando con el ‘positivismo’ a sus ‘adversarios’, este grupo asume que la objetividad de las ciencias sociales nace de la toma de posición política inherente al sujeto de conocimiento y de la adecuación a la naturaleza histórica del objeto de estudio. Por lo tanto, estas posiciones rechazan la apariencia de ‘neutralidad’ que, según ellos, ingenuamente pregonan los ‘otros’, ya que esta concepción de un sujeto por fuera de todo interés político en la construcción de conocimiento encubre un posicionamiento favorable a la reproducción del orden establecido. Al contrario, los ‘filósofos-políticos’ asumen una preferencia por perspectivas comprensivas y subjetivistas que, aparejadas con metodologías hermenéuticas, buscan aprehender la vivencia de los sujetos sociales, siendo allí donde reside el potencial crítico del pensamiento social. En pocas palabras, los ‘filósofos-políticos’ se representan a sí mismos como los ‘críticos’.

En la posición contraria, los ‘sociólogos-positivistas’ se adscriben a la tradición científica de la sociología. La toma del estatuto científico refiere tan solo a la rigurosidad y sistematicidad de la relación de observación con el mundo social. Con todo, los ‘sociólogos-positivistas’ también ratifican la necesidad de un método propio de las ciencias sociales que se adecúe a la especificidad histórica de su objeto. El alejamiento de este polo científico respecto de la posición filosófica es percibido a partir de la validación del conocimiento por la aproximación al mundo empírico. De esta manera, califican a los ‘filósofos-políticos’ de ‘especuladores’ y de tener una ‘vaguedad científica’ fruto de su herencia filosófica. Sumado a esto, los ‘sociólogos-positivistas’ critican la politización del pensamiento social y la militancia en espacios de formación en tanto afecta a la ‘objetividad’ del quehacer. En suma, desde este polo se distinguen a sí mismo como los ‘científicos’.

Como se ha remarcado a lo largo del trabajo, los grupos aquí mencionados no son grupos orgánicos y eternamente definidos que actúan mediante objetivos conscientemente concertados. En efecto, la posesión de propiedades similares en lo referente al espacio social específico, en este caso la sociología como disciplina científica, acerca a individuos con puntos de vista similares en cuanto a su

concepción de la ciencia, y los aleja de aquellos que difieren: los ‘sociólogos-positivistas’ mantienen cercanía con los criterios de cientificidad, por lo tanto esto acerca a los agentes con gusto por estos componentes. Pero, los distancia de los ‘filósofos-políticos’ que son constituidos como grupo alrededor de su distanciamiento respecto de algunos de estos criterios de cientificidad. Con todo, esto no debe conducir a negar la existencia de posiciones intermedias en las que se comparten ciertas preferencias y gustos que bajo determinadas condiciones podrían alejar/distanciar a estos agentes de los polos. En este sentido, debe remarcarse que ninguno de los casos concretos representa fielmente el grupo y su tipo ideal, sino que todos los agentes oscilan diferenciadamente entre los diferentes polos con variados niveles de cercanía/lejanía a los mismos por la posesión de las propiedades que definen a cada uno de estos conceptos-tipo.

La disputa en la Escuela de Sociología y Ciencias Políticas de la PUCE gira en torno de la legitimación de la ‘verdadera’ sociología y su práctica. Cada uno de los agentes concurrentes se define relacionamente por el asentamiento de las propiedades que los distancian de las posiciones antagónicas, que igualmente depende de las condiciones temporales del campo: las posiciones intermedias ilustran con mejor claridad esto, ya que, al poseer características que los podrían acercar/alejar de los dos polos, pueden asentar las similitudes con los grupos temporalmente dominantes<sup>87</sup>. Con esto quiere resaltarse también que, más allá de la conformación de grupos aparentemente antagónicos, existen elementos compartidos por todos los agentes del campo: la totalidad de individuos que ingresan al juego de la sociología acuerdan de manera implícita en el desacuerdo. En otras palabras, la pertenencia al campo implica que se ‘dé por sentado’ que existe la posibilidad del desacuerdo respecto a lo que allí está en juego: la sociología. El otro aspecto implícito, entendido en relación con este ‘acuerdo del desacuerdo’, es el interés producido por cada campo –*illusio*– que hace que los agentes tomen ‘en serio’ las reglas del juego y las inversiones posibles desde la posición ocupada.

El acuerdo y el interés implícitamente reconocidos por los agentes generan la disputa y la seriedad con que se defiende la legitimidad de la posición. Sin embargo, bastante imbuidas en un sentido práctico fruto de la toma de posición, las percepciones que tienen unos de otros terminan desconociendo otras similitudes que se diluyen al acentuar sentidos que los distancian como grupo. Esto impone relaciones distantes y mayormente llevadas por pasiones personales que, como Michiel Baud (2010) señala respecto a los espacios académicos latinoamericanos, suelen nacer de discrepancias políticas antes

---

<sup>87</sup> Puede ilustrarse esto a través de los agentes posicionados en la tradición sociológica del ‘conocimiento por el conocimiento’. Esta es una posición ambigua en el campo en tanto su identidad se define por una oposición simultánea a los dos polos, reivindicando los valores científicos, sobre todo la no ideologización del conocimiento sociológico, y a la vez tomando distancia de la investigación de carácter empírico para situarse preferencialmente en el terreno de lo teórico. Por lo tanto, pueden alejarse o acercarse de los polos según se vean amenazados o no por los mismos bajo determinadas condiciones.

que de discusiones propiamente académicas. Esta orientación por asociaciones del sentido común, que deriva en representaciones a veces demasiado estereotipadas de las otras posiciones y de sí mismos, obstaculiza el diálogo en torno a dos acuerdos: la postura crítica de la sociología respecto al orden social y la reivindicación de un método propio de la sociología. Estos acuerdos son dejados de lado por la acentuación de dos sentidos que aparecen como irreconciliables. De esta manera, lo que está en disputa dentro de la Escuela es definir los límites de la verdadera sociología, es decir, crítica al 'sistema' social. No obstante, dicha discrepancia está completamente vinculada a la definición de cuál es la verdadera ciencia que conduce a una aproximación crítica en la relación con el mundo social que es el objeto de estudio de la disciplina en cuestión.

En otro orden de cosas, la Escuela de Sociología y Ciencias Políticas de la PUCE mantiene una estructura de poder interna que distribuye diferencialmente la capacidad de orientar las decisiones al interior del espacio. Objetivamente, la estructura distribuye desigualmente las capacidades de decisión, o por lo menos de opinión, sobre temas de reclutamiento docente o de definición de líneas de formación según la ostentación o no de cargos. Más allá de la existencia de procesos oficialmente establecidos sobre el acceso al cuerpo académico, los mismos pueden estar sujetos a maniobras de los individuos para, dentro del marco de lo establecido, favorecer el ingreso y la movilidad interna de aquellos afines a su punto de vista. Hay un reconocimiento estudiantil que sitúa a la mayoría de docentes dentro del polo de quienes han ocupado durante el último periodo estos cargos en la Escuela, es decir, el filosófico y político. Por lo tanto, la ocupación de posiciones con poderes estatutarios puede favorecer la creación, por lo general inconscientemente, de un capital social al interior del cuerpo docente que sostiene y reproduce el espacio en que el grupo dominante se siente cómodo, en donde no se amenace su legitimidad. Incluso las posibilidades de ocupar posiciones importantes puede llegar a depender de quienes estén en la cima de esta jerarquía universitaria, designando a los 'profesores centrales' y los 'profesores relleno'.

Con todo, es justo señalar que esta jerarquía universitaria no es la única desde la cual se ejerce cierto tipo de dominación dentro de la Escuela. Tal como lo propone Bourdieu (2002), los espacios académicos favorecen una multiplicidad de principios de jerarquización que conviven dentro del campo. La otra jerarquía se sustenta en el reconocimiento de la administración investigativa y la normativa científica dentro de la práctica sociológica. En base a este principio, los 'sociólogos-positivistas' se acoplarían más al sentido convencional de la científicidad. En este sentido, los agentes situados en este polo son propietarios de lo que puede denominarse un capital científico. Sin embargo, este capital es muy difuso por el momento y no tiene un gran nivel de institucionalización en el medio, aunque esto puede alterarse a futuro con las reformas introducidas en el Sistema de Educación Superior. De todas formas,

este principio ha sido bastante desvalorizado dentro de la sociología de la Escuela por el posicionamiento ‘crítico’ a todo tipo de orden establecido, entre ellos el científico, distanciando así el imaginario y la práctica de la sociología de la rigurosidad y de la sistematicidad que caracterizan a las producciones científicas reconocidas.

Cabe hacer ciertas consideraciones respecto de los cambios institucionales del sistema de Educación Superior. El reconocimiento social de la universidad como espacio de producción de saberes con utilidad práctica dentro del proyecto de gobierno altera, hasta cierto punto, la distribución de capital universitario entre las diversas posiciones de la Escuela. A primera vista, los ‘sociólogos-positivistas’, con mayor cercanía a los valores científicos, tendrían cierta ventaja al momento de afrontar este proceso de reestructuración de la universidad en el país. En efecto, muchos miembros de este grupo ven con buenos ojos las reformas en tanto permitirán consolidar una orientación investigativa dentro de la Escuela favorable al sentido bajo el cual ellos definen la investigación en la disciplina: es decir, la investigación empírico-teórica. Con estas reformas, plantean que podrá ‘combatirse’ la sociología filosófica y politizada por medio de una actualización del programa y de una formación especializada que, desde su perspectiva, reafirmaría la científicidad de la sociología contra la pretensión ‘todóloga’. En suma, este sector tendría mayor simpatía por esta nueva forma de pensar la universidad en Ecuador. Sin embargo, este es un capital potencial que no se ha efectivizado como tal.

Por su parte, si bien reconocen como legítima esta exigencia del sistema, los ‘filósofos-políticos’ asocian esta demanda al avance de una visión ‘pragmática’ en el terreno de las ciencias sociales que repele los cuestionamientos totalizantes y críticos que surgen de necesidades comprensivas propias del desarrollo de la disciplina. Aparte de eso, encuentran totalmente desubicado que la universidad ecuatoriana adopte criterios provenientes de otros lugares del mundo para certificar sus instituciones. Los ‘filósofos-políticos’ no creen, en consecuencia, que esto favorezca la introducción de una cultura investigativa en la universidad, sino que más bien generará una élite universitaria sustentada en la titulación y en su apego a miradas ‘tecnocráticas’. Sumado a esto, la investigación teórico-reflexiva que defienden tiene una finalidad comprensiva que no aparece como funcional a la gestión y reproducción del orden social.

En suma, las nuevas reglas del juego son aparentemente favorables a quienes tienen mayor apego por la normativa científica reconocida. Sin embargo, no hay que olvidar que la Escuela de Sociología y Ciencias Políticas de la PUCE no está solamente atravesada por demandas del campo universitario, sino también por la tradición sociológica. En este sentido, hay que considerar las influencias del rol político que la sociología guardó desde un inicio con los proyectos de emancipación social, bien sea esto desde

una alianza o desde una crítica al aparato estatal: es importante el legado crítico respecto al orden social establecido, así como al del dominio científico, que se ha consolidado en la disciplina. Así también, la cercanía con la filosofía de la sociología dentro de la Escuela, junto con las deficiencias estructurales para la realización de investigaciones aplicadas, ha instalado una especie de gusto por la discusión teórica en este espacio sociológico. Así, la autonomía relativa del campo conjuga estas diferentes exigencias como condiciones de posibilidad en las que se desarrolla el conflicto interno por definir la sociología y su práctica.

A breves rasgos, puede caracterizarse cómo se define socialmente la figura del sociólogo a través de diferentes elementos: en primer lugar, a raíz de las opciones laborales que se abren a futuro para quienes se forman en este campo. Los individuos que ingresan a este campo particular de formación lo hacen proyectándose a futuro a través de las ofertas que el espacio brinda. En este sentido, la Escuela define tres posibilidades en cuanto a los campos profesionales a los cuales los aspirantes a sociólogos podrán desenvolverse considerando los recursos que son transmitidos por el proceso de aprendizaje: primero, ligado a la carrera académica, uno de los posibles espacios de inserción es la investigación social y/o la docencia. Segundo, la posibilidad de incursionar en el campo político a través de la vinculación a diferentes actores dentro de este espacio. Y, tercero, el papel de gestor social de proyectos de desarrollo por la vinculación con el Estado o con organismos que se desenvuelven en esa área. Estas posibilidades se constituyen en las potenciales rutas que serán seleccionadas por los estudiantes para proyectarse a futuro.

En segundo lugar, puede delinearse socialmente al sociólogo a partir de las demandas estudiantiles, lo cual tiene relación con las posibilidades profesionales a futuro. Al igual que los docentes, los estudiantes ingresan a un espacio en donde hay posiciones preestablecidas, situándose de acuerdo a sus recursos previos. Durante este momento, los estudiantes reconocen a los ‘maestros prestigiosos’ –que legitiman las aspiraciones del estudiante– y buscan orientarse hacia su posición en tanto está en juego su futuro dentro del campo de la sociología, por lo cual deben guiarse hacia las inversiones rentables o a aquellas seguras de acuerdo a sus posibilidades. No debe olvidarse que los estudiantes forman parte de las evaluaciones que se realizan periódicamente a los docentes, por lo cual la simpatía dentro del cuerpo estudiantil no solo legitima las posiciones dentro de la disciplina, sino que también garantiza un capital social importante dentro de la institución. A pesar de la poca importancia de estas evaluaciones en la consideración de los docentes, este reconocimiento en las evaluaciones podría convertirse en un poder efectivo bajo determinadas condiciones. De todas formas, expresaría una preferencia estudiantil por determinados agentes y sus posiciones. Como se ha visto, este cuerpo estudiantil se divide en tres grupos: primero, los ‘marxistas’ incorporan como legítima la tradición ‘crítica’ de la sociología, estando cercanos

a los docentes del grupo de ‘filósofos-políticos’. Segundo, los ‘académicos’ se apegan a la idea del ‘conocimiento por el conocimiento’, reconociendo entre los docentes a ciertas posiciones intermedias que reafirman la tradición científica de la sociología y no ligan ninguna finalidad práctica a su producción. En medio, se sitúa el grupo mayoritario etiquetado como ‘reformadores socialdemócratas’: este grupo reconoce la validez de los criterios científicos en la producción de conocimientos, especialmente la rigurosidad y la separación de perspectivas ideologizantes; al mismo tiempo, reconocen el valor práctico-político de la sociología en la solución de problemas sociales; sin embargo, no se alinean en posturas radicales de cambio social como los ‘marxistas’, sino que ven con mucha fe la intervención del Estado en los procesos de transformación social.

A partir de esto, pueden señalarse algunos puntos referentes a la figura del sociólogo dentro de la Escuela y en relación con otros espacios. Primero, las posiciones radicales han perdido fuerza por la beligerancia con que han sostenido sus argumentos, y por la poca concreción de sus críticas en programas efectivos de acción. Segundo, la sociología y el sociólogo han vuelto a acercarse al aparato estatal para pensar y actuar en la sociedad, tal como lo hizo en un inicio, aunque existen simultáneamente posturas que plantean una crítica total al Estado y su institucionalidad<sup>88</sup>. Por lo tanto, y tal como lo manifiestan también algunos docentes indistintamente de la posición ocupada, el sociólogo no ha abandonado su papel político por el hecho de repensar su relación con visiones radicales, sino que ha readecuado su posición dentro del campo político en respuesta a determinadas exigencias de reestructuración del aparato estatal y también en atención de la crisis que han atravesado estas perspectivas.

Al interior de la disciplina sociológica, los ‘filósofos-políticos’ son, debido a su postura crítica a todo orden social establecido, quienes ostentan mayor legitimidad por su acoplamiento a la tradición contra-hegemónica de la sociología en la Escuela, la que apuntala cuestionamientos a la normativa científica tradicional y a las perspectivas etiquetadas como ‘positivistas’ y ‘empiristas’, así como el compromiso político radicalizado con los sectores socialmente dominados. En todo caso, al conjugarse la tradición preponderante en la Escuela con las nuevas exigencias sociales y ocupacionales que recaen sobre la disciplina, los aspirantes a sociólogo expresan preferencia por posiciones intermedias que acercan la científicidad y el compromiso político en la práctica sociológica para, desde allí, construir conocimientos científicos válidos, no ideologizados, que permitan generar acciones concretas de cambio que no son necesariamente catalogadas de ‘revolucionarias’.

---

<sup>88</sup> Sería interesante hacer un análisis profundo de la real vinculación de los sociólogos con la estructura ocupacional, pero a primera vista un porcentaje significativo de sociólogos ingresa al aparato estatal. Asimismo, se percibe entre los estudiantes una aceptación del ingreso a estas instancias, lo cual en momentos en que la sociología no tenía vínculos laborales tan concretos con este espacio, como en la actualidad, era impensado por la asumida posición contra-hegemónica de la mayoría de sociólogos.

Por otra parte, no debe dejar de reconocerse que hay otros principios relacionales que orientan simpatías/antipatías alrededor de la relación entre profesores y alumnos. Funcionando como capital simbólico que otorga cierto crédito en el juego a los agentes que lo poseen, el *carisma* es un elemento valorado dentro del espacio. Así también, se valora la capacidad docente, especialmente poseída por los ‘filósofos-políticos’, de establecer relaciones personales que van más allá de lo académico. En este aspecto, los estudiantes prefieren a los docentes que creen que escapan a lo institucional para establecer relaciones más ‘humanas’ y que critican esta institucionalidad. Por el contrario, los ‘sociólogos-positivistas’ son percibidos como ‘pasivos’ frente al orden institucional. Algo similar sucede en las relaciones entre docentes: los ‘sociólogos-positivistas’ tienen relaciones centradas en lo académico, mientras que los ‘filósofos-políticos’ forman relaciones personales con vínculos más allá de lo académico. Esta gran cohesión grupal de este último sector –tanto entre los docentes con cierto nivel de consagración en el medio, como entre estos con los aspirantes a sus posiciones– es fundamental para comprender el relativo poder que mantienen dentro del espacio por la formación de un capital social importante. Esta distinción se ahonda en tanto los estudiantes entrevistados resaltan en los profesores del polo filosófico y político como transmisores de elementos teórico-conceptuales que ayudan al estudiante a ‘abrir los ojos’ para criticar la realidad, mientras que los ‘sociólogos-positivistas’ enseñan la parte ‘operativa’ de la práctica sociológica, lo metodológico, a lo que conciben como poco ‘crítico’ y ‘aburrido’. Sin embargo, y pese a la afinidad entre ellos y con el estudiantado, esto no exime a los ‘filósofos-políticos’ de ser vistos bajo la lupa de las exigencias institucionales y académicas, por lo cual están obligados a mantener relación con los valores de estas esferas, ya sea desde una perspectiva crítica y guardando coherencia con la misma.

Para finalizar, es interesante señalar cómo funciona este sentido común dentro del campo. Este estudio partía de la hipótesis que dentro de la Escuela de Sociología y Ciencias Políticas de la PUCE hay un predominio de la tendencia filosófica y política en detrimento de una sociología de carácter más científico e investigativo. Sin embargo, este posicionamiento partía igualmente de la dinámica propia del juego de la sociología en defensa de la perspectiva sociológica que quien realiza este trabajo asumiría como legítima: en este caso, una sociología netamente científica cercana a la postura del ‘conocimiento por el conocimiento’, o que puede pensarse como una especie de ciencia ‘pura’. No hay que pasar por alto que la sociología se define no solo por las relaciones internas como campo científico, sino que también se orienta por demandas sociales que influyen su trayectoria. Así, era necesario romper con este sentido común que orienta a la defensa de este punto de vista particular del espacio y no derivar en un tratamiento polémico o de denuncia a ciertos sentidos de la sociología –y sus representantes– en un intento de deslegitimación, sobre todo de aquellas perspectivas de la sociología comprometidas políticamente: “la

observación no tiene por tarea controlar la validez de las hipótesis, solamente de ilustrar un desarrollo teórico” (Bon & Schemel, 1980: 1206). El intento de explicación-comprensión de las dinámicas del campo puede desvirtuarse si se parte de concepciones ideológicas del microcosmos que evidencian las oposiciones que estructuran el espacio en la construcción de prenociones estereotipadas de los diferentes grupos y que tienden a invisibilizar a aquellos agentes que se sitúan, y se definen, por propiedades que comparten con las posiciones que representarían antagonismos aparentes. Por tanto, la finalidad principal de este trabajo, que es un ejercicio de comprensión de los procesos de definición de la sociología y su práctica, requiere romper con nociones ideológicas derivadas del ensimismamiento en la posición ocupada para no introducir prenociones estereotipadas respecto de las otras posiciones y de la propia a las que es inherente un sistema de valoración.

Así, partir desde el sentido común conduce a insertar la realidad en una codificación binaria donde los agentes optan por una u otra opción dentro del mundo social. En este caso, la hipótesis proponía de entrada una sociología politizada y otra que está libre de todo interés político en nombre de los más altos valores científicos. Sin embargo, a lo largo del trabajo se ha recalcado que, más allá de la existencia de pocas posiciones o agentes que no tienen preocupación alguna por la política, la mayoría de agentes entrevistados reconoce, desde distintas posiciones, el rol político de la sociología y los sociólogos en los procesos de transformación social. Es necesario que se traiga a colación la especificidad de la relación entre los espacios académicos y la política dentro del contexto latinoamericano, puesto que uno de los elementos que se han presupuestado en la práctica académica de las ciencias sociales de la región es su activo rol político en los espacios públicos. Considerando esto, la hipótesis planteada de inicio quedaría parcialmente anulada en tanto el papel político del sociólogo dentro de los procesos sociales es reconocido, a excepción de unos pocos agentes, como componente fundamental de esta figura, incluso entre aquellos que representarían los guardianes de la institución académica. Sin embargo, queda parcialmente anulada en tanto la disputa al interior del campo es por definir la científicidad de la sociología y su práctica, y, tomando este como principio diferenciador del campo, la oposición se da entre aquellos que, al interior del desarrollo disciplinar –es decir, lejos de su utilidad práctica posterior– conciben como verdadera la práctica sociológica que reconoce y se deja influenciar por las ideologías políticas del sujeto de conocimiento como un acto de ‘sinceramiento’, o aquellos que definen a la misma como una actividad que debe quedar libre de cualquier obnubilación fruto de ellas.

## BIBLIOGRAFÍA

- Abellán, Joaquín (2006): «Estudio preliminar»; en Weber, Max: *Conceptos sociológicos fundamentales*; Madrid; Alianza Editorial.
- Adorno, Theodor (1975): *Dialéctica Negativa*; Madrid; Editorial Taurus.
- Adorno, Theodor, Else Frenkel-Brunswik, Daniel Levinson y Nevitt Sanford (2006): «La personalidad autoritaria (Prefacio, Introducción y Conclusiones)»; en *EMPIRIA. Revista de Metodología en Ciencias Sociales*; número 12; julio-diciembre; pág. 155-200.
- Aguirre, Manuel:
  - (1961): «Crónica universitaria»; en *Anales de la Universidad Central*; Quito; tomo 90; número 345.
  - (1973): *La segunda reforma universitaria: Selección de documentos*; Quito; Universidad Central del Ecuador.
- Anderson, Perry (1980): *El Estado absolutista*; Madrid; Siglo Veintiuno Editores.
- Andrade, Susana (2011): *La conformación y el desarrollo de la Antropología como disciplina académica en Ecuador*; PUCE.
- Astori, Danilo (1982): *Controversias sobre el agro latinoamericano: un análisis crítico*; Buenos Aires; CLACSO.
- Baud, Michiel (2010): «Entre análisis, política y moral: Intelectuales latinoamericanos en un contexto mundial»; en *Ecuador Debate*; número 81; Ecuador; CAAP; pág. 93-116.
- Berger, Bennet (1957): «Sociology and the Intellectuals: An Analysis of a Stereotype»; en *The Antioch Review*; vol. 17; núm. 3; otoño; pág. 275-290.
- Bobbio, Norberto (1996): *El futuro de la democracia*; México; Fondo de Cultura Económica.
- Bon, Frédéric e Yves Schemeil (1980): «La rationalisation de l'inconduite : comprendre le statut du politique chez Pierre Bourdieu»; en *Revue Française de Science Politique*; año 30; número 6; pág. 1198-1228.
- Bourdieu, Pierre:
  - (1980): «Le capital social»; en *Actes de la recherche en sciences sociales*, vol. 31; enero; pág. 2-3.
  - (1983a): *Campo del poder y campo intelectual*; Argentina; Folios.
  - (1983b): «Les sciences sociales et la philosophie»; en *Actes de la recherche en sciences sociales*; vol. 47-48; junio; pág. 45-52.
  - (1999): *La miseria del mundo*; Buenos Aires; Fondo de Cultura Económica.
  - (2001a): *Sobre la televisión*; España; Editorial Anagrama.
  - (2001b): *El campo político*; La Paz; Plural Editores.
  - (2002): *Homo academicus*; México; Siglo XXI editores.
  - (2007a): *El sentido práctico*; Argentina; Siglo XXI editores.
  - (2007b): *Intelectuales, política y poder*; Argentina; Editorial Universitaria de Buenos Aires.
  - (2007c): *Razones prácticas. Sobre la teoría de la acción*; Barcelona, España; Editorial Anagrama.
  - (2008): *Capital Cultural, escuela y espacio social*; México; Siglo XXI editores.
- Bourdieu, Pierre, Chamboredon, Jean-Claude, y Passeron, Jean-Claude (2008): *El oficio de sociólogo: Presupuestos epistemológicos*; México; Siglo Veintiuno Editores.
- Bourdieu, Pierre y Passeron, Jean-Claude (2010): *Los herederos. Los estudiantes y la cultura*; Argentina; Siglo Veintiuno Editores.
- Bourdieu, Pierre y Wacquant, Loïc (2008): *Una invitación a la sociología reflexiva*; Argentina; Siglo Veintiuno Editores.

- Borón, Atilio (1977): «El fascismo como categoría histórica: en torno al problema de las dictaduras en América Latina»; en *Revista Mexicana de Sociología*; vol. 39; número 2; 481-530.
- Briceño-León, Roberto y Heinz Sonntag (1998): *Pueblo, época y desarrollo: La sociología de América Latina*; Caracas; Editorial Nueva Sociedad.
- Burbano de Lara, Felipe (2007): «Correa y el ocaso de los partidos»; en *Correa un año: de las promesas a la realidad*; Quito; Diario Hoy; diciembre.
- Bustamante, Fernando (1997): «Ciencias Sociales, Universidad y Estado. Los cambios de los 90»; en *ICONOS. Revista de Ciencias Sociales*; Quito; FLACSO; número 1; pág. 87-97.
- Bustos, Daniela (2004): *Entre el capital cultural y el éxito académico: Facultad de Ciencias Humanas de la Pontificia Universidad Católica del Ecuador*; Escuela de Sociología y Ciencias Políticas; Facultad de Ciencias Humanas; PUCE.
- Campuzano, Alvaro (2005): «Sociología y misión pública de la universidad en el Ecuador: una crónica sobre educación y modernidad en América Latina»; en *Espacio público y privatización del conocimiento. Estudios sobre políticas universitarias en América Latina*; Buenos Aires; CLACSO; pág. 401-462.
- Cardoso, Fernando (1985): *Estado y sociedad en América Latina*; Buenos Aires; Ediciones Nueva Visión.
- Cardoso, Fernando y Enzo Faletto (1970): *Dependencia y desarrollo en América Latina. Ensayo de interpretación sociológica*; México; Siglo Veintiuno Editores.
- CEPAL (1969): *El pensamiento de la CEPAL*; Santiago de Chile; Editorial Universitaria.
- Coello, Teodoro et. al (1994): *Universidad, Estado y Sociedad*; Quito; Corporación Editora Nacional.
- Consejo de Educación Superior (2013): Reglamento de Carrera y Escalafón del Profesor de Educación Superior, de 29 de enero; *Registro oficial*; número 881.
- Cueva, Agustín:
  - (1973): *Literatura, arte y sociedad en el Ecuador*; Quito; Universidad Central del Ecuador.
  - (1976): *Entre la ira y la esperanza*; Quito; Ediciones Soliterra.
  - (1986): *Lecturas y rupturas*; Quito; Editorial Planeta.
  - (1988): *Las democracias restringidas de América Latina*; Quito; Editorial Planeta.
- De Riz, Liliana (1977): «Formas de Estado y desarrollo del capitalismo en América Latina»; en *Revista Mexicana de Sociología*; vol. 39; número 2; 427-442.
- Dávalos, Pablo (2008): «Neoliberalismo, Estado y educación»; en *Hacia un pacto social por la educación, la salud y la inclusión social*; Ecuador; CARE Internacional; pág. 125.
- Di Cione, Vincent (2006): *Nociones básicas de P. Bourdieu: campo, habitus, illusio y capital simbólico*. Argentina; UBA.
- Dos Santos, Theotonio (1973): *Socialismo o fascismo: el nuevo carácter de la dependencia y el dilema latinoamericano*; Buenos Aires; Ediciones Periferia.
- Durkheim, Émile (1978): *Las reglas del método sociológico*; Buenos Aires; Editorial La Pléyade.
- Ecuador (2010): Ley Orgánica de Educación Superior, de 12 de octubre; *Registro oficial*; número 298.
- Escobar, Arturo (2007): *La invención del Tercer Mundo: construcción y deconstrucción del desarrollo*; Barcelona; Editorial Horma.
- Escuela de Sociología y Ciencias Políticas de la PUCE:
  - (s.f): *Historia y características distintivas de la Escuela*; recuperado el 20 de noviembre de 2012, de:  
<http://www.puce.edu.ec/portal/content/Sociolog%C3%ADa%20con%20menci%C3%B3n%20en%20Pol%C3%ADtica/263?link=oln30.redirect>
  - (2010a): *Diseño curricular de la carrera de sociología con mención en desarrollo*.
  - (2010b): *Diseño curricular de la carrera de sociología con mención en política*.

- (2010c): *Diseño curricular de la carrera de sociología con mención en relaciones internacionales*.
- Espinosa, Alfredo (1979): *Psicología y sociología del pueblo ecuatoriano*; Quito; Banco Central del Ecuador.
- Facolba, Rafael (1925): «Aspectos concretos de la sociología americana»; en *Anales de la Universidad Central*; Quito; tomo 34; número 252.
- Flores, Jorge y Elisa Pérez (2006): «La universidad y los poderes públicos en Argentina: Una mirada hacia las políticas públicas y las producciones discursivas en el campo de la Educación Superior durante la década de los noventa»; en *Revista Andamios*; vol. 3; número 5; México; pág. 49-68.
- Follari, Roberto (2008): *La selva académica: Los silenciados laberintos de los intelectuales en la universidad*; Rosario; Homo Sapiens Ediciones.
- Foucault, Michel:
  - (2008): *La arqueología del saber*; Buenos Aires; Siglo Veintiuno Editores.
  - (2010): *Las palabras y las cosas*; Buenos Aires; Siglo Veintiuno Editores.
- García, Juan Fernando (2006): *La formación de sociólogos para el manejo de proyectos e instituciones de desarrollo social: reconstrucción discursiva e institucional del proceso de inserción del desarrollo social en el departamento de sociología de la Pontificia Universidad Católica del Ecuador*; Escuela de Sociología y Ciencias Políticas; Facultad de Ciencias Humanas; PUCE.
- García Gallegos, Bertha (1976): *Formas actuales de organización y acción política del campesinado ecuatoriano*; Quito; CLACSO.
- García Guadilla, Carmen:
  - (2003): «Balance de la década de la globalización y de las políticas educativas en los sistemas de Educación Superior de América Latina y el Caribe»; en *Las universidades en América Latina: ¿reformadas o alteradas? La cosmética del poder financiero*; Buenos Aires; CLACSO.
  - (2008): «Pensadores y forjadores de la universidad latinoamericana. Visión general»; en *Pensamiento universitario latinoamericano. Pensadores y forjadores de la universidad latinoamericana*; Caracas; CENDES, IESALC-UNESCO.
- Germani, Gino:
  - (1971): *Política y sociedad en una época de transición: de la sociedad tradicional a la sociedad de masas*; Buenos Aires; Editorial Paidós.
  - (1976): *Urbanización, desarrollo y modernización. Un enfoque histórico y comparativo*; Buenos Aires; Editorial Paidós.
- Gingras, Yves :
  - (1984): «La valeur d'une langue dans le champ scientifique»; en *Recherches Sociographiques*; vol. 25; número 2; pág. 285-296.
  - (1989): «Le défi de l'université: l'équilibre entre l'enseignement et la recherche»; en *Possibles*; Vol. 11; número 4.
  - (1996): «Le combat pour la formation scientifique»; en *Le Devoir, un journal indépendant (1910-1955)*; Québec; Presses de l'Université de Québec; pág. 75-77.
  - (2002) «Les formes spécifiques de l'internationalité du champ scientifique»; en *Actes de la recherche en Sciences Sociales*; Vol. 141-142; marzo; pág. 31-45.
  - (2003) «Idées d'universités. Enseignement, recherche et innovation»; en *Actes de la recherche en Sciences Sociales*; Vol. 148; junio; pág. 3-7.
- Gingras, Yves y Gemme, Brigitte (2006): «L'emprise du champ scientifique sur le champ universitaire et ses effets»; en *Actes de la recherche en sciences sociales*; vol.164; pág. 50-60.
- Gómez, Jorge (2000): «La filosofía educativa del liberalismo ecuatoriano»; en *Artes Liberales*; número 1; Quito

- González Casanova, Pablo:
  - (1974): *La democracia en México*; México; Era Ediciones.
  - (1998): *Reestructuración de las ciencias sociales: hacia un nuevo paradigma*; México; Universidad Autónoma de México.
- Gordon, Sara (1981): «Democracia y golpes de Estado en América Latina»; en *Revista Mexicana de Sociología*; vol. 43; número 2; pág. 639-654.
- Guéranger, David (2006): «À propos de trois problèmes pratiques de l'écriture sociologique. La retranscription d'un entretien par Pierre Bourdieu»; en *Enjeux (et) pratiques de l'écriture en sciences sociales. Journée d'étude de l'école doctorale de Paris I*; 22 & 23 de septiembre.
- Guerrero, Andrés (1978): *Ensayo sobre la acumulación originaria en el Ecuador: Hacendados cacaoteros, banqueros exportadores y comerciantes en Guayaquil*; Quito; CLACSO.
- Guerrero Cazar, Fernando (2007): *Informe sobre la situación actual y perspectivas de la especialidad de Desarrollo de la Escuela de Sociología y Ciencias Políticas de la PUCE*.
- Gunder Frank, André (1970): «Dependencia económica, estructura de clases y política del subdesarrollo en Latinoamérica»; en *Revista Mexicana de Sociología*; vol. 32; número 2; Memorias del IX Congreso Latinoamericano de Sociología; marzo-abril; pág. 229-282.
- Hartill, Richard (2008): «La mercantilización de la educación y la consolidación de la pobreza global»; en *Hacia un pacto social por la educación, la salud y la inclusión social*; Ecuador; CARE Internacional.
- Heller, Ágnes:
  - (1972): *Historia y vida cotidiana: aportación a la sociología socialista*; México; Ediciones Grijalbo.
  - (1991): *Sociología de la vida cotidiana*; Barcelona; Ediciones Península.
- Horkheimer, Max y Theodor Adorno (1997): *Dialéctica de la Ilustración: fragmentos filosóficos*; Madrid; Trotta Editorial.
- Humboldt, Wilhelm Von (1979): «Sur l'organisation interne et externe des établissements scientifiques supérieurs à Berlin»; en *Philosophies de l'Université. L'idéalisme allemand et la question de l'Université*; Payot; pág. 321-329.
- Ianni, Octavio (1975): *La formación del Estado populista en América Latina*; México; Editorial Era.
- Ibarra, Hernán (2006): «La victoria de Rafael Correa y la ola progresista en América del Sur»; en *Ecuador Debate*; número 69; Ecuador; CAAP; pág. 7-18.
- Jácome, Nicanor (2005): «La enseñanza de la sociología: análisis de los casos de las Escuelas de Sociología y Ciencias Políticas de la Universidad Católica de Quito, y de la Universidad Central del Ecuador»; en *Revista Ciencias Sociales: Revista de la Escuela de Sociología y Ciencias Políticas, Universidad Central del Ecuador*; número 24; Ecuador; Ediciones Abya-Yala.
- Jaramillo Alvarado, Pío (1983): *El indio ecuatoriano*; Quito; Corporación Editora Nacional.
- Kaplan, Marcos (1969): *Formación del Estado nacional en América Latina*; Santiago de Chile; Editorial Universitaria.
- Khelifoui, Hocine (2003): «Le champ universitaire algérien entre pouvoirs politiques et champ économique»; en *Actes de la recherche en sciences sociales*; vol.148; pág. 34-46.
- Lechner, Norbert (1977): «La crisis del Estado en América Latina»; en *Revista Mexicana de Sociología*; vol. 39; número 2; abril-junio; pág. 389-426.
- López, Fernando (2003): «El impacto de la globalización y de las políticas educativas en los sistemas de educación superior de América Latina y el Caribe»; en *Las universidades en América Latina: ¿reformadas o alteradas? La cosmética del poder financiero*; Buenos Aires; CLACSO.

- Marx, Karl & Friedrich Engels (1974): *La ideología alemana. Crítica de la novísima filosofía alemana en las personas de sus representantes Feuerbach, B. Bauer y Stirner y del socialismo alemán en las de sus diferentes profetas*; Barcelona; Ediciones Grijalbo.
- Mayer, Nonna (1995): «L'entretien selon Pierre Bourdieu. Analyse critique de La Misère du Monde»; en *Revue Française de Sociologie*; volúmen 36; número 2; pág. 355-370.
- Merleau-Ponty, Maurice (2010): *Lo visible y lo invisible*; Buenos Aires; Ediciones Nueva Visión.
- Merton, Robert:
  - (1964): *Teoría y estructuras sociales*; México; Fondo de Cultura Económica.
  - (1977): *La sociología de la ciencia 2*; Madrid; Alianza Editorial.
- Nisbet, Robert (1990): *La formación del pensamiento sociológico*; Buenos Aires; Amorrortu Editores.
- O'Donnell, Guillermo (1988): *Bureaucratic Authoritarianism: Argentina 1966-1973 in comparative perspective*; Los Angeles; University of California Press.
- Paladines, Carlos (1998): *Rutas al siglo XXI. Aproximaciones a la historia de la educación en el Ecuador*; Quito; Santillana S.A.
- Paredes, Ángel Modesto:
  - (1927): «Introducción al estudio de la conciencia social»; en *Anales de la Universidad Central*; Quito; tomo 38; número 258.
  - (1957): «El profesionalismo y la investigación científica»; en *Anales de la Universidad Central*; Quito; tomo 86; número 451.
- Passeron, Jean-Claude (2011): *El razonamiento sociológico. El espacio comparativo de las pruebas históricas*; Madrid; Siglo Veintiuno Editores.
- Pérez Guerrero, Alfredo:
  - (1961): «Visión de la patria»; en *Anales de la Universidad Central*; Quito, tomo 90; número 345.
  - (1965): *La universidad y la patria*; Quito; Editorial Universitaria.
- Pontificia Universidad Católica del Ecuador:
  - (1996): *Libro de Oro. Pontificia Universidad Católica del Ecuador, 1946-1996*; Ecuador; Pontificia Universidad Católica del Ecuador.
  - (2002): Reglamento General del Personal Académico, de 27 de marzo.
  - (2007): *61 años de servicio al país 2946-2007*; Serie: La contribución de la educación particular ecuatoriana; Quito; PUCE.
  - (2008a): Estatuto de la Pontificia Universidad Católica del Ecuador, de 22 de abril.
  - (2008b): Reglamento General de Facultades, de 26 de marzo.
  - (2008c): Reglamento de Periodo Sabático, de 12 de marzo.
  - (2009): Reglamento de Concurso de Merecimientos y Oposición para el Acceso a la Docencia de la PUCE, de 21 de mayo.
  - (2011): Reglamento General de Estudiantes, de 22 de junio.
- Quintero, Rafael:
  - (1976): «Discurso de inauguración del Primer Congreso de Escuelas de Sociología del Ecuador»; en *Ciencias Sociales*; Quito; vol. 1; número 1.
  - (1988): «Estudio introductorio»; en Paredes, Ángel Modesto; *Pensamiento sociológico*; Quito; Corporación Editora Nacional.
  - (2001): *Reforma universitaria en sociología*; Quito; Escuela de Sociología y Ciencias Políticas.
- Ramírez Gallegos, Franklin (1999): «Esperando a Godot. Sociología y universidad: relatos de una disciplina espuria»; en *Ecuador Debate*; número 46; Ecuador; CAAP; pág. 273-294.
- Ramírez, René (2010): «Introducción»; en *Transformar la universidad para transformar la sociedad*; Ecuador; SENPLADES; pág. 7-26.

- Roig, Arturo (1979): «Los comienzos del pensamiento social y los orígenes de la sociología en el Ecuador»; en Espinosa, Alfredo; *Psicología y sociología del pueblo ecuatoriano*; Quito; Banco Central del Ecuador.
- Rojas, Carlos (2009): «Agustín Cueva y la historicidad perdida»; en *Ecuador Debate*; número 77; Ecuador; CAAP; pág. 139-147.
- Rueda, Marco (1976): «Una definición de la Pontificia Universidad Católica del Ecuador»; en *Revista de la Universidad Católica*; número 12; pág. 9-24.
- Ruiz, José Ignacio (2012): *Metodología de la investigación cualitativa*; Bilbao; Universidad de Deusto.
- Sefchovich, Sara (1989): «Los caminos de la sociología en el laberinto de la Revista Mexicana de Sociología»; en *Revista Mexicana de Sociología*; vol. 51; número 1; enero-marzo; pág. 5-101.
- Spinoza, Benedictus de (1998): *Ética demostrada según el orden geométrico*; Madrid; Alianza Editorial.
- Stoll, David (1999): *Rigoberta Menchú and the Story of All Poor Guatemalans*; Colorado; Westview Press.
- Valles, Miguel (2002): *Entrevistas cualitativas*; Madrid; Centro de Investigaciones Sociológicas (CIS).
- Vitarelli, Marco Fabián (2006): «La educación: entre las políticas neoliberales y las reformas de sistemas nacionales. El juego poder-saber-subjetivación en América Latina»; en *Foucault, la pedagogía y la educación: pensar de otro modo*; Colombia; Cooperativa Editorial Magisterio; pág. 371-407.
- Wallerstein, Immanuel et al. (2001): *Abrir las ciencias sociales: Informe de la Comisión Gulbenkian para la reestructuración de las ciencias sociales*; México; Siglo Veintiuno Editores.
- Weber, Max:
  - (1944): *Economía y sociedad. Esbozo de sociología comprensiva*; México; Fondo de Cultura Económica.
  - (1979): *El político y el científico*; Madrid; Alianza Editorial.
  - (2006): *Conceptos sociológicos fundamentales*; Madrid; Alianza Editorial.

**ANEXOS**

**I. Programa de estudio original de la Escuela de Sociología y Ciencias Políticas tras su creación en 1975**

<b>Áreas académicas</b>		<b>Nº cursos</b>	<b>Contenidos</b>
1) Teorías sociológicas	Teorías sociológicas	5	Introducción Clásicos Críticas
	Teorías políticas	2	Acercamiento al objeto Pensamiento liberal clásico Democracia Estado
2) Metodología	Estadística	2	
	Técnicas de investigación	2	
	Diseño de investigación	2	
	Lógica	1	
	Epistemología	1	
3) Contenidos de apoyo	Economía	5	Pensamiento económico clásico Pensamiento económico neoclásico Economía política Macroeconomía Economía internacional
	Historia de Ecuador y América Latina	6	
4) Optativas	Aprobación del área de seminarios	3	
5) Talleres de investigación	Desarrollo de investigación	2	

## II. Reforma del programa de estudio: Especialización de ‘Desarrollo’ en 1995

Ciclo	Área académica	Contenido	Autores o corriente
Básico	1) Teorías sociales	Modelos de teorización y cientificidad de las ciencias sociales	
		Positivismo racionalista y sociología interpretativa	Émile Durkheim Max Weber Georg Simmel Ferdinand Tönnies Karl Mannheim
		Sociología de la historia	Karl Marx Georg Wilhelm Friedrich Hegel Vladimir Lenin
		Alternativas teóricas norteamericanas a la sociología contemporánea	Robert Merton Talcott Parsons Charles Wright Mills Lewis Coser
		Alternativas teóricas europeas a la sociología contemporánea	Michel Foucault Nicos Poulantzas Jürgen Habermas Claus Offe
	2) Metodologías y técnicas	Método de las ciencias sociales	
		Epistemología de las ciencias sociales	
		Análisis de textos	
		Técnicas cualitativas de investigación sociológica	
		Estadística descriptiva	
		Estadística inferencial	
	3) Contenidos de apoyo	Historia	Civilización occidental Civilización oriental Cambio social y político en América Latina Cambio político y social en Ecuador
		Economía	Clásica Neoclásica Marxista Keynesiana

			Estructuralista Monetarista Neoliberal
<b>Especialización</b>	1) Teorías	Teorías del desarrollo	
		Modelos de planificación social en América Latina	
		Desarrollo sustentable, instituciones y políticas sociales	
		Desarrollo rural, sectores indígenas y campesinos	
		Desarrollo urbano, trabajo y conflictos laborales	
		Población y desarrollo	
		Marginalidad y exclusión social	
		Sociología de la familia, infancia y género	
		Salud y educación	
		Comunicación y desarrollo	
	2) Metodologías y técnicas	Métodos de diagnóstico y medición de la pobreza	
		Técnicas cuantitativas aplicadas a la investigación en desarrollo social	
		Gerencia de programas y proyectos sociales	
		Medición de impactos de programas y proyectos sociales	
		Modelos de planificación operativa	
Paquete informático para gerencia social			

**III. Reforma del programa de estudio: Ciclo básico y especializaciones en 2000**

<b>Ciclo</b>	<b>Nivel</b>	<b>Materia</b>
<b>Básico</b>	<b>Primero</b>	Análisis y composición de textos Metodología de las ciencias sociales Principios de economía Procesos culturales del Ecuador Teoría sociológica I
	<b>Segundo</b>	Fundamentos de la civilización occidental Razonamiento lógico Teoría económica I Teoría política I Teoría sociológica II Teoría sociológica III
	<b>Tercero</b>	Cambio social y político en América Latina Estadística I Métodos cualitativos de investigación social Teoría económica II Teoría política II Teoría sociológica IV
	<b>Cuarto</b>	Cambio social y político en el Ecuador Epistemología de las ciencias sociales Estadística II Métodos cuantitativos de investigación social Sociología latinoamericana Teoría sociológica V Introducción al cristianismo

<b>Especialización</b>	<b>Quinto - Ciencia Política</b>	Acción colectiva y conflictividad Derecho constitucional Práctica profesional Sistemas y regímenes políticos Sociología política Teoría política III Materia optativa	<b>Quinto - Desarrollo</b>	Cultura y desarrollo Población y desarrollo Práctica profesional Teoría política III Teorías del desarrollo Materia optativa	<b>Quinto - Relaciones Internacionales</b>	Análisis macroeconómico y del sector externo Derecho constitucional Práctica profesional Sistema internacional contemporáneo Teoría de las relaciones internacionales I Teoría política III Materia optativa
	<b>Sexto - Ciencia Política</b>	Análisis del contenido y del discurso Análisis de coyuntura Cultura política Opinión pública, comunicación social y política Sistemas de partidos y sistemas electorales Materia optativa	<b>Sexto - Desarrollo</b>	Desarrollo sustentable Sociología de la familia, infancia y género Sociología del desarrollo Sociología rural Teoría y práctica de los indicadores sociales Materia optativa	<b>Sexto - Relaciones Internacionales</b>	Análisis y formulación de la política exterior Derecho internacional (público y privado) Relaciones económicas internacionales I Teoría de las relaciones internacionales II Teoría y práctica de las organizaciones internacionales Materia optativa
	<b>Séptimo - Ciencia política</b>	Diseño, formulación y evaluación de proyectos sociales Ética profesional Instituciones y procesos políticos	<b>Séptimo - Desarrollo</b>	Diseño, formulación y evaluación de proyectos sociales Ética profesional Instituciones y procesos políticos	<b>Séptimo - Relaciones Internacionales</b>	Derecho económico internacional Ética profesional Instituciones y procesos políticos

	Política comparada Práctica investigativa Materia optativa		Marginalidad y exclusión social Práctica investigativa Sociología urbana Materia optativa		Relaciones económicas internacionales II Sistema financiero internacional Materia optativa
	<b>Octavo - Ciencia Política</b> Estado y políticas públicas Nación, naciones y nacionalismos e identidades Sociología de la comunicación Teoría sociológica VI Transformaciones estructurales de los sistemas internacionales Materia optativa	<b>Octavo - Desarrollo</b>	Estado y políticas públicas Participación social y desarrollo Sociología de la comunicación Teoría sociológica VI Materia optativa	<b>Octavo - Relaciones Internacionales</b>	Política exterior de Estados Unidos Relaciones internacionales de América Latina Teoría sociológica VI Teoría y práctica de las negociaciones internacionales Transformaciones estructurales de los sistemas internacionales Materia optativa
	<b>Noveno - Ciencia Política</b> Seminario de disertación I	<b>Noveno - Desarrollo</b>	Seminario de disertación I	<b>Noveno - Relaciones Internacionales</b>	Seminario de disertación I
	<b>Décimo - Ciencia Política</b> Seminario de disertación II	<b>Décimo - Desarrollo</b>	Seminario de disertación II	<b>Décimo - Relaciones Internacionales</b>	Seminario de disertación II

**IV. Reforma del programa de estudio: Ciclo básico y especializaciones en 2009-2010**

<b>Ciclo</b>	<b>Nivel</b>	<b>Materia</b>
<b>Básico</b>	<b>Primero</b>	Análisis y composición de textos Teoría económica I Fundamento de las civilizaciones Teoría sociológica clásica I  Procesos sociales y políticos en el Ecuador
	<b>Segundo</b>	Metodología de las ciencias sociales Razonamiento lógico Teoría económica II Teoría política I Teoría sociológica clásica II Teoría sociológica clásica III
	<b>Tercero</b>	Procesos sociales y políticos de América Latina Estadística I Métodos cualitativos de investigación social Teoría macroeconómica y del sector externo Teoría política II Teoría sociológica contemporánea I
	<b>Cuarto</b>	Estadística II Teoría política III Sociología latinoamericana Jesucristo y la persona de hoy  Teoría sociológica contemporánea II Métodos cuantitativos de investigación social
	<b>Quinto</b>	Teoría política IV Filosofía social Diseño y formulación de proyectos Epistemología de las ciencias sociales  Teoría constitucionalista y neoconstitucionalista  Materia optativa

<b>Especialización</b>	<b>Sexto - Ciencia Política</b>	Teoría del poder Teoría de la democracia Teoría del Estado Teoría y métodos del análisis político I Materia optativa Materia optativa	<b>Sexto - Desarrollo</b>	Sociología rural y territorialidad Población y desarrollo Sociología de la familia y género Teorías del desarrollo Ecología política Materia optativa	<b>Sexto - Relaciones Internacionales</b>	Sistema internacional contemporáneo Teoría de las relaciones internacionales I Análisis y formulación de política exterior Derecho internacional Relaciones económicas internacionales Materia optativa
	<b>Séptimo - Ciencia política</b>	Estado y políticas públicas Ética personal, social y profesional Sociología de sistema mundial Teoría y métodos del análisis político II Materia optativa Materia optativa	<b>Séptimo - Desarrollo</b>	Sociología de la ciudad Sociología de las organizaciones Estado y políticas públicas Ética personal, social y profesional Comunicación y desarrollo Materia optativa	<b>Séptimo - Relaciones Internacionales</b>	Teoría de las relaciones internacionales II Ética personal, social y profesional Sistema financiero internacional Política exterior de Estados Unidos Relaciones internacionales de América Latina Sociología del sistema mundial
	<b>Octavo - Ciencia Política</b>	Seminario de disertación Seminario temático I Materia optativa Materia optativa	<b>Octavo - Desarrollo</b>	Seminario de disertación Seminario temático I Materia optativa Materia optativa	<b>Octavo - Relaciones Internacionales</b>	Seminario de disertación Materia optativa

## V. Guía de entrevistas a docentes de la Escuela

CATEGORÍA	CRITERIO	PREGUNTA
Estructura de posiciones	<b>Proceso de última reforma</b>	¿Quiénes participaron? ¿Cuáles fueron las prioridades que se consideraron?
	<b>Sentido de la sociología en la historia de la Escuela</b>	¿Cómo se ha dado esta relación entre la sociología investigativa y la sociología de carácter político? ¿Cuál de estas tendencias ha sido predominante y por qué?
Capitales (cultural/social)	<b>Percepción de símbolos de prestigio</b>	¿Cuáles son los temas, autores y materias relevantes en la sociología? ¿Cuán importantes son los estudios realizados y los títulos obtenidos para el docente en la Escuela (donde y qué estudios)?
	<b>Evaluación por los pares</b>	¿Cómo son las relaciones entre miembros del cuerpo docente? ¿Cuáles son las características que se consideran necesarias para formar parte del cuerpo docente de la Escuela? ¿Cuáles son los criterios de selección del personal académico de la Escuela? ¿Cuáles son los criterios de evaluación para movilizar a un profesor de una categoría inferior hacia una superior?
	<b>Evaluación por los alumnos</b>	¿Cómo son las relaciones entre docentes y estudiantes?
	<b>Ocupación de posiciones de poder</b>	¿Cómo se toman las decisiones relevantes respecto al funcionamiento de la Escuela? ¿Cuáles son las ventajas de ocupar estas posiciones?
Habitus (sistema de preferencias)	<b>Teoría / Metodología</b>	La práctica sociológica, ¿debe enfatizar la reflexión teórica, la reflexión metodológica o ambas? ¿Cuál es la importancia de la investigación en la práctica sociológica respecto a otras prácticas? ¿Qué tipo de investigación: teórica o aplicada?
	<b>Sociología / Filosofía</b>	¿Cómo es la relación de la sociología respecto a la filosofía: autónoma o dependiente? ¿Qué deben esperar las ciencias sociales de la filosofía?
	<b>Compromiso político / Autonomía académica</b>	¿Cuál es la cientificidad de la sociología (la vocación científica del sociólogo)? ¿Qué relación debe tener el sociólogo con el campo político?
	<b>Sentido de carrera</b>	¿Qué campos profesionales son fundamentales para la práctica sociológica?

## VI. Guía de entrevistas a estudiantes de la Escuela

CATEGORÍA	CRITERIO	PREGUNTA
<b>Habitus (sistema de preferencias)</b>	<b>Teoría / Metodología</b>	¿Qué clases son más importantes en la formación sociológica: teóricas o metodológicas?
	<b>Sociología / Filosofía</b>	¿Cómo es la relación de la sociología respecto a la filosofía: autónoma o dependiente?
	<b>Compromiso político / Autonomía académica</b>	¿Cuál es la cientificidad de la sociología (la vocación científica del sociólogo)? ¿Qué relación debe tener el sociólogo con el campo político?
	<b>Expectativas</b>	¿Cuáles son las expectativas con las que ingresó a estudiar sociología? ¿Cómo ve a futuro la vinculación de un sociólogo con el espacio laboral?
	<b>Evaluación de los docentes</b>	¿Cómo se define al 'buen' sociólogo? ¿Cómo se define a un 'buen' docente? ¿Cómo se llevan a cabo las relaciones entre docentes y estudiantes? ¿Con qué posición del cuerpo docente se proyecta a futuro?
	<b>Relaciones al interior del cuerpo estudiantil</b>	¿Cuáles son los grupos que existen dentro del cuerpo estudiantil, sobre todo en la disputa por la AES? ¿Cómo percibe a cada uno de los grupos? ¿Cómo se dan las relaciones entre estos grupos?